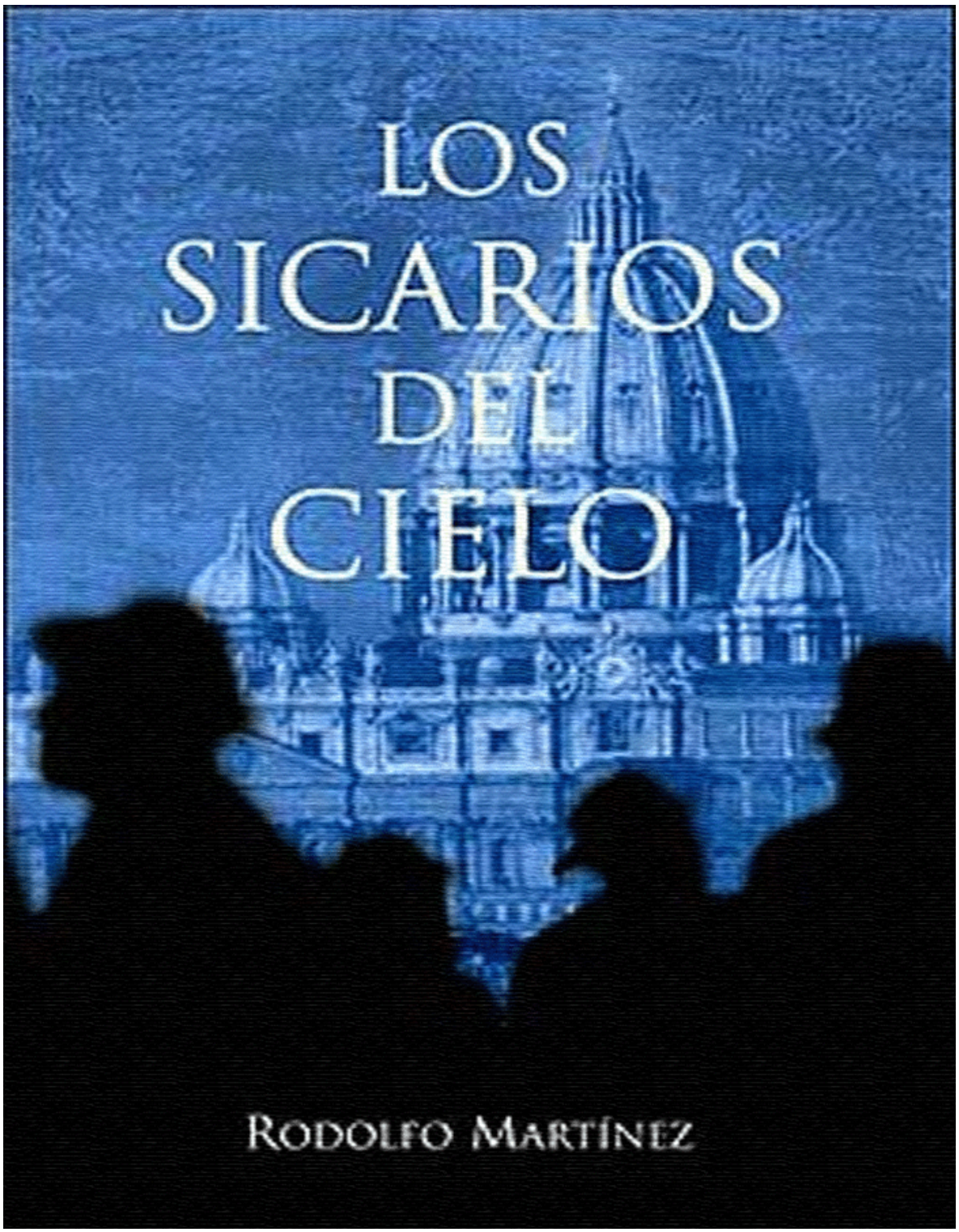
LOS SICARIOS DEL CIELO
RODOLFO MARTÍNEZ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

¿Qué torpe bestia, su hora al fin llegada,
se arrastra hacia Belén para nacer?

WlLLIAM BUTLER YEATS

El tacto tiene memoria.

JOHN **KEATS**

¿Dónde está, muerte, tu victoria?
¿Dónde está, muerte, tu aguijón?

I Corintios, 15, *55*

Esto es el hombre: horror a manos llenas.
Ser –y no ser– eterno, fugitivo,
ángel con grandes alas de cadenas.

BLAS DE OTERO

Nunca sabes a qué viejo amigo vas a conocer

Lo que ves

Así que te mira y te dice que no ha tenido nada que ver con el asunto. Y tú, claro, tienes que creerlo, pese a que hay media docena de testigos que declaran todo lo contrario, porque ninguno de ellos ha podido señalarlo en la rueda de identificación.

Eso significa que no te quedan muchas opciones. Tendrás que soltarlo, y pronto, y nada importa la convicción que se empeña en afilar sus uñas en tus tripas: careces de pruebas y lo sabes, y él sabe que lo sabes. La certeza de que fue él quien inició un tiroteo que ha dado como resultado final cuatro muertos, siete heridos graves y tres leves no sirve de nada, no cuando dentro de poco, como mucho otra hora, quizá hora y media, tendrás que decirle que puede irse y que ya le llamarán para la vista preliminar.

Él te mira, no aparta sus ojos grises de los tuyos y permanece impasible mientras Rodríguez sigue enviando al aire sus preguntas, como un lanzador de cuchillos con mala puntería. Te mira y sus ojos parecen casi lo único vivo, lo único cálido de un rostro pálido y alargado coronado por un cabello negro veteado de canas, maniáticamente corto, sobre todo en las sienes y la nuca. Su aspecto no es sucio ni descuidado, n¡ siquiera sombrío pese al color gris oscuro predominante en su ropa: hay en él un halo de pulcritud que raya casi en lo obsesivo. Durante Las pasadas tres horas se habrá movido seis, a lo sumo siete veces, para cambiar de postura o frotarse la palma de una mano contra la otra. Tiene unas manos delgadas, casi delicadas, y tan pálidas como el resto de su piel.

No ha dejado de mirarte durante todo el interrogatorio, como si supiera que tú, y no el incansable Rodríguez, que sigue lanzando sus preguntas inútiles al aire, fueras la persona importante de la habitación. Te mira y son sus ojos, grises y lejanos, pero con una curiosa calidez más presentida que vista, los que hacen que sus ademanes fríos y medidos no lo conviertan en insoportable. No quieres confesártelo a ti misma, pero desde el primer momento en que lo viste lo encontraste interesante y casi lamentaste que todos los indicios lo señalaran como culpable del tiroteo.

Y ahora, cuando parece que va a salir indemne del interrogatorio, igual que salió sin un arañazo de una sala donde las balas habían tejido una tracería casi mortal, estás maldiciéndote a ti misma por no haber podido obtener las pruebas que lo lleven de cabeza a una celda.

Al principio todo parecía muy sencillo. Casi todos los testigos (al menos los que se encontraban en condiciones de hablar) lo señalaban como el hombre que se acercó a Rodrigo Estuardo, perista, proxeneta y proveedor de droga de diseño (aunque nunca habéis podido probar nada de todo eso, por supuesto), y poco después le descerrajó un tiro en la rodilla, prácticamente a quemarropa.

–Sí, un tío alto y delgado, todo vestido de gris –dijo el camarero, que había buscado refugio bajo la barra en cuanto empezaron los tiros–. Estaba tomando algo y de pronto se acercó a Rodrigo. No, claro que no le vi disparar, tengo cosas que hacer, ¿sabe? Hay que ganarse e! sueldo. Pero estaba a su lado cuando sonó el disparo. ¿Quién pudo haber sido si no?

Y Clarita, a la que Rodrigo se follaba y golpeaba en días alternos, fue aún más explícita:

–Se acercó a Rodri y empezó a hablar con él como si lo conociera de toda la vida. No, qué va, Rodri no tenía ni idea de quién era, se le notaba en la cara, pero debió de pensar que era algún cliente y no quiso que se enfadara porque no le había reconocido, así que le dio cuerda, a ver si conseguía acordarse de quién era el tipo, supongo. Y luego él dijo algo sobre que a Rodri le gustaba pegar a las mujeres, menuda tontería, nunca me ha puesto encima una mano en todos los años que llevamos juntos –al decir esto, Clarita se acariciaba el codo y hacía una mueca como si ese gesto ya se hubiera convertido en un hábito y no fuese consciente de que sus propias manos traicionaban sus palabras señalando el objetivo de los golpes de su hombre–, y fue cuando vi que llevaba algo en la mano. No me dio tiempo a ver lo que era, pero tuvo que ser una pistola, porque casi en seguida oí el tiro y Rodri empezó a gritar que aquel cabrón le había matado.

Por si eso no bastara tienes la declaración que uno de los agentes ha obtenido en el hospital del propio Rodrigo, con la rodilla completamente destrozada y atiborrado de calmantes:

–Un hijo de puta, un chiflado, te lo digo yo, tío. Va y viene y se pone a hablar conmigo como si me conociera de toda la vida. Yo ni idea, pero por donde me muevo conoces a gente muy rara y no siempre te acuerdas de todos, así que le seguí la racha, le di palique, vaya. Y de pronto va y me dice que me gusta pegar a las mujeres. Y me lo dice como si estuviera, no sé, en plan confidencial, en tono de amigote, ya me entiendes. Y antes de que pueda contestarle nada veo que tiene una pistola en la mano y... Bueno, puedes adivinar el resto, ¿no? Ya supondrás que no vine a este hospital de mierda a hacerme la estética.

Ni Rodrigo ni Clarita son testigos muy fiables, y lo sabes bien: ninguno de ellos iba a causar muy buena impresión en un juicio, por no hablar de que lo que dijo el otro antes de dispararle en la pierna es completamente cierto: a Rodrigo le gusta pegar a las mujeres y, bastante a menudo, la propia Clarita es buena prueba de ello. Y sospechas, aunque no puedes demostrarlo ni posiblemente podrás jamás, que la hija de ambos ha sido en más de una ocasión víctima de las curiosas aficiones del padre en materia de entretenimiento. Pese a eso sus testimonios, junto con el del camarero y los otros seis o siete testigos que afirman haberlo visto acercarse, deberían ser más que suficientes para que se lo acusara de agresión y puede que hasta de homicidio en grado de tentativa, por no decir nada de los participantes en el tiroteo que han sobrevivido y afirman que el tipo en cuestión se lanzó sobre ellos pistola en mano.

–No hicimos más que defendernos –han dicho uno detrás de otro.

Por supuesto, les espera algún tiempo a la sombra: ninguno tenía permiso para el arsenal que llevaban oculto bajo la ropa y últimamente los jueces no se muestran muy benévolos con la posesión no autorizada de armas de fuego.

Pero, pese a todo, deberías contar con pruebas más que suficientes para enchironar a don Imperturbable y acusarlo de los cargos suficientes para que su pelo no sea otra cosa que canas cuando vuelva a ver la luz del sol.

Sólo que no ha sido así. En la rueda de identificación todos han fallado en señalarlo entre otra media docena de individuos vestidos de gris; de pronto han empezado a dudar, a titubear y su vista se ha desplazado de un lado a otro sin conseguir enfocarla en el hombre que estaba en la misma sala que ellos unas horas atrás y que ahora tienen enfrente. En el hospital, Rodrigo, con una seguridad tan aplastante que hasta él ha conseguido resultar convincente, ha negado que la foto que le mostrasteis perteneciera al hombre que lo atacó. Nadie parece capaz de dar una descripción exacta del tipo en cuestión, más allá de que vestía de gris y (eso dicen los que le oyeron hablar) no alzaba la voz: sus rasgos parecen haberse escurrido por los desagües de su memoria como si todos se hubieran visto atacados por el mismo repentino ataque de Alzheimer.

Ni siquiera la pistola que encontrasteis en el bar os sirve de nada. Por el calibre es casi seguro que fue la que convirtió la rodilla de Rodrigo en una hamburguesa cruda (aunque falta el examen de balística, no tienes la menor duda de que vaya a dar positivo): pero no hay huellas en ella, ni una sola. Claro que don Impasible pudo haber llevado guantes, pero ¿cómo se deshizo de ellos? No pudo salir del local para tirarlos antes de que llegaseis y, desde luego, es poco probable que se los haya comido.

Así que tendréis que dejarlo marchar, y eso hace que te rechinen los dientes. No importa que Rodrigo esté mucho mejor en un hospital que en la calle, o que 3a mayoría de los muertos fueran matones a los que nadie va a echar de menos. No. Eso es trivial. Lo que importa es que este tipo ha quebrantado la ley, ha herido seriamente a una persona y es posible que matado a dos o tres más y dentro de poco saldrá por la puerta de la comisaría tan inocente como un recién nacido. Como mucho podréis citarlo como testigo cuando la causa se instruya, pero nada más.

–Yo he terminado, Paula –te dice Rodríguez, cuyo repertorio interminable de preguntas parece haberse acabado por fin–. ¿Tienes algo más que preguntarle?

Te acercas a él. Ha vuelto a cambiar de postura, cruzando una pierna sobre la otra y con los dedos de las manos entrelazados. Continúa mirándote y el asomo impreciso de una sonrisa flota fugaz en la comisura de sus labios.

–Sólo una cosa –empiezas, aunque en realidad no se te ocurre qué decir.

Rodríguez ya ha cubierto con su meticulosidad habitual todo el abanico posible de preguntas y no ha servido para nada. Pese a todo sientes la necesidad de hablarle, de hacerle comprender que no te ha engañado ni por un momento y que en cuanto cometa un solo error saltarás sobre su cuello.

–No tenemos ningún cargo contra usted, aunque supongo que eso ya se lo habrá dicho mi compañero.

Él asiente.

–No sé por qué hizo lo que hizo. A lo mejor se cree una especie de vengador justiciero. No me importa. Ni me importa tampoco cómo se las ha arreglado para que los demás implicados no pudieran identificarlo o para no dejar huellas en el arma. Pero escuche una cosa: yo sé lo que hizo. Y si lo vuelve a hacer acabaré con usted. ¿Me ha comprendido?

–Perfectamente, agente. –Y por primera vez su voz suena distinta. Tranquila, por supuesto, igual que ha sonado durante las pasadas horas, pero hay en ella una calidez que antes estaba ausente–. La entiendo del todo. Créame si le digo que siento el mayor de los respetos por su trabajo y que lo último que deseo es ser una molestia para usted.

–Y un carajo –respondes.

Y te das media vuelta y le dices a Rodríguez que le devuelva sus cosas y lo deje marchar después de firmar una declaración.

Sales de la sala de interrogatorios hirviendo de furia. El muy cabrón no sólo va por ahí pegando tiros impunemente sino que encima se te ríe en las narices. Muy bien, de acuerdo, eso vamos a verlo, piensas, y te detienes en medio del pasillo. Te das cuenta entonces de que todos te miran, de que tu rostro debe de ser una máscara de frustración y tu respiración un jadeo de rabia. Así que procuras tranquilizarte, te acercas a la máquina de café y te sirves uno, tratando de no pensar en otra cosa que en el sabor metálico de la bebida caliente que se desliza por tu garganta.

Cuando vuelves a la sala de interrogatorios, Rodríguez ha hecho lo que le has pedido y el tipo ya está en la calle.

–Un cabrón listo, ¿eh? –te dice.

–Ya veremos –respondes.

Rodríguez se limita a enarcar una ceja y re deja sola en el pequeño cubículo de paredes ínsonorizadas. Te sientas en la mesa, sacas un cigarrillo y, a medida que lo vas consumiendo, consigues calmarte.

Nadie se ríe de mí, piensas. Nadie. Hace tiempo que no, al menos. Y ese tipo no va a ser una excepción.

Las máscaras del drama

Aquella noche Paula se acostó de mal humor. Ni siquiera la inverosímil pareja de policías que Gibson y Glover representaban con convicción consiguió tranquilizarla como había hecho siempre, y apagó el televisor a mitad de la película. Se metió en la cama con la seguridad de que no lograría dormir y, en efecto, pasó la mitad de la noche dando vueltas malhumoradas entre unas sábanas que se habían convertido en un territorio hostil. Luego, no recordaba cuándo, su mente se rindió y descendió los primeros peldaños del sueño casi con prisa, como si quisiera aprovechar al máximo las horas que le quedaban antes de que el despertador la sacara de allí con su pitido irritante.

Soñó con un pueblo bajo las estrellas, en una noche que no parecía terminar jamás, como si el sol aún no hubiera sido construido. Soñó con una tormenta de nieve, de la que salía un desconocido alto, delgado y pálido que se le acercaba.

–¿Otra vez tú? –le decía.

Y Paula ignoraba de qué estaba hablando, pero cuando las manos del desconocido recorrían su cuerpo reconocía aquel toque, como si su tacto tuviera memoria más allá de sus recuerdos conscientes.

Fuera los lobos aullaban y la luna era un juguete hinchado a punto de reventar. Y Paula y el desconocido volvían a ser amantes, rivales, enemigos, como lo habían sido siempre, como siempre lo serían.

Despertó mucho antes de que sonara el despertador, con el recuerdo del sueño claro y preciso en su memoria. Miró la hora sobre la mesilla de noche: demasiado temprano para levantarse, demasiado tarde para volver a dormir. Permaneció acostada, con la luz del flexo como única compañía, saboreando las imágenes del sueño como los restos de una comida agradable que aún permanecen en nuestra boca.

Hasta que sonó el despertador no recordó que en el sueño ella era un hombre.

Odiaba el gentío que se arracimaba en los aeropuertos, como hormigas indecisas en un hormiguero, buscando una entrada que habían olvidado. No soportaba el rumor de las conversaciones casuales, la falsa cordialidad de los empleados de las líneas aéreas ni la arrogancia mal disimulada de los policías. Era un misántropo, lo sabía, y sabía que había sido educado para serlo casi desde su nacimiento. En realidad le gustaba ser así.

Por esa misma razón cada encuentro con su hijo lo hacía sentirse incómodo. Ya el mismo hecho de relacionarse con un extraño que había robado parte de sus rasgos resultaba inquietante, pero lo que en realidad le incomodaba era la grosera extraversión que el joven Vito había adoptado casi como una bandera.

Alzó la vista mientras terminaba de liar un cigarrillo: el vuelo llegaría al cabo de otros quince minutos, otro interminable cuarto de hora de espera entre desconocidos por los que no era capaz de experimentar compasión. Era un pecado, quizá su único pecado en una vida entera dedicada al servicio de Dios, pero a veces temía que esa única falta le impidiera la visión del Cielo. ¿Acaso no lo había dicho San Pablo: «si no tengo caridad, no soy nada»?

¿No es suficiente con cumplir lo que se espera de mí?, pensó. *¿Con actuar y obedecer sin permitirme dudas ni vacilaciones?*

No, Dios no se conformaba con poseer los actos y los pensamientos de Sus criaturas: sus emociones también debían ser Suyas y en eso, lo sabía bien, había fallado. No sentía amor, no lo había sentido nunca, ni por sus compañeros ni por los extraños que abarrotaban el aeropuerto; y desde luego, mucho menos por su hijo.

Encendió el cigarrillo y aspiró su humo acre y casi desagradable como si estuviera recibiendo una transfusión. Durante un instante no hubo otra cosa que el cigarrillo y él mismo: el humo en sus pulmones, el tacto del papel de liar en la comisura de sus dedos, tas volutas de un gris amarillento que se elevaban en dirección al extractor de aire, la mancha en su índice que delataba más de cuarenta años de vicio. Pero el

momento pasó como había llegado y de nuevo fue un hombre que abandonaba la mediana edad casi con prisa y se encontraba solo en mitad de un aeropuerto repleto de gente.

Terminó el cigarrillo y ya liaba otro cuando los altavoces anunciaron la llegada del vuelo de su hijo. Aún disponía de unos minutos: tendrían que desembarcar, recoger el equipaje y pasar por la aduana, así que podía fumar éste con tranquilidad. Sin embargo no lo hizo. Deshizo el delicado cilindro casi con saña y esparció la picadura sobre el cenicero. Echó a andar fuera de la zona de fumadores, evitando mirar fijamente a ningún punto frente a él. Nadie encontró nada raro en aquel hombrecillo de espaldas cargadas y andar extrañamente decidido. El alzacuellos no llamaba demasiado la atención en una ciudad como Roma, repleta de sacerdotes.

Poco después se encontraba contemplando a un inquietante reflejo de sí mismo que lo saludaba con una amplia sonrisa mientras atravesaba la puerta automática. Vito era más alto que él, más ancho de hombros y con más vitalidad de la que él había tenido jamás, pero su rostro lo delataba casi como un estigma.

–El Señor esté contigo –dijo el joven al llegar a su altura. Hablaba en italiano.

–*Et cum spiritu tuo* –respondió él usando el latín de sus años de seminario–. ¿Has tenido un buen vuelo? –preguntó después en italiano.

Vito se encogió de hombros.

–Rutinario.

–¿Y la misión?

–Llevada a buen término. Con la ayuda de Dios, naturalmente.

La voz de Vito siempre estaba al borde del sarcasmo cuando hablaba del Creador; pero nunca daba el paso definitivo, y él no se atrevía a comentarle nada.

–Estarás cansado.

–No mucho.

La conversación parecía haberse agotado de repente, como le sucedía cada vez que tenía que soltar el racimo de trivialidades que componían los primeros minutos de charla entre dos hombres.

–¿Hay algo nuevo? –preguntó de pronto Vito, ahorrándole el esfuerzo de tener que sacar el tema por sí mismo.

–En realidad sí.

Vito asintió, recogió la pequeña y pulcra bolsa de viaje que era todo su equipaje y señaló en dirección a la salida.

–¿Qué tal si me lo cuentas de camino a la ciudad?

Él asintió y ambos recorrieron en silencio los metros que los separaban del aparcamiento. Al llegar a él Vito no pudo evitar una sonrisa ante el viejo y destartalado Volkswagen.

–¿Cuándo lo cambiarás por un coche decente? –preguntó, como hacía siempre que veía el coche de su padre.

–Es un clásico –respondió él, también como hacía siempre.

–No. Sólo es una antigualla.

Se encogió de hombros y subió al coche. Le abrió la puerta a Vito y lo observó disimuladamente mientras entraba y se colocaba el cinturón. Alto, pulcro, con un toque de arrogancia que estaba siempre al borde mismo de lo evidente. Eso unido al sobrio traje negro y al alzacuellos tenían que hacerle irresistible para el otro sexo. Se preguntó, no por primera vez, cuántas veces su hijo habría desperdiciado su esperma sin más propósito que satisfacer sus deseos animales. Nunca se lo preguntaría, y desde luego Vito jamás se lo iba a decir: hacía tiempo, casi desde la adolescencia, que había dejado confesarse con su padre.

–Ya estás en edad de procrear –dijo. Era lo más cerca que estaría nunca de comentar el tema.

–Lo sé –respondió el joven, lacónico, mientras sacaba un paquete de tabaco rubio y encendía un cigarrillo–. ¿Quieres uno? Negó con la cabeza. El tabaco rubio en la boca de un hombre siempre le había parecido una suerte de perversión, un extraño indicio de afeminamiento.

–Hay varias hermanas que estarían dispuestas... Fue interrumpido por un nuevo y lacónico:

–Lo sé.

–Bien. Sólo quería asegurarme.

Vito apagó el cigarrillo y sonrió, pero ahora no había alegría en su sonrisa.

–No, padre, tú nunca quieres «sólo» algo. Pero no te preocupes. En su momento tendré descendencia y nuestra rama del árbol no se marchitará. En su momento. No cuando tú lo creas conveniente. –De acuerdo.

El tráfico, como siempre, era endemoniado, y posiblemente el pequeño Volkswagen era el único vehículo en toda Roma que respetaba los semáforos. En realidad eso no hacía más que aumentar el caos circulatorio.

–¿Y bien? –preguntó Vito–. Me dijiste que había noticias.

–Esta mañana he hablado con la autoridad.

–Ya veo.

–Tenemos una misión. Una que quizá sea la más importante de nuestra vida.

Era consciente de! orgullo en su voz y, aunque en seguida se arrepintió de ello, sabía también que era demasiado tarde. Lo anotó mentalmente para la confesión de aquella noche.

–¿Has recibido confirmación?

–Todavía no. La autoridad me pidió que primero escogiera el equipo. Luego, todos recibiríamos confirmación individualmente.

Vito enarcó una ceja. Normalmente, sólo el jefe del equipo recibía confirmación individual, privada, sin intermediarios entre él y los agentes de la voluntad de Dios. Que todo el grupo fuera merecedor de aquel privilegio no resultaba nada común.

–Entonces es realmente importante –dijo.

–Ya te lo he dicho.

El joven no respondió. Bajó la ventanilla del vehículo *y* apoyó el codo sobre ella.

–¿Quieres que participe contigo? –preguntó tras un rato de silencio.

En aquel momento llegaron a su destino. Aparcó el coche sin decir nada, apagó el motor y lió con parsimonia un cigarrillo. Nunca fumaba mientras conducía.

–Claro que quiero –dijo, después de las primeras bocanadas.

Su voz seguía tan tranquila como unos minutos atrás, pero había en ella un vestigio de rabia, un lejano eco de furia, posiblemente lo más cercano a la emoción que asomaría jamás a su boca.

–Al fin y al cabo eres mi hijo. Quizá sea pecar de orgullo, pero quiero que tú también te beneficies de la Gracia que nos traerá este trabajo.

–Gracias, padre.

La voz de Vito había sonado perfectamente seria, pero sus ojos brillaban burlones.

–Hijo. Hay algo que he querido preguntarte todos estos años.

–Sí, ya lo sé. Y la respuesta es sí, creo en lo que estamos haciendo. –El brillo desapareció ahora de sus ojos mientras respondía a la pregunta no formulada–. No como tú, por supuesto, pero creo en lo que hacemos.

–Bien. –Y el alivio casi asomó a su voz–. Bien –repitió.

A veces, cuando había poco trabajo, dejaba que Carlos se encargase de él, y se sentaba detrás de la barra, cogía una manoseada edición de bolsillo y fingía enfrascarse en la lectura. En realidad, sí leía, pero su

atención no se centraba en los insectos de tinta sobre la página sino en la fauna humana que llenaba el local. Hay horas en que los bares se llenan del tufo irremediable de la soledad, esas horas en las que todo parece paralizado para siempre y hasta la propia luz tiene una cualidad cansina, casi derrotada. Esos momentos eran sus favoritos y, con el libro entre las manos, su vista se deslizaba por el local con la misma meticulosidad que lo haría un explorador de territorios ignorados.

Máscaras, pensaba. Todo cuanto lo rodeaba no eran más que máscaras. Y sin embargo no había mentira en ellas, como si en lugar de ocultar revelasen, como si no fueran disfraces sino indicios. *Las personas son sus máscaras,* pensaba a veces, y se preguntaba cuántos captarían el juego de palabras implícito en la frase.

El tiempo transcurría y la soledad seguía deslizándose por el bar como un ser vivo, como un reptil al acecho. Veía a las parejas que parloteaban sin cesar para ocultar que no tenían nada que decirse, y a las que, unidas por años de incomunicación, tomaban sus bebidas en silencio, y se preguntaba cuál era la actitud más honrada de las dos. Contemplaba al hombrecillo con aspecto de contable esmerado ocupar puntualmente su puesto frente a la barra todos los miércoles a las diez en punto y abandonarlo cuatro horas más tarde, sin otro rastro de alcohol en su organismo que un brillo triste en los ojos y una indecisión casi desvalida en sus ademanes, y comparaba sus gestos con los del bufón impenitente que no paraba de atormentar con sus chistes subidos de tono a un auditorio que no conseguía no hacerle caso. Ambos comportamientos eran una pose, y no estaba seguro de cuál de los dos revelaba más sobre su dueño, cuál tenía un toque de orgullo y cuál de desvalimiento, quién estaba pidiendo ayuda y quién rechazándola.

–Eh, Remiel –le decía a veces Carlos cuando pasaba a su lado–. Llevas casi una hora con la misma página.

Él sonreía en silencio y pasaba las hojas, pero no le decía a su camarero que se equivocaba, que la página nunca era la misma, que la historia cambiaba aunque fuera siempre igual.

Contemplaba al propio Carlos, siempre de buen humor, siempre con una broma al borde mismo de aquella sonrisa de duende malintencionado, sirviendo las bebidas con ademanes felinos y naturales que, lo sabía, eran fruto de muchos años de ensayos y errores. Desconocía la mayor parte de la historia personal de su camarero, pero podía adivinarla sin mucho esfuerzo. Por supuesto, el cuento nunca era igual, son muchos los caminos que pueden llevar al mismo lugar, y Remiel se divertía fantaseando con todas las posibilidades. Tenía pistas: incluso cuando uno no es una cotorra profesional (posición que Carlos bordeaba con irresponsabilidad en más de una ocasión) no puede evitar dejar indicios sobre su pasado cada vez que abre la boca. Las propias palabras que elige para un comentario trivial pueden traicionarlo.

Sí, las máscaras podían haber sido creadas para ocultar, para proteger, pero a la larga funcionaban más como huellas que otra cosa. Incluso el hecho de haber elegido una máscara determinada y no otra era un indicio lo suficientemente claro para quien supiera mirar.

Él sabía. Llevaba haciéndolo desde hacía tanto tiempo que casi no recordaba cuánto. Casi.

Investigaciones privadas

Como siempre que se sentía furiosa o, simplemente, desorientada, sus dedos jugaban con la mariposa como si tuvieran voluntad propia. La hacían girar, la abrían –la hoja lanzaba un destello casi imperceptible–y la volvían a cerrar, todo ello sin que ella prestase atención a su mano derecha. En realidad, en aquellos momentos no solía encontrarse allí.

–Un día te vas a cortar con eso –acostumbraba decirle Rodríguez cuando entraba en el despacho que compartían y la encontraba jugando con la navaja y la vista clavada en el vacío.

Ahora leía un informe que no podía ser más rutinario y trivial, y sentía que algo no encajaba. Sus dedos demostraban su frustración sin que ella tuviera que intervenir apenas:

Remiel Stevenson, nacido en Cardiff, Inglaterra, hacía treinta y siete años y nacionalizado español veintiocho más tarde. Propietario de un bar de horario nocturno llamado Avalón y sin el menor rastro de antecedentes penales en su historial. Rodríguez, como siempre, había hecho un buen trabajo: había llegado al extremo de acudir al INEM en busca de datos de trabajos anteriores de Stevenson, algo que a ella nunca se le habría ocurrido. Su trayectoria profesional era bastante errática: nunca había trabajado para nadie, y prefería ser su propio jefe en negocios de poca monta en los que se las apañaba para sobrevivir tres o cuatro años antes de probar fortuna en otro asunto igual de anodino e inofensivo. Sorprendentemente, estaba dado de alta en la Sociedad General de Autores y su firma figuraba al pie de más de una cincuentena de artículos sobre temas bastante peregrinos y más bien tendentes a! esoterismo. En cualquier caso, nada había en todo aquello que pudiera conectarlo con el tiroteo de la semana pasada, más allá de su tendencia al color gris a la hora de elegir la indumentaria y el haber tenido la mala suerte de estar presente en el lugar equivocado en el momento menos oportuno.

Sólo que todo aquello no era cierto. Apestaba como un muerto que llevase años pudriéndose. Stevenson había iniciado el tiroteo, tan cierto como que aquel año Hacienda la iba a dejar con el culo al aire: había entrado en el bar, se había acercado a Estuardo y, después de unos minutos de charla intrascendente, le había destrozado la rodilla de un tiro. Estaba segura de ello, y la actitud del propio Stevenson durante el interrogatorio se lo había confirmado: ningún inocente se muestra tan tranquilo, tan seguro de sí mismo, tan arrogante.

Cerró la carpeta con un bufido malhumorado y se volvió hacia Rodríguez. La hoja de la mariposa brilló en su mano derecha, con un gesto casi casual volvió a ocultarla.

–Ya ves, Paula. El tipo está limpio.

–Seguro–dijo ella.

–Y aunque no lo esté, ¿qué más da?

Rodríguez se encogió de hombros, filosóficamente.

–Nos ha ahorrado un montón de trabajo mandando a todos esos chorizos al hospital.

–Y alguno al tanatorio.

–Vale, se extralimitó. El tío iba a por Estuardo, qué sé yo, igual era amigo de alguna mujer a la que el muy cabrón había hostiado. Quiere darle un susto, una buena lección para que la próxima vez lo piense antes de levantar la mano a nadie del sexo débil. –Sonrió mirando a Paula y ésta, a pesar suyo, le devolvió la sonrisa–. Usa un método algo drástico, pero desde luego eficaz. Con lo que no cuenta es con que todo el local está lleno de incondicionales, empleados y clientes de Estuardo y que en cuanto oyen el disparo se lanzan a por él. Cono, el tío se defiende como puede. Bastante suerte ha tenido saliendo sin un rasguño, no va encima a andarse con miramientos procurando no herir a nadie de gravedad. Esto no es una serie de televisión. Aquí, cuando disparas a alguien, puedes matarlo.

–¿Y ya está?

–¿Cómo si ya está?

–Me importan poco los motivos que tuviera para estar cabreado con Estuardo. De momento esto no es Estados Unidos. –No hizo caso del «por poco tiempo» que masculló Rodríguez a media voz–. El tal Stevenson quebrantó La ley, y el que la hace, la paga, ¿de acuerdo? Además, no tiene sentido. Todos le vieron y luego resulta que nadie está seguro, nadie consigue dar una identificación clara de él ni siquiera cuando lo tienen frente a frente. No, hay algo raro en todo esto. Este tío es más de lo que aparenta.

–Vale. Es Aníbal Lecter de incógnito o Sylvester Stallone de vacaciones. Me da igual. El caso está cerrado para nosotros y al comisario no le va a hacer ninguna gracia que andes hurgando en él en horas de trabajo. Tienes que ganarte ti sueldo, no sé si te acuerdas.

Paula se limitó a gruñir algo poco comprometedor y volvió a encararse con el expediente cerrado que había sobre su mesa. Lo apartó a un lado y lo depositó sobre una bandeja en la que más de un docena de carpetas

mantenían el equilibro de forma misteriosa. Guardó la mariposa en el bolsillo y durante una hora consiguió enfrascarse en el trabajo de aquel día.

A la hora de comer sacó un par de bocadillos de la máquina del pasillo y los comió en el despacho. Rodríguez la miró interrogante mientras se ponía la americana, pero al ver que ella no decía nada se fue sin abrir la boca. Ya a solas, y una vez hubo dado cuenta de los bocadillos, tomó de nuevo el expediente y se enfrentó de nuevo al cúmulo de informaciones triviales que contenía.

Lo cerró más frustrada que antes y echó hacia atrás la silla. Su padre no había criado ninguna idiota (en realidad, pensó con sorna, su padre había hecho poco más que concebirla y largarse cuatro años después! y había algo oscuro en toda aquella historia. Sin embargo, Rodríguez tenía razón, no se ganaría el sueldo investigando un asunto que estaba oficialmente cerrado.

Claro que no tengo por qué hacerlo en horas de trabajo, pensó.

Casi antes de darse cuenta estaba abriendo una vez más la carpeta y anotaba la dirección que figuraba allí como domicilio. Era la misma del bar del que Stevenson era propietario.

Bien, ¿por qué no? Incluso los policías se van de copas de vez en cuando.

Stevenson no estaba en el bar. A aquellas horas no había demasiados clientes y tras la barra había un solo camarero, un joven de unos veintitrés o veinticuatro años con un rostro en el que a veces asomaba la malicia *y* de ademanes algo nerviosos. Pidió un café y lo tomó en la mesa más alejada que pudo encontrar, por si se daba el caso de que Stevenson viniera. No llegó en toda la noche, al menos hasta que Paula decidió que ya se había hecho bastante tarde y era mejor irse a casa si no quería que al día siguiente la tuvieran que recoger con una cucharilla para sacarla de la cama. Así que pagó, se detuvo unos instantes en el umbral del bar y, después de subirse el cuello de la chaqueta, echó a andar en dirección a su apartamento en mitad de una noche que resultaba casi invernal.

¿Por qué se sentía tan furiosa? De acuerdo, la ley tenía que cumplirse, al fin y al cabo para eso se suponía que le pagaban, pero nunca se había comportado como una de esas cabezas cuadriculadas que insisten en que se cumpla hasta la última coma. Era cierto que Stevenson se había extralimitado, se había tomado la justicia por su mano, pero Rodríguez no dejaba de tener razón: nadie iba a echar de menos a los muertos, y los que había mandado al hospital estarían mucho mejor allí que fuera. No le gustaba que Stevenson hubiera salido impune de todo aquello, pero no era para tomárselo así.

Entonces ¿por qué sentía que algo le arañaba las tripas cada vez que pensaba en el asunto? ¿Por qué aquellos sueños absurdos en los que él siempre estaba presente la asaltaban cada noche desde la semana anterior? Como ayer: ella abalanzándose con una espada en la mano sobre un Stevenson cubierto de harapos, sólo para ser ensartada por un estilete que él extraía de los andrajos que ocultaban su piel pálida. Recordaba con una claridad molesta el dolor que había sentido en su pecho, la sensación de drenaje que había experimentado mientras la sangre parecía huir de su cuerpo para siempre. Y la mirada de él, como si de pronto la hubiera reconocido y lamentara haber hecho lo que ella le había obligado a hacer.

–¿Otra vez? –preguntaba él.

Y por unos instantes su visión y su sueño no eran más que un manchón negro e informe, hasta que volvía a abrir los ojos y lo veía sobre ella, vendando su herida y obligándola a tragar algo caliente y espeso que la reanimaba. Los ojos de ambos se cruzaban y el reconocimiento en sus miradas era casi como una corriente eléctrica que circulase entre ambos.

–¿Por qué no me has dejado morir? –preguntaba ella.

Él se encogía de hombros.

–No sé. La costumbre, supongo.

Así que ella se dejaba caer sobre el lecho y permitía que el sueño la fuese ganando mientras pensaba que la muerte quizá no fuera un lugar tan malo después de todo.

Nunca antes se había obsesionado por algo así. Se tenía a si misma por alguien equilibrado, con los pies en el suelo, que no permitía que sus fantasías gobernasen sus actos. Y ahora no conseguía apartar de su mente aquel desconocido pálido e impasible que la había mirado como si la conociera desde siempre. Y no sólo en sus sueños.

No importa, pensó con cabezonería. *Se me ha reído en la cara. Y nadie me hace eso.*

El pensamiento la calmó. Pero en algún lugar de su cabeza, allí donde ella misma no solía mirar, algo le decía que ése no era el verdadero motivo por el que le seguía el rastro.

Se detuvo al llegar al portal. Alguien la vigilaba, lo supo con una certeza que casi resultaba aterradora. Alguien la había estado siguiendo desde que saliera del bar. Se parapetó contra la pared y su mano derecha, en un reflejo tan automático que no fue consciente de él, echó mano a la mariposa y dejó al descubierto la hoja en un gesto rápido mientras la izquierda agarraba la empuñadura de la pistola bajo la chaqueta.

Respiró despacio, procurando hacerlo con calma, mientras sus experimentados ojos recorrían toda la calle en busca de algo extraño. Nada. Ni un movimiento, ni un sonido. La ciudad parecía haberse quedado desierta de repente. Y sin embargo presintió que no estaba sola: había alguien cerca, y la acechaba.

Sólo que no pudo ver nada. Con la misma rapidez con la que la había desenvainado, volvió a guardar la navaja y su mano se relajé en la empuñadura de la pistola.

Falta de sueño, eso es todo. Tengo los nervios a flor de piel. Pero la explicación no consiguió tranquilizarla, no del todo, y aún miraba por el hombro mientras abría el portal. Ya dentro, no encendió la luz, y esperó en la oscuridad al ascensor. *Esto es una tontería.* Sin embargo, en aquel momento nada en el mundo la podía haber convencido de que encendiera la luz.

La niña estaba sola en el parque, apartada de los demás chiquillos, y Paula tuvo la molesta sensación de que le resultaba incómodamente familiar. *Tonterías, yo nunca he sido así.* Pero el pensamiento resultaba cualquier cosa menos tranquilizador y lo apartó a un lado con demasiada prisa, con una vehemencia demasiado crispada para resultar natural.

La niña dibujaba algo en la arena del parque y a veces alzaba la vista, recorría con aquellos grandes ojos asustados los columpios, el tobogán, el ridículo tren que nunca iría a ninguna parte, sólo para seguir después trazando jeroglíficos sin otra ayuda que un trozo de madera.

Paula se le acercó despacio, casi con miedo. En realidad no le gustaba lo que iba a hacer: iba a utilizar a aquella chiquilla para tenderle una trampa a su madre. *Demonios, en cierto modo la culpa es de Rodríguez.* Había sido su comentario sobre que Stevenson quizá actuara como anónimo vengador de alguna de las víctimas de Estuardo lo que la había traído allí. Resultaba absurdo: no podía imaginarse a alguien como él atraído por Clari–ta, con su vulgaridad y su exceso de maquillaje mal aplicado, pero era una idea que no podía quitarse de la cabeza. Y si Clarita había tenido algún tipo de relación con Stevenson, quizá la niña lo supiera.

–Hola –dijo, procurando que su voz sonara lo más tranquila y cordial posible. Tuvo un éxito moderado.

La niña *(Sara, se llama Sara,* se dijo a sí misma recordando lo leído en el expediente) alzó la cabeza y el temor brilló en sus ojos con una intensidad casi dolorosa. En seguida sus manos se convirtieron en un amasijo frenético sin otro propósito que no dejar la menor huella de sus anteriores manejos sobre la arena.

–Hola –repitió Paula.

–No estoy sola –dijo ella–. Mi papá vendrá pronto.

Sí, en cuanto le den el alta.

–Ya lo sé. Estoy buscando a alguien que creo que es amigo de tu mamá. ¿Podrías ayudarme?

Tenía la sensación de estar haciéndolo rematadamente mal: su tono y sus palabras eran como una imitación chirriante y sin convicción de un parloteo infantil. *¿Cómo se trata a los niños?,* se dijo. *¿De qué manera se les habla?*

La niña, mientras tanto, había hecho un gesto con la cabeza.

Paula no supo si tomarlo o no por un asentimiento, decidió que era mejor hacerlo así *y* siguió hablando.

–Mira, es éste.

Extrajo la foto que había sacado del expediente y se agachó hasta que su cabeza estuvo a la altura de la cabeza de la chiquilla. Tenía un rostro alargado, casi hermoso, con unos ojos grandes que habrían resultado encantadores de no estar permanentemente habitados por el pánico.

–¿Lo conoces?

Ahora el gesto fue bastante explícito. Una negativa.

–¿Estás segura?

–Claro. Mi mamá no tiene ningún amigo así.

–Ya veo, gracias.

Se incorporó y por unos instantes luchó contra la tentación de revolverle el pelo. Eso era lo que se les bacía a los niños, ¿no? Luego recordó cómo había reaccionado al oír su voz y supo que tocarla era lo peor que podía hacer. *Al fin y al cabo su padre ya lo hace bastante.* Dio media vuelta y echó a andar fuera del parque.

–Pero yo conozco a alguien que se le parece –dijo la niña.

–¿Cómo?

–Sí. Se parece a ese hombre.

Señalaba la foto que Paula aún llevaba en la mano.

–¿Pero no es él?

–Claro que no. Éste es mucho más feo. Stevenson no era ningún dechado de belleza masculina, pero desde luego no podía ser descrito como feo. Paula miró la foto y durante el siguiente minuto fue incapaz de moverse o hablar. Hasta entonces había contemplado la foto de forma distraída, dando por supuesto que pertenecía al mismo hombre al que había interrogado. Pero no lo era. Oh, desde luego, el parecido estaba ahí, las facciones alargadas, el pelo negro veteado de gris, la tez pálida, pero allí acababan los parecidos. Aquel tipo de la foto carecía de la vitalidad, de la tranquila arrogancia que había percibido en Stevenson; en realidad casi se parecía más a un pez muerto que a un hombre, como si no hubieran fotografiado a una persona sino a una máscara no muy bien construida.

–Y es amigo mío, no de mi mamá.

La voz de la niña la llevó de vuelta al mundo real.

–¿Cómo?

Sara le repitió lo que había dicho.

–¿Y puedes ayudarme a encontrarlo?

La niña se encogió de hombros.

–No sé dónde vive. Pero a veces viene por el parque. Le conté... tú no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Paula no tenía ni idea de lo que estaba diciendo la niña, pero consiguió articular un *claro que no* con la suficiente convicción.

–No, no lo harás. Tú... –Los ojos de Sara habían perdido el brillo de temor. Estaba seria, como si hubiera descubierto algo de vital importancia–. Claro. Tú eres amiga suya.

–Sí, eso es–dijo Paula, procurando alejar la sensación de incomodidad que le causaba la mentira.

–Sí, lo eres. –La niña sonrió y sus ojos se iluminaron por primera vez desde que Paula había llegado al parque–. Le conté que a veces me porto mal y papá tiene que castigarme. Soy muy mala, ¿sabes? Pero él me dijo que no me preocupara, que papá ya no me castigaría más.

Seguro que no. Por lo menos mientras esté en el hospital.

–No sé cuándo volverá. Pero le puedo decir que le estás buscando.

–Eh... no, mejor que sea una sorpresa, ¿no crees?

–Pero, si no le digo que le buscas, ¿cómo os vais a encontrar?

–No te preocupes. Ya... eh... –No se le ocurría nada convincente que decir–. Lo encontraré, de verdad.

–Entonces ¿no quieres que le diga nada?

–No.

–Vale. –Y el asunto pareció perder todo interés en la mente de la niña–. ¿Quieres ver mis dibujos?

No. *no quiero ver ningún dibujo. Tengo muchas cosas que hacer y no puedo perder el tiempo con las cosas que hace una cría de cuatro años con un palo en la arena.* Pero lo que dijo fue:

–De acuerdo.

Se agachó y durante la siguiente media hora se encontró perdida en un mundo incomprensible, en el que un arabesco sin sentido era un caballo y lo que parecía un laberinto sin salida resultaba ser la jungla, y una forma erizada de aristas y carente de simetría, un monstruo. Y todos juntos formaban una historia, tan falta de racionalidad, de consistencia, como los propios dibujos que la narraban. Y sin embargo había algo fascinante en todo aquello, como si de algún modo que no lograba comprender despertase ecos en su memoria que había creído dormidos para siempre.

–Y éste es tu amigo –dijo de pronto señalando un conjunto de líneas estilizadas y casi paralelas.

No tenía ni idea de por qué lo había dicho, pero Sara sólo contestó:

–Sí, claro.

Y siguió relatándole la historia hasta que las sombras alrededor de ellas parecían animales al acecho dispuestos a devorarlas. Sólo entonces Sara alzó la vista de lo que estaba haciendo y dijo:

–Tengo que irme a casa.

Borró lo que sus manos habían trazado en la arena y se incorporó.

–¿Vendrás otro día?

–Claro, si puedo.

–Está bien.

Por un instante ambas parecieron indecisas, incómodas, como si hubiera algo que las dos desearan hacer pero ninguna se atreviera.

–Bueno, adiós –dijo la niña.

Dio media vuelta y, sin esperar respuesta, salió del parque.

Paula quedó allí largo rato, sentada en la arena, contemplando el suelo a sus pies, con la mente llena de un maremágnum de figuras incomprensibles y sin objetivo que sin embargo le resultaban tan familiares como si le pertenecieran.

Más tarde, aquella misma noche, no hacía otra cosa que darle vueltas a la fotografía, mirarla una y otra vez desde todos los ángulos posibles y preguntarse cómo podía haber pensado por un solo instante que aquel rostro sin vida pertenecía al mismo hombre que había respondido a las preguntas de Rodríguez con una arrogancia tan distante como llena de fuerza.

No tenía sentido. Nada de todo aquello tenía sentido. Stevenson entraba en un bar en pleno día, le disparaba a alguien un tiro a la rodilla a la vista de todos y ni un sólo testigo era capaz después de identificarlo, ni siquiera la víctima. La pistola que había usado no tenía rastros de huellas dactilares y, por si fuera poco, la policía le sacaba una foto en la que había un rostro que, aunque se le parecía superficialmente, no era el suyo ni por asomo. ¿Qué estaba pasando, qué demonios estaba ocurriendo?

Procuró no pensar en sus sueños, en la sensación de reconocimiento que tenía cada vez que se acordaba de Stevenson, en la forma en que la niña había dicho que era amiga suya, como si fuera algo tan evidente que no mereciera la pena mencionarlo.

Intentó no pensar en la extraña rabia que la había invadido en el momento mismo en que vio a Stevenson sentado en la sala de interrogatorios, respondiendo a las preguntas de Rodríguez con tanta calma que no parecían dirigidas a él sino a otra persona.

Trató de no pensar en unas figuras sin sentido trazadas en la arena, en unas imágenes que más allá de su carencia de significado parecían capaces de conjurar recuerdos que ni siquiera sabía que tenía. Fracasó.

«Shigata ga nai»

A Carlos le caía bien Remiel. Le parecía un tío raro, pero llevaba trabajando como camarero desde los diecisiete años y en aquel tiempo había visto las suficientes cosas para que las peculiaridades de Remiel le pasaran casi desapercibidas. De hecho, en comparación con algunos de los jefes que había tenido, era un tipo casi normal.

La profesión que había elegido no era la más adecuada, eso saltaba a la vista. Remiel era la última persona a la que imaginarías como propietario de un bar. Sin ser antisociable tampoco era alguien que disfrutase excesivamente de la compañía de los demás y, desde luego, no se desvivía por darles palique a sus dientes. Eso prefería dejárselo a Carlos. Cuando había demasiada gente le echaba una mano y era rápido y eficiente preparando y sirviendo las bebidas, pero normalmente se acodaba en una esquina tras la barra, abría un libro y fingía leerlo.

Eso engañó a Carlos un par de semanas, hasta que empezó a darse cuenta de que el libro nunca era el mismo y que solía abrirlo por una página al azar. Remiel usaba los libros como un escudo, como una excusa para dedicarse a su afición de contemplar a la fauna humana. Y, desde luego, en el Avalón había fauna interesante que contemplar. Cualquier bar la tiene, por normal que sea su clientela, y el Avalón no se distinguía precisamente en ese aspecto. En apariencia no había nada fuera de lo corriente: un par de pesados y la cuota habitual de solitarios que preferían estar entre una multitud que no les hacía caso a hablar con las paredes desnudas de su casa. Por lo demás gente que iba a tomarse un café o unas copas y a charlar con sus amigos. Y en medio de éstos, tan tranquilos que pasaban desapercibidos para un observador casual, los raros de verdad. Carlos no tenía muy claro por qué los catalogaba así, pero algo en lo más hondo de su mente le decía que aquella gente no era precisamente lo que parecía, que había en ellos algo que no terminaba de encajar del todo. No tardó en darse cuenta de que era precisamente en ésos en los que Remiel centraba su atención. De hecho, las pocas veces que condescendía a entablar una conversación con sus clientes era siempre con alguno de los del grupo que Carlos llamaba los «bichos raros».

Al principio no le había dicho nada a Remiel. El sitio estaba bien, la paga era buena y el trato cordial. No tenía ganas de perder un buen trabajo metiéndose en lugares a los que no le habían invitado. Pero si había algo contra lo que Carlos no podía luchar era contra su propia curiosidad y, poco a poco, empezó a dejarle caer alguna insinuación a su jefe. Al principio comentarios de lo más inocuo, como:

–Eh, tío, llevas una hora leyendo la misma página. Te la debes de saber de memoria.

Lentamente fue atreviéndose a mostrarle hasta qué punto había seguido su juego. A veces, cuando se daba cuenta de qué grupo en concreto captaba la atención de Remiel, se acercaba a él y le susurraba;

–La Trinidad Evangélica tiene hoy una buena bronca, ¿no? Los llamaba así desde que descubrió que uno era budista zen, el otro mormón y el tercero ateo y que los tres se tiraban la noche entera discutiendo de religión.

Remiel se limitaba a sonreír fugazmente o asentía de forma imperceptible, pero nunca le respondía nada de manera directa. Tampoco parecía enfadarse o tomárselo a mal, así que Carlos siguió con sus comentarios:

–Hoy la bruja parece un poco deprimida.

A lo que Remiel negaba con la cabeza o se encogía de hombros, como si aquello no fuera con él.

Un día, mientras estaba cerrando. Remiel se le acercó y le dijo que lo dejara, que ya terminaría él de limpiar el local.

–¡Estás seguro? No tengo ninguna prisa por irme a casa.

–Estoy seguro.

–Como quieras.

Así que había vaciado un cenicero, más por costumbre que por otra cosa, se había lavado las manos y se había puesto la chaqueta. Ya llegaba casi a la puerta cuando Remiel lo detuvo.

–Toma. Me gustaría que tuvieras esto.

Le tendía un libro, una gastada edición de bolsillo que parecía haber sido leída centenares de veces. Carlos no supo qué hacer o qué decir hasta pasado un buen rato.

–No sé, tío –dijo al fin, incómodo–. Esto de leer no es lo mío.

–Carlos –le respondió Remiel–, no me importa que sepas leer o no. Pero es irritante que no te tomes la molestia de aprender a pensar.

No tenía la menor idea de qué estaba hablando, pero algo en sus ojos te dijo que era mejor que cogiera el condenado libro y se fuera de allí. Al salir vio que había alguien en la puerta. Era la mujer a la que él llamaba la bruja, no sabía muy bien por qué, aparte de por cierto destello indefinible que había sorprendido una tarde en su mirada y del que no había podido librarse en varios días.

A la media docena de pasos se volvió y vio que la bruja ya no estaba en la puerta del bar. No hacía falta ser un genio para suponer que había entrado.

Pensaba devolverle el libro sin haberlo leído, con algún comentario poco comprometedor y lo bastante carente de entusiasmo para que Remiel perdiera todo interés en continuar su educación. Demonios, si hubiera querido ser una rata de biblioteca habría terminado el instituto o habría ido a la universidad.

Pero aquella noche no podía conciliar el sueño y, ya que estaba en vela, abrió el libro y empezó a hojearlo. Eran cuentos, ninguno demasiado largo, y pensó que podía leer un par de ellos antes de dormirse, y así ni siquiera tendría que mentirle a Remiel cuando le preguntase si lo había leído. Se saltó la introducción del autor (por si no fuera poco haber escrito los cuentos, encima el tipo tenía que hablar sobre ellos) y empezó a leer sin demasiado interés.

El primer cuento lo dejó perplejo. Hablaba de una biblioteca infinita donde estaban todos los libros del mundo, incluidos algunos que no tenían sentido. No sabía qué pensar de todo aquello, pero sentía una extraña necesidad dentro de sí, como si esa historia absurda sobre un bibliotecario sin esperanzas hubiera despertado en su interior un ansia que nunca había sentido. Siguió leyendo, y se encontró con historias que hablaban de hombres que eran soñados y hombres que escribían libros que eran laberintos y hombres que carecían de la bendición del olvido, de la muerte o de ambas, y hombres que intentaban escribir de nuevo el *Quijote,* como si la primera vez no hubiera sido ya bastante difícil.

Apenas durmió aquella noche, pero terminó el libro.

Se lo llevó a Remiel la tarde siguiente y se lo devolvió con cierto nerviosismo. Remiel no le preguntó si lo había leído o le había gustado, se limitó cogerlo con sus pálidas manos y a ponerlo bajo el mostrador. Aquella noche, a la hora de cerrar, le dio otro libro. Carlos se lo tomó con más calma y se lo devolvió la semana siguiente.

Pronto, aquello se convirtió en una rutina. Siempre sin decir nada, Remiel le prestaba un libro y, siempre sin decir nada, lo recogía cuando Carlos lo había terminado. Historias de ciudades perdidas, de fantasmas atormentados por familias de turistas, de mundos perdidos en el espacio, de hoteles encantados, de niñas que cruzaban los espejos, de casas situadas en el confín mismo de la Tierra, de pulcros y petulantes británicos que daban la vuelta al mundo, de antiguos griegos que se perdían de camino a casa, de niños que nunca bajaban de los árboles, de estatuas de príncipes de las que se enamoraban las golondrinas, de tres mosqueteros que en realidad eran cuatro.

Remiel jamás le preguntaba si le había gustado un libro en concreto, como si lo supiera de antemano. Y algo en su actitud le impedía a Carlos comentarle nada.

Rodrigo Estuardo chapoteaba en mitad de lo que parecía una sopa espesa. A veces abría los ojos, pero tardaba en reconocer lo que había a su alrededor: las paredes blancas, el diminuto televisor casi a la altura del techo, un objeto de inverosímil color plateado que lentamente conseguía identificar como una bacinilla.

El hospital. Estoy en el maldito hospital.

Conseguía mantener la consciencia unos cuantos segundos, a veces casi un minuto entero. En esos momentos notaba algo sordo y distante en la rodilla, un latido molesto del que no conseguía desembarazarse, pero en seguida volvía a caer en el sopor y la habitación se borraba lentamente de su vista. Las aguas del delirio lo capturaban en un abrazo espeso y tranquilo y él nadaba por ellas como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Había una habitación y un hombre delgado y pálido que sonreía mientras sostenía una pistola en su mano. Y miles de matones que intentaban liquidarlo. Pero el hombre, impasible, aguantaba de pie la andanada de balas y, despacio, alzaba el brazo armado. Podía ver con una nitidez cruel el punto de mira, el oscuro agujero del cañón apuntando directamente a su rodilla. Había un fogonazo y entonces todo lo que lo rodeaba se convertía en un universo vertiginoso de exquisito dolor. El hombre no dejaba de sonreír, pero se agachaba y empezaba a hablar con alguien que había en el suelo. De algún modo presentía que eso era importante, que era vital, y se las apañaba para mantener el dolor lo más alejado posible mientras bajaba la vista para ver con quién estaba hablando. Era Sara, su hija, que trazaba con un palo dibujos sin sentido en la sangre que empapaba el suelo.

–Hola.

La voz lo sacó de sus ensoñaciones con una rapidez casi brutal. Abrió los ojos, parpadeó mientras la imagen se iba enfocando y entonces lo vio de pie frente a él: aquel mismo rostro delgado e impasible, aquella media sonrisa que parecía más peligrosa que un arma, aquel brillo en los ojos grises.

No he despertado. Sigo soñando.

Pero todo lo que le rodeaba era demasiado real y prosaico para ser un sueño. Sin atreverse a mover un solo dedo vio cómo el recién llegado cogía una silla y la acercaba a la cama, se sentaba en ella y adoptaba una postura indolente mientras encendía un cigarrillo. No dejaba de mirarlo ni un solo instante.

–No te molestes en pulsar el timbre. No vendrá ninguna enfermera.

Por segunda vez en más de treinta años Rodrigo Estuardo sintió miedo, el mismo miedo que había experimentado cuando aquel hombre, en el tono que podía usar para decir que lo amaba, le había preguntado si le gustaba golpear a las mujeres.

–¿Qué quieres? –preguntó.

Notó su voz pastosa, pero supo que no era por los tranquilizantes o las medicinas, sino por puro y simple pánico.

–He venido a transmitirte un mensaje –dijo Remiel. No había la menor amenaza en su tono o sus ademanes, pero eso sólo puso más nervioso a Rodrigo–, Eres un bastardo hijo de puta, y posiblemente me costaría varios años de trabajo encontrar en ti algo que mereciera la pena. Claro que eso no importa. El mundo está lleno de personas mucho peores que tú y no me meto en sus asuntos.

Guardó silencio y durante varios segundos se entretuvo con el cigarrillo, como si contemplar el humo fuera más importante que lo que lo había traído hasta allí.

–Tienes miedo. Y cuando tienes miedo golpeas. Normalmente a aquello que te da miedo, siempre que sea más débil que tú. Puedes seguir haciéndolo. Me importa poco si matas a tu puta o lisias a los camellos que trabajan para ti. No es mi problema. Pero la próxima vez que le pongas un dedo encima a Sara convertiré en carne picada algo más que tu rodilla.

Se incorporó y arrojó el cigarrillo al suelo. Lo apagó de un pisotón y dio media vuelta. Se detuvo a mitad del gesto.

–Que descanses—dijo dulcemente, antes de salir por la puerta.

Parecía una noche bastante interesante, sobre todo teniendo en cuenta que estaban a mitad de semana. A veces Carlos se preguntaba para qué se molestaba Remiel en abrir e! bar de lunes a jueves si las ganancias no justificaban posiblemente ni el gasto de luz o de agua. Nunca se lo había dicho a su jefe, no era idiota y prefería seguir cobrando su sueldo íntegro antes de que Remiel, en un fugaz arrebato de sagacidad, comprendiera que era mejor mantener cerrado el Avalón excepto los fines de semana.

Aquel miércoles, sin embargo, la cosa estaba excepcional–mente animada. Todos los bichos raros habituales se habían puesto de acuerdo para salir de casa aquel día y el ambiente del bar, sin estar atestado, se parecía más al de un sábado que al de un día entre semana.

Al principio no vio entrar al grupo de japoneses, estaba demasiado ocupado observando a una mujer de rostro moreno y facciones afiladas que se había sentado en un rincón y no apartaba los ojos de la barra. Carlos no se hacía ilusiones sobre sí mismo: sabía que era moderadamente gracioso y que su compañía resultaba agradable, pero era perfectamente consciente de que si la desconocida miraba hacia la barra era por Remiel y no por él. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos fue cambiando de idea. La mujer apenas prestaba

atención a la figura inmóvil de su jefe, ocupado como siempre con una manoseada edición de bolsillo, y sus ojos parecían seguir a Carlos adondequiera que fuese. Estaba tomando una decisión sobre si acercarse a ella o no cuando entraron los japoneses.

Bichos raros vale, estaba bien, era lo habitual, el Avalón no sería lo mismo sin unos cuantos, pero un grupo de ejecutivos nipones ya era un poco excesivo. Eran cuatro, pequeños, pulcros e impecablemente trajeados, y los maletines negros y los teléfonos móviles los delataron en seguida. Se preguntó de qué empresa serían y cómo, de entre todos los bares de la ciudad, se las habrían apañado para dar con el Avalón. Pidieron cuatro coca–colas (en realidad cuatro *cokes*, en un inglés con un acento impecable) y luego las pagaron con la tarjeta de crédito de uno de ellos, después de una discusión interminable sobre prioridades en una especie de seco gorjeo que debía de ser japonés. A Carlos le costó encontrar el cachivache de las tarjetas de crédito: en el tiempo que llevaba trabajando allí no recordaba haberlo usado una sola vez. Al fin dio con él y cobró las bebidas.

En seguida se olvidó de los japoneses, porque la desconocida del fondo le hizo una seña con la mano y, antes de que se diese cuenta, él había volado hasta allí. Le gustaba, había algo en ella que le resultaba inquietante y nunca había sabido resistirse a un misterio. Eso íe había traído más de un problema, y más de dos, a lo largo de su vida, pero ya estaba acostumbrado.

–;Sí? –preguntó al llegar a su altura.

–El mural –dijo ella–. ¿Quién lo pintó?

Había algo en su voz, un acento sutil que Carlos no pudo reconocer.

–La verdad es que no tengo ni idea –respondió–. Puedo preguntárselo al jefe.

–No.

Siguieron unos segundos de silencio incómodo, que Carlos aprovechó para echarle un vistazo al enorme mural que ocupaba una de las paredes del fondo. Remiel le había contado que representaba el momento en que las doncellas de Avalón recogían el cuerpo de Arturo y lo llevaban a su isla de Poniente. Recordaba bien la historia (otro de los malditos libros de Remiel) pero no terminaba de entender qué pintaban en el cuadro tos ojos hirsutos que asomaban en la maleza o las lejanas figuras que se entreveían a través de las nubes. Nunca había estado demasiado seguro de que el cuadro le gustase. Desde luego, era inevitable mirarlo y, una vez que le habías echado un vistazo, te resultaba difícil olvidarte de él, pero ¿gustarte? No lo sabía.

Volvió a la realidad, al darse cuenta de que la desconocida le preguntaba su nombre.

–Carlos –respondió él.

Había algo en ella... sí, eran los ojos. No aparentaba más de veinticinco o veintiséis años, pero sus ojos eran los de una persona mayor, anciana.

–Yo soy Judirh–le dijo–. ¿Cerráis muy tarde?

¿Una cita? ¿Era eso? Aquello sí que resultaba una novedad. Normalmente si una mujer le interesaba tenía que ser él quien se acercase a ella y se la camelase con un par de chistes y algún comentario de doble sentido (que no siempre funcionaba, ni mucho menos) y ahora se encontraba con que prácticamente le estaban dejando caer sobre el regazo la posibilidad de una cita. La sensación era... extraña.

–No, entre semana no. A las dos, como mucho.

–Comprendo.

Ella no añadió nada más y Carlos vaciló unos instantes, indeciso.

–Podemos vernos más tarde –dijo al fin.

–Seguro que lo haremos –respondió ella, sonriendo a medias, pero no parecía prestarle mucha atención.

Así que dio media vuelta y volvió a la barra. Una tía extraña, se dijo, muy extraña, posiblemente un nuevo miembro del club de los bichos raros. Vale, bienvenida, que le diesen. Pasó la media hora siguiente sirviendo alguna que otra bebida y dándoles palique a dos o tres clientes. Deliberadamente evitó mirar en la dirección de la mujer. Sus ojos, sin embargo, parecían tener otras ideas y, antes de que él pudiera intervenir para impedirlo, ya habían lanzado una mirada de reojo hacia donde ella estaba. NO había nadie en la silla.

En aquel momento vio que Remiel le hacía una seña. Había dejado de leer y tenía el libro cerrado sobre el regazo, con el índice marcando una de las páginas.

–¿ Qué pasa ?

–En primer lugar, mantente impasible, como si estuviera comentándote algún asunto normal del bar.

¿Qué coño le pasaba a todo el mundo aquella noche? ¿Se habían vuelto todos locos? Pero Carlos, acostumbrado a las rarezas de Remiel, sólo dijo:

–Está hecho.

–Muy bien. Vuelve a la barra, espera unos treinta segundos y luego acércate al teléfono. Marcas el 091 y dices que vengan aquí a toda prisa, que un grupo de japoneses se han vuelto chiflados y están masacrando a toda la clientela.

Aquello ya era demasiado. ¿Qué clase de broma...? Pero el rostro de Remiel estaba tan serio que, por un instante, casi le dio miedo.

–¿Qué...?

–Haz lo que digo y no preguntes, Carlos. Y sobre todo no te acerques a los japoneses ni los mires. Vamos, hazlo.

La última palabra fue como un latigazo y Carlos se encontró a sí mismo dando media vuelta, volviendo a la barra y contando hasta treinta entre dientes. Luego se acercó al teléfono. Se sentía ajeno a todo aquello, como sí no fuera él sino otra persona quien estuviera marcando el número de la policía y contando una historia, que nadie en su sano juicio podía tragarse, a la persona que lo atendía al otro lado de la línea. En cierto modo era como ver una película en la que era protagonista y espectador al mismo tiempo.

De alguna manera (no sabía muy bien cómo) se las apañó para resultar convincente y colgó el teléfono con la promesa de que la ayuda ya estaba en camino. Fue en ese mismo instante cuando se desató el infierno.

Carlos vio pasar algo brillante a su lado y se volvió a tiempo para ver cómo Remiel saltaba del taburete al suelo y desde allí reptaba en busca de refugio con una rapidez que no habría creído posible. Tras el lugar donde había estado observó algo clavado en la máquina de café y, por un instante, no dio crédito a lo que veían sus ojos. Un *shuriken.* ¡Un *shuriken*!

Oyó un grito y al volverse se dio cuenta de que los cuatro pulcros y tranquilos yupies orientales se habían transformado en una manada de ninjas vociferantes que extraían de sus maletines el arsenal más variopinto que Carlos había visto en su vida: *shurikens, nunchahus,* espadas cortas, mazas... Aquello no podía estar pasando: se había quedado dormido y estaba soñando con una película barata de artes marciales.

En aquel momento alguien le tiró de la manga y lo arrastró hacia el suelo.

–No te muevas de aquí –oyó que le decía Remiel, mientras se incorporaba con una botella en cada mano y daba un salto en dirección a aquellos japoneses chiflados.

Carlos fe hizo caso, encontró un rincón más o menos protegido entre dos bidones de cerveza y allí se hizo un ovillo mientras el local se convertía en un pandemonio de gritos, música a demasiado volumen y ruido de cristales al romperse. No muy lejos alguien salmodiaba una letanía incomprensible en lo que parecía un lenguaje alienígena; el cántico fue interrumpido por lo que sonó como el chasquido de un rama al quebrarse. Se oyó algo sin sentido pero cuyo tono lo delataba como una maldición.

Y luego, las sirenas de la policía, como la caballería en las películas de vaqueros llegando al rescate en el último momento. Y un rostro pálido y cubierto de sudor que se asomaba al escondite de Carlos y decía:

–Ya puedes salir.

Se incorporó. Una docena de agentes uniformados entraban en el local. Los cuatro japoneses eran un guiñapo en el suelo manchado de sangre, cristales rotos y licor, y lo único en lo que pudo pensar Carlos al ver aquello era que de cerrar aquella noche a las dos ni hablar: le esperaba una buena cantidad de trabajo limpiando del suelo toda aquella porquería.

Remiel, de pie en el umbral de la puerta, se hacía a un lado para dejar pasar a la policía y soltaba lo que llevaba en las manos: aparentemente nada más peligroso que dos botellas medio rotas. Los policías de uniforme

se apartaron y una pareja vestida de paisano entró en el local. El hombre en seguida empezó a ladrar órdenes. La mujer se quedó mirando a Remiel unos instantes y al fin dijo:

–Sabía que volvería a las andadas.

Remiel se encogió de hombros, como si todo aquello no fuera con él.

Carlos no sabía qué pensar. No sabía qué pensar acerca de nada. Toda la noche había sido un absurdo sin sentido y se encontraba tan perdido que hasta el más trivial de los pensamientos le resultaba algo inesperado.

La policía no había tenido más remedio que dejar en paz a Remiel. Todos los clientes habían corroborado su versión: el cuarteto de japoneses había enloquecido y Remiel se había limitado a defenderse como mejor había podido. Y había podido bastante bien. Uno de ellos tenía ambas piernas y un brazo rotos, otro estaba inconsciente con una buena brecha en la cabeza, el tercero apenas podía respirar por la presión de las costillas rotas contra su pecho y al cuarto se las había apañado para maniatarlo con sus propios *nunchakus.* No estaba mal para un tipo que no parecía tener media hostia y que sólo estaba armado con un par de botellas de Jack Daniels.

A la mujer policía aquello no le había hecho ninguna gracia.

Daba la impresión de tener un asunto pendiente con Remiel y el que no pudiera colgarle nada se le atragantaba. El hecho de que Remiel no perdiera la calma ni un solo momento durante el interrogatorio no sirvió para mejorar la situación. El policía masculino, consciente de la tensión que se estaba acumulando entre su compañera y Remiel, se acercó a ellos.

–Tenga cuidado con lo que hace a partir de ahora, señor Stevenson –dijo–. Una vez es suerte y dos casualidad. Pero tres ya empezaría a convertirse en una costumbre.

Remiel había asentido, como si oculta en el sarcasmo del policía hubiera una rara perla de conocimiento que él saboreaba con delicadeza.

Milagrosamente no hubo ningún herido entre los clientes del local. Carlos no tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero Remiel se las había apañado para mantener la situación bajo control. Bueno, siempre lo hacía, ¿no?

¿ Y por qué había mentido? ¿Por qué cuando la policía le preguntó dijo que los había llamado en cuanto se inició el ataque? Remiel no le había dicho una sola palabra, ni siquiera le había mirado en toda la noche, pero Carlos no había podido evitar la incómoda sensación de que le estaba pidiendo algo. No sabía el qué, pero aquella sensación de urgencia desapareció en cuanto le dijo aquello a la policía.

Y ahora estaba en casa y, aparentemente, en el paro. Se llevaron a los japoneses en una ambulancia y precintaron el local, y así seguiría durante un buen tiempo. Claro que eso era lo que menos le importaba en aquellos momentos. Así que Remiel resultaba casi normal en comparación con otros tipos raros que había conocido, ¿eh? Tendría que replantearse sus ideas sobre su jefe, sí, y en más de un aspecto. Recordaba la mirada que le había lanzado el único de los japoneses que había salido más o menos ileso de la refriega: con las manos todavía atadas con sus *nunchakus* se había vuelto hacía Remiel y lo miró en silencio hasta que un agente tiró de él en dirección al coche celular. Entonces, se encogió de hombros y dijo tres palabras en aquel idioma incomprensible que parecía una canción de guerra. ¿Cómo era? Sí:

–*Sbigata ga nai.*

O algo muy parecido. Lo curioso es que aquellas palabras le resultaban familiares, a pesar de que no tenía la menor idea de japonés. Había tardado en darse cuenta de por qué. Abrió el libro que Remiel le había dejado aquella semana. Sí, allí estaban, uno de los personajes las repetía una y otra vez. Significaban algo así como «no importa» o «qué le vamos a hacer». Recordaba el brillo que había asomado a los ojos de Remiel al oírlas y el mínimo asentimiento con que había respondido a ellas. Luego se había vuelto y sus miradas se encontraron por primera vez desde que había empezado aquella locura. Los ojos de Remiel parecían decirle que no se preocupara, prometerle que todo iba bien. Pero Carlos tuvo la sensación de que no era así, de que nada iba bien en absoluto.

Al menos no he tenido que limpiar la sangre, se dijo, pero el chiste no le hizo ninguna gracia.

Numerosos encuentros

A su lado su padre roncaba, indiferente al ruido del motor que jadeaba con el estrépito de un animal al borde del agotamiento. Miró por la ventanilla: las nubes casi parecían formar una tierra fantasmagórica sobre la que ellos se deslizaban.

Siempre que viajaba en avión se sentía incómodo, como si no estuviera del todo seguro de la realidad del objeto que lo llevaba de un lado a otro. Su padre se habría reído de él, con aquella ridicula fe suya en la tecnología. También habría quedado muy sorprendido, porque el avión era posiblemente el medio de transporte que más usaba Vito. Jamás comprendería que lo utilizaba precisamente por eso, que cada vez que ponía el pie en uno de aquellos aparatos se estaba probando a sí mismo. Sonrió mirando al hombrecillo que dormitaba a su lado y en aquel momento, cuando sabía que nadie le miraba, permitió que su sonrisa fuera exactamente tal como debería ser. Los labios se flexionaban, el rostro se arrugaba, pero los ojos permanecían fríos, indiferentes, como si de algún modo se hubieran desconectado del resto de la cara.

Encendió un cigarrillo y cada gesto era como el fragmento de un ritual que se supiera de memoria. Aspiró el humo del tabaco con lo que parecía placer, pero sus ojos continuaban vacíos. Pocas personas habían visto así a Vito: desde luego no su padre, ni ninguno de sus compañeros en la orden. Para ellos Vito era alguien tan lleno de cordialidad, extroversión y encanto que casi resultaba ofensivo encontrarlo en lo que, sin duda, era la orden religiosa más antigua y oscura de la Iglesia Católica. ¡Muy pocos conocían a la verdadera criatura que se agazapaba bajo aquellas maneras seductoras y aquel flirteo con la irreverencia: un animal frío y eficiente que cumplía lo que se esperaba de él sin pasión. Algunos, muy pocos, sospechaban que no era en absoluto lo que aparentaba: ¿cómo si no alguien tan joven como él podía haberse convertido en el más eficaz brazo ejecutor de la orden?

Vito era consciente de su carencia de pasiones desde muy joven. También había sabido muy pronto que tenía que ocultar su verdadera naturaleza, que la ausencia de emoción en su mirada provocaba miedo entre los otros niños y, como las bestezuelas que eran, atacaban lo que temían. Aprendió muy pronto a fingir, a utilizar su rostro y su cuerpo como un disfraz fluido que podía engañar a cualquiera.

Salvo cuando trabajaba. Sí, unos pocos habían visto la verdad tras su máscara, pero ninguno de ellos estaba vivo. Salvo... ella lo había visto, en aquella ridicula misión en el desierto. Lo notó en la mirada de la mujer cuando se separaron y su incómoda alianza llegó a su fin: ella lo había visto tal como era. Era algo que tendría que solucionar tarde o temprano; en realidad no había ninguna prisa.

Su padre se removió inquieto en el asiento, como si de algún modo hubiera percibido los pensamientos que llenaban la cabeza de Vito. Parpadeó y alzó el rostro. El viejo tenía un mal despertar, siempre lo había tenido.

–¿Falta mucho? –preguntó con la voz pastosa.

–Una media hora.

–Bien.

Se desabrochó el cinturón y se incorporó en el asiento. Vito contempló su figura menuda y nerviosa, recorriendo el pasillo en dirección a los servicios. Sabía muy bien la rutina que seguiría: saldría del servicio con un paso decidido que era tan falso como casi todo en su padre, recorrería el avión y hablaría con los otros dos miembros del comando, repartidos al azar por el aparato. Charlaría con ellos, los tranquilizaría, les infundiría la confianza que necesitaban para la misión que estaban a punto de emprender.

Confianza. ¿Realmente a los demás les hacía falta que alguien ajeno a ellos les confirmara lo que tenían que hacer? ¿No habían compartido rodos la misma visión la noche pasada?

Quizá no. Quizá no vieron nada. No era la primera vez que el pensamiento acudía a su cabeza. ¿Veían los demás lo mismo que él? ¿Habían contemplado aquella aparición hecha de luz y de furia y habían escuchado aquella voz que nada en este mundo podía producir? Todos afirmaban que sí, que habían recibido la confirmación para lo que iban a hacer en la soledad de sus celdas, pero ¿decían la verdad?

El viejo sí, sin duda él sí. Pero los demás... Vito conocía a las personas, tenía que hacerlo, porque no puedes matar eficazmente a alguien a menos que lo conozcas tan bien como él se conoce a sí mismo, y distinguía casi por instinto todas las pistas que indicaban cuándo alguien estaba mintiendo. La mirada fugitiva, el incómodo encogimiento de hombros, el picor repentino donde nada picaba. No podía asegurarlo, era la primera vez que trabajaba con los otros dos, pero algo le decía que su instinto era correcto, que su intuición de cazador no le mentía. Los otros estaban allí porque habían hecho voto de obediencia y su padre era su superior en la orden, pero realmente no creían, no habían *visto.*

Apagó el cigarrillo y se dio cuenta de que su padre volvía hacia él. Se sentó a su lado y se ajustó el cinturón de seguridad, como si aquella ridicula correa pudiera servirle de algo si Dios decidía que tenían que morir.

–He hablado con los otros –dijo–. Todo va bien.

–Claro, padre.

Volvió a mirar por la ventanilla. El avión había descendido y ahora volaban en mitad de una sopa blanca y pálida que no les permitía ver nada. A veces Vito se imaginaba así el cielo, una enorme y fría nada blanca en la que él podría flotar para siempre.

Rodríguez había intentado tranquilizarla, pero había sido inútil. Poco importaba que, en esta ocasión, todos los indicios apuntasen a que Stevenson no había tenido nada que ver con el asunto, que se había limitado a defenderse como mejor pudo. Lo único en lo que Paula podía pensar es que era la segunda vez que saldría impune, y eso hacía que el contenido de sus tripas se convirtiera en algo corrosivo y ácido y lo que parecían unas garras arañasen su garganta.

Habían precintado el local y habían permitido que los testigos se fuesen a sus casas. Stevenson, con un encogimiento de hombros, como si todo aquello no fuera con él, como si no hubiera lisiado a tres hombres y maniatado a otro con la única ayuda de dos botellas de licor, había sacado una llave del bolsillo y había abierto una puerta junto al bar. Paula no podía apartar los ojos de aquella figura delgada y tranquila que cruzaba el umbral y cerraba la puerta a sus espaldas.

Acompañó a Rodríguez a la comisaría y, con ayuda de un intérprete, tomaron declaración al único de los cuatro japoneses que estaba en condiciones de hablar. No obtuvieron gran cosa: respondía a sus preguntas con monosílabos lacónicos y de vez en cuando recitaba aquellas tres palabras que le había dirigido a Stevenson:

–*Shigata ga nai.*

Rodríguez, como de costumbre, parecía tener un repertorio prácticamente inacabable de preguntas, todas ellas precedidas por un cúmulo de adverbios, preposiciones y conjunciones que casi convertían el interrogatorio en un muestrario de la riqueza léxica del castellano: por qué, cómo, cuándo, de qué modo, cuánto tiempo, en qué lugar, con qué propósito, para qué, hacia dónde, quién... Paula permanecía en silencio, atrapada por el embrujo de la voz monótona de Rodríguez y preguntándose si cada noche, al llegar a casa, atacaría a su mujer con aquel mismo arsenal de interrogaciones. La había visto una vez, durante una comida del departamento: una mujercita menuda y callada a la que nada parecía complacer. El pensamiento resultaba tan absurdo que no fue capaz de evitarlo: Rodríguez y su esposa en la cama, cercanos al orgasmo, y él devanando las cuentas de su interminable rosario de preguntas: ¿ahora?, ¿un poco más?, ¿espero?, ¿sigo?, ¿sí?, ¿cuándo?; y ella permaneciendo en silencio, con el gesto hosco de quien está concentrado en su trabajo y recibiendo cada una de sus preguntas con la misma impasibilidad con la que aguantaba sus embates, como si ambas cosas, los signos de interrogación que poblaban el aire y los movimientos de su marido dentro de ella, fueran partes inseparables del mismo ritual de apareamiento.

Lo curioso era que Rodríguez nunca parecía complacido ni molesto por las respuestas que los interrogados le proporcionaran, como si éstas no fueran importantes, como si sólo lo fuera hacer las preguntas

adecuadas. A veces sorprendía en él un gesto complacido, casi vanidoso, ante una cuestión formulada de una forma impecable, incluso cuando ésta no obtenía otra reacción que el silencio.

Se cansó en seguida de aquel interrogatorio que no parecía tener fin y salió al pasillo a fumar. Rodríguez se le unía poco después.

–No parece que le vayamos a sacar gran cosa –dijo.

–Ya. ¿Has revisado su documentación?

–Sí. Ejecutivos de una compañía japonesa. No recuerdo el nombre, uno de esos galimatías que suenan a electrodoméstico. Estaban de vacaciones.

–No me digas nada. Creyeron que esto era París y el bar de Stevenson la atracción de los ninjas en Euro Disney.

Rodríguez sonrió a su pesar.

–Quizá. ¿Vas a poner eso en el informe?

–No voy a poner nada en el informe.

–Supongo que eso significa que me enjaretas otra vez el papeleo.

–Ahora no estoy de humor para escribir nada.

Rodríguez se encogió de hombros.

–Vale. Te dejaré una copia en tu mesa para que la firmes. Pero luego. ¿Qué tal si ahora cenamos algo?

Ella negó con la cabeza.

–No. No tengo hambre. Creo que necesito un poco de aire fresco. Iré a dar una vuelta.

Un brillo de astucia asomó a los ojos de Rodríguez.

–¿Por casualidad esa vuelta no te llevará cerca de cierto bar precintado recientemente?

–Vamos, no seas estúpido. ¿Qué se me puede haber perdido allí?

–Claro, qué tonterías se me ocurren.

–Te veo mañana.

–Hasta mañana, entonces.

Salió de la comisaría maldiciendo entre dientes. A veces era fácil tomar por estúpido a Rodríguez, con sus ademanes tranquilos, aquella mirada plácida y la forma casi aburrida en que articulaba las palabras. En realidad pocas cosas se le escapaban y no se lo engañaba con facilidad. Pero también era un hombre que confiaba en sus compañeros y, mientras Paula no se extralimitase demasiado en lo que hacía, le daría cuerda y hasta la cubriría con sus jefes. Era un buen hombre y en realidad se alegraba de que le hubiera tocado por compañero.

Cuando llegó al bar, éste estaba vacío y cerrado. El equipo de investigación ya había terminado y debían de haberse ido a casa hacía un buen rato. Sí, *eso es exactamente lo que yo debería hacer.*

Permaneció en una esquina mal iluminada, contemplando el bar a oscuras y el piso sobre él, en el que había encendida una luz. Se preguntó qué estaría haciendo Stevenson. ¿Quizá escribiendo uno de aquellos ridículos artículos esotéricos? Un par de días atrás había conseguido vanos ejemplares de algunas de las revistas para las que escribía. No sabía qué pensar, los temas de los artículos eran tan estúpidos: el fin del mundo, la evolución dirigida hacia Dios, la búsqueda del Grial, las grandes construcciones del pasado como obras encubiertas de los extra terrestres, los círculos de las cosechas, la Atlántida, las conspiraciones de los gobiernos mundiales para ocultar la existencia de vida extraterrestre, el fraude del primer alunizaje, las psicofonías, la verdadera autoría de las obras de Shakespeare... Aunque lo que más la desorientaba era el tono en el que estaban escritos, aparentemente serios, llenos de falsa erudición, pedantería y petulancia, pero bajo aquella apariencia había algo que Paula no había dejado de percibir, un guiño oculto, una sonrisa socarrona que a veces asomaba entre aquel cúmulo de inconsistencias místicas, como si Stevenson fuera un prestidigitador que, de vez en cuando, permitiera al público contemplar la forma en que hacía sus trucos, como si en ocasiones se volviera a

sus espectadores y les guiñase un ojo, les dijera que nada de todo aquello era serio, sólo ilusiones y artificios de espejos.

La luz en la ventana se apagó. Stevenson se iba a dormir, y era mejor que ella también se fuera a casa. Pero poco después oyó un ruido en el portal y vio abrirse la puerta. Retrocedió hacia las sombras lo más rápido que pudo y se ocultó mientras Stevenson salía a la calle, se detenía unos momentos en el umbral y oteaba alrededor. Tuvo la impresión de que sus ojos grises la veían en su escondite de sombras, y una sonrisa fugaz cruzaba sus labios. La sensación pasó tan rápido como había llegado y Stevenson echó a andar calle abajo.

¿Qué hago? La pregunta era retórica, por supuesto. Tenía que seguirlo. Se deslizó detrás de él, agradeciendo que las calles estuvieran secas y sus zapatillas de deporte no hicieran casi ruido sobre el pavimento. A esas horas aquella parte de la ciudad estaba prácticamente desierta, y resultaba difícil seguir a nadie de forma discreta. Pero él no volvió la cabeza ni una sota vez, como sí la idea de tener a alguien tras sus pasos le pareciera absurda.

La calle desembocaba en la playa, y Stevenson cruzó la carretera y echó a andar por el paseo marítimo. Ella le seguía desde la otra acera. De pronto Stevenson se detuvo, se apoyó en la barandilla y encendió un cigarrillo. El paseo estaba desierto a aquellas horas y la luna acababa de asomar tras una nube, iluminando la figura delgada de Stevenson, que no hacía otra cosa que fumar con la vista clavada en el mar oscuro y susurrante. Transcurrieron cinco minutos interminables y al fin terminó el cigarrillo, lo arrojó al agua y siguió su camino.

Un cuarto de hora más tarde ambos cruzaban el río, él desde el lado de la mar, ella desde la otra acera, algo retrasada, e iniciaban el ascenso colina arriba. Paula se preguntó qué se le podía haber perdido a Stevenson en el barrio residencial, y de pronto recordó la dirección que venía en la ficha de Estuardo, un lugar no muy lejos de allí. ¿Era eso? ¿Iba a amenazarlo de nuevo? No, romerías, Estuardo aún no había salido del hospital. Entonces tal vez su idea no era tan descabellada como había pensado en un principio e iba a ver a Clarita.

Pero aquello la convencía tan poco que no tardó en hacer el pensamiento a un lado. No, si Stevenson estaba interesado en alguien de esa familia sólo podía ser la niña y no tenía sentido que fuese a visitarla a las tres de la mañana.

Siguió caminando, a unos cincuenta metros detrás de él, siempre al otro lado de la calle. Dejaron atrás un grupo de horripilantes chalets adosados y, por un instante, se encontraron en un tramo carente de casas. Stevenson seguía caminando indiferente, sin volver la vista. ¿Tan seguro de sí mismo se encontraba, solo, de noche, en un lugar casi despoblado, que ni siquiera lanzaba una mirada de reojo detrás de sí? Estaba jugando, tenía que saber de sobra que lo seguían: aunque Paula había caminado lo más silenciosamente posible era inevitable que hubiera hecho algún ruido y, en un lugar como aquél, donde el silencio era algo casi físico, él tenía que haberlo notado.

Una casa apareció ante ellos y, más allá de ella, la carretera giró a su izquierda. Los arbustos tragaron la figura de Stevenson mientras tomaba la curva y ella apretó el paso para no perderlo.

Se había desvanecido, como si de repente un monstruo salido de la nada se lo hubiera zampado de un solo mordisco. Cruzó la calle, casi a la carrera. En aquel tramo los árboles y los arbustos formaban un muro prácticamente impenetrable: era imposible que Stevenson se hubiera metido entre ellos. Tenía que haber seguido caminando. Pero ¿hacia dónde?

De repente notó una sensación extraña, como si algo a su alrededor estuviera torcido, equivocado. Alzó el rostro: un grupo de nubes dispersas se tragaban sin prisa a la luna. Volvió a mirar a los lados. Nada, tan sólo una carretera que seguía colina arriba y árboles a los lados, alguna casa dispersa. Ni rastro de Stevenson.

Y la sensación indefinible de que había algo en todo aquello que no era lo que parecía, como si un prestidigitador cósmico estuviera ocultando algo justo frente a sus narices. Sin pensar, su mano derecha cogió la mariposa y la abrió. Se dio cuenta entonces de que jadeaba, como si su respiración anticipase algo que ella no comprendía.

Cogió la pistola, la desenfundó y le quitó el seguro. Con las dos armas en las manos miró a su alrededor. La luna volvió a salir e iluminó un silencio tan espeso que casi podía cortarse.

Y en ese momento lo sintió junto a ella, a su espalda. Percibió su aliento cálido en la nuca justo antes de que hablase:

–Veo que todavía te gustan las armas blancas.

Se volvió. Stevenson estaba allí, como salido de ninguna parte, mirándola con aquella sonrisa casi imperceptible que parecía un desafío.

–Deberías volver a casa y dejarme tranquilo –le dijo. Sorprendentemente no había arrogancia o sarcasmo en su tono, sólo preocupación–. Si no lo haces te meterás en algo que no te gustará.

–Quizá –consiguió decir ella–. Pero ya estoy acostumbrada.

Él sonrió de nuevo *y* ahora en su sonrisa había una calidez extraña. La miraba casi con añoranza.

–Sí. Sí, tienes razón. De cualquier forma, cuando no puedas dar marcha atrás recuerda que te lo advertí.

Retrocedió dos pasos y se la quedó mirando en silencio. Paula era consciente de que debería sentirse furiosa, avergonzada por haber permitido que la pillaran desprevenida de aquella manera. Pero sólo conseguía experimentar una extraña sensación de *déjá–vu*, como si todo aquello ya lo hubiera vivido antes. No una vez, sino docenas de ellas. No sentía rabia al mirar a Stevenson, al ver cómo la había burlado una vez más. En cierto modo era..., Dios, no tenía sentido, pero era como si en aquel preciso instante lo reconociese, se diese cuenta de quién era realmente y sólo entonces comprendiera que ya lo había conocido antes, mucho antes, tanto que no conseguía recordar cuándo.

Tú eres su amiga. Las palabras de aquella extraña niña que contaba historias trazando arabescos sin sentido sobre la arena resonaron en su cabeza. *Tú eres su amiga.* Y en aquel momento tuvo la sensación de que no había mentido al responderle que sí.

–¿Quién eres? –preguntó.

–Ya lo sabes. O lo recordarás. Quizá entonces comprendas lo que quiero decir al pedirte que lo dejes estar y vuelvas a casa.

Ella negó con la cabeza, obstinada, y a los ojos de él asomó otra vez aquella sonrisa de añoranza.

–Claro, no podía ser de otro modo. –Miró a los lados y se encogió de hombros– – Debo irme. Supongo que nos veremos.

Dio media vuelta y lo vio marcharse por un sendero que había aparecido en medio de los arbustos. Distinguió apenas una casa al fondo: había algo extraño en ella, como si no fuera real del todo, como si vacilase justo en el borde mismo de lo perceptible.

Y luego ya no había rastro de él, del sendero o de la casa, y ella sintió que no los había habido nunca, que jamás habían estado allí. De nuevo la invadió aquel sentimiento de extrañeza, de que algo estaba torcido en lo más hondo del mundo.

Llegó a su piso una hora más tarde, colmada de una sensación que no lograba definir. Pánico, pensó al principio, era pánico. Pero luego supo que no, que había algo más, como si por fin, después de largo tiempo, hubiera encontrado exactamente lo que buscaba.

Aquella noche soñó con un teatro lleno de gente andrajosa que veía representar la humillación de un rey por parte de sus hijas. Había un bufón que juzgaba a tres taburetes, y un hombre muy viejo que desvariaba. La función se acababa y Stevenson se encontraba a su lado, le sonreía, tomaba su mano y la besaba.

–¿Ves? –decía–. Ya te dije que te iba a gustar.

Remiel no estaba en su piso sobre el bar. Carlos sabía que tenía otra vivienda en las afueras de la ciudad, pero ignoraba exactamente dónde. En cualquier caso, no importaba demasiado; el bar seguía precintado y seguramente continuaría así al meno: un par de semanas.

Bueno, ahora podía irse a casa y dormitar un poco frente al televisor o podía aceptar la oferta de Juancho e irse con ellos a tomar unas copas. La perspectiva no resultaba exactamente atractiva, pero para Carlos era una novedad contemplar un bar desde el otro lado de la barra: había pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo había hecho.

Encontró a Juancho y a los otros acodados en una esquina junto a un garito del que el humo, la música y las voces escapaban como si tuvieran prisa por irse. Ya le llevaban al menos un par de cervezas de ventaja, así

que trató de ponerse al día lo más rápido posible. Fracasó. No se encontraba del humor más adecuado para pillarla y el alcohol sólo consiguió ponerlo más ceñudo.

–¿Qué, se te ha muerto alguien? –le preguntó Juancho.

–Sí. El canario –respondió él con lo primero que le vino a la cabeza.

–No me extraña. Debe de hacer años que no lo usas más que para cambiarle el agua.

–Lo que tú digas.

Apuró lo que quedaba de la cerveza de un trago y volvió al antro a por otra. Le costó abrirse paso hasta la barra y una vez allí pasó bastante tiempo antes de que un camarero con rostro de niña y modales de cura pederasta lo atendiera por fin. Con la birra en la mano salió a donde le esperaban los otros, sólo para descubrir que ya se habían largado. Cojonudo, no es que fueran la mejor compañía del mundo, pero hasta un grupo de tarados como ellos era mejor que encontrarse solo en medio de una esquina llena de gente. Como siempre que le ocurría algo así tenía la sensación de que las miradas de todo el mundo se volvían a él y cada comentario susurrado le parecía entonado en su dirección.

Mierda. Termino ésta y me voy a casa.

–Carlos, ¿verdad?

Se volvió de repente, estuvo a punto de derramar la cerveza y se encontró mirando de frente dos ojos can negros que casi brillaban.

–Sí–consiguió articular–. Eh... Ruth.

–Judith –dijo ella, sonriendo apenas.

–Lo siento, claro, Judith.

De repente se sentía como un auténtico imbécil. Todos sus chistes, todos los comentarios ocurrentes que usaba para darles palique a los habituales del local o camelarse a alguna chica acababan de escurrirse por algún repentino sumidero de su cabeza. *Ahora me preguntará si estoy solo*, pensó. Y *tendré que decirle que sí y ella pensará que soy un imbécil y...* En cambio lo que dijo fue:

–¿Me invitas a algo?

Casi sin poder creer su suerte, volvió a entrar en el bar y se las arregló para llegar a la barra en un tiempo récord. Pidió y obtuvo una cerveza y se encaminó con ella hacia la salida dando gracias al destino, o a quien fuera. Sólo cuando se encontraba en el umbral se dio cuenta de que no le había preguntado qué quería. *Estupendo. Vas mejorando por momentos.*

Pero ella acogió la cerveza con un asentimiento y bebió un largo trago directamente de la botella, en un ademán que tenía.

–¿Hoy no trabajas? –le preguntó luego.

–No, el Avalón está cerrado.

Aquello le daba la oportunidad perfecta y no la desaprovechó. Por suerte aquella especie de desagüe en su cabeza parecía haber desaparecido y fue capaz de convertir los truculentos hechos del día anterior en una especie de ópera bufa en la que él era uno de los payasos principales. Ella reaccionó de la forma adecuada, riendo cuando tenía que reírse y experimentando asombro cuando debía hacerlo.

–Increíble –dijo cuando él hubo terminado–. No debió de pillarme por los pelos.

–Sí, cierto, ahora que lo dices tuvo que ser así. Te perdiste un buen espectáculo.

–No sé si alegrarme.

–Yo lo haría.

Cambiaron de bar. En seguida se dio cuenta de que ella no conocía la ciudad. Aunque hablaba el castellano prácticamente sin ningún acento, algo en su entonación la traicionaba como una forastera.

–No eres de aquí, ¿verdad? –preguntó mientras entraban en un lugar algo más tranquilo.

–No.

Iba a preguntarle de dónde, pero hubo algo en el tono de su voz que le hizo cambiar de idea. Tomaron asiento y esperaron a que el camarero viniera a preguntarles qué querían. Poco después, un par de cervezas acumulaban rocío frente a ellos. Al principio el silencio no resultaba incómodo, pero luego el aire entre los dos se llenó de una frialdad repentina que le hizo agitarse, casi temblar.

–Es curioso que nos hayamos encontrado hoy –dijo, tratando de llenar el silencio, aunque fuera con un comentario tan trivial como ése.

–En realidad no. Te estaba buscando. Te dije que nos volveríamos a ver, ¿recuerdas?

Carlos asintió.

–En realidad pasé por el Avalón y lo encontré cerrado, aunque no tenía ni idea de por qué.

–¿Y qué pensabas hacer? –dijo él, repentinamente divertido ante la idea–. ¿Recorrer todos los bares de la ciudad hasta dar conmigo?

Ella se encogió de hombros.

–Puede.

–Vaya, debo de ser más interesante de lo que pensaba.

Judith no respondió. Bebió un tragó de cerveza y se limpió el pequeño bigote de espuma con la punta de la lengua, en un gesto que carecía de toda coquetería y que, por eso mismo, lo llenó de unas repentinas ganas de besarla. En lugar de eso, él también bebió un trago.

–¿Y bien? –preguntó ella de repente.

–¿Y bien qué? –dijo él sabiendo perfectamente a lo que se refería, pero negándose a entenderlo, como si una débil y lejana lucecita de alarma se hubiera encendido en el más lejano rincón de su cabeza.

–Bueno. Creo que está claro lo que ambos queremos. ¿Vamos a perder el tiempo mucho más?

«Está claro lo que ambos queremos»; la frase lo llenó de un pánico repentino. Él sí sabía lo que quería, pero no tenía ni idea de cuáles eran las verdaderas intenciones de ella.

–Bueno...yo...

–¿Tendré que ponértelo más fácil aún? –dijo ella, y había un asomo de decepción en su voz–. ¿Tu casa o la mía?

–Yo... Esto...

Algo le decía que se fuese, algo lejano y ardiente en su nuca le decía que se largase a toda prisa de allí y que la próxima vez que viera a aquella mujer cambiase de acera y echase a correr lo más rápido que pudiera. En lugar de eso, encontró en algún rincón inesperado las fuerzas para sonreír y decir:

–La tuya –soltó en el tono más indiferente posible.

Hacer el amor con ella fue tan intenso como una pelea de navajeros, y casi igual de violento. Carlos no supo en qué momento exacto se convirtieron en un amasijo de mordiscos y arañazos, en qué instante preciso el sexo se transformó en una lucha por la supremacía en la que las únicas reglas eran las que impusiera el vencedor, cuál fue el minuto en que se declaró vencido y permitió que ella tomara las riendas, en qué segundo se sintió engullido para siempre, devorado por un animal salvaje que parecía ansioso por asimilar hasta el último centímetro de su piel. De pronto sintió que se diluía hasta casi desaparecer y al instante siguiente todo había pasado y lo único que quedaba era una laxitud tranquila y desganada que iba cerrando sus ojos poco a poco.

Sólo entonces Judith pareció encontrar un reducto escondido de ternura y permitió que él le pasase el brazo alrededor del cuello y apoyase la cabeza de ella en su hombro.

–Dios–jadeó Carlos–. Estoy agotado.

Judith no respondió, pero él sintió cómo formaba una sonrisa contra su pecho. No le preguntó si quería quedarse a dormir, pero tampoco le pedía que se marchara, y Carlos se encontraba demasiado a gusto y cansado para levantarse y empezar a vestirse. El sueño lo fue ganando poco a poco, y pronto flotaba en un sopor feliz del

que nada parecía capaz de sacarlo. Sin embargo, al fondo, a lo lejos, allí donde casi no podía mirar, la pequeña luz de alarma continuaba encendida, lanzando destellos intermitentes a los que él se empeñaba en no hacer caso: todo había sido demasiado fácil, demasiado rápido, demasiado casual. Un pensamiento incómodo lo sacó de la duermevela, al recordar que, durante todo aquel tiempo, incluso cuando se había convertido en un predador hambriento de deseo, la mirada de ella había permanecido tranquila, imperturbable, casi implacable.

Abrió los ojos. Los de la mujer estaban cerrados y, por lo regular de su respiración, parecía dormir. Sin embargo, Carlos tuvo la sensación de que estaba fingiendo, que estaba despierta y atenta al menor de sus movimientos.

Intentó permanecer lo más inmóvil posible, dar a su respiración un ritmo tranquilo y relajado. Fue entonces cuando vio el tatuaje, en el antebrazo que ella descansaba en su hombro, resplandeciendo levemente a la luz de la luna que entraba por la persiana entreabierta. Números, una serie de números.

Pero el deseo satisfecho, el hambre saciada, pudo más que su instinto, y apartó todos aquellos locos pensamientos que giraban por su cabeza con un ademán indiferente. Qué demonios, había tenido suerte, eso era todo, y si ella tenía un gusto un poco raro para los tatuajes, ¿qué importaba?

Cayó en el sueño lentamente, de la misma forma paulatina en que un suicida se adentra en la muerte dentro de una bañera de agua tibia que se va enrojeciendo poco a poco.

La niña se volvió cuando ella estaba a unos dos metros. La reconoció casi en seguida y la saludó con una sonrisa.

–Has vuelto –dijo–. ¿Lo has encontrado?

–Sí.

O *quizá debería decir que es él quien me ha encontrado a mí.*

Como la última vez, Sara trazaba dibujos con un palo en la arena, pero ahora había algo distinto en ellos, como si se hubieran vuelto más definidos desde entonces.

–¿Es una nueva historia? –preguntó.

Sara se encogió de hombros.

–La historia siempre es la misma, ¿sabes? No importa lo que cambie.

Paula se preguntó de nuevo qué hacía allí, por qué había vuelto al parque, por qué no dejaba de una vez de darle vueltas a todo aquel ridículo asunto y se concentraba en su trabajo. Sólo que no podía dejar de pensar en un hombre al que nadie reconocía después de que hubieran intentado matarlo, en un hombre al que tomaban una foto en la que no aparecía, un hombre que se enfrentaba a otros cuatro armado con dos botellas y conseguía vencerlos sin sufrir un rasguño, un hombre que desaparecía en lugares que no deberían estar allí. Al levantarse aquella mañana, la idea de ir a ver a Sara era como los restos de una resaca de la que no conseguía librarse. Había llamado al trabajo y había pedido un día de permiso. *Todo para venir a un parque y hablar con una niña que inventa historias con un palo y un puñado de arena.*

–Estás preocupada –dijo Sara, sacándola de pronto de sus pensamientos.

–No... Yo... Sí, lo estoy–dijo al fin–. Un poco.

La niña sonrió otra vez.

–Todo se arreglará al final –dijo–. Mira.

Utilizando el palo como un puntero señalaba la tierra frente a ella, donde figuras imposibles se enfrentaban en una batalla que no parecía tener final. Era absurdo, pero en aquellos arabescos enrevesados Paula entrevió seres hechos de luz e implacabilidad y lo único que se interponía entre ellos y el triunfo era algo tan frágil que parecía a punto de ser aplastado. Sin embargo, había fuerza oculta en la fragilidad y, de algún modo, se las apañaba para sobrevivir.

–¿Ves? –preguntó Sara–. ¿Ves?

Y en su voz había un tono apremiante, como si fuera importante que ella lo viera. *¿ Ver? ¿ Ver qué? ¿Que puede que me esté volviendo loca, que estoy perdiendo el tiempo aquí, que debería irme de una vez y olvidarme de todo esto?*

–Sí, lo ve –dijo una voz a sus espaldas.

Se volvió y se encontró frente a una mujer menuda y morena de la que la tranquilidad emanaba casi como si fuera parte de su olor corporal.

–Tú eres Luisa–dijo la niña–. Remiel me avisó de que vendrías.

Ella asintió, sonrió apenas y se agachó junto a Sara.

–Sí. ¿Qué más te dijo?

–Que me enseñarías cosas nuevas.

–En realidad no son muy nuevas. –Alzó la vista en dirección a Paula–. Estás metida en esto, ¿sabes? Hasta el cuello.

¿En qué?, quiso gritar, pero consiguió mantenerse impasible y no decir nada. Al cabo de un rato de silencio preguntó:

–¿Quién eres?

–Una amiga.

–¿Amiga? Ni siquiera te conozco.

Luisa sonrió y la sonrisa convirtió su rostro tranquilo en el de un felino decidiendo cuál sería el próximo movimiento hacia su presa.

–Claro que me conoces. Igual que conoces a Remiel. Y a Sara. Simplemente no lo recuerdas.

Paula sabía muy bien lo que debía hacer, tenía que llamar charlatana a aquella mujer e irse de allí. Pero notó que era incapaz de moverse y que al mismo tiempo todo su cuerpo estaba en tensión, que su piel estaba erizada y los pies le picaban como si caminase descalza sobre carbones encendidos. Supo, no con la cabeza, ni siquiera con las vísceras, que de algún modo extraño e inimaginable aquella desconocida tenía razón, al igual que la tenía la niña cuando trazaba sus historias con un palo. Ellos se conocían, se conocían desde... Pero el pensamiento, la sensación cercana de certidumbre que la acechaba, era más de lo que podía soportar. Dio media vuelta, ahogando apenas un gemido en lo más hondo de la garganta, y salió del parque.

Sara y Luisa se la quedaron mirando largo rato sin decir nada. Luego, la niña se volvió y dijo, en el mismo tono indiferente en el que podía comentar un programa de televisión:

–No importa. Al final todo se arregla.

–Claro –dijo Luisa acariciándole el pelo y contemplando los dibujos trazados sobre la arena.

Sí, quizá al final todo se arreglaba, pero el problema, como casi siempre, no era el final sino todo lo que pasaría mientras tanto.

Moscas en la tela

Cuando llegó a la comisaría aquella mañana la esperaba una sorpresa desagradable. Habían soltado a los japoneses. El día anterior, posiblemente mientras ella hablaba con aquella inquietante niña en el parque, habían recibido instrucciones de liberar al que tenían detenido y se les había ordenado tenerlo todo dispuesto en el hospital para el traslado de los otros tres.

–Inmunidad diplomática–le dijo Rodríguez.

Aquello no tenía sentido. ¿Cómo podía ser que cuatro ejecutivos de una compañía japonesa que se dedicaban a jugar a los samurais con los clientes de un bar estuvieran dotados de pasaportes diplomáticos? Rodríguez vio la expresión de los ojos de Paula casi antes de que ella misma fuera consciente de lo que pensaba.

–No lo hagas –le dijo–. Déjalo, o te meterás en un lío.

Paula no pudo evitar una sonrisa.

–Sí, alguien me aconsejó algo muy parecido la pasada noche.

–Esto es en serio. Algún pez gordo los está protegiendo. Tenemos las manos atadas.

–De acuerdo, tranquilízate. No haré nada.

Rodríguez no parecía muy convencido, pero terminó asintiendo.

–Muy bien. ¿Te traigo algo de la máquina?

–Sí, un café.

En realidad cumplió escrupulosamente la promesa que le había hecho a Rodríguez y no hizo casi nada en toda la mañana, aparte de sentarse tras su escritorio y fingir que revisaba varios viejos expedientes. El comisario pasó a verlos poco antes de comer y los felicitó por la delicadeza con que habían llevado un caso tan problemático. Paula, que ignoraba a qué podía estar refiriéndose, esperó a que hubiera salido para volverse y enarcar una ceja mirando a Rodríguez. Éste posó sobre su mesa el expediente de Stevenson y se fue a comer con un «que lo disfrutes» que ella no supo muy bien como interpretar.

Media hora más tarde no sabía si reír o estrangular a Rodríguez. El expediente era una verdadera obra maestra de la manipulación creativa de la verdad. No la sorprendía la felicitación del comisario: en aquellas hojas ambos aparecían como dos esforzados funcionarios sin otro propósito que defender al pueblo con una sagacidad y una delicadeza casi sobrehumanas. Leyendo entre líneas casi daba la impresión de que no había sido Stevenson el que hiciera frente a los cuatro ninjas sino ellos dos que, de algún modo, se las habían apañado para estar en el lugar de los hechos justo a tiempo. Rodríguez exprimía el lenguaje burocrático hasta la última trivialidad, y se las apañaba para no contar nada relevante pareciendo que lo contaba todo. Increíble.

Sin embargo no le hizo ningún comentario cuando él volvió de comer. Sólo un par de horas después, cuando faltaba poco para terminar e! turno de aquel día, se decidió a romper el silencio.

–Oye, ¿pasaría algo si cojo ahora las vacaciones que me quedan?

–¿En estas fechas? Nadie iba a decir nada, desde luego, pero...

–Bien. Entonces las cogeré.

Por un instante pareció que Rodríguez lo iba a dejar pasar. De pronto golpeó su mesa con la mano y se incorporó en el asiento.

–Escucha, Paula, llevamos juntos unos cuantos años, ¿no? Y creo que nos las hemos apañado para llevarnos bien todo este tiempo. Lo que quiero decir es que me caes bien y...

–Tú a mí también.

Rodríguez hizo un gesto con la mano, como si espantara algo molesto e irrelevante.

–Gracias –dijo–, pero eso no importa. Escucha, si quieres coger las vacaciones cógelas, desde luego, yo soy la última persona que se inmiscuiría en tu vida. Pero espero que sepas lo que estas haciendo.

Ella no respondió «yo también lo espero», aunque era lo que en realidad quería decir.

–No te preocupes. Estaré bien.

–Seguro.

Luisa miró por la ventana. Como siempre, el paisaje que veía desde allí la llenó de una inquietud de la que no podía librarse. Sabía que fuera de la casa era de día, que más allá del jardín no pasaban de las tres de la tarde, pero lo que veía desde la ventana era una noche desapacible con una luna llena más grande de lo que parecía posible.

–¿Tenías que elegir precisamente este momento? –preguntó, como hacía casi siempre.

Y, como casi siempre, Remiel respondió:

–En realidad, no.

Le gustaba la casa de Remiel, más allá de aquel paisaje nocturno que nunca parecía cambiar. Era un lugar acogedor, con las enormes estanterías llenas de libros, tos adornos inverosímiles que poblaban las repisas y los carteles que cubrían las paredes. En cierto modo parecía el refugio de un investigador chiflado o un sabio excéntrico, lo que, si se pensaba bien, no estaba demasiado lejos de la verdad. Además, los sillones de aquella casa tenían la peculiar costumbre de adaptarse a tus necesidades como si fueran capaces de leerte la mente.

En aquellos momentos Remiel acababa de servirle el té y Luisa exprimía el limón sobre la taza como un vampiro arrancándole las últimas gotas de sangre a su víctima. Remiel sonreía contemplando la operación.

–¿Hablaste con Sara? –le preguntó una vez hubo terminado.

–Sí. Tenías razón. Era ella.

–Lo sé.

–Deja ese tonillo de superioridad cuando hables conmigo. Puede servirte para acojonar a los desconocidos, pero conmigo no funciona.

Remiel se encogió de hombros.

–Pero sí, es ella.

–¿Te reconoció?

–¿Sabes lo más curioso? No estoy segura. Y además tengo la sensación de que carece totalmente de importancia.

Remiel se reclinó en el sillón. El respaldo lo recibió con la misma suavidad con que lo haría el cuerpo de una amante. Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. Luisa bebía su té con tranquilidad y Remiel se limitaba a mirar por la ventana, con el cuerpo retajado y la mente en blanco. No era un lujo que pudiera permitirse muy a menudo cuando no estaba solo y Luisa era una de las pocas personas en cuya presencia se despojaba de la mayor parte de sus disfraces. No de todos, desde luego.

–También he hablado con Paula –la oyó decir.

Luisa se dio cuenta de que el cuerpo de él se tensaba de pronto. Para cualquier otra persona el gesto habría pasado desapercibido, pero ella lo conocía bien, lo suficiente al menos para interpretar las mínimas pistas que su espartano lenguaje corporal dejaba escapar. Cierto que no tan bien como Remiel la conocía a ella. Claro que era lógico, había tenido más tiempo para ello, y además sin las molestas interrupciones que solía causar la muerte.

–Está bastante confusa –añadió.

–Sí –dijo él, permitiéndose una sonrisa fugaz–. Es un estado frecuente en ella.

Luisa posó la taza sobre la mesa, tomó el limón destrozado que había junto a ella y empezó a comérselo a pequeños mordiscos. Pensó brevemente en Paula: no le gustaba demasiado, en realidad; por lo que recordaba era una mujer que se empeñaba con demasiada fuerza en negar sus propias percepciones. Y generalmente tenía éxito. Pese a todo, la experiencia le demostraba que estaban condenadas a encontrarse una y otra vez y, de algún modo, llegar a algún tipo de entendimiento. Más allá de simpatías o antipatías había algo en ellas, en su forma de ser, que hacía casi inevitable que acabaran teniendo algún tipo de relación.

–Y tú eres un cerdo –le dijo a Remiel–. En lugar de dejarla seguir adelante por su cuenta la estás atrayendo hacia ti.

–No es cierto. Le dije que ¡o dejara estar, que no se mezclara.

Luisa estuvo a punto de soltar una obscenidad. Se contuvo en el último momento.

–Claro –dijo–, Y lo hiciste de la forma y en el tono preciso para que ella quisiera hacer todo lo contrario. Venga, Remiel, nos conocemos.

Sorprendentemente, él no se defendió, ni trató de negar nada. Parecía confuso, y no recordaba haberle visto así muy a menudo. Tardó una eternidad en hablar y, cuando lo hizo, fue en un tono manso, tranquilo, casi resignado:

–Vale, de acuerdo, tienes razón. Soy un cerdo y no debería aprovecharme de mi conocimiento pasado para manipularla de esa forma. Pero... Escucha, últimamente tengo la sensación de que está pasando algo raro... algo más raro de lo habitual, quiero decir. –Le guiñó un ojo–. Algo que me afecta de forma directa.

–¿El qué?

–No lo sé. Todavía no, aunque presiento que tiene que ver con mis antiguos compañeros. El ataque de! otro día al bar no fue casual. Y tengo la sensación de que no va a ser el único. Alguien está enviando fanáticos tras de mí.

–¿Y?

–Y... no sé qué hacer.

–Vaya, eso sí que es una novedad –dijo ella, terminándose el limón.

–Ahórrate el sarcasmo. No quiero involucrar a Paula en esto, pero al mismo tiempo tengo la sensación de que la necesito, de que su presencia es fundamental para que las cosas salgan bien. Si es que pueden salir bien. Te aseguro que no lo tengo muy claro.

Ah, así que era eso. Luisa se sintió aliviada, aunque al mismo tiempo algo no acababa de encajar.

–Bienvenido al club –dijo, sin embargo–. Así que por eso te comportas con ella de esa forma tan ambivalente. La quieres lejos y la necesitas cerca.

Remiel se incorporó y caminó hasta el enorme ventanal que se abría a aquella noche impertérrita. Contempló la luna, detenida en mitad del cielo para siempre. Ni un sonido llegaba hasta ellos desde el inmóvil jardín espectral que rodeaba la casa.

–¿Recuerdas *El Segundo Advenimiento* de Yeats? –preguntó de repente, sin apartar la vista de la ventana–. «Todo se desmorona. El centro ya no puede sostenerse.» Últimamente tengo una sensación parecida.

–Ya. Y te preguntas «qué torpe bestia, su hora al fin llegada, se arrastra hacia Belén para nacer».

–Algo parecido. Todo ha estado muy tranquilo estos últimos años. –Luisa no pudo evitar preguntarse qué entendería alguien como él por «estos últimos años»–. Y tengo la sensación de que eso va a cambiar. Se avecinan tiempos interesantes.

–Espero que no demasiado.

Dejó la ventana y volvió a sentarse.

–En fin, preocuparse por lo que va a pasar es una tontería. Lo único que podemos hacer es esperar y estar prevenidos.

–¿Para qué?

–Para lo que sea. De una forma u otra todo se arreglará.

–Sí, eso mismo me dijo Sara. ¿Y mientras tanto?

–Mientras tanto disfrutaremos todo lo que podamos. No es que tengamos muchas opciones. Ni demasiadas garantías de nada, ¿verdad?

Remiel enarcó una ceja y Luisa no pudo evitar una sonrisa ante el gesto.

–Tengo que irme –dijo al cabo de un rato–. Ten mucho cuidado, Remiel.

Se detuvo de pronto a mitad de camino hacia la puerta:

–Ah, el otro día vi a Carlos. Parece que se ha echado otra novia.

Remiel se encogió de hombros.

–No me gusta –dijo Luisa.

–¿Y eso?

–No sé. No es lo que parece. No me hagas caso, no es más que un presentimiento.

Remiel sonrió.

–Claro. Ya sabes que nunca hago caso de tus presentimientos. Dime lo que sea.

–Bueno... No hay nada raro en ella. Es exactamente el tipo de mujer que le gusta a Carlos: tranquila, serena, muy dueña de sí misma, con algo... no sé, ¿lánguido?, en su actitud, se mueve como con una cierta desgana, con... sí, con cansancio. ¿Qué pasa? –preguntó al ver el brillo de alarma que asomó de pronto a los ojos de Remiel.

–¿Alta, morena, más bien delgada, rasgos afilados?

–Sí. ¿La conoces?

–En cierto modo. Estaba en el bar la otra noche. Se fue antes de que empezara el jaleo y estuvo hablando con Carlos un buen rato. Sólo me crucé con ella una vez, y no estoy muy seguro de cuál es su juego, pero si es el que creo puede ser peligrosa. ¿Estás segura de lo que me has dicho?

–¿Segura? Ya me conoces. Nunca estoy segura de nada. Pero desde luego no me gusta y... no, no es lo que parece, para nada.

–Ninguno lo somos.

–Sí, pero ella oculta algo... mierda, algo oscuro e inconfesable. Algo ardiente que la atormenta y la hace peligrosa. ¿Tiene algún sentido?

Remiel sonrió. A veces Luisa no era consciente de lo afiladas que eran sus percepciones, de lo acertada que era su extraña forma de ver el mundo.

–Más del que crees –dijo–. De acuerdo. Tendré un ojo puesto sobre Carlos. De todas formas no creo que pase nada. Si es quien pienso sólo lo está utilizando para acercarse a mí. Dudo que le haga daño.

–Espero que no te equivoques.

–Yo también lo espero.

Había fallado y sabía bien cuál era el castigo que le esperaba por su fracaso. Su intento de acabar con el renegado había sido demasiado precipitado, habían atacado antes de que llegara e! momento oportuno y, de algún modo, él estaba preparado, los esperaba y supo hacerles frente. Ahora se ocultaba en un lugar al que no tenían acceso: él y sus compañeros habían tenido una oportunidad, la habían malgastado y ya no se les presentaría otra. Lo único que les quedaba por hacer era regresar a la tierra de los dioses y aceptar su destino. Al fin y el cabo, *karma* era *karma* y de nada servía hacerle frente.

Sus tres compañeros ya habían sido evacuados y él debería estar en esos momentos con ellos camino de Japón, pero no había podido resistir la tentación de acercarse al escenario de su fracaso. Ahora estaba vacío, a oscuras, como una extraña tumba en la que el viento susurrase canciones que nadie comprendía. El renegado ya no estaba allí, se había ocultado en un refugio por el que el tiempo pasaba sin advertirlo, en una esquina inesperada que nadie podía encontrar si la buscaba deliberadamente, tal como su voz interior les había advertido que ocurriría si fallaban en el primer ataque. Algún día saldría, eso era un hecho, nadie se puede pasar la eternidad parapetado, por seguro que sea el refugio, pero él ya no le estaría esperando. Quizá la rueda enviara a otros a completar el trabajo o quizá no: en cualquier caso ya no le atañía.

Recordó la mirada de desilusión de su hermano cuando se le dijo que no participaría en aquella misión, el modo en que la había ocultado: tan rápido, tan fluido, tan natural el gesto que nadie sospecharía nunca que había en sus ademanes algo distinto a la aceptación de las órdenes recibidas. Sí, Omi era mucho mejor que él en ese aspecto. Por supuesto, nunca pasaría de ser un poeta aceptable y como jardinero no iría más allá del simple aficionado. Pero en todo lo demás era mil veces mejor samurai que él: más frío, más contenido, más letal. Se preguntó si la misión habría fallado de haber ido Omi con ellos y, con cierta incomodidad, reconoció que quizá no.

Pero al menos él ya tenía preparado su poema funerario, cosa que su hermano aún no había hecho. Sonrió torvamente. Cerró los ojos y en su mente vio con claridad los elegantes ideogramas trazados sobre el papel de arroz. En voz baja, empezó a recitar los dos *haikus* que componían su epitafio:

Lo ¡olido es mentira.

La ilusión

cristaliza en certeza.

Sin espectadores

el milagro

se contiene a sí mismo.

Se preguntó si su mano temblaría durante el *seppuku*, si su cuerpo lo traicionaría y sus miembros ejecutarían la danza de súplica que su boca se negaría a articular, si avergonzaría a su hermano obligándolo a dar el golpe de gracia antes del momento adecuado. Esperaba que no, pero si era así no importaba, sólo significaba que ése era su *karma* y que en el próximo giro de la rueda volvería a empezar desde más abajo. Tarde o temprano conseguiría escapar, podía llevarle un siglo o un millón de ellos, pero saldría de aquel girar eterno que no conducía a nada y se disolvería para siempre, perdiendo por fin su consciencia.

«Ah, dejar de sentir, de percibir, dejar de saber que uno existe.» Era curioso que hubiera sido precisamente uno de aquellos occidentales el que mejor lo explicase, mejor aún que ninguno de sus maestros zen con sus *koans.* Tuvo que ser un hombre ciego, lo que no dejaba de resultar extrañamente apropiado. No recordaba las palabras exactas, pero sí la verdad que se ocultaba tras ellas: «La inmortalidad personal se me antoja insoportable. Nada quiero más que dejar de ser Borges». Por supuesto, el pensamiento no había sido formulado con la sutileza suficiente, la idea había tomado forma, no como quien se acerca a ella casualmente, sino de un modo casi brusco, lanzándola a la cara del oyente. Pero a veces dudaba que eso importase. Sus maestros le habían enseñado que las palabras tenían poder más allá de las ideas que contenían, que la forma elegida para encarnar un pensamiento podía ser más importante que el pensamiento en sí. Pero hacía tiempo que dudaba de la veracidad de aquella afirmación.

Quizá ése era el problema. Había empezado a dudar y por eso había fallado. Recordó el momento exacto en el que él y sus tres compañeros habían tenido la revelación de lo que debían hacer: flotando en medio de la nada, sin más compañía que ellos mismos y un silencio tranquilo y acogedor. La idea había tomado cuerpo casi como si se tratase de un animal y habían visto frente a ellos al renegado con una claridad tan insoportable que supo que aquella imagen pálida y delgada no podía ser real, resultaba demasiado nítida. Recordó el sentimiento de exaltación que había invadido a sus compañeros y recordó que él mismo se había sentido inquieto, como si hubiera algo torcido en todo aquello, como si de algún modo la realidad hubiera girado por donde no debía y él estuviera siguiendo el camino errado.

Ahora no tendré oportunidad de comprobarlo, pensó una última vez, antes de dar media vuelta y abandonar el edificio silencioso y oscuro que se alzaba frente a él.

–*Komban–wa,* Buntaro–san –dijo una voz femenina a sus espaldas.

Y en ese momento presintió el peligro, tan cercano como un predador a punto de abalanzarse sobre su presa. Dio media vuelta y la vio a su lado y supo que había estado allí durante todo ese tiempo, oculta entre las sombras, ignorada, fundida en la oscuridad como si fuera su estado natural.

–*Shalom,* Berkowitz–respondió, al reconocerla.

–Hacía tiempo que no nos encontrábamos –dijo ella.

Buntaro la miró, contempló aquel cuerpo joven que ocultaba un alma cansada e implacable y la sensación de peligro se hizo pesada, densa, como si se solidificara a su alrededor.

–Sí –respondió–. Mucho tiempo. No has cambiado.

–Más de lo que crees.

—Pero sigues siendo la misma.

–¿No es así como cambiamos todos, para parecemos más a nosotros mismos?

A su pesar, no logró evitar una sonrisa. Que una mujer, que un miembro de aquella raza de fanáticos adoradores de un dios intransigente enunciase con tanta precisión uno de sus *koans* favoritos no dejaba de tener gracia.

–Puede –dijo–. Supongo que has venido a lo mismo que yo.

–En realidad en estos momentos estoy aquí para matarte.

Él asintió, como si no hubiera esperado otra respuesta.

–Para intentarlo–precisó.

–No. Yo nunca intento. Hago o no hago.

–Entonces, adelante. Te espero.

La pierna de ella saltó hacía adelante, impulsada por un resorte, y él se hizo a un lado con facilidad, pivotó sobre uno de sus pies y le devolvió el golpe. Sólo que ella ya no estaba allí. De pronto se encontraba a su espalda y él sentía la caricia fría y afilada de un cuchillo contra la garganta.

–Adiós, Buntaro–san, *gomen nasai.* Mejor suerte la próxima vez.

Algo tan tenue como un beso abrió su arteria carótida y sintió que la vida se convertía en una huida lánguida de la que no había vuelta atrás. La mujer sostuvo el cuerpo unos segundos y lo depositó después con delicadeza en el suelo. Limpió con las ropas del cadáver el afilado estilete y luego lo envainó. Lanzó una mirada al edificio vacío.

Sí, puedes ocultarte donde o cuando quieras, pensó. *Tengo una forma de hacerte salir*.

Se fue de allí, sin mirar atrás una sola vez. No fue consciente de la figura lejana que había asistido impertérrita a todo el espectáculo. Una figura vestida de negro a la que sólo la blancura del alzacuellos hacia destacar entre las sombras. Una figura que sonreía sin que hubiera el menor asomo de emoción en el gesto.

Intentaba no hacer caso del frío de la noche que se le iba metiendo poco a poco en los huesos. Estaba sentada en la terraza, con una manta sobre los hombros y una taza de café entre las manos, negro, espeso y tan dulce que casi resultaba insoportable. No había hecho nada en todo el día, aparte de deambular como una sonámbula inquieta por la casa y preguntarse si habría hecho bien cogiendo las vacaciones que le quedaban. Había encendido el televisor sólo para apagarlo en seguida, irritada por aquella mezcla irreverente de trivialidades y miserias, sorprendida una vez más ante un mundo en el que todas las cadenas ostentaban orgullosas el lazo azul contra el terrorismo en una esquina de la pantalla mientras seguían emitiendo la misma basura de siempre con la misma desgana de siempre. La música tampoco había servido para nada: del *blues* había derivado al *heavy,* y de allí a la música clásica sin solución de continuidad sólo para descubrir que ni los ritmos lánguidos, ni la distorsión estridente ni las cuerdas interminables servían para tranquilizar a la bestia inquieta que había despertado unas semanas atrás y ahora se agitaba dentro de ella, cada vez más alerta.

A veces se asomaba a la terraza y se entretenía en la contemplación de algún ocasional coche patrulla que cruzaba la calle con rumbo a algún lugar desconocido, o trataba de encontrar algún sentido en el galimatías lejano en el que se convertían para ella las conversaciones de los transeúntes, o simplemente clavaba la vista en el distante mar que asomaba apenas tras los últimos edificios. En seguida volvía a reclinarse en la tumbona, soplaba el café y bebía un lento sorbo, arrugando la nariz ante su excesiva dulzura. Luchaba y fracasaba contra los pensamientos casuales y fútiles que poblaban su cabeza: el café como metáfora de su vida, su insoportable amargura aplastada, pero nunca oculta, tras toneladas de azúcar.

Treinta años. Habían pasado tres meses desde su treinta cumpleaños y hasta ahora no había pensado exactamente en lo que eso significaba. Tres décadas en las que lo único que podía contabilizar eran un puñado de amigos que de alguna forma no la satisfacían, numerosas relaciones que habían desembocado en el olvido, unos pocos enemigos que carecían de importancia y un trabajo que le gustaba pero no conseguía tapar el vacío en sus tripas al llegar la noche.

Parece una canción, se dijo, y el pensamiento le recordó que, efectivamente, había una canción que decía eso mismo, casi palabra por palabra. Buceó unos segundos en su memoria, encontró lo que buscaba y se incorporó en la tumbona. Dentro del apartamento cogió un compact disc, lo puso en el reproductor y subió el volumen antes de volver a la terraza.

Sí, allí estaba, aquella voz rota, cansina, casi agotada de Mark Knopfler:

And what have you got at tbe end ofthe day?

What have you got to take away?

A bottle of whisky anda new set of lies,

Blinds on tbe window, and a pain behind the eyes.

El título de la canción era casi premonitorio: *Investigaciones privadas,* aunque su trabajo distaba mucho del cutre romanticismo de la novela negra y ella parecía más una burócrata que una policía. De hecho, si había encontrado algo inesperado, algo que, de un modo que no estaba segura de querer entender, estaba haciendo girar su vida hacia lugares insospechados y, sin embargo, inevitables, eran precisamente esas «investigaciones privadas» que había emprendido unas semanas atrás, en lugar de las públicas que formaban parte de su trabajo.

Terminó el café y abandonó la terraza. Mientras fregaba la taza, la aclaraba y la dejaba escurrir, el disco terminó. Volvió al salón y, llevada por un súbito impulso, cambió el compact disc en el reproductor. Hacía siglos que no oía aquel disco en concreto, en cierto modo era una parte de su pasado que había aprendido a no tener en cuenta, como había ido aprendiendo a no tener en cuenta tantas cosas a lo largo de su vida. Esta noche, sin embargo, sentía que había llegado el momento de que todos los recuerdos que estaban dormidos empezaran a despertar.

Así, mientras Ian Anderson cantaba que los sabios ignoraban lo que era ser duro de mollera, abrió el cajón de la cómoda, cogió una minúscula oblea de lo que parecía plástico y la tragó. Se sentó a la mesa del salón, ocupada únicamente por una instantánea en blanco y negro de alguien que no era el hombre que había iniciado un tiroteo en un bar hacía dos semanas. Miró la foto, tratando de no enfocar la vista en ella, intentando quedarse sólo con aquellos rasgos que la hacían parecerse a Remiel Ste–venson y no con los que la diferenciaban de él. Lentamente sintió cómo el ácido iba haciendo efecto, a medida que iba siendo asimilado por su cuerpo, y la siguiente vez que miró la foto ya no vio en ella a un desconocido carente de vitalidad, sino al propio Stevenson que la contemplaba con aquella media sonrisa que parecía casi perenne en sus labios pálidos y delgados.

Ian Anderson hablaba del más joven de la casa, explicaba que se estaba moviendo con autoridad, pero Paula apenas era consciente de lo que decía, más allá de un incomprensible ruido de fondo que, de algún modo, prestaba consistencia a sus pensamientos y a las imágenes que éstos conjuraban.

El rostro en la foto fue adquiriendo vida poco a poco, fue llenándose de vitalidad, completándose con una tercera dimensión. Paula lo vio crecer ante sus ojos y vio el brillo de reconocimiento en los de él, a medida que la habitación desaparecía a su alrededor, tragada por una oscuridad cálida y tranquila que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. En medio de esa oscuridad lo vio, siempre igual, siempre el mismo, no importaba que las ropas con las que se cubría cambiasen. En cierto modo (y apenas pudo evitar una risita histérica ante el pensamiento) era como si estuviera contemplando algún loco pase de modelos que le mostrara la forma de vestir de todas las épocas históricas. Ni siquiera parecía pertenecer siempre a la misma clase social: unas veces vestía como un pordiosero, otras como un campesino, otras como un aristócrata o un soldado, pero su rostro y sus ademanes no cambiaban jamás.

Ella estaba siempre a su lado y comprendió que, a diferencia de él, su cuerpo no era el mismo. A veces era rubia, otras morena, alta, baja, joven, vieja, incluso había momentos en los que era un hombre. Pero ambos estaban juntos y, de algún modo que no podía comprender, había un vínculo entre ellos: las más de las veces el mismo vínculo que une a dos amantes, pero no siempre, porque en ocasiones se enfrentaban en el campo de batalla como dos enemigos acérrimos. Sólo que incluso entonces su odio era tan intenso que casi parecía amor.

Lentamente todas aquellas imágenes se fueron fundiendo en un inacabable caleidoscopio en el que los ojos de él y la mirada de ella parecían lo único común. Luego, hasta aquella lentísima orgía de imágenes desapareció y sólo quedó la oscuridad, tan tranquila y acogedora como la muerte, tan suave como un beso y tan peligrosa como una caricia.

Cuando volvió a la realidad, varias horas más tarde, lo primero que pensó fue que, sin pretenderlo, había hecho un chiste cuando había pensado en despertar sus recuerdos más antiguos. Porque estaba claro que los recuerdos que había despertado no pertenecían a su vida. Al menos a esta que estaba viviendo.

Lo siguiente fue una hosca determinación que la hizo coger su otra pistola *(¿y por qué no la reglamentaria?*, pero abandonó el pensamiento casi en seguida) y su mariposa y salir del apartamento en busca del hombre del que sólo sabía que se hacía llamar Remiel Stevenson y que, de algún modo, parecía conocerla desde siempre. Él tenía las respuestas y, de una forma u otra, se las sacaría.

Se estaba durmiendo. Lentamente, como quien cae por un pozo inacabable a una velocidad ridícula, se estaba hundiendo en un laberinto confuso y agradable. De vez en cuando ascendía a la superficie, sacaba la cabeza fuera de aquel océano de sueños y aspiraba una bocanada de realidad, sólo para volver a sumergirse casi en seguida.

Apenas podía creer lo que había hecho. Vale, Judith quería ver el destrozo que los ninjas habían causado en el bar y, al fin y al cabo, él tenía una llave. Si lo hacían con la suficiente discreción no tenía por qué ocurrir nada. Asegurarse de que no hubiera mirones, abrir ¡a puerta y pasar al interior sin romper el sello de la policía, nada demasiado complicado.

(Volvía a dormirse, y soñaba con lo que parecían los vestuarios enloquecidos de un campo de fútbol. Las duchas tenían algo de enorme, lejano y amenazador, y a su alrededor el miedo era un olor rancio y espeso. Se despertaba otra vez, justo en el momento en el que las tuberías de agua empezaban a temblar y las duchas se abrían.)

Pero luego... El bar comunicaba con el apartamento de Remiel por una puerta que había al fondo del almacén, y Judith la había encontrado con tal rapidez y precisión que parecía que eso era justamente lo que estaba buscando. Se la había mostrado, parcialmente abierta, y él se extrañó de que Remiel fuera tan descuidado para haberla dejado así. Al principio se había negado cuando Judith insistió en que entraran a echar un vistazo, pero sus ojos ardían con una llamarada inexplicable que lo asustaba y su cuerpo parecía tan febril y cargado de deseo que no supo decirle que no.

(Otra vez el sueño, como resbalar cuando desciendes por una escalera. Un templo, y al fondo un candelabro enorme con siete brazos –¿o son nueve?–. Y una promesa susurrada a media voz que tenía algo de terrible. Y un rostro rubio que sonreía como el ángel de la muerte. Sólo que volvía a resbalar en el siguiente escalón y se despertaba de nuevo.)

Era como si nadie hubiera vivido jamás allí. Estaba amueblado, por supuesto, de un modo espartano y sobrio que encajaba con el carácter de Remiel, pero había algo de desolado en el apartamento, de abandonado. Carlos tuvo miedo de abrir el frigorífico o ir al cuarto de baño, porque tenía la sensación de que si lo hacía no encontraría nada, ningún rastro de esas trivialidades que indican que alguien habita allí: no habría pasta de dientes, ni jabón, ni una botella de leche a medio abrir. Judith no decía nada mientras exploraban el piso y sólo al llegar al dormitorio se volvió y le lanzó una mirada que no podía ser interpretada más que de un único modo. De nuevo trató de negarse, pero antes de que pudiera darse cuenta, ella le había arrebatado la ropa y estaban devorándose sobre aquella cama enorme en la que nadie parecía haber dormido nunca.

(Y eso era todo, aparte de una sensación indefinible de peligro que lo acompañaba mientras se sumergía en el sueño de forma definitiva.)

Cuando despertó, varias horas más tarde, se sintió incómodo, como si hubiera dormido en una postura extraña. Trató de moverse, sólo para descubrir que no podía, y al abrir los ojos se dio cuenta de que estaba atado a la cama. Al otro lado de la habitación Judith lo miraba y todo rastro de deseo o de ternura había desaparecido de su cuerpo, sólo quedaba una implacabilidad terca y fría que le causó un escalofrío.

–¿Qué es esto?–preguntó con la voz pastosa de quien se acaba de despertar.

–Lo siento, Carlos –dijo ella, pero no era cierto, en su voz no había el menor sentimiento–. No es culpa tuya, supongo que no es culpa de nadie, pero tengo que sacarlo de su escondite y tú eres un instrumento demasiado bueno para desaprovecharte.

No tenía ni idea de qué estaba hablando, ni la menor idea. Luego, recordó ¡o que había pensado la primera vez que la vio en el bar, mirando hacia la barra: tenía que ser por Remiel y no por él por quien estaba interesada. Eso era, comprendió en ese preciso instante mientras Judith avanzaba hacia él con un largo y afilado estilete en la mano, quería a Remiel, o al menos quería algo de él, y lo estaba usando para atraerle. Por un instante mínimo no experimentó miedo, sólo un sentimiento vago de tristeza y una cierta ironía hacia sí mismo: *un señuelo*, pensó, *no soy más que la cabra atada junto a la trampa para cazar al tigre*. Luego, recordó lo que les solía pasar a los señuelos y el miedo regresó.

Ni todos los caballos ni todos los hombres del Rey

–¿Pasa algo malo, Rodríguez?

–No, nada importante. Tranquilo.

A menos, claro, que considerases como algo importante el que se hubiera encontrado el cadáver degollado de un matón japonés justo al lado del bar de Stevenson, y que el tal Stevenson pareciera haberse esfumado de la faz de la Tierra y que era la cuarta vez que llamabas a Paula a casa y no contestaba. Por lo demás todo iba de miedo, de fábula, gracias por preguntar.

Necesitaba tranquilizarse, y con cierta urgencia. Si no, la próxima vez que alguien asomase la cabeza a su despacho para preguntarle si pasaba algo acabaría escupiendo la mitad de los dientes. Se acercó a la máquina de café con el entrecejo fruncido, metió el dinero como si estuviera dándole una paliza a alguien y esperó a que el maldito cacharro volviera a tener todas las luces en verde para coger el vaso y regresar a la oficina.

Un café. Solo. Sin azúcar. Lo mejor para los nervios, desde luego, sólo que a él le funcionaba. Por algún extraño motivo, la cafeína conseguía relajarle. Cuando padecía insomnio no tenía más que tomarse un café y se quedaba frito casi inmediatamente.

Apreciaba a Paula (pero no era cierto, susurró una voz más allá de la parte consciente de su mente, no era «aprecio» lo que sentía por Paula). Aunque se relacionaban poco fuera del trabajo y era raro que algún tema referente a sus vidas personales saliera en su conversación había algo en sus ademanes, en su actitud, en su forma de moverse por el mundo y reaccionar ante las cosas que, para un observador experimentado, la señalaba como una persona solitaria, sin apenas relaciones: su trabajo, su casa, un montón de sueños que nunca había compartido con nadie, nada más. Desde luego, él era un observador experimentado, no había hecho en su vida otra cosa que fisgonear en lo que le rodeaba. Eso era lo que hacía de él un buen policía: nunca pasaba nada por alto, jamás permitía que el menor detalle escapase a su mirada. Y había algo más que puro interés profesional cuando observaba a Paula. Jamás lo había demostrado, ni uno solo de sus gestos, comentarios o ademanes lo había dejado entrever nunca, pero a veces sentía una tremenda necesidad de protegerla *(y algo más que protegerla, ¿verdad?,* decía otra vez aquella voz), lo que no dejaba de resultar ridículo, porque Paula no era el tipo de persona que pareciera necesitar protección de nadie. Claro que la clave estaba precisamente en esa palabra: *parecer.*

Y había unas cuantas cosas sobre aquel asunto de las que estaba seguro, por más que estuviera seguro también de que eran absurdas. Paula y Stevenson se conocían. Paula lo ignoraba. Stevenson le traería problemas. Paula, en cierto retorcido modo, deseaba esos problemas.

Terminó el café y arrojó el vaso de plástico a la papelera. También había otras cosas de las que estaba seguro y ésas no tenían nada de absurdas: Stevenson no era lo que aparentaba. Al–guíen se la tenía jurada. El tío era hábil saliendo de líos. Quizá no pudiera salir de éste.

Ambos grupos de premisas llevaban a una única conclusión. La vida de Paula podía correr peligro. Por supuesto, no era asunto suyo, ya era lo bastante mayorcita para saber en lo que se metía y arreglárselas para salir de ello. Sólo que no era cierto.

Bien, ¿qué haces aquí como un idiota en lugar de salir a buscarla y echarle una mano? Nada, desde luego, no hacía absolutamente nada.

Se incorporó en el asiento, sacó la pistola del cajón, comprobó que estuviera cargada y la introdujo en la funda. Se puso la americana y salió de la oficina.

–Lucas, si viene el comisario estoy fuera investigando un asunto.

–Vale.

Se detuvo en la puerta de la comisaría. Hacía un día desapacible, el sol prácticamente no se veía y su luz se desparramaba confusa por todas partes, parcheada por ¡as nubes que llenaban el cielo. Seguramente en dos o tres horas caería una buena. Por unos instantes pensó en entrar de nuevo y coger un paraguas. *Ah, demonios, qué más da.* Sacó las llaves del coche y echó a andar hacia el aparcamiento.

Rezaba, como siempre, con los ojos cerrados. Sus dedos nudosos iban desgranando poco a poco las cuentas del rosario, siguiendo una costumbre tan antigua que sus manos ya conocían cada mojón del camino y lo saludaban como a un viejo amigo. En realidad no era consciente de lo que rezaba: sus labios recitaban una letanía monótona y casi incomprensible y él mismo no encontraba el menor significado en las palabras que modulaba su lengua. Pero el murmullo de fondo calmaba su mente y le permitía sumergirse con tranquilidad en abismos que, de otro modo, no se habría atrevido a cruzar.

Vagaba por un lugar oscuro y desapacible y, como siempre, el final del camino era una promesa lejana que no alcanzaba jamás. Se erguía desafiante contra un horizonte poblado de relámpagos, una mole negra y erizada de aristas que, sin embargo, de algún modo presagiaba tranquilidad. De allí había surgido la confirmación, allí había entrevisto la figura hecha de luz e inevitabilidad que le había dado las fuerzas necesarias para continuar con la misión. Volvía a buscarla de nuevo, mientras su boca seguía ocupada con el latín y sus manos con el rosario, pero ya no estaba allí, y sentía que el miedo era un antiguo familiar que volvía de un largo viaje.

–¿Padre Andolíni?

La voz interrumpió su ensoñación. Sus manos se volvieron rígidas y su boca se paralizó. Abrió los ojos y vio al joven O'Hare frente a él.

–¿Sí?–preguntó.

–Vito tenía razón. Hay alguien en la casa sobre el bar.

–¿La bruja judía?

–Es posible. No he podido comprobarlo.

No era la primera vez, ni sería la última, que deseaba haber nacido en otra época. La Edad Media no había sido un tugar muy agradable para vivir, con su carencia de casi todo lo que hoy se consideraba imprescindible, por no hablar de las enfermedades y el hambre, pero al menos había sido una época en la que todo estaba más claro, el poder temporal se doblegaba a las necesidades del espiritual y uno sabía con seguridad el camino a seguir. Se arrepintió en seguida del pensamiento: el camino a seguir estaba siempre claro, incluso ahora, él era un siervo del Único Dios Verdadero y debía limitarse a hacer lo que su representante en la Tierra y sus Enviados del Cielo le ordenasen. Así de simple, así de sencillo. Sólo que sabía que nunca seria capaz de hacerlo con la misma educada y tranquila eficiencia que caracterizaba a su hijo, que aunque su cuerpo y su mente fueran leales su corazón dudaba. Y Dios, como sabía muy bien, como había sabido siempre, no se conformaba con los actos y los pensamientos de sus criaturas.

Notó un movimiento a su espalda y, al volverse, vio a Vito ir hacia ellos. Como de costumbre, sus ademanes eran tranquilos y elegantes, como si todo estuviera correcto y no hubiera ninguna prisa. Pero, cada vez con más nitidez, presentía que aquello no era más que una fachada, una máscara, y que dentro de Vito había un animal impaciente que apenas podía esperar el momento para salir. Sólo que también sabía que era el tipo de animal implacable que su orden trataba de alimentar desde siempre y, quizá, sí, quizá el tipo de animal implacable que el propio Dios deseaba como ejecutor de Sus deseos.

–¿Qué me dices, padre? –preguntó–. Deberíamos ir allí.

Sí. Lo más probable era que su hijo tuviera razón. La bruja judía debía de estar usando al camarero para sacar a su presa del escondite donde se ocultaba. Si sabían jugar sus cartas podían aprovechar eso y matar dos pájaros de un tiro. Asintió. Claro que había otra posibilidad: el refugio que aquella criatura había elegido no era del todo inaccesible, al menos no para aquellos que conocían la forma de romper sus defensas. Pero luego pensó

en el precio que eso acarrearía y meneó la cabeza. Vito pareció desconcertado por el gesto de su padre y él sonrió: era la primera vez en mucho tiempo que conseguía sorprender a su hijo.

–De acuerdo. Iremos –dijo en voz alta–. Supongo que es lo mejor.

Por primera vez en mucho tiempo sentía miedo, miedo a que todo aquello se le escapase de las manos. O'Hare y Goróspide eran muchachos dóciles, bien adoctrinados, con los que ya había trabajado antes, y sabía calibrar perfectamente sus reacciones, sabía de qué modo darles las órdenes para que las cumplieran sin vacilación. Su hijo era otro asunto. Empezaba a pensar que quizá había sido un error elegirlo para aquel trabajo. Resultaba curioso, porque en cierto modo Vito se correspondía perfectamente con lo que debía ser un miembro del Brazo Ciego: una entrega total, una completa carencia de remordimientos, una máquina entregada al servicio de la orden. Pero había algo demasiado inquietante en su extrema pureza, algo inhumano.

Eres mí hijo y sin embargo no te conozco. En realidad estaba empezando a conocerlo ahora y lo que veía le producía miedo.

Otra vez estaba en el parque. Se había pasado casi todo el día anterior y una buena parte de éste buscando a Stevenson, pero era como si la tierra se lo hubiera tragado, como si se hubiera esfumado en dirección a ninguna parte. Había permanecido varias horas en el mismo lugar (aunque en realidad no estaba segura de que fuera el mismo lugar en el que había desaparecido unas noches atrás y había intentado en vano encontrar la casa hacia la que lo había visto dirigirse. Era como si nunca hubiera estado allí y, sin embargo, a veces sentía una extraña punzada en su interior, un retorcimiento de sus tripas, un vértigo casi imperceptible que le decía que acababa de pasar junto a ella, que de algún modo la casa estaba allí, fuera de su alcance pero casi a su lado. Al fin, harta de todo aquello, había vuelto a su casa y se había dejado caer sobre la cama sin desnudarse.

Por supuesto, había soñado con él. Era un sueño extrañamente violento, y toda la violencia parecía proceder de ella. Recordaba una multitud sedienta de sangre y un cuchillo de obsidiana en su mano, un cuchillo que arrancaba a regañadientes un destello de luz de una luna fría y diminuta mientras trazaba su arco mortal en el aire de la noche. Bajo ella había un altar y, sin mirarlo, sabía que él estaba allí, acostado sobre su espalda, inmóvil, los ojos abiertos mirándola con una expresión indescifrable. Apenas recordaba nada de lo que había ocurrido después, salvo que había sangre y alguien gritaba, y la multitud rugía de rabia y el sacrificio no llegaba a consumarse.

Y allí estaba ahora, en el parque, contemplando cómo Clarita trataba de hablar con su hija mientras ésta apenas se molestaba en fingir que le prestaba atención. La mujer abandonaba casi en seguida sus inútiles y torpes intentos de comunicación, lanzaba una última mirada a la niña y la dejaba sola en el parque. Por un instante Paula se preguntó cómo podía ser tan irresponsable, cómo podía dejar allí sola a su hija durante casi todo el día. Luego pensó que Sara estaría a salvo, que se encontraría a salvo prácticamente en cualquier sirio, salvo quizá en su propia casa.

Esperó a que Clarita se hubiera ido para acercarse a la niña. Ésta la presintió en seguida, se detuvo a mitad de uno de sus dibujos y se volvió. Una sonrisa cruzó sus labios al reconocer a Paula.

–Hola. Le buscas.

Paula asintió, intentando no preguntarse nada, tratando de apartar el torbellino de pensamientos que ¡a llevaban a considerar todo lo que le había pasado en las últimas semanas como un mal sueño, como una pesadilla absurda.

–Ven. Intentaremos ver dónde está.

Le hizo una seña y Paula se arrodilló a su lado, mientras Sara, con el ceño fruncido, se concentraba en los dibujos que su mano trazaba en la arena. De pronto, sintieron una nueva presencia a sus espaldas y ambas se volvieron casi a la vez. El rostro de la niña se iluminó, pero Paula apenas pudo evitar un gesto de desagrado. Era aquella extraña mujer, Luisa, y había algo en ella que la ponía nerviosa, algo... algo frío, y al mismo tiempo sus gestos, sus ademanes, su forma de comportarse era tan deliberadamente femenina que no podía evitar la sensación de que se encontraba frente a una máscara, un traje que con los años de uso se había adaptado perfectamente a las formas de su dueña. Pero ocultaba algo, y Paula no estaba segura de que ese algo le gustase.

Indiferente a su entrecejo fruncido, Luisa se sentó junto a ellas. Intercambió una mirada con Sara y ambas asintieron al unísono, como si hubieran ensayado el gesto cientos de veces. Paula alzó la vista al cielo desapacible. Faltaba poco para anochecer.

Entretanto, la mano de Sara, armada con el palo, recorría la arena como un insecto frenético, poblándola de formas absurdas que, de algún modo, se entrelazaban de un modo inevitable. Cuando terminó, la niña jadeaba y miraba a Luisa como preguntándole algo.

–Sí. Tienen a Carlos. Y Remiel va para allá.

–¿Dónde? –preguntó Paula.

–El bar. El Avalón. Debes darte prisa si quieres llegar a tiempo. –Hizo una pausa y pareció dudar sobre la conveniencia de lo que iba a decir–. Todavía puedes hacerte a un lado –añadió finalmente.

Paula no respondió. Se incorporó y, en un gesto automático, se sacudió la arena de los pantalones con la manos.

–Gracias –dijo al cabo de un tiempo interminable.

Salió del parque, intentando que sus pasos fueran tranquilos, medidos, que no traicionaran el amasijo de nervios que volteaba sus tripas. Subió al coche y metió la llave en el contacto casi con rabia. Tuvo un último pensamiento para Luisa y, de algún modo que no sabría explicar, se sintió manipulada, como si estuviera haciendo exactamente lo que la otra deseaba.

Arrancó y condujo por una ciudad que parecía dormida, a medida que la noche iba cayendo lentamente a su alrededor como una mortaja. Llegó junto al Avalón media hora más tarde y aparcó el coche junto al callejón donde estaba el bar. Reparó apenas en una motocicleta cercana, salió del vehículo y, con la mano en la empuñadura de la pistola, aún en la funda, echó a andar hacia el callejón.

No había luces en el bar, ni en la vivienda sobre él, y la calle parecía completamente desierta. Se detuvo unos instantes, desorientada, tratando de decidir lo que debía hacer. De pronto oyó pasos a su espalda y, casi sin pensar, desenfundó la pistola. Una mano se cerró entonces alrededor de la suya y un brazo la sujetó por los hombros. De nuevo notó el aliento de él junto a la nuca.

–Escucha. No tengo tiempo para esto.

Había algo extraño en su voz, una urgencia que le resultó desconcertante. No había el menor rastro en él de la tranquila arrogancia de que había hecho gala hasta entonces.

–Ahí dentro hay un amigo mío. Y está sufriendo, puede que muriendo. Así que si vas a detenerme, hazlo ahora. Si no, puedes escoger entre irte o ayudarme. Pero sea lo que sea lo que decidas, date prisa.

Paula no respondió. Por unos instantes estuvo tentada de dar media vuelta y volver por donde había venido. Tenía la sensación de que miles de hilos tiraban de ella, que más de una voluntad estaba actuando sobre su cuerpo para que éste se moviera en una dirección determinada, y no estaba muy segura de que fuera la dirección en la que quería ir. Luego, volviéndose a medias, trató de mirarlo: en la oscuridad apenas pudo distinguir su rostro pálido y las ascuas frías de sus ojos. Debería sentir rabia, necesitaba sentir rabia, pero no podía, en lugar de eso se notaba llena de una sensación de peligro y una curiosidad casi insaciable.

–Te acompañaré –se oyó decir a sí misma.

Remiel la soltó. Ella se dio media vuelta y se enfrentó a él. Aparentemente estaba tranquilo, pero había algo en su respiración que lo traicionaba y sus ojos brillaban de una forma dura, implacable.

–Nunca has sabido mantenerte alejada de los líos –le dijo–. Vamos.

Cosecha roja

El universo de Carlos se había convertido en una uña delgada y fría, en un único dedo con el resplandor blanco azulado del hielo y el sabor repentino del pánico. Hasta ahora no había recibido el menor daño, Judith se

había limitado a explorar su cuerpo con una curiosidad desapasionada que lo había convertido en un objeto, experimentando de vez en cuando con sus sensaciones, acercándolo al placer o al dolor sin alcanzarlos nunca, como si aún no estuviera segura de cuál iba a ser su siguiente paso.

No había nada que él pudiera hacer. Se le había arrebatado cualquier capacidad de decisión. Una única mirada a los ojos fríos e implacables de Judith había bastado para darse cuenta de que en esos momentos no era una persona, que en realidad se había transformado en poco más que una cosa, un instrumento cuyas teclas se pulsaban buscando la combinación adecuada, con ¡os dedos de ella presionando con la misma fría eficiencia que un afinador de pianos en busca del sonido correcto.

No era el dolor o su proximidad lo que había traído al miedo. Era la absoluta sensación de impotencia, el hecho irrevocable de que él no contaba, de que nada de cuanto pudiera hacer, pensar o decir tenía la menor importancia o cambiaría lo que iba a suceder.

A mitad del trabajo Judith había alzado la vista y había percibido el pánico bailando en sus ojos. Había asentido, como si eso fuera exactamente lo que esperase, y había continuado con su tarea.

Y él seguía allí, con su universo haciéndose cada vez más pequeño, convirtiéndose en un cuarto minúsculo y oscuro en el que sólo estaban encerrados él y su miedo y apenas había espacio suficiente para ambos. El miedo era denso, espeso, jadeaba en la oscuridad y jugaba con él igual que un gato con su presa. Sentía el roce de sus delicadas garras y sus tripas se convertían en un charco ácido por el que su vida chapoteaba intentando salir a flote inútilmente.

Luego, el silencio. Estaba solo. Ella se había detenido y el miedo, a su lado, tan próximo como si fuera una parte más de sí mismo, había dejado de jugar y, expectante, había alzado su rostro monstruoso.

Carlos oyó voces y ruido de pelea y sintió que alguien más estaba con ellos. Por un instante casi se atrevió a pensar que Remiel había llegado, había detenido a aquella criatura enloquecida e implacable y estaba a punto de liberarlo. Pero luego en su campo de visión entró un rostro frío y vacío, un cuerpo vestido de negro con la delatora mancha del alzacuellos y un delicado crucifijo de plata. Otra figura se había detenido a su lado, una versión más madura del mismo hombre, más cansada, con un brillo más cálido en sus ojos, pero con la misma decisión inalterable en ellos.

–Perdónanos por lo que varaos a hacerte, hijo –le oyó decir con un acento que identificó en seguida como italiano–. Pero si en verdad eres inocente, Dios te acogerá en su seno. Y en cualquier caso nada puede detener el cumplimiento de nuestra misión. –Se volvió al otro hombre–. ¿Te encargas tú, Vito?

–Claro, padre –dijo éste, con el mismo acento.

Volvió la cabeza a un lado y a otro, como si buscara algo. A! fin pareció encontrar lo que quería y desapareció de su campo de visión. Regresó casi en seguida, sosteniendo en la mano un pesado cenicero de bronce. Sonrió fugazmente y algo en aquella sonrisa hizo que e! miedo, hasta entonces indeciso, se solidificara repentinamente en una amenaza palpable.

–Esto te va a doler más a ti que a mí.

El cenicero subió, robó un destello de bronce de la lámpara y luego descendió convertido en un manchón brillante. Algo crujió a su lado y un dolor agudo recorrió todo su brazo. Apenas fue consciente de que estaba gritando, de que aullaba como una bestia herida.

–Esparadrapo –dijo e! hombre joven, en el mismo tono que un cirujano podía pedir unos fórceps durante una operación delicada.

Carlos seguía gritando, retorciéndose, tratando de buscar una postura en la que el brazo no fuera un amasijo de dolor de pronto notó que algo espeso se introducía en su boca, cortando de raíz el grito. Trató de morder, de escupir aquella cosa que llenaba su boca, pero entonces una tira de esparadrapo selló sus labios.

–Yo de ti aguantaría las náuseas –dijo el hombre joven–. Podrías ahogarte con tu propio vómito.

Carlos sintió las lágrimas deslizarse por su rostro, notó cómo su vejiga se vaciaba, cómo su esfínter se abría. Todo aquello no le importó un pimiento. En lo único en lo que podía pensar era en que se estaba ahogando, que el brazo parecía la única parte de su cuerpo que era capaz de sentir y que le acababan de impedir hasta la posibilidad de expresar su miedo y su dolor en voz alta. *Dios, ¿por qué? ¿Qué coño he hecho? ¿Por qué?*

La única respuesta que recibió fue sentir su pierna derecha repentinamente libre. El hombre joven la sujetó y acercó algo a su rodilla. Carlos vio el brillo maligno del sacacorchos en su mano y comprendió lo que iba a ocurrir un parpadeo antes de que sucediera. El hombre empezó a taladrar su rodilla, girando expertamente el sacacorchos: una alegría salvaje asomaba a sus ojos y aquello fue aún peor que el dolor insoportable que convirtió el cuerpo de Carlos en un amasijo sin sentido ni voluntad.

No, no, no, no, no, no. Era lo único que podía repetir una y otra vez mientras lo que tenía en la boca se introducía más y más en su garganta y algo que parecía plomo fundido le recorría hasta la última de sus venas. Sintió que la oscuridad se hacía a su alrededor, que se alejaba flotando de todo y de todos, que ya no estaba allí, que no estaría allí nunca más.

Lo último que oyó antes de que la oscuridad se lo tragara fue la voz impasible del hombre joven diciendo:

–Se ha desmayado. Habrá que esperar un poco. Quitadle la mordaza.

Había cometido un error, se había descuidado y ahora tenía que pagar el precio: desde luego, tenía que haber supuesto al ver a Buntaro que ella no sería la única interesada en ir por Remiel. Con lo que no había contado era con aquel extraño grupo de fanáticos sacerdotes católicos que se habían deslizado en silencio a su espalda, habían esperado pacientemente a que estuviera del todo concentrada en su trabajo y sólo entonces habían caído sobre ella. No es que importase: estaba acostumbrada a pagar el precio, su vida había sido una larga carrera de dolor y retribución y esto sólo era un paso más en el camino. No se atrevió a esperar que fuera el último. Sabía, para su desgracia, que no lo sería, que nunca habría un último paso.

Maniatada en la habitación de al lado oyó gritar a Carlos y luego cómo enmudecía de repente. *Idiotas,* pensó. Carecían de sutileza. Sí, el dolor era algo inmediato y efectivo, pero no resultaba elegante, y atraer a su presa de la forma correcta era casi tan importante como el hecho en sí de atraerla. El miedo era una forma más adecuada, más sutil, de conseguir que Remiel abandonara su refugio y viniera hasta ellos. Al fin y al cabo qué se podía esperar de un grupo de sacerdotes de lo que en su día no había sido más que una secta fanática de su propia religión.

Oyó abrirse la puerta y giró la cabeza. Vito Andolini venía hacia ella, limpiándose la sangre de las manos con un pañuelo.

–Hacía tiempo que no nos veíamos, Judith –dijo.

Ella asintió. No *el suficiente.* Sus pasos se habían cruzado por última vez cinco años atrás, en las dunas ardientes del Yemen, y ambos habían unido sus fuerzas para eliminar a un nuevo caudillo integrista que estaba agrupando a las tribus del desierto en torno a él. Judith había admirado la eficacia' de los métodos de su compañero, pero también había sentido repugnancia hacia su actitud, hacia la fría y salvaje alegría con la que llevaba a cabo su tarea. Había notado perfectamente el desprecio fanático en sus ojos: para él ella era una infiel, y de la clase más peligrosa, pertenecía a un pueblo elegido que había dado la espalda a su Dios. Sólo el hecho de que el Vaticano le hubiera ordenado colaborar con ella había impedido que acabase corriendo la misma suerte que aquel reseco y enjuto *mahdi* al que habían eliminado. Sabía que ahora no contaba con esa protección.

–No puedo decir que me sorprenda encontrarte aquí. –Tiró el trapo manchado de sangre y se arrodilló junto a ella–. Dios escribe recto con renglones torcidos.

–Y tú sabes interpretar su voluntad.

Vito sonrió.

–Pese a tu sarcasmo así es. He visto a Su ángel, he temblado de miedo y amor ante la figura de Su enviado, hecha de rabia y de luz. Sé lo que debo hacer. Y, créeme, lo haré.

Sí, sabía que lo haría. No sólo cumpliría con la misión que se le había encomendado: por el mismo precio también mataría a la bruja judía, Judith casi podía ver los engranajes girando en aquella mente pequeña y fría, afilada y cortante.

–No te gustan mis métodos, lo sé. Los encuentras burdos, pero también son eficaces. Oh, sin duda tu forma de actuar es más sutil. Sí, hasta yo puedo ver cierta belleza en ella: a la larga el miedo es una forma más segura de atraerle que el dolor. Pero el dolor funcionará igualmente. El renegado vendrá a por su amigo. Y entonces lo destruiremos.

–¿Y luego?

–¿Luego? –Otra vez aquella sonrisa. Judith la recordaba bien. Era la misma que había aparecido en el rostro de Vito en el Yemen, cuando su víctima había suplicado por su vida–. Luego exterminaremos a la bruja. Sí, ya sé que no tienes miedo. Es posible que no pueda matarte. Al fin y al cabo sólo soy humano. Pero la vida será algo muy desagradable para ti cuando haya acabado contigo.

–¿Crees que ahora resulta agradable?

–Claro. Ya sabes que he visto tu expediente. ¿Cuántos años tienes, Judith?

Mil, quiso decirle. *MU años, un millón, así es como me siento.* Hacía tiempo que había perdido la cuenta de su edad.

–La Judía Errante. Un buen título, ¿no es así? –dijo él–. Claro que aún no llevas paseándote por el mundo lo suficiente para haber creado una leyenda. Pero si te damos bastante tiempo podría llegar a pasar. Haré todo lo posible para que no ocurra, créeme.

–Te creo.

Y una vez más pensó que ojalá fuera así, que ojalá aquella criatura tuviera éxito en lo que se proponía. Al final sería una ironía deliciosa que el descanso eterno le viniera de manos de alguien incapaz de experimentar compasión.

La puerta del cuarto se abrió y Vito se volvió apenas para ver entrar a su padre. El viejo parecía cansado, como si en los últimos días todo el peso del mundo hubiera caído sobre él y no se sintiera con fuerzas para soportarlo. No tenía nada que objetar a eso. El alivio que vio en su rostro cuando se dio cuenta de que Judith seguía indemne fue tan evidente que estuvo a punto de echarse a reír.

–¿Ha despertado? –le preguntó.

–Aún no. Tenemos que hablar.

–No. El tiempo de hablar ha pasado, padre. Tenemos que actuar.

–Hijo...

–Existimos para obedecer, no para pensar. Si ya no tienes lo que hace falta para asistir a esto te sugiero que te vayas.

–Hijo, somos cirujanos, no carniceros. Extirpamos el tumor para que la Iglesia de Dios continúe sana.

–¿Es malo que el cirujano disfrute de su labor? –preguntó, en un tono de voz que rebosaba inocencia.

Su padre no tenía respuesta para aquello y lo único que pudo hacer fue menear la cabeza. La puerta volvió a abrirse y O'Hare entró por ella.

–Padre Andolíni...

–¿Sí? –dijeron los dos, casi a la vez.

O'Hare vaciló unos instantes antes de seguir hablando:

–Está aquí.

–¿Seguro?

–El agua se ha vuelto sangre. Y Goróspide dice haber visto dos figuras en el callejón.

–¿Dos? –preguntó su padre.

–¿Por qué no? –dijo Vito–. Que venga con cuantos aliados quiera. No le servirá de nada. –Se volvió hacia Judith–. Continuaremos más tarde.

Salió del cuarto sin detenerse a ver si los otros le seguían. O'Hare miró al otro sacerdote, esperando algo que éste no parecía capaz de darle.

–Vamos –consiguió decir al fin–. Apostaos tú y Goróspide en la ventana y estad atentos al menor movimiento.

Ambos salieron del cuarto. Judith se quedó sola, tan sola como lo había estado durante más de cincuenta años.

Remiel la había dejado y ahora caminaba casi a tientas por un pasillo oscuro y húmedo que olía como si nadie hubiera entrado en él en los últimos cincuenta siglos. Llevaba la pistola en la mano izquierda y trataba de no tropezar con nada. Cada paso que daba levantaba pequeñas nubes de polvo y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no estornudar. Se detuvo, al darse cuenta de que el pasillo se bifurcaba. Trató de recordar lo que le había dicho Remiel:

–El pasillo girará a la izquierda dentro de poco. Sube unas escaleras y espera mi señal.

–¿Cuál será?

Él había sonreído sin humor alguno.

–Lo sabrás.

Y allí estaba ahora, tratando de acostumbrar los ojos a la oscuridad y preguntándose cómo se las había arreglado para meterse en aquello. No tenía sentido, no tenía el menor sentido, y si Rodríguez la viese chasquearía la lengua y menearía la cabeza antes de hacerle alguno de sus comentarios triviales tan llenos de aquel impasible sentido común que lo caracterizaba.

No había rabia en ella. Sólo curiosidad, una implacable curiosidad que le desgarraba las entrañas y un extraño sentimiento de anticipación que tiraba de ella pasillo adelante. Apenas podía pensar en nada que no fuese Remiel, su rostro pálido, sus ademanes impasibles, la llama que brillaba fría en sus ojos cada vez que la miraba.

Estuvo a punto de tropezar y sólo entonces se percató de que había llegado a las escaleras. Las subió con cuidado y se detuvo al darse cuenta de que oía voces al otro lado de la pared. Una claridad tenue se colaba por ella y, al apoyar la mano, notó que no era piedra lo que la separaba de la otra habitación, sino apenas un delgado panel de madera. Las voces hablaban en un idioma desconocido que, sin embargo, tenía una cadencia familiar. Al cabo de un rato, su memoria identificó aquellas palabras como el latín que había estudiado en el instituto, hacía mil años.

Latín, pensó, incapaz ya de sorprenderse. *Latín nada menos.*

Dijesen lo que dijeran, estaban discutiendo, dos voces con un timbre muy parecido, pero una bastante más cansada, más rota que la otra. Al final pareció vencer la más joven. Paula oyó con claridad un clic metálico.

Se dio cuenta en ese momento de que una parte del panel de madera parecía más delgada que el resto. Se acercó a ella y vio que había una pequeña hendidura, apenas suficiente para mirar a través de ella. Apenas. Con suavidad aproximó su ojo a la hendidura y atisbo más allá.

Un hombre joven vestido de sacerdote sostenía en alto una navaja. A sus pies estaba atado el camarero de Remiel, con el brazo en una postura incongruente y la pierna convertida en un amasijo de carne machacada a través de la cual asomaban pálidas esquirlas de hueso.

La navaja descendió, rasgó las ropas, y Paula vio un vientre que se contraía de pánico. Carlos estaba consciente y miraba a su torturador con los mismos ojos con los que una gacela podía contemplar al león que estaba a punto de desgarrarle la yugular. La navaja descendió de nuevo y Paula vio con total claridad la línea rojiza que se abrió a través del vientre de Carlos.

Vamos, Remiel, ¿a qué estás esperando?, pensó, y sin darse cuenta de lo que hacía cogió la mariposa, la abrió y empezó a girarla en su mano.

Y en ese preciso instante se quedó paralizada, incapaz del menor movimiento mientras el sacerdote joven agrandaba con sus propias manos la herida en el vientre de Carlos y empezaba a tirar de sus vísceras, indiferente a los movimientos espasmódicos de su víctima, a los gritos que no podían salir de su boca amordazada. Sacaba al exterior sus intestinos como quien desenrolla una madeja complicada, totalmente concentrado en su labor, sin pasión, tan frío como una máquina en una cadena de montaje.

Dios, Dios, Dios, Dios. Y la palabra le sonó como un taco en su mente, como una obscenidad.

La parálisis desapareció de su cuerpo, el horror la dejó libre unos instantes y, sin pensar en lo que hacía, derribó el delgado panel de madera de una patada, irrumpió en la habitación convertida la mismísima imagen de la ira de Dios y su dedo se crispó en el gatillo como si tuviera voluntad propia.

La pistola dio una coz en su palma, hubo un fogonazo y algo pareció estallar en el hombro del sacerdote. Cayó al suelo, con un grito en el que había más sorpresa que dolor. Un hombre viejo se volvía hacia ella y la miraba, como si le costase trabajo comprender lo que acababa de ocurrir. Algo más allá otros dos curas echaban a correr hacia donde estaba.

Una trampilla se abrió en el techo en aquel preciso momento y una figura delgada y oscura se abatió sobre los sacerdotes, una figura cuyas ropas grises ondeaban como la capa de algún superhéroe tenebroso.

Paula corría hacia Carlos, intentando no mirar el amasijo de vísceras a medio desenrollar que era su vientre, mientras el hombre mayor parecía darse cuenta al fin de lo que ocurría, se tiraba al suelo, rodaba por él y se abalanzaba sobre una escopeta de postas con los cañones serrados. El brazo de Paula se movió como un mecanismo bien engrasado y un nuevo estampido sonó en la habitación. El hombre mayor gimió, y su brazo derecho se encogió en un gesto de dolor, pero siguió rodando por el suelo. Logró hacerse con la escopeta, se incorporó y apretó el gatillo.

Paula consiguió tirarse al suelo justo a tiempo y sintió los perdigones pasando a escasos centímetros de su cabeza. Su mano derecha se crispó sobre la mariposa, la hizo girar una última vez y la hoja brillante y afilada cruzó el aire, tan rápida como una promesa que no se va a cumplir jamás. El hombre mayor aulló brevemente y Paula vio que algo había aparecido en su ojo derecho, una excrecencia metálica que lanzó un destello a la luz antes de quedar empapada en la sangre que salía a borbotones de la cuenca del ojo.

Más allá, Remiel seguía ocupado con los otros sacerdotes, tiraba a uno al suelo y hacía que el cuello del otro crujiera como una rama rota. Con movimientos fluidos, tan perfectamente medidos que parecían inevitables, lanzó una patada contra el que estaba en el suelo: su pie golpeó con la fuerza y la precisión necesarias en el pecho del sacerdote y, sin esperar a ver lo que ocurría echó a correr hacia donde estaba Paula. Desde el suelo, el hombre se encogió sobre sí mismo, miró cuanto le rodeaba con una sorpresa que ya nunca abandonaría su rostro y se desplomó inmóvil.

El hombre mayor parecía dudar entre apretar el otro gatillo de la escopeta o extraer aquella molestia en su ojo derecho que llenaba de sangre cuanto veía. No tuvo tiempo de decidirlo: Re–miel llegó junto a él, extrajo la mariposa de la cuenca chorreante y, a través de la espalda inerme, la clavó en su corazón.

Apenas habían pasado diez segundos desde que Paula irrumpiera en la habitación. Ahora, los dos se miraban, de pie, ella jadeando, él tan tranquilo como si acabara de llegar a una fiesta donde nadie le esperase.

–Impaciente, como siempre –dijo él.

Y Paula no pudo evitar una sonrisa y sintió que las palabras se formaban en su boca como si no fuera ella misma quien las articulase:

–Ya me conoces. –Así es.

Y entonces Remiel pareció reparar en el cuerpo que se retorcía cada vez menos, el cuerpo por cuyo vientre desgarrado ¡a vida se le escapaba, se deslizaba para siempre por sus vísceras empapadas. Se acercó a él, le quitó la mordaza y sostuvo aquella cabeza febril entre sus brazos.

–Remiel –consiguió articular Carlos con una voz casi inaudible que era todo dolor–. Sabía que vendrías.

Él abrió la boca y Paula vio que era incapaz de decir nada. De algún modo supo que era la primera vez que le ocurría, la primera vez que se encontraba ante una situación en la que no sabía qué hacer ni cómo, la primera vez en toda su vida en la que algo escapaba a su control.

–Carlos –logró articular por fin–. Yo...

–Duele –dijo el camarero–. Oh, joder, Remiel, cómo duele.

–Sí–dijo como si la palabra le hubiera sido arrancada contra su voluntad.

–Haz que... haz que deje de... doler.

–Yo...

–¡Mierda, hazlo!

El grito pareció haber acabado con todas sus fuerzas. Ya no era capaz de decir nada más, sólo respiraba entrecortadamente, cada vez más débil.

–Lo haré –dijo Remiel al fin, y era como si aquellas dos palabras le hubieran costado más que cualquier otra cosa en su vida–. Lo haré–repitió.

Sujetó la cabeza con las dos manos y con una delicadeza que Paula no creía posible la hizo girar hasta que sus miradas se encontraron una última vez. Luego, tan rápido como se roba un beso, la volvió en sentido contrario. Paula oyó un chasquido y el pecho de Carlos dejó de moverse. Remiel acercó el rostro a aquella cara cubierta de sudor y besó aquellos ojos desorbitados y sin vida.

–Perdóname.

Se incorporó tras un tiempo interminable. No parecía capaz de mirar nada de lo que le rodeaba. Al fin, su vista encontró a Paula y ella vio miedo en sus ojos. Aquello le produjo una sensación de vértigo, como si de pronto el mundo entero hubiera dejado de estar en su sitio. No recordaba haber visto jamás miedo en los ojos de él. Y sólo ahora empezaba a comprender lo que el término *jamás* implicaba. De pronto oyó un sonido lejano y familiar. Sirenas. Sus compañeros se acercaban. Aquello la sacó de su estupor y se acercó a Remiel con paso decidido. Resultaba irónico, la situación parecía haber dado la vuelta, como si por primera vez ella estuviera segura de lo que había que hacer y él no.

–Tenemos que irnos –le dijo.

Él asintió, pero no daba la impresión de haber entendido.

Las sirenas se escuchaban cada vez más cerca. Posiblemente ya no podrían salir por la puerta principal, tendrían que volver al pasillo y escabullirse por la casa en ruinas que había junto al bar. Paula se acercó a Remiel. Miró el cuerpo inmóvil de Carlos, la expresión de tranquilidad en su rostro muerto.

—Tenemos que irnos —repitió.

Pero Remiel seguía inmóvil. No lo comprendía: aquél era el hombre que había salido indemne de un tiroteo multitudinario, el hombre que se había enfrentado a cuatro asesinos profesionales sin más armas que sus manos desnudas, el hombre que en sus sueños parecía inmune a todo. Y ahora se quedaba allí, de pie, como un animal desvalido, como una víctima que no comprende lo que ocurre.

Su mano izquierda decidió por ella lo que había que hacer. Rápida, seca, cruzó el rostro de Remiel una, dos, tres veces. Él alzó la vista de pronto y detuvo la cuarta bofetada con una mano helada que temblaba ligeramente.

–Sí –dijo, con su voz impasible de siempre, y sin embargo algo inquietante se deslizaba en ella, algo nuevo e incómodo–. Tienes razón. Tenemos que irnos.

Paula asintió. Se acercó al cadáver del hombre mayor y extrajo la mariposa de su espalda. Limpió ¡a sangre en las ropas del muerto y se la guardó en el bolsillo. Con infinito cuidado registró el suelo hasta encontrar los dos casquillos de las balas que había disparado, aunque sabía que era una tontería y que de haber usado su pistola reglamentaria habrían terminado localizándola: la firma de las estrías de su cañón estaba registrada en la policía.

Pese a todo, más por costumbre que por otra cosa, se guardó las vainas vacías. Se sentía tranquila, en calma, como si todo aquello no fuera más que un ejercicio, un examen que acababa de pasar sin grandes problemas.

–Vamos –dijo, volviéndose a Remiel.

Él dudó unos instantes, como si tuviera la sensación de que había dejado algo a medias. Le echó un vistazo al cuerpo agonizante del cura j oven y alzó la cabeza, como si fuera capaz de percibir el cuerpo de Judith en la habitación de al lado.

–Sí–dijo, sin embargo, al cabo de un rato–. No tenemos mucho tiempo.

Rodríguez los vio salir. Ya estaba en su coche cuando recibió la llamada, y pudo llegar al bar de Stevenson antes que el resto de sus compañeros. La suerte, o el destino, le hizo aparcar en la parte de atrás de la casa, junto a un solar casi vacío salvo por las ruinas ominosas de una casa que ahora sólo servía de cobijo para

las ratas. Mientras apagaba el motor los vio salir: primero Stevenson, luego Paula, asomando tras una viga, mirando recelosos a los lados y marchándose sin ser conscientes de su presencia.

Vio cómo se subían a una moto y se perdían en la lejanía. Tomó nota mental del modelo y la matrícula y luego permaneció indeciso unos instantes: sabía cuál era su deber, por supuesto, tenía que detenerlos, llevarlos a comisaría e interrogarlos. Aún desconocía lo que había pasado en la casa pero, fuera lo que fuera, era lo suficientemente grave para no permitir que dos testigos (y potenciales implicados) se fueran como si allí no hubiera ocurrido nada. Sin embargo no salió del coche, ni hizo el menor ademán de seguir a la moto.

Es *Paula. No puedo detenerla.*

Todo cuanto sabía, cuanto era, cuanto había construido a su alrededor a lo largo de su vida protestaba ante la idea. Él era un policía, tenía un deber que cumplir, y si Paula había cruzado la línea y había pasado al otro lado, peor para ella. Pero el pensamiento no tenía fuerza frente a la certeza de que no podía detener a Paula. No, al menos, hasta estar seguro de lo que había pasado.

Así que salió del coche y echó a andar hacia la parte delantera de la casa. Al hacerlo, no fue consciente de una tercera figura que se deslizaba entre las ruinas y, con paso renqueante, se perdía por una calleja cercana.

Media hora más tarde no sabía qué pensar. El interior del piso era una carnicería, una auténtica masacre. Y por si fuera poco, tres de los muertos eran sacerdotes. Aquello no tenía sentido. Pero que Paula se hubiera involucrado en algo así lo tenía aún menos. Sin embargo, incluso entonces supo que no la delataría. Todavía no. Que, pese a todo, seguía siendo su compañera. *Mierda,* pensó, al darse cuenta de que aun así confiaba en Paula.

Espero que sepas lo que estás haciendo, se dijo mientras tomaba la decisión de comprobar la matrícula de la moto con Tráfico.

Los desvíos no siempre son atajos

Lo que ves

Una psicóloga de la policía se empeña una y otra vez en consolarte, en hacerte ver que tú no tienes ninguna culpa de lo que ha ocurrido. Estúpida. Ha bastado temblar un poco, soltar un par de lágrimas y fingir un ataque de histeria mientras la policía te desataba para que den por sentado que sólo eres una víctima más de lo ocurrido en la casa.

–Era mi novio –te oyes decir a ti misma. Y tu tono de voz es perfecto: asustado, triste, culpable–. Yo lo convencí para que fuéramos al bar donde trabajaba. Quería...

La psicóloga intenta convencerte de que no querías nada malo, que por duro que sea para ti, tienes que seguir viviendo. Desgrana con una convicción casi conmovedora todo su repertorio de jerga y consuelo, de tecnicismos y compasión. No importa lo que nos pase, por terrible que sea, seguiremos adelante, encontraremos algo que haga que merezca la pena seguir viviendo.

Seguir viviendo, piensas. Claro que seguirás viviendo. Como si te quedase otro remedio, como si hubieras tenido otro remedio todos estos años, desde el día en que hiciste una promesa que nunca podrías cumplir. Recuerdas como si fuera hoy mismo la sinagoga abandonada, medio derruida, y la solitaria menorah que se alzaba sobre el altar. Te recuerdas arrodillándote y, sobre todo, recuerdas tu sorpresa al darte cuenta de que estabas llorando. Llorando, ¿por qué, para qué? ¿De qué servían ya las lágrimas?

Al fin la psicóloga se da por vencida y se va, mientras tú finges que los sedantes han hecho efecto y que estás dormida. Esta noche ha sido fácil. Mañana vendrán los policías y te interrogarán, tratando de comprender lo que ha ocurrido, quiénes eran esos cuatro sacerdotes, qué os estaban haciendo, cómo murieron, quién los mató.

Cuatro. No, sólo tres. Seguramente sólo te preguntarán por tres. Porque Vito sigue vivo, ha conseguido escapar. Recuerdas perfectamente su rostro, su hombro ensangrentado, sus palabras:

–Qué pena que no tenga tiempo, bruja –te dijo mientras el ruido de sirenas se acercaba cada vez más–. Tenía planeado algo especial para ti.

Su hombro estaba empapado de sangre, y su respiración era poco más que un jadeo entrecortado. Pero su mirada llena de rabia seguía tan clara como siempre, y su sonrisa nunca había resultado más fría.

–Ya veremos. Seguro que nos volvemos a encontrar.

Sentiste cómo se iba, y supiste que se escabulliría sin problemas, que lograría escapar.

Pero si escapa y va a por Remiel y da con él antes que tú...

Oyes cómo se abre la puerta de la habitación. Los ruidos que hace al caminar, la forma en que huele su cuerpo lo delatan en seguida como el policía lleno de preguntas que te sacó de la casa de Remiel.

–Mierda –lo oyes murmurar–. Se ha dormido. Malditos psiquiatras.

Pese a todo, notas que permanece en la habitación, que da unos pasos hacia la cama y se inclina sobre ti. Hay algo sorprendente en ese policía, algo oculto tras su apariencia de mediocridad y sus preguntas. De algún modo percibes que es peligroso y, por unos instantes, consideras la posibilidad de estrangularlo allí mismo y luego abandonar el hospital.

Pero no. Es mejor ser discretos. Descansa esta noche. Mañana te pondrás en contacto con Shamir y continuaréis con la caza de Remiel. Soportarás el interrogatorio y luego te dejarán libre, al fin y al cabo no tienen nada contra ti.

Al final, el policía se cansa de mirarte y se va. De nuevo estás sola.

Aunque, claro, lo has estado siempre. Lo has estado durante los últimos cincuenta años. Lo estabas antes. Sí, sobre todo antes, cuando compartías el lecho y las palabras con el rubio ángel de la muerte que te convirtió en lo que eres ahora.

Repasas lo ocurrido esta noche. Sobre todo, te preguntas si tu plan habría tenido éxito de no haber interferido Vito y los suyos. Por más que tu orgullo trate de responder afirmativamente, sabes que, de haber estado sola, es más que probable que hubieras fracasado, al igual que lo han hecho los cristianos.

Tanto tú como ellos suponíais que Remiel estaría solo. ¿Porqué no?, al fin y al cabo era lo lógico. Siempre ha sido un ave solitaria. Pero incluso eso no deja de ser una ilusión. Porque sabes que, aunque no hubiera tenido ayuda, no habrías podido enfrentarte a él.

Atraerlo sí, sin duda. Carlos había sido un instrumento tan perfecto... Y no puedes evitar rechinar los dientes al recordar el modo burdo y zafio en que Vito lo usó.

Pero eso no importa ahora. Aunque hubieras estado tú sola, aunque Remiel no hubiera contado con ayuda de ninguna clase, en un enfrentamiento directo habrías llevado las de perder. Permitiste que tu orgullo te cegara, y sonríes al darte cuenta de que lo mismo les ha pasado a los cristianos. Llevabais demasiado tiempo acostumbrados a tener éxito, a no encontrar oposición digna de ese nombre.

Remiel, comprendes, es distinto. No es una oveja. Tampoco es, como tú y los otros, un cazador. Es una pieza inclasificable y no puedes usar con él las mismas herramientas que con las otras presas.

Te maldices a ti misma. Porque todo eso, en cierto modo, ya lo sabías antes de iniciar la caza, o al menos lo sospechabas, pero no le hiciste caso a tu instinto, te dejaste arrullar por tu orgullo y el resultado ha estado peligrosamente cercano al desastre.

No importa, piensas. Al fin y al cabo, los errores están ahí para aprender de ellos. Y la próxima vez todo será distinto.

El estanque para que Buda se bañe

Toda Omi se ajustó el kimono, tratando de parecer indiferente y, sobre todo, ajeno a cuanto estaba ocurriendo. Sabía que los demás lo miraban con desprecio mal disimulado preguntándose qué hacía alguien como él, un simple samurai, en aquella reunión. No le importaba: lo único que lo preocupaba en esos momentos era saber la suerte que había corrido su hermano. Ni siquiera el éxito o el fracaso de la misión que había llevado a éste hasta Europa le parecía trascendente.

Si Buntaro ha muerto..., pensaba una y otra vez, sin llegar nunca a completar el pensamiento.

Al fin Tokugawa Yoshi terminó de conferenciar con los daimíos y tos despidió. Uno a uno pasaron junto a Omi y respondieron a su reverencia con una leve inclinación de cabeza, justo al borde de la descortesía.

Tokugawa Yoshi, aún sin dar muestras de que había notado la presencia de Omi, selló varios documentos y se los entregó a su secretario. Éste los tomó, saludó a su señor y dejó la habitación. Sólo entonces Yoshi alzó la cabeza y miró a Omi.

–Bienvenido, amigo mío. Lamento haberte hecho esperar.

–No, mi señor. Llegué demasiado pronto. Lo siento.

Yoshi sonrió.

–Eres discreto además de paciente –dijo–. Una virtud que, por desgracia, tu hermano no compartía.

Omi trató de permanecer impasible. Se preguntó si habría tenido éxito. Conocía bien a Yoshi, no en vano llevaba sirviéndole como hombre de confianza durante los últimos diez años, y sabía que su señor nunca abordaba de frente una cuestión cuando podía enfrentarse a ella de modo oblicuo. Así que se preparó para una larga batalla y trató de no pensar en nada, más allá de las palabra de Yoshi y del peligro que éstas podían encerrar.

–Buntaro tenía otras virtudes, mi señor –dijo al fin, tras un largo silencio.

–Oh sí, sin duda. –Su tono de voz era completamente serio. Sin embargo, había una mínima nota de sarcasmo oculta en él–. Nadie como tu hermano dominaba el arte del *haikai*, eso es indudable. Y sus diseños en la arena resultaban... –Hizo una pausa deliberada, como si estuviera saboreando la palabra antes de pronunciarla–: reveladores.

Se incorporó y le hizo una seña a Omi de que le siguiera. El panel de papel de arroz se abrió a su paso y recorrieron un largo y estrecho pasillo que moría en unas escaleras. Mientras descendía tras Yoshi, Omi trataba de no hacerse preguntas y de mantener su mente centrada única y exclusivamente en el combate que estaba librando en esos momentos: sin esperar nada, pero aguardando cualquier cosa, indiferente pero alerta, tranquilo pero no descuidado. Pese a todo, le resultaba cada vez más difícil mantenerse impasible. Y ahora, mientras descendían hasta los sótanos del castillo, estaba seguro de que su hermano no había cumplido su misión.

Junto a las escaleras había una puerta, custodiada por dos samurais que se inclinaron ante los recién llegados.

–Dejadnos, por favor –dijo Yoshi.

Los samurais intercambiaron una mirada y, tras una nueva reverencia, abandonaron su puesto. Yoshi posó su palma en una pequeña depresión ovalada a un lado de la puerta y ésta se abrió sin apenas hacer ruido.

Entraron en una pequeña habitación, parcialmente en sombras, y allí Omi distinguió tres cuerpos maniatados. No tardó mucho en reconocer a los acompañantes de su hermano, pero no había el menor rastro de Buntaro. Trató de no mostrar el alivio que sentía ante la ausencia de su hermano y esperó a que su señor hiciera el primer movimiento.

–Dime, amigo mío –preguntó éste–, ¿hay alguna excusa para estar vivo tras el fracaso?

¿Yoshi se refería a Buntaro? ¿Al propio Omi? No, se dio cuenta de que, por una vez, estaba siendo directo y hablaba de los tres hombres maniatados.

–No para un samurai, mi señor –contestó.

Yoshi se acercó a los tres hombres. Estaban conscientes, aunque amordazados, y el miedo brillaba en sus ojos, si bien trataban de ocultarlo. Yoshi desenvainó su espada y se la tendió a Omi por la empuñadura.

–Sus vidas son tuyas, amigo mío.

Omi tomó la espada que su señor le ofrecía, maravillándose ante lo liviana que resultaba, lo perfectamente equilibrada que estaba la hoja con la empuñadura. Admiró su filo y el modo en que la luz se reflejaba en la hoja desnuda y sin ornamentar. Sabía lo que se decía de esa espada, los rumores que hablaban de que su forja se remontaba a antes del reinado del primer *shogun* Tokugawa, casi quinientos años atrás. Nadie conocía el nombre del artesano que la había forjado y se decía que su acero provenía de una estrella caída en

Edo el mismo día del nacimiento del que luego sería el *shogun.* Omi aferró el arma con ambas manos y apenas pudo contener el asombro ante lo bien que la empuñadura se ajustaba a ellas, como si en cierto modo estuviera viva y respondiera a los deseos y necesidades del hombre que la sostuviera. Matar con un arma así era tan fácil, tan tentador. ..

Se acercó a los hombres atados. Los recorrió uno por uno con la mirada, percibió su miedo, fue consciente de las lesiones que habían sufrido. Contó los hematomas y las fracturas, las heridas y los golpes.

Bajó la espada sin haberla usado, y sintió que aquel gesto le costaba más que nada de lo que había hecho en toda su vida.

–No creo que estos hombres merezcan tanto honor, mi señor –dijo, tratando de que no le temblara la voz–. Tu espada no merece mancharse con su sangre.

Yoshi pareció sorprendido. Omi no supo si aquello era bueno o malo. Lo que pasara a continuación lo decidiría.

–Pero sin duda merecen morir, amigo mío –dijo Yoshi.

Omi reprimió un suspiro de alivio. Su decisión había sido la correcta, comprendió. Más tranquilo, sin apresurarse, sin parecer en absoluto satisfecho de sí mismo, dijo:

–Lo merecen, ya que han fallado en su misión. Y es evidente que no lo intentaron lo suficiente puesto que siguen vivos tras su fracaso. Pero por eso mismo no merecen una muerte honorable.

Hizo girar el sable y se lo tendió a su dueño, con la empuñadura en su dirección. Yoshi lo recogió y lo envainó.

–¿Qué sugieres entonces? –preguntó.

–Qué importa –respondió Omi, con un gesto despectivo de la mano–. Que mueran de hambre. Que se los azote hasta morir. Que se los ahogue. Que se los arroje a un cenagal o se les dé como alimento a una jauría de perros. Eso no tiene importancia, con tal de que no sea una muerte honorable.

Yoshi asintió y permaneció pensativo unos instantes, considerando las palabras de Omi.

–Así sea–dijo al fin.

Desenvainó entonces su cuchillo, se acercó a los hombres atados y, con tres gestos precisos, les abrió el vientre. Sin hacer caso de sus espasmos y sus inútiles intentos por articular un grito tras la mordaza, limpió el cuchillo con un retal de seda y lo envainó. Sólo entonces miró a Omi.

Éste se dio cuenta de que el peligro aún no había pasado, de que todo aquello no había sido más que una primera prueba, un primer escollo. Buntaro, como una sombra, como una advertencia, seguía colgando entre los dos hombres. Hasta que no hubieran hablado de su destino, Omi seguiría en peligro.

–Vamonos, amigo mío –dijo al fin Yoshí–. Tenemos asuntos más importantes que tratar.

Abandonaron la sala y subieron por las escaleras. Poco después compartían el té en una pequeña y sobria habitación con paredes de papel de arroz.

–Tu hermano no ha sobrevivido –dijo Yoshi, mirando el interior de su taza, el gesto impasible, la voz controlada–. Sin embargo, no fue ei renegado el que le quitó la vida.

Ya estaba. Ahí llegaba. Omi inspiró profundamente antes de preguntar:

–¿Sobrevivió al ataque?

–Me temo que sí. Al menos los otros tres fueron heridos, señal de que, si bien no lo suficiente como tú mismo señalaste, lo intentaron. Buntaro fue desarmado limpiamente por el renegado y maniatado con su propia arma, sin que sufriera un rasguño. Mala cosa, *neh?*

–*Hai.*

Omi hervía de furia, no sabía muy bien si hacia su hermano y sus compañeros o hacia los responsables de haber otorgado aquella misión a hombres que, evidentemente, aún no estaban preparados. Ni Buntaro ni sus compañeros habían alcanzado aún el nivel requerido: por supuesto, eso no los excusaba. Era su deber darlo todo en el cumplimiento de la misión y estaba claro que no lo habían hecho. Pero parte de la culpa recaía sobre las

personas que los habían elegido. Sin que nada de eso trasluciese en su expresión y, sobre todo, consciente de que no podía dejar que su furia lo guiara en aquellos momentos, preguntó:

–¿Cómo murió?

Yoshi bebió un largo sorbo de té.

–No estamos seguros. Sabemos que desobedeció la orden de volver a Nihon y se acercó solo a la casa del renegado... La policía *gai–jin* encontró su cuerpo cerca allí. Sin embargo, pensamos que no fue él quien lo mató. Lo habían degollado, y eso no parece encajar con lo que nos han contado del renegado. Además, hemos descubierto que hay otros implicados en la caza. Un grupo de cristianos. Y una bruja judía.

–¿*La* bruja judía? –preguntó Omi, sin pensarlo. En seguida se arrepintió de su precipitación, pero ya era tarde.

Yoshi entrecerró los ojos.

–Claro, perdóname. Olvidaba que tú y Buntaro la conocisteis. Sí, es ella. Es probable que matara a Buntaro, el método coincide con lo que sabemos de ella. Aunque bien pudieran haber sido los cristianos.

Omi comprendió de repente adonde estaba yendo la conversación y supo, con una claridad casi mortal, lo que tenía que hacer. Lo que le contaba Yoshi no era importante. Es decir, lo era, pero no en aquel preciso momento. Yoshi estaba eludiendo algo deliberadamente, en la esperanza de que Omi fuera el que lo mencionara.

–En cualquier caso –dijo, con la voz convertida en algo frío y lejano y sintiendo odio hacia su señor por primera vez en toda su vida, a causa de lo que le estaba obligando a decir–, nada de eso tiene importancia frente al hecho de que la muerte de Buntaro no fue honorable. Falló en el cumplimiento de su misión. Desobedeció sus órdenes, volviendo a la morada del renegado. Y se dejó matar de forma estúpida. Se deshonró a sí mismo y al clan Toda.

Yoshi se relajó de forma claramente visible, como si aquello fuera lo que había estado esperando durante toda la conversación.

–Sin duda se deshonró a sí mismo –dijo. Luego añadió con magnanimidad, una vez que su vasallo había reconocido lo que él quería–: Pero sólo tú eres el responsable del clan Toda. Y nunca has hecho nada que lo pudiera deshonrar.

Omi se dio cuenta de lo que vendría a continuación, al darse cuenta del «hasta ahora» que había implícito en las palabras de Yoshi. Y por primera vez comprendió lo transparente que era éste, lo fácil que resultaba seguir su pensamiento, averiguar la verdad más allá de sus fintas verbales. Se sintió como un hijo que de pronto descubre debilidades humanas en su padre. La sensación no es agradable.

–Se te ha elegido para que completes la misión –decía Yoshi, ignorante de lo que pasaba por la mente de su vasallo–. Sabemos que tendrás éxito.

Omi se inclinó frente a Yoshi. Tocó el suelo de madera con la frente y, sin incorporarse, recitó:

–Mi vida es del *tao* y el *bushido.* Mi alma pertenece al Nihon secreto. Mi cuerpo es de mi *shogun.*

–Levántate, Toda Omi–san. Ningún señor ha tenido jamás un vasallo más fiel.

Omi se incorporó.

–Estoy dispuesto –dijo.

Yoshi asintió aprobadoramente.

–Partirás mañana.

Ya no había nada más que decir. Con una última reverencia, Omi abandonó la sala. Ya en el exterior, recuperó sus dos espadas de mano de uno de tos guardias. No pudo evitar preguntarse qué habría hecho de haber tenido las espadas durante la entrevista con el *shogun* Tokugawa Yoshi. Su *giri,* su deber como samurai y vasallo de Yoshi, hacía inconcebible la sola idea de atacarlo. Pero un señor tiene también deberes hacia sus vasallos, Omi lo sabía bien, y sabía que Yoshi había fallado en su deber. Había enviado a Buntaro a una misión para la que no estaba preparado. No deliberadamente, de eso Omi estaba seguro, pero había cometido un error a la hora de calibrar la importancia del enemigo y, por lo tanto, no había sabido usar las herramientas adecuadas.

Pero su verdadera falta, su auténtico crimen había consistido en obligar a Omi a reconocer la deshonra de su hermano, obligarlo a afirmar que su clan estaba deshonrado para luego, en un estúpido gesto de poder y orgullo, devolverle el honor como si fuera cosa suya darlo o quitarlo. El mayor pecado que un vasallo puede cometer es ser desleal a su señor. Pero peor era aún el crimen del amo que es desleal a sus siervos y abusa de su poder. Entre samurais y daimíos había un contrato que ataba a ambas partes. Y Omi supo, por primera vez en su vida, que la parte que más se beneficiaba en el contrato era también la que cargaba con más culpa cuando lo rompía.

Siguió caminando, consciente de que ninguno de los que se cruzaban con él eran capaces de traspasar su apariencia de indiferente tranquilidad. Para todos, era Toda Omi, el samurai perfecto, impasible, inflexible, fanáticamente leal a su señor. Pero él sabía que Yoshi había destruido su *wa*, su armonía interior. Y sabía también que no podía emprender la misión que se le había encomendado en esas circunstancias.

Necesitaba estar a solas y purificarse. Y aguardar luego la llegada de la confirmación de la orden de Yoshi. Tembló de anticipación al recordar otros momentos en que la presencia, fría y distante, se le había aparecido en medio de la nada a la que se había entregado.

Llegó a la puerta del castillo. Allí, en una pequeña cabina, se quitó el kimono y las espadas y se vistió con ropas occidentales. Mientras lo hacía no pudo evitar el pensamiento de que, a la vuelta, tendría mucho que pensar. Sí, la misión era lo primero. Y, con ella, devolver a su hermano el honor perdido para que en la siguiente vida pudiera reencarnarse, si no como samurai, al menos como hombre. Pero tras esto quedaba una cuestión no menos importante. Porque cuando una de las dos partes rompe el contrato que la ata, ¿está la otra obligada a respetarlo?

Pequeño, casi menudo, embutido en su pulcro traje negro y con su verdadera identidad dentro de una bolsa de deporte, se internó en el bullicio de las calles de Edo, la ciudad que los desconocedores del Nihon secreto llamaban Tokio.

Descalzos por el parque

Amanecía.

El parque estaba completamente vacío, en silencio. Los columpios y los bancos, parecían esqueletos a punto de echar a andar, a medida que la luz vacilante de la mañana los iba tocando. Paula no pudo evitar el pensamiento de que había algo extraño en un parque infantil sin niños, algo retorcidamente obsceno. Y en medio de la penumbra del amanecer se convertía en algo muy parecido a un alma en pena, a un fantasma incapaz de encontrar el descanso.

Estaba frío y la humedad del amanecer se le metía a Paula por los huesos. Remiel se acercó a ella, se quitó el abrigo gris y se lo pasó por los hombros. Su primera reacción fue de rechazo, luego se encogió de hombros y dijo:

–Gracias.

Remiel no respondió. Aún parecía ausente, como si no acabara de encontrarse del todo en aquel lugar. Comprendió que la muerte de Carlos lo había afectado más de lo que parecía, que en cierto modo no había terminado de asimilarla. Aquello era absurdo. Sabía que Remiel había visto muerte suficiente a lo largo de su vida... Y el pensamiento la golpeó con fuerza. ¿Lo sabía? ¿Cómo? Y, sobretodo, ¿porqué?

–Sígueme –dijo Remiel de pronto. Al ver el brillo en los ojos de Paula añadió–: Por favor.

Echó a andar en dirección al mirador en forma de proa de barco. Paula dudó unos instantes y luego lo siguió. Los escalones estaban resbaladizos por la humedad de la noche, pero Remiel se movía como si aquello no fuera con él. Con bastante menos gracia, cuidando de dónde ponía los pies, Paula subió tras él.

Llegaron al borde del mirador. A su izquierda la ciudad comenzaba a despertar, a medida que el día se iba aclarando y el alumbrado público moría. La línea interminable de la playa parecía un pasaje sobrenatural, en medio de la bruma matutina, y los edificios que se extendían a lo largo de ella (monstruos espantosos producto de la especulación urbanística de hacía veinte años) tenían algo de alineamiento megalítico surgiendo de entre la niebla. A lo lejos, la playa terminaba en la iglesia y, tras ella, se alzaba el cerro que había sido el núcleo original de la ciudad.

–Es hermosa, ¿verdad? –dijo Remiel–. No muy limpia, es cierto, y todo un caos arquitectónico, lleno de edificios horripilantes, calles mal trazadas y parques llenos de hormigón. Pero pese a todo es hermosa.

Paula se encogió de hombros. ¿Hermosa? Era su ciudad, donde siempre había vivido, y se sentía cómoda en ella, pero (hermosa? Siendo muy generosos había partes más agradables que otras pero en general, sin llegar a ser una ciudad fea, no destacaba precisamente por su belleza.

Vio que Remiel seguía sus pensamientos casi como si los estuviera pronunciando en voz alta y que, pese a que lo intentaba, no lograba evitar una sonrisa.

–Siempre tan práctica –dijo–. Tendría que habérmelo imaginado.

Paula iba a protestar, a preguntarle quién se creía que era para atreverse a tratarla con esa familiaridad, a dar por sentado una y otra vez que la conocía. Pero, en aquel preciso instante, sus actos de la noche anterior cayeron encima de ella como si sólo ahora, por culpa de las palabras de Remiel, cobraran existencia real.

¿Qué he hecho?, se preguntó.

Había acompañado a Remiel al interior de su casa. Había presenciado una tortura. Se había liado a tiros con tres sacerdotes católicos. Había permitido que Remiel rematara a Carlos. Y luego, en lugar de llamar a sus compañeros o de acudir a la comisaría, había subido en una moto con aquel hombre y había dejado que la llevara hasta allí.

–Tenemos que irnos –dijo de pronto–. Esto no está bien, no es así como yo hago las cosas. Tenemos que ir a la comisaría.

Remiel negó con la cabeza.

–Eso no serviría de nada, Paula.

Ella lo miró y lo que sintió al hacerlo fue una algarabía de emociones contradictorias que la hicieron tambalearse. Maldita sea, no conocía de nada a aquel individuo, ¡de nada! Y había permitido que la embarcara en una especie de cruzada, de *vendetta*, de Dios sabría qué cosa. ¿Qué le estaba pasando? ¿Dónde estaba la Paula racional, terca, independiente que siempre había sido? Miraba a Remiel y se sentía llena de furia. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que todo estaba bien, de que él tenía razón y sabía lo que había que hacer.

–Soy policía –masculló tercamente–. Mi deber... Mierda, no sé qué demonios está pasando. Ayer por la noche tendría que haberte detenido, haber llamado a un coche patrulla y haber entrado en la casa. Y en lugar de eso voy contigo y me lío a tiros con un puñado de curas.

Remiel la tomó por los hombros y, otra vez, su primera reacción fue de rechazo ante el gesto. ¿Cómo se atrevía a comportarse de esa forma con ella, como si la conociera desde siempre, como si entre los dos hubiera una relación más estrecha que entre dos amantes, como si él supiera en todo momento lo que ella quería, lo que sentía, lo que temía? Apartó con violencia el tropel de recuerdos, de sueños a medio digerir que insistían en decirte que sí, que claro que la conocía, desde hacía mucho más tiempo del que se podía contar. Se revolvió, se liberó de su abrazo y le dio la espalda.

—Será mejor que me dejes tranquila unos momentos —dijo, tratando de que su voz no sonara demasiado alterada.

Él no respondió, pero tampoco hizo ademán de acercarse a ella.

Paula se apoyó en la barandilla del mirador, rebuscó entre sus bolsillos hasta dar con el paquete de tabaco y empezó a fumar un cigarrillo casi con rabia. Se sentía dividida en dos, como si de pronto una nueva Paula hubiera entrado en escena, una Paula irracional y estúpida que cada vez que miraba a Remiel no podía evitar confiar en él, una Paula que tiraba por la borda todo cuanto había sido su vida, una Paula que (lo supo en aquel preciso instante) no acudiría a la comisaría ni entregaría a Remiel a la policía.

Ella, su yo original (pero, ¿era su yo original o no era más que la máscara que había usado toda su vida?), seguía allí, cada vez más furiosa, pero al mismo tiempo, cada vez más débil. Porque la nueva Paula iba ganando terreno a cada minuto que pasaba. Y por más que la antigua protestase, patalease o se defendiese, no podía hacer nada contra ella.

Terminó el cigarrillo y, casi inmediatamente, encendió otro.

Lo fumó con más calma, aún confusa, aún enfadada, pero sabía que no era hacia Remiel hacia quien iba dirigido su enfado, sino hacia sí misma. Había descubierto que, en cierto modo, no se conocía, que una parte suya de la que nunca había sido consciente hasta ahora se estaba haciendo con el control de su vida. Lo peor no era eso, lo peor era que aquella nueva Paula le estaba empezando a gustar más que la antigua.

Lo despertó el ruido de la puerta al abrirse y, por un momento, se vio otra vez en el hospital y a Stevenson entrando en la habitación. Tanteó bajo la almohada hasta sentir el peso reconfortante de la pistola que guardaba allí, y sólo entonces se dio cuenta de que estaba en casa y que aquello no era una habitación de hospital, sino su dormitorio.

La que había abierto la puerta era su hija, con una bandeja en sus manos sobre la que hacía equilibrios, más o menos precarios, una gran taza de café.

Estuardo se incorporó a medias, tratando de no hacer caso de los pinchazos de su pierna escayolada, y tomó la taza de café de la bandeja.

La niña no se fue mientras se tomaba la infusión. Permaneció inmóvil a un lado de la cama, todavía sujetando la bandeja y mirando a su padre sin parpadear.

Incómodo, Estuardo terminó el café y depositó la taza vacía sobre la bandeja. Trató de sonreírle a la niña y masculló algo que podría haber sido interpretado como un hosco agradecimiento.

–¿Vas a perder la cabeza? –preguntó Sara de repente.

Estuardo parpadeó, perplejo. Maldita niña. ¿Qué demonios...? Sin embargo, trató de sonar amable mientras respondía:

–No. –Lo pensó unos instantes y añadió–: No, si no haces nada malo.

Qué carajo, un padre debe ser firme, ¿no? Trató de no pensar en la amenaza de Stevenson en el hospital, pero fracasó. El muy cabrón se las había apañado para entrar allí sin alertar a ninguno de sus hombres y, pese a que lo primero que había hecho había sido echarles una bronca de mil demonios, Estuardo sabía que no eran precisamente negligentes. No tenía ni idea de quién era, de dónde demonios había salido, pero el tipo era peligroso, de eso no cabía la menor duda.

No parecía nadie enviado por la competencia. Desde luego, su apariencia era de cualquier cosa menos de matón. Pero, al mismo tiempo, ¿qué otra cosa podía ser? Su historia sobre Sara, su personificación de vengador justiciero de niñas maltratadas tenía que ser, por fuerza, una farsa. Era demasiado ridículo para ser creíble y no lo bastante para resultar cierto.

Y sin embargo, si realmente era algún estrafalario matón contratado por alguno de sus competidores, ¿por qué seguía con vida? ¿Por qué Stevenson no lo había matado cuando tuvo oportunidad? Por dos veces, su vida había estado en manos de aquel tipo raro vestido de gris y, en lugar de acabar con él, Stevenson se había limitado a amenazarlo en una ocasión y a (contuvo un gruñido) hacerle picadillo la rodilla en otra.

La opción que quedaba es que fuera un chiflado, un maldito loco hijo de puta que, por algún motivo incompresible, la había tomado con Estuardo. Bueno, eso no importaba, había puesto a algunos de sus hombres a trabajar en el asunto y ya tenía medio apalabrado un contrato con el grupo de Carrero. En cuanto diesen con Stevenson, era cuestión de esperar el momento oportuno y acabar con él. El tipo tenía los días contados, fuera lo que fuese.

A su lado, la niña seguía inmóvil, sin decir nada y sin apartar la vista de él. Bajo aquellos ojos enormes que parecían incapaces de parpadear, Estuardo se sintió repentinamente incómodo. No la comprendía, se dio cuenta, no la había comprendido nunca, ni siquiera cuando era un maldito bebé. Volvió a ver a Stevenson, su rostro sereno, aquellos ojos grises y llenos de peligro, su voz suave y tranquila: «¿Te gusta pegar a las mujeres?». Gruñó algo ininteligible y meneó la cabeza. Ahora tenía otras cosas de las que ocuparse.

–Ahora vete –le dijo a la niña.

Sara dudó unos instantes, estuvo a punto de dar media vuelta y volvió a preguntar:

–¿Seguro que no vas a perder la cabeza?

Lo que Estuardo estaba a punto de perder eran los estribos cuando la puerta volvió a abrirse y Clarita entró en la habitación.

–Llévate a la niña.

Clarita asintió nerviosamente, cogió la taza y la bandeja y empujó a Sara en dirección a la puerta.

–Vamos, papá está ocupado.

–Pero... –dijo ella–. Pero va a perder la cabeza.

–¡Cojones! La voy a perder como no te vayas de aquí.

–Tranquilízate, Rodri, recuerda que el doctor...

La mirada en los ojos de su marido hizo que se callara.

–Llévate a la niña, cono. Ya. Y déjame tranquilo.

Clarita volvió a asentir. Tomó a Sara de la mano y dejó la habitación.

A solas, Estuardo consiguió relajarse. Se dejó caer sobre las almohadas y tomó un cigarrillo de la mesita de noche.

La culpa es suya, pensó. *Esa puta estúpida ni siquiera sabe criar una niña. Lo único que sabe es gastarse mi dinero en figuritas de cristal.*

Era increíble lo pronto que se echaban a perder las mujeres, joder. No hacía ni cinco años, Clarita era una mujer de bandera, una hembra realmente cañón. Pero, claro, te camelan, se quedan embarazadas y te convencen para que te cases, y lo siguiente que uno sabe es que están ahí, sentadas todo el puto día sin hacer nada útil, echando culo y con las tetas cada vez más caídas. Y ni siquiera son capaces de hacer algo tan sencillo como criar una hija.

Vamos, por no saber, ni siquiera eran capaces de contratar una canguro decente. La tipa aquella (¡cómo se llamaba?, daba igual) era casi tan rara como la propia Sara, y sin embargo, Clarita estaba entusiasmada con ella, con lo bien que se ¡levaban, con lo tranquila que estaba la niña cuando estaba con ella, con los pocos problemas que daba.

Bueno, quizá tenía razón, después de todo. Era cierto que Sara parecía mucho más centrada últimamente, y a lo mejor tenía algo que ver con la canguro. Sí, a lo mejor aquél hasta era un dinero bien gastado, era posible que la estúpida de Clarita tuviera razón y por una vez, y de puta casualidad, hubiera hecho algo.

Terminó el cigarrillo, lo apagó y se incorporó otra vez en la cama.

Vamos, tenemos mucho que hacer, pensó mientras apoyaba la pierna escayolada en el suelo y se ponía la bata. *He desatendido el negocio demasiado tiempo. A saber lo que me habrán estado robando esos cabrones de empleados.*

Se incorporó y echó mano a la muleta. Con paso renqueante se acercó al baño y fue capaz de mear sin mancharse demasiado.

Qué puta mierda, se dijo.

De vuelta en la habitación, llamó a su mujer. Ésta asomó en seguida al umbral.

–Vísteme –dijo Estuardo.

–Claro, Rodri, ahora mismo.

–El traje gris.

Ella se acercó al armario y descolgó el traje.

–¿ Estás seguro ? –preguntó–. Es una pena estropear estos pantalones...

Pensando. Estaba pensando por sí misma, como si fuera capaz, cono. Estuardo contuvo un gruñido y dijo:

–Joder, te he dicho el traje gris, ¿no? Pues venga, y date prisa que no tengo todo el día.

Sin decir una palabra, ella lo ayudó a quitarse el pijama.

–Y a ver si controlas mejor a la cría, cono.

–No te preocupes.

–Ja, como si hiciera algo más que preocuparme a lo largo del día. Venga, de prisa.

–Sí, Rodri.

Sentía la mirada de Remiel clavada en su espalda. Y, sobre todo, sentía aquellas dos partes de ella misma luchando: una, molesta por la idea de que Remiel la mirara, la otra complacida. Era apenas consciente de que en alguna parte no muy lejana había una confusa legión de recuerdos que llamaba con insistencia a las puertas de su memoria. Sabía que tendría que abrírsela, tarde o temprano, pero sabía también que aún no era el momento. Se volvió. Remiel, recostado con indolencia contra la barandilla, la miraba con un brillo ligeramente ensoñador en los ojos, como si estuviera recordando algo. Volvió al presente de forma abrupta, al darse cuenta de que Paula se había vuelto hacia él, y abrió (a boca. Pero, antes de que pudiera decir nada, ella levantó la mano y se lo impidió.

–No, no hables. Es mejor que no hables todavía. Porque si lo haces, me voy a volver atrás, voy a esposarte las manos y llevarte a la comisaría. Así que escúchame. No sé por qué hago esto, no tengo la menor idea, ¿vale? Desde luego, mis tripas me están diciendo que estoy cometiendo el mayor error de toda mi vida.

Aquello no era cierto, en realidad sus tripas le decían todo lo contrario y era una parte de su mente, una parte cada vez más pequeña, la que se empeñaba en proclamar que aquello era un error.

–No sé cómo ni por qué, ¿de acuerdo? Y si intento analizarlo veré que no tiene sentido, y llegaré a la conclusión de que me estoy volviendo loca o que me has drogado sin que yo me dé cuenta, o las dos cosas. Así que es mejor que deje de darle vueltas antes de que comprenda la tontería que estoy haciendo. Pero siento que confío en tí. –Lo dijo casi a regañadientes–. De algún modo sé que no eres ningún asesino, ni un chiflado, ni un matón, y que tienes un motivo para hacer lo que hiciste.

Contuvo el aire y, por un momento pareció que no iba a decir nada más.

–Y te voy a ayudar –añadió.

De nuevo Remiel abrió la boca y otra vez ella lo detuvo con un gesto.

–No, por favor, todavía no. Escúchame, ¿vale? En realidad no estoy segura de querer que me expliques lo que está pasando, de hecho, tengo la sensación de que casi es mejor que no me cuentes nada, aunque supongo que tendré que saberlo tarde o temprano. Pero mientras tanto, y que me fusilen si sé por qué, te voy a conceder el beneficio de la duda. ¿Ha quedado claro?

–Perfectamente –dijo Remiel–. Dame el día de hoy, fíate de mí un poco más y todo se aclarará. Te lo prometo.

Paula apretó la mandíbula. Trató de no pensar ni en la furia ni en la atracción que se deslizaban dentro de ella, como dos corredores de *sprint* empeñados en la carrera de su vida.

–Más vale que sea así.

De pronto se sintió más tranquila, como si el haber dicho todo aquello en voz alta hubiera roto una especie de encantamiento. Miró a Remiel y sintió que lo deseaba y, por primera vez, aquel sentimiento no vino acompañado de rabia.

–Bien. ¿Qué hacemos ahora?

Remiel se encogió de hombros y el asomo de una sonrisa flotó en sus ojos grises.

–Tomar decisiones con el estómago vacío no es muy buena idea. Propongo que busquemos algún sitio donde desayunar.

–Bueno –dijo Paula–. No es que sea mucho, pero es lo más razonable que he oído en las últimas horas.

Sonrió. Remiel no tardó en devolverle la sonrisa.

Predadores

–Debería ir a un hospital, padre Andolini. Me temo que esto sea poco más que un apaño. Alguien tiene que sacarle la bala.

Vito miró al nervioso cura que lo estaba atendiendo. Por supuesto, el otro no sabía quién era él, ni qué le había llevado a aquella ciudad, tan sólo había recibido instrucciones de su provincial de facilitarle cuanto pidiese y de no preguntarle nada. Aquello era suficiente, al menos de momento.

–No se preocupe, padre –le dijo–. En cuanto llegue a Roma haré que me la extraigan.

Aquello pareció suficiente para tranquilizarlo. Vito se preguntó si tendría que matar al sacerdote. Lo pensó unos instantes y decidió que no seria necesario y que ni siquiera le habría causado demasiado placer en caso de haberlo sido. Una muerte así era algo tan rutinario que no representaba el menor desafío.

–Le he encargado la comida –siguió diciendo el sacerdote, inconsciente de que su destino se había decidido en un parpadeo–. Me temo que es algo de una hamburguesería local. No ha habido tiempo para nada más.

–No se preocupe. Es suficiente.

–Bien. Ya está. £1 vendaje está listo, al menos todo lo listo que mis conocimientos permiten.

–Gracias.

El silencio cayó entre los dos como algo casi físico. Resultaba evidente que el sacerdote encontraba algo no del todo agradable en Vito y, por otra parte, éste no tenía el menor deseo de embarcarse en una conversación trivial con nadie, y mucho menos con ese imbécil recién salido del seminario.

Por suerte, en aquel momento llamaron a la puerta. Era un hermano lego con una bolsa de plástico.

–La comida que había encargado, padre Velasco.

–Gracias, hermano.

Tomó la bolsa que el otro le tendía y la depositó en la mesa, junto a Vito. Éste revolvió un poco su contenido: una hamburguesa, unas patatas, un refresco.

–Bueno, padre Andolini, será mejor que lo deje. Necesitará descansar.

–Sí, gracias, padre. Comeré y seguramente me acostaré un poco.

El padre Velasco abandonó la habitación y Vito casi reprimió un suspiro de alivio al quedarse solo. Devoró de forma distraída la comida que el otro había traído, sin ser consciente del todo de lo que estaba haciendo. Luego, se recostó en la cama y encendió un cigarrillo, mientras reprimía un gruñido de dolor. El maldito hombro estaba bastante peor de lo que había pensado. No importaba, con una sola mano útil podía apañárselas bastante bien. Extrajo de un bolsillo de la sotana el rosario que había tomado del cuerpo de su padre. Cada una de sus cuentas era una perla negra y Vito se preguntó de dónde habría sacado el viejo algo así. Que recordase, era la única posesión de valor material que su padre había tenido jamás.

Su padre. Muerto, con la cuenca de un ojo vaciada y el otro vidriado en un grito que no llegaría a salir jamás.

En cierto modo, Vito se sentía exultante. Debería haber experimentado rabia, frustración al ver cómo había fallado la misión y el renegado conseguía salir limpio del asunto. Sin embargo, era como si todo aquello hubiera sido un ensayo, una suerte de borrador del que se habían eliminado los personajes prescindibles.

Ahora sólo estaban él y su presa... y la bruja judía, ciato Pero dudaba que ella fuera un obstáculo. En todo caso, tenia h curiosa sensación de que, llegado el momento, podía ser un aliado valioso. No determinante, claro, pero sí útil.

Lo que importaba es que se había librado de Goróspide *y* O'Hare, dos completos inútiles que, en realidad, no habían servido para nada. Y, sobre todo, el viejo ya no estaría allí pan in tentar imponer sus anticuados métodos. No. Ahora sólo estaba él, y lo que le quedaba por delante era una cacería solitaria.

Apenas podía contener la excitación mientras iba pasando las cuentas del rosario y probando su textura desgastada y sorprendentemente reconfortante con la yema de sus dedos.

Intentó tranquilizarse. Cerró los ojos y, sin dejar de pasar las cuentas del rosario (en realidad descubrió, con cierta sorpresa, que le ayudaba a concentrarse) intentó localizar al renegado Era difícil. Llevaba todo el día moviéndose de un sitio a otro como si supiera que no era buena idea permanecer quieto. Pero Vito sabía que tarde o temprano se detendría. Y en aquellos momentos no tenía nada mejor que hacer que esperar.

Se sorprendió de lo envejecido que parecía David Shamir. Al fin y al cabo el hombre no debía de tener más de... cincuenta y cuatro, tal vez cincuenta y cinco años. Y, sin embargo, parecía mucho mayor. Claro que, con tiempo suficiente, todo el mundo parecía mucho mayor. Salvo ella.

–He venido lo más rápido posible –le dijo, prescindiendo de formalidades y saludos–. El resto del comando llegará esta tarde.

Perfecto. Shamir y sus hombres eran una máquina bien engrasada. Ya había colaborado con ellos otras veces, cuando sus habilidades no eran suficientes para llevar a cabo la misión, y nunca habían tenido problemas. Por supuesto, sabía que no les gustaba, que encontraban en ella algo frío y antinatural. Y, desde luego, había sido consciente casi desde el primer momento de la ambivalencia de Shamir con respecto a ella, de la curiosa mezcla de temor y reverencia con que la miraba.

Se preguntó una vez más qué le habría contado su hermano sobre ella. Abandonó el pensamiento casi en seguida, porque pensar en su hermano la llevaba inevitablemente a recordar lo ocurrido cincuenta años atrás.

Y ahora no tenían tiempo para eso. Antes de nada, necesitaba descansar. El interrogatorio de aquella mañana había sido agotador, con aquel policía calvo y sus preguntas interminables, que ninguna respuesta de Judith parecía haber satisfecho. Sí, era lo mejor, llevar a Shamir hasta el piso franco, ponerlo en antecedentes (en realidad contarle estrictamente lo que necesitaba saber y ni una palabra más) y luego descansar un poco hasta la tarde.

Tenía medio perfilado un plan, pero aún quería darle un par de vueltas. Durante el tiempo que había estado en la ciudad, vigilando a Remiel, se había hecho una idea bastante clara de sus costumbres y relaciones. Evidentemente cambiaría las primeras, pero si era el hombre (¿el hombre?) que ella pensaba que era, lo que había funcionado con Carlos funcionaría también con otras personas. No creía que esta vez necesitasen acudir a la tortura, seguramente bastaría con vigilar a los objetivos. Tarde o temprano Remiel se acercaría a ellos. No era tonto y debía suponer que, a aquellas alturas, todas las personas que le conocieran podían ser un blanco de sus perseguidores.

Por supuesto, había un riesgo en todo aquello. Cabía siempre la posibilidad de que, a aquellas alturas, Remiel ya hubiera reaccionado y las hubiera puesto a salvo, pero en realidad dudaba que fuera así. No, aquello

no encajaba con el Remiel que ella conocía... que creía conocer, en realidad. Se tomaría su tiempo, no se apresuraría, no se movería hasta no haber sopesado todas las posibilidades. *O*, al menos, eso creía Judith. Teniendo en cuenta que la mayor parte de lo que sabía de Remiel se basaba en rumores contradictorios, el pensamiento no resultaba muy alentador. Sin embargo, pese a todo, su instinto le decía que estaba haciendo lo correcto, y llevaba demasiado tiempo fiándose de él para cambiar ahora.

Mientras Shamir se acomodaba en el piso se preguntó si no estaría cayendo de nuevo en el orgullo, sobrestimando sus capacidades o subestimando las de su oponente. No lo creía. Se conocía lo bastante bien y era lo bastante implacable consigo misma para no cometer el mismo error dos veces seguidas. No, sin duda Remiel estaría todavía tratando de decidir qué pasaba, por qué alguien había lanzado a personas como ella y Vito contra él. Aún le costaría un cierto trabajo llegar a una conclusión. No mucho, pero sin duda el suficiente.

De los dos objetivos posibles a vigilar acabó decidiéndose por la niña. Al fin y al cabo, la casa donde vivía era un lugar fácil de controlar y estaba convenientemente aislada de la ciudad. Sí, sin duda la niña.

Se recostó en la cama y recordó la única vez que había visto a Remiel, más de treinta años atrás. Supo en seguida que había algo extraño en él, que era mucho más de lo que aparentaba, que en sus ojos grises había un brillo que ella reconocía, porque era el mismo brillo que había visto en la duermevela, en el momento en que los *elohim* aparecían para fijarle su próxima misión.

Lo había encontrado junto al enorme profesor de historia al que le habían ordenado hacer desaparecer. Esta vez no bastaba con matarlo, le habían dicho, había que borrar todo rastro de su existencia, como si el hombre no hubiera vivido jamás. Al principio pensó que tendría que matar también a aquel desconocido pálido de ademanes tranquilos pero, de pronto, comprendió que él no la detendría, que no trataría de interferir en su misión. De algún modo comprendió también que, pese a las apariencias, Remiel no habría sido precisamente una presa fácil.

No se habían vuelto a encontrar, pero ella había seguido su pista hasta donde había podido, fascinada por el modo en que sus ojos grises la habían mirado aquella única vez. En determinados círculos, Remiel era casi famoso y, aunque los datos que se tenían de él tendían a estar basados en rumores contradictorios y algo estúpidos, se podía escarbar lo suficiente hasta dar con algunos indicios reveladores. Había visto que, al igual que ella misma, Remiel tampoco envejecía y durante un tiempo se había preguntado si él sería también un instrumento de depuración, como lo era ella. No tardó en comprender que no, que Remiel no era el emisario de nadie, que tenía sus propios planes y objetivos.

Aunque a veces parecía que, curiosamente, no tenía ni planes ni objetivos, que se limitaba a vivir, a pasear por el mundo, tratando siempre de dejar la menor huella posible.

Remiel siempre la había desconcertado, no tanto por su actitud ante la vida (como si no acabara de creerse el mundo del todo) sino por el modo en que la había mirado durante su breve encuentro, como si hubiera estado a punto de decirle algo, de revelarle un secreto sobre sí misma, y hubiese cambiado de idea en el último momento. No sabía si había sido una pose, una táctica o se trataba de algo real. Pero en todo caso, tenía la intención de preguntárselo antes de matarlo.

Porque, claro, pensó con una sonrisa retorcida, preguntárselo después sería un poco más difícil.

Tal como Shamir le había dicho, el comando llegó a media tarde. Prepararon el equipo con eficacia y rapidez y dejaron el apartamento.

Rodríguez había seguido a la mujer hasta la estación de autobuses, la había visto encontrarse con el hombre de mediana edad y luego había ido tras ellos hasta el apartamento.

Ahora, esperaba dentro del coche, fumando un cigarrillo tras otro, y mirando el paquete de tabaco con preocupación, preguntándose si le alcanzaría.

La historia de la mujer había sido impecable, sin fallas y, precisamente por eso, tenía que ser un embuste. Rodríguez no sabía exactamente lo que ocurría allí, pero aquella mujer no era una víctima inocente. Había estado involucrada en lo sucedido en la casa de Stevenson, de eso estaba completamente seguro.

Pero en cierto modo, sentía que no era ése el motivo por el que la vigilaba, que en realidad estaba allí, dentro del coche, fumando sin parar, esperando que aquella mujer le llevara al lugar donde estaba Paula.

Intentaba no pensar en ello. Trataba de mantener ante sí mismo la ficción que había estado representando todos aquellos años para el resto del mundo, el personaje del bueno de Rodríguez, fiable aunque

quizá un poco plasta, pero en cualquier caso Heno siempre de buenas intenciones y ganas de ayudar. Procuraba no pensar en el secreto que había oculto en el disco duro de su ordenador, el secreto que quemaba sus noches, a solas, con el resplandor de la pantalla como única compañía y su mano crispada sobre el ratón, convirtiendo cada clic en el golpe de un metrónomo tan irregular como inflexible. No quería recordar.

Así que seguía fumando y, mientras esperaba a que la mujer saliera de casa, no podía apartar de su cabeza la imagen de Paula deslizándose furtiva por el edificio en ruinas, subiendo a la moto con Stevenson, huyendo del escenario del crimen.

Cruce de caminos

Bueno, pensó Paula con un encogimiento de hombros. Después del homicidio, el allanamiento de morada sería una fruslería.

Habían ido a buscar a Luisa y Sara al parque, pero ya se habían ido cuando llegaron. Remiel se había agachado para tantear la arena con los dedos, como si pudiera decirle dónde estaban o cuándo se habían marchado. Luego se había incorporado y había recorrido todo el parque con un lento movimiento de cabeza.

–Están donde Estuardo –le dijo después a Paula.

Ella ni siquiera parpadeó ante lo que implicaban aquellas palabras: por qué no, entrar en la guarida de un traficante de drogas, evitar los guardias que seguramente tendría en la entrada y raptar a la hija del tipo y a su canguro. Puestos a infringir la ley, mejor hacerlo con estilo, ;no?

Y lo mejor de todo es que, en el fondo, Paula ni siquiera sabía para qué quería Remiel a Luisa y a la niña.

–Os necesito a las tres –le había dicho.

Estaban en un merendero cercano a la ciudad. Habían almorzado allí, con Paula devorando la comida como si fuera la última que quedaba en todo el mundo y Remiel sumido en un silencio pensativo. Al final, ya en los cafés, había alzado la vista y se la había quedado mirando largo rato, como si tratara de decidir lo que Paula estaba pensando y, sobre todo, cuánto podía contarle.

–Necesito hablar con alguien –había dicho— Y para eso necesito abrir una puerta.

Paula, por supuesto, no entendió una sola palabra de lo que Remiel estaba diciendo. Guardó un silencio terco, esperando a que se explicara, decidida a no pedírselo.

–Sí, ya sé que no te estoy explicando gran cosa. Lo entenderás todo, estoy seguro, y no tardarás mucho en hacerlo. De momento tengo que pedirte que...

–Sí, ya lo sé. Te di un día entero, ¿recuerdas?

Él asintió, sonriente.

–Cierto. Digamos que hay una puerta. Que está cerrada y que, para abrirla, necesito tu ayuda, la de Luisa y la de Sara.

Paula evitó cuidadosamente el fruncimiento de ceño que habría sido su reacción instintiva al oír el nombre de Luisa, pero Remiel pareció percibirlo pese a todo.

–Ya sé que ella no te gusta mucho. Lo comprendo, puede resultar irritante hasta que llegas a conocerla. Pero en cualquier caso os necesito a las tres.

–Tú mandas –dijo Paula–. Te dije un día y tienes un día. Mañana quizá te vuele la cabeza de un tiro, pero por hoy haremos lo que tú quieras.

Estuardo había hecho construir un ridículo quiosco de música en la parte trasera de su jardín. Luisa no sabía si había sido idea suya o de Clarita pero, en cualquier caso, el sitio era horrible, vulgar y recargado hasta la náusea.

Pero también era un buen refugio. Un lugar donde las dos podían estar a solas, aisladas del mundo, enseñándose la una a la otra a ver más allá de las apariencias. Sus herramientas eran distintas, por supuesto. Sara era pura intuición, arrebato, con su mano dibujando ideogramas en la arena. Luisa, disciplinada, quizá ya un poco anquilosada, pensaba a veces, prefería usar las cartas para que le contaran el pasado, adivinaran el futuro o vislumbraran el presente.

Pero las herramientas elegidas no importaban. Lo que importaba eran sus habilidades, su capacidad para atravesar la superficie de las cosas y ver lo que yacía debajo. Que una enfocara su aptitud con un palo y un trozo despejado de tierra y la otra con los símbolos arcanos de las cartas era lo de menos.

Una vez más, Luisa se sorprendió ante la ceguera de Paula. La recordaba bien, claro que sí, y sabía que encerraba el mismo potencial que ellas dos. Pero lo liberaba tan pocas veces... A lo largo de los años, había habido muy pocas ocasiones en las que el triángulo se hubiera completado, en que las tres hubieran sido capaces de crear algo más grande que ellas mismas y convertir sus habilidades en la herramienta poderosa que debía ser. Y casi siempre era Paula la que se negaba, la que no daba el paso.

Por primera vez en todo el día, Vito sintió que Remiel dejaba de deambular sin rumbo fijo y se dirigía a un lugar concreto. Cerró los ojos y, siempre con las cuentas del rosario entre los dedos, trató de localizar el lugar al que iba.

Sí, lo tenía. Preciso y claro, tanto que podría haberlo encontrado con los ojos cerrados.

Se incorporó mientras reprimía un quejido. Realmente tenía el hombro bastante peor de lo que había creído: apenas podía mover el brazo y, cuando lo hacía, el dolor casi lo paralizaba. Tomar un analgésico estaba fuera de lugar: necesitaba la mente despejada para lo que iba a hacer.

Inspiró profundamente y consiguió reducir el dolor a algo soportable. Guardó el rosario dentro de la sotana, comprobó la munición de su arma y salió del cuarto.

A media tarde, algo más de media docena de individuos hoscos de mirada huidiza se habían juntado con la mujer y el otro hombre.

Ahora salían de la casa y subían a un todoterreno.

Rodríguez arrojó uno de sus últimos cigarrillos por la ventana y encendió el motor. Tenía experiencia en seguir vehículos y, mientras estuvieran en una zona lo bastante transitada, sabía que no se darían cuenta de que estaban siendo seguidos.

Dentro de él, algo que no era esperanza, que tampoco era temor pero se parecía a los dos, rogaba por que, fueran a donde fueran, le llevaran hasta Paula.

–No vamos a hacerle daño a la niña, ¿verdad?–le preguntó Shamir mientras subían al coche.

Judith lo miró.

–No creo que sea necesario –dijo.

Shamir captó todo lo que la frase de Judith había dejado en el aire. Finalmente, casi reacio, asintió y se concentró en conducir el automóvil.

El jefe se había vuelto un poco paranoico, pero tampoco era raro, después de lo que le había ocurrido. Al fin y al cabo, pensaba Alberto Barrios mientras patrullaba el jardín, cualquiera se habría vuelto paranoico después de que un desconocido le hiciera puré la rodilla de un tiro y luego se hubiera colado en el hospital para amenazarlo.

Barrios se asomó a la parte de atrás del jardín. Allí estaba la hija del jefe, una de las niñas más raras que había visto en su vida, con la canguro que Clarita había contratado unos días atrás. Que tampoco era muy normal, la tía, aunque sólo fuera porque se llevaba bien con Sara, y si lo pensamos un poco, lo que eso quiere decir...

Bah. Barrios se encogió de hombros y volvió a la parte delantera del jardín.

Paula se sentía ridícula, sentada dentro de aquel quiosco horrible, formando un círculo con Remiel y las otras dos mujeres v tratando de parecer seria mientras una parte de su mente no paraba de preguntarle en qué basura esotérica acababa de meterse.

Y sin embargo... A medida que el día iba transcurriendo cada vez encontraba menos extraña la situación, como si todo aquello fuera algo que ya había vivido no una, sino docenas de veces. La sensación de que Remiel era alguien a quien conocía (aquella sensación que había comenzado en los sueños y que luego lentamente había ido pasando a la vigilia casi sin darse cuenta) era cada vez mayor. Pero también sentía que conocía a Luisa y Sara y que el desagrado que experimentaba ante la primera no era nada nuevo. Por más que una parte de su mente lo encontrase estúpido no podía librarse de la idea de que Luisa nunca le había gustado, con todo lo que aquel «nunca» podía llegar a implicar.

En cierto modo (un modo lleno de temor, anticipación y rechazo) sabía lo que estaba ocurriendo. Sabía por qué creía conocer a Remiel, a Luisa, a Sara. Sabía, sin necesidad de preguntar, de que nadie le explicara nada, de dónde habían surgido sus sueños de las últimas semanas, la sensación de reconocimiento ante determinados ademanes de las personas que ahora la rodeaban. La respuesta a todo aquello llamaba una y otra vez a las puertas de su memoria pero, una y otra vez, ella insistía en no abrirle paso, como si aún no fuera el momento.

Frente a ella Remiel murmuraba algo en un idioma que Paula desconocía pero que, al mismo tiempo, le sonaba tremendamente familiar. Luisa y Sara, una a su izquierda, la otra a su derecha, tenían los ojos cerrados, la frente perlada de sudor y sus manos en las de ella se habían convertido casi en una garra de la que no podía escapar.

Ella misma tenía una sensación extraña, como si alguien la atuviera drenando poco a poco. En realidad, no era desagradare, ni siquiera incómodo.

Parpadeó. Frente a ella, en el interior del círculo que formaban los cuatro, creyó ver algo, tan tenue que al principio pensó que se trataba de una ilusión, un engaño de sus ojos demasiado cansados. Pero al abrirlos de nuevo seguía allí: una especie de estanque, donde el agua hervía muy lentamente. Miró a los lados y se dio cuenta de que Luisa y Sara habían abierto los ojos y tenían la vista clavada en ella. Ambas asintieron, como si hubieran interceptado una pregunta que Paula no estaba segura de haber hecho.

Barrios nunca supo qué fue lo que lo mató. Sólo sintió algo afilado a través de su espalda y una sorprendente sensación de frío que ya no le abandonaría para el resto de la eternidad.

Vito, satisfecho, limpió el[1] estilete en las ropas del muerto y luego ocultó el cadáver tras los rosales.

Paula se dio cuenta, de repente, de que Remiel había dejado de recitar su encantamiento. Seguía con los ojos cerrados y la cabeza baja, y su piel estaba aún más pálida que de ordinario. Alzó lentamente la cabeza, abrió los ojos y lanzó una sonrisa en su dirección.

–Ya está–dijo.

Paula contuvo los deseos de preguntarle qué era lo que estaba. Le había prometido a Remiel un día y, por mucho trabajo que ¡e costase, se lo daría.

–Mañana por la mañana podremos ir.

Lanzó un hondo suspiro, como si acabara de quitarse un peso de encima. Luego miró a Luisa y a Sara.

–Sería mejor que vinierais con nosotros ahora.

Luisa negó con la cabeza.

–Aún no. Después de que hayas hablado con él, en todo caso. De hecho, ni siquiera estoy segura de que sea buena idea encerrarnos en ese sitio, Remiel.

–Bueno, yo tampoco estoy seguro. Pero allí estaríais a salvo. Al menos por un tiempo.

Luisa se soltó de las manos de Remiel y Paula. Sara, como un reflejo, casi como una marioneta, hizo lo mismo.

–En realidad no entiendo por qué tienes que ir a hablar con él–dijo Luisa.

Paula se mordió el labio, tratando de contener las preguntas, de no empezar a gritar que con quién demonios tenía que ir a hablar Remiel, qué era lo que se suponía que acababan de hacer y, sobre todo, qué maldita puerta habían abierto y hacia dónde.

–Si alguien puede decirme lo que pasa es él –respondió Remiel.

Luisa sonrió y meneó la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

–Tú sabes lo que pasa. Lo sabes de sobra. No necesitas hablar con él.

–Quizá tengas razón. Sospecho lo que ocurre. Tengo una idea acerca de quién puede estar enviando a toda esa gente tras de mí. Pero no sé por qué ahora. Y sobre todo, desconozco el motivo.

–¿Y crees que él te lo va a contar, así por las buenas, que va a decirte la verdad?

Medio arrodillado, Remiel se acercó a Luisa y tomó su cabeza entre las manos.

–Sé que tus experiencias con él no han sido... –dudó, tratando en vano de encontrar la palabra adecuada– agradables. Pero necesito verlo. Necesito hablar con él. Hay cosas de las que debimos hablar hace mucho tiempo y no lo hicimos. Y éste es un momento tan bueno como cualquier otro. Quizá mejor.

Luisa meneó la cabeza de nuevo, rechazando la caricia de Remiel.

–Quizá. Puede que estés en lo cierto, pero no tiene por qué gustarme.

Remiel sonrió. La besó fugazmente en la punta de la nariz.

–Claro –dijo–. Contaba con ello.

Se incorporó. Paula estiró las piernas y se dio cuenta entonces de lo agarrotada que se sentía. Al mismo tiempo, sin embargo, notaba todos sus sentidos alerta, afinados como nunca lo habían estado antes. Era consciente de cuanto la rodeaba de un modo tan directo y afilado que casi le hacía daño. Se puso de pie y le costó trabajo. Luisa se dio cuenta y la ayudó a incorporarse.

–Gracias –dijo a regañadientes.

–No hay de qué. No te preocupes, en seguida se te pasará el efecto de la unión. Es un poco desorientador al principio, pero terminas acostumbrándote.

Otra vez aquel maldito tono de superioridad, de saberlo todo, de estar dándole una lección con cada frase que pronunciaba. Respiró hondo y trató de parecer normal. No estaba muy segura de haberlo conseguido.

–Es mejor que nos vayamos –dijo Remiel–. Y sigo pensando que deberíais venir con nosotros.

–Aún no, ya te lo he dicho. Sara y yo todavía tenemos que hacer algo. Mañana, después de haber hablado con él, venid a buscarnos, si es lo que quieres, y nos meteremos en tu estúpida ratonera.

–No es...

–Lo sé, lo sé. Lo siento, estoy cansada y de mal humor. Perdóname.

Remiel le hizo una seña a Paula y abandonó el quiosco de música sin despedirse. Paula miró a Luisa y ambas mujeres se intercambiaron una sonrisa incómoda. Notó cómo Sara se acercaba a ella y la miraba, como si esperase algo. Sin saber muy bien lo que estaba haciendo. Paula se agachó. La niña le dio un beso en la mejilla, tan fugaz que no estaba segura de no habérselo imaginado.

Sin decir una palabra, Paula fue tras Remiel.

El lugar era perfecto: una densa línea de árboles al fondo del jardín. Ninguno de los dos sabría lo que se les venía encima.

¿A cuál de ellos primero? ¿El renegado? ¿La mujer? Vito saboreó la decisión mientras los dos venían hacia él, jugando Con la duda, disfrutando de ella.

En cierto modo se sentía decepcionado. Iba a resultar demasiado fácil. Pero eso no importaba ahora: estaba a punto de completar su misión, de demostrar que las esperanzas puestas en él durante todos aquellos años no habían sido en vano, que era el instrumento perfecto de venganza y retribución. Y una vez que lo hubiera conseguido, la recompensa estaría al alcance de ¡a mano. Sí, esta vez no se la negarían, estaba seguro.

Aún dudando sobre a cuál de los dos disparar primero volvió a recordar su viaje en avión, aquella nada blanca y fría que parecía una promesa de lo que le esperaba. Sonrió y, por fin, eligió un blanco.

Con los primeros pasos que dio Paula sintió como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo y fuera consciente por primera vez de sus piernas. No tardó en recuperar su ritmo natural, sin embargo, aunque seguía sintiendo sus percepciones demasiado afinadas, extraña y excesivamente precisas. La presencia de Remiel frente a ella resultaba casi abrumadora, como si su cuerpo se hubiera vuelto insoportablemente nítido, concreto. La brisa de la tarde sobre su rostro tenía casi el tacto de una hoja de afeitar. Y los árboles hacia los que se dirigían, hasta entonces una masa informe verde y parda, parecieron cobrar personalidad de repente y fue capaz, sin siquiera tener que pensar en ello, de reconocer las diferencias que había entre cada uno.

De pronto se detuvo y notó cómo Remiel hacía lo mismo.

–¿Qué...? –preguntó él, volviéndose hacia ella.

Pero Paula supo (en realidad *sintió)* que no era el momento de hablar, sino el de actuar. De algún modo, su cuerpo y sus percepciones estaban decidiendo por ella, como si algo desconocido hubiera hecho saltar algún tipo de alarma automática. No se dio cuenta de que estaba desenfundando su pistola hasta que vio el arma al final de su brazo extendido.

Una parte de su mente trató de reaccionar, de buscar una explicación a todo aquello. Pero otra sabía que no había tiempo para nada que no fuera la amenaza que se ocultaba entre los árboles y que ahora mismo estaba amartillando un arma en su dirección.

El brazo de Paula parecía tener vida propia, buscando el mejor blanco posible en la oscuridad del atardecer. De pronto lo vio, nítido, preciso, peligroso. Su dedo acarició el gatillo, suave, dulcemente, y en cuanto oyó el fogonazo Paula supo, sin lugar a dudas, que había dado en el blanco.

Oyeron un gemido y luego ruido de un cuerpo al caer el suelo. Aún con el brazo extendido, Paula echó a correr hacia los árboles, apartó las ramas a un lado y vio el cuerpo caído del sacerdote, con la mitad de la cabeza reventada.

A su lado, Remiel asintió. Luego miró a Paula y enarcó una ceja, impresionado.

–Tenía la sospecha de que ayer no habíamos terminado del todo el trabajo –dijo–. Has estado magnífica.

Paula no respondió. Miró a su espalda. Luisa y Sara habían dejado el quiosco y se habían metido en la casa.

–Será mejor que nos vayamos –dijo–. Habrán oído el disparo y vendrán a investigar.

Sin una palabra, Remiel echó a andar y Paula, tras enfundar la pistola, lo siguió. A medida que se acercaban al muro trasero del jardín, se dio cuenta de que aquella antinatural claridad en sus percepciones la iba abandonando, de un modo tranquilo pero imparable. Cuando llegaron al muro era de nuevo ella misma y sólo entonces comprendió lo incompletos, lo poco precisos que eran normalmente sus sentidos. Saltaron el muro con la misma facilidad con la que lo habían saltado ala ida y subieron a la moto que les esperaba algo más allá.

–¿Adonde vamos? –preguntó Paula mientras Remiel arrancaba la moto.

–Luisa te diría que a una ratonera. Yo lo llamo mi castillo. Posiblemente sea las dos cosas.

Cuando Judith y los hombres de Shamir llegaron a la casa, ésta era un hervidero de actividad: todas las luces estaban encendidas y el jardín bullía de hombres armados. Judith vio las huellas de las ruedas de una moto y comprendió que no se habían cruzado con Remiel por los pelos.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Shamir.

–Diría que nuestro amigo ha estado aquí y se ha ido. Y por el camino ha armado una buena.

Shamir la miró, interrogante, esperando instrucciones.

–Aquí no creo que podamos hacer nada. Es mejor que nos vayamos.

De pronto, una figura negra apareció más allá del muro del jardín. Torpemente, renqueante, consiguió escalarlo, sólo para desplomarse al otro lado. Los hombres de Shamir amartillaron sus armas. Judith se acercó al cuerpo caído *y* lo reconoció en seguida.

–Vaya, Vito, nada menos. Qué agradable sorpresa.

Tenía la cabeza destrozada, aparentemente de un disparo. Le tomó el pulso. Aún vivía, pero Judith supo que sería por poco tiempo. Miró a Shamir. Miró de nuevo a Vito. Y de pronto, sin saber muy bien por qué lo hacía, dijo:

–Recogedlo. Nos lo llevamos.

Rodríguez no se había atrevido a seguir el todoterreno por el barrio residencial. Apenas había tráfico y se habría hecho demasiado evidente que alguien los seguía. Así que había aparcado en ¡a pequeña plaza que había justo al otro lado del río y había rezado para que volvieran por el mismo camino por el que habían ido.

Para su sorpresa, lo que vio pasar varios minutos después fue una moto en la que había dos personas. No le costó mucho trabajo reconocer a Paula.

Casi sin pensarlo, arrancó el coche y empezó a seguirlos.

Anamnesis

Llevaban más de media hora en aquella casa y Remiel seguía sin decir una sola palabra. Se había sentado en un sillón frente a la ventana y sus ojos no se habían apartado en todo aquel tiempo de la enorme luna hinchada que parecía presidir el paisaje. Al principio ella había intentado decir algo, pero había una extraña cualidad en cuanto los rodeaba que le impidió romper el silencio, como si ningún sonido pudiera perturbar la casa hasta que su dueño no decidiera hablar él mismo. Así que no le había quedado más remedio que sentarse frente a él y cambiar de postura a medida que el tiempo iba transcurriendo y más allá de la ventana la luna no parecía notarlo.

Era como si él no fuera consciente de su presencia. Desde que la moto había entrado en un jardín que hasta aquel mismo instante no había estado allí, era como si se hubiera retirado a alguna especie de refugio donde nada podía alcanzarlo. Completamente en silencio, había apagado el motor y la había guiado al interior de la casa. Luego, había dejado caer sobre el suelo el largo guardapolvo gris y se había sentado y Paula vio que bajo él no vestía más que una camiseta holgada de color negro y unos pantalones gris oscuro. Apoyaba su mentón en unas manos largas y delgadas y daba la impresión de estar mirando más allá de ella, de la pared, de la casa, del mundo. Comprendió de un modo instintivo que no podía hacer gran cosa, que Remiel continuaría encerrado dentro de sí mismo hasta que decidiera salir, así que aprovechó la oportunidad para contemplarlo a fondo.

Paula intentaba encontrar una secuencia lógica en los acontecimientos de los últimos días y se daba cuenta de que no podía, de que el mismo intento tenía algo de absurdo y fútil. Miró una vez más a Remiel y trató de reprimir el pensamiento, sabiendo que no lo conseguiría, igual que no lo había conseguido en los últimos días: *Lo conozco.* De algún modo que no era capaz de comprender (pero sí, le decía aquel insistente tropel de recuerdos que intentaba entrar en su memoria, claro que lo comprendes) lo conocía, desde siempre, quizá desde antes de haberlo visto por primera vez, puede que desde antes de su mismo nacimiento. Era ridículo, carecía por completo de sentido, pero eso no impedía que fuera cierto. Recordó una vez más los sueños que habían empezado a poblar sus noches durante las pasadas semanas: él y ella encontrándose una y otra vez, con una cabezonería casi monótona y desde luego digna de mejor causa, encontrándose en campos de batalla, callejones oscuros, templos olvidados, páramos desiertos, ciudades abarrotadas. Encontrándose en épocas tan lejanas que

puede que ningún libro de historia las recogiera, en momentos tan cerca de su propio presente que casi se solapaban con él.

Lo conozco, pensó una vez más. Sí, y recordaba perfectamente aquel gesto: la cabeza apoyada en las manos entrelazadas y la mirada perdida en la distancia. Recordaba sus ademanes, su voz le resultaba tan familiar como si fuera la suya propia. Y sobre todo, por encima de cualquier otra cosa, reconocía su tacto, las manos de él no le eran extrañas, como si su cuerpo y aquellas manos se hubieran encontrado miles de veces antes y, ya la primera vez, se hubieran reconocido.

Lo conozco. Y sin embargo nunca lo había visto como lo veía ahora, ajeno a todo, absorto más allá de cualquier cosa. La mirada que ahora brillaba en sus ojos le resultaba ajena, como si no fuera suya.

Esto no tiene sentido, y sonrió ante aquel pensamiento que había pasado a convertirse en algo perenne en su cabeza en tos últimos días.

De pronto sintió que salía de su inmovilidad y la miraba.

–Hola–dijo.

–Hola –respondió ella, como quien saluda a un viejo amigo al que se ve después de un largo viaje.

Él sonrió, una sonrisa cálida que debería haber sido impropia de su rostro impasible y que sin embargo encajaba en él tal como ella había sabido que encajaría. Y a su pesar, ella le devolvió la sonrisa.

–Bueno, supongo que te debo una explicación, ¿no? Lo cierto es que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve que explicarte nada.

Paula se removió inquieta en el asiento.

–Escucha... yo no sé de qué va todo esto. –Pero mentía, claro que lo sabía, sólo que aún no, todavía no, necesitaba más tiempo–. No tengo idea de lo que ha ocurrido. Ni siquiera sé por qué estoy aquí contigo en lugar de en la comisaría encerrándote en una sala de interrogatorios.

–Bueno, lo estás porque accediste a darme un día.

–No quiero decir eso, sino que...

–Sé lo que quieres decir, por supuesto.

Él nubló la vista unos instantes. Parecía estar buscando algo.

–¿Confías en mí? –preguntó de repente.

Paula se encontró respondiendo:

–Sí.

Y no vio nada extraño en aquel monosílabo.

–Sí–repitió–. Mierda, no sé por qué ni cómo, pero...

–Pero me conoces y confías en mí. Ven, acércate –dijo, muy suavemente.

Por un instante sintió deseos de mandarlo al infierno, de dejar aquella casa y no volver más. En lugar de eso se incorporó v se acercó al lugar donde estaba sentado. La mano de él, como un explorador indeciso, recorrió la forma de su barbilla, tanteó su boca, se deslizó por su nariz, resbaló indolente por la curva de su cuello. *¿Qué esta haciendo?,* preguntó una parte de ella. Y otra parte encontró ridícula la pregunta, porque sabía perfectamente lo que estaba haciendo y algo dentro de ella respondía a ello, algo antiguo y enterrado salía a la luz con el contacto de la yema de sus dedos en el rostro.

–Te he echado de menos –lo oyó decir desde muy lejos.

Paula alzó la vista y vio que algo brillaba en tos ojos de él, algo intenso y cercano, y supo que sus propios ojos respondían a la mirada, que todo su cuerpo lo estaba haciendo.

–Yo también.

El momento de las palabras pasó casi en seguida. Porque al instante siguiente se encontró en su boca, dentro de su boca, abarcada por su boca, devorada, explorada, consumida por unos labios y una lengua y unos

dientes que eran como una única cosa viva y tierna, tan hambrienta como ella misma. Y sus manos recorrían su cuerpo con la autoridad de quien lo conoce y sabe que le pertenece.

En alguno de los minutos siguientes se quitaron la ropa y permanecieron desnudos el uno frente al otro, mirándose como si sus ojos fueran dos predadores hambrientos. Luego, ella lo sintió encajar en su interior y durante un tiempo interminable fueron un único animal que se exploraba a sí mismo y se reconocía.

Paula dormía, tumbada de lado y medio encogida. Remiel la miró una vez más y luego se incorporó en la cama, intentando hacer el menor ruido posible. Pronto despertaría y vendrían las preguntas y él tendría que satisfacer su insaciable curiosidad. *Como siempre,* pensó con una sonrisa. Pero no ahora, no en aquellos momentos. Necesitaba unos instantes a solas consigo mismo. Quizá fueran los últimos que iba a tener en mucho tiempo. Salió a la sala de estar. Se asomó desnudo a la ventana y contempló aquella luna hinchada que nunca cambiaba, como si estuviera muerta para siempre. En cierto modo así era. Y no era lo único que estaba muerto. Con cuidado, con una delicadeza exquisita, se permitió pensar, por primera vez en las últimas veinticuatro horas, en lo que había pasado la otra noche.

He matado a Carlos. Cuatro palabras que había estado intentando evitar durante todo el día, cuatro palabras que rondaban por su mente incluso mientras se hundía en el cuerpo de Paula, incluso cuando se abandonaba dentro de ella. *He matado a Carlos.* Al fin y al cabo no debería ser tan terrible: volvería a encontrarlo tarde o temprano, igual que había encontrado a Paula, y a Luisa, y a Sara. La muerte no es tan preocupante cuando sabes que sólo es una coma, una pausa, un hiato. AI menos no debería serlo.

Sólo que el pensamiento que lo preocupaba no era realmente ése, no era el hecho de que Carlos estuviera muerto, o que fuera su mano la causante. No, lo que de verdad rondaba por su cabeza era que Carlos había muerto por su culpa, que lo habían utilizado como cebo para atraerlo y que él, incluso sospechándolo, había permitido que ocurriera. Carlos había muerto y había sufrido única y exclusivamente porque era alguien que significaba algo para Remiel. Y aquél no era un pensamiento que pudiera apartar de su cabeza con tanta facilidad.

Había visto muerte y dolor suficiente para una vida humana, para varias vidas humanas, quizá para todas las posibles vidas humanas. Había visto morir y él mismo había matado, y hasta aquel instante ninguna de aquellas muertes lo habían afectado en lo mas mínimo.

Rechazaba el remordimiento, la culpa, cómo no hacerlo: había visto lo suficiente de ambos para comprender que como motivaciones eran castrantes y carentes de propósito. ¿Por qué entonces el pensamiento seguía allí, por qué seguía diciéndose a sí mismo que si Carlos no lo hubiera conocido aún seguiría vivo, que no habría sufrido de aquella forma atroz antes de morir, que su vida habría sido ajena al miedo y al dolor?

Pero no. Tuve que interponerme en su camino. Tuve que intervenir. Oh, claro, lo tomé bajo mi ala, lo protegí y lo eduqué y basta me permití encariñarme con él. Y cuando alguien pensó que hacer un revoltijo con sus tripas era la mejor forma de atraerme yo no estaba allí para evitarlo y lo único que pude hacer fue llegar demasiado tarde.

–Pareces preocupado –dijo una voz femenina a sus espaldas.

Remiel se volvió. Paula estaba en el umbral de la puerta, tan desnuda como él mismo. Le gustaba el cuerpo que el azar le había dado esta vez: duro y abrupto, como hecho para la guerra, pero también suave, y cálido, perfecto para el amor. Y tan menudo que todo él parecía caber en sus manos.

–Lo estoy.

–Carlos –dijo ella, comprendiendo de repente.

–Carlos –repinó él.

–Lo intentaste. No fue culpa tuya si no llegaste a tiempo.

–Oh, sí ¡o fue –dijo, con una sonrisa dura y breve asomando a sus labios–. Porque lo sabía. Luisa me advirtió y yo mismo sospeché que podían usarlo como cebo. Pero me confié y quien pagó el precio de mi error fue él. No yo.

–Ya veo –respondió ella.

Remiel asintió y la miró con un brillo divertido en los ojos. En eso no había cambiado, tuviera el cuerpo que tuviera. Seguía siendo dura. Había comprendido que él tenía razón al considerarse responsable de la muerte de Carlos y no había tratado de hacérselo más fácil de aceptar.

–Estaba soñando –dijo Paula, cambiando bruscamente de tema–. Alguien me perseguía. No sólo a mí. Había... sí, creo que estaba con otras dos mujeres. Una de nosotras se sacrificaba para salvar a las demás, no recuerdo quién, puede que fuera yo misma. No importa. Se separaba de las demás y atraía la atención de nuestros perseguidores. Tú ibas con ellos.

Curioso, pensó Remiel. Otra vez aquel momento, como si fuera una especie de punto focal en sus recuerdos. Por un instante dudó sobre la conveniencia de decirle que Luisa y Sara también habían recordado aquello y que, en cierto modo, quemaba sus mentes. No, aún no, decidió.

–Sí, yo iba con ellos –dijo, en cambio–. En cierto modo los dirigía. Contra mi voluntad, pero los dirigía.

–Entonces ¿eso ocurrió de verdad?

–Sí, pasó cerca de aquí. Un poco más allá de la ciudad, en las montañas, no muy lejos del lugar donde estuvimos esta mañana. Pasó hace exactamente setecientos sesenta y un años. Yo era un soldado mercenario y vuestros perseguidores una turba de campesinos incultos y sedientos de sangre que tenían tanto miedo de ellos mismos que necesitaban matar a alguien para poder dormir por las noches. Yo trabajaba para el señor feudal de la zona y él me ordenó que encabezara la persecución de las tres brujas. Intenté confundirlos, llevarlos a lugares donde sabía que no estaríais. Pero de alguna forma aquella multitud parecía tener una única voluntad, un extraño instinto grupal que los guiaba y, pese a mis esfuerzos, os encontraron. Al menos encontraron a una de vosotras.

–¿Sabes a cuál?

–Sí.

–No me lo digas.

Sí, esperaba esas palabras. Al fin y al cabo eran las mismas que Sara y Luisa le habían dicho.

–No lo haré –respondió.

Paula se sentó lentamente, como sí le costase trabajo hacerlo. Él se agachó a su lado.

–Lo sé –dijo–. Es difícil de aceptar. Pero lo harás, siempre lo has hecho.

Ella hizo un gesto extraño con la cabeza, como si quisiera negar pero algo la obligara a asentir.

–¿Sabes? Debería pensar que todo esto es una locura, un sueño. Pero tengo la sensación de que es todo lo contrario, de que estoy despertando. Y tengo miedo.

Suavemente. Remiel la abrazó.

–Dilo. Dilo en voz alta. Lo encontrarás ridículo en el momento mismo en el que lo hagas, pero también sabrás que es cierto.

Paula abrió la boca, la cerró, incapaz de hablar. Tomó aire con fuerza y volvió a intentado.

–Nos conocemos, ¿no es cierto? Nos hemos conocido antes, no tengo ni idea de cuántas veces. ¿Es así? ¿Es eso lo que querías que dijera? Porque si es así, tienes razón, suena tan ridículo que casi no soy capaz de decirlo. Pero, sí, no puedo evitar sentirlo como cierto.

Remiel sonrió y con una suavidad casi ridícula la besó en la frente.

–Sí, nos hemos conocido antes. Y yo sí sé cuántas veces. Te vi por primera vez en lo que ahora llamáis el año dos mil ciento ochenta y uno antes de Cristo, y tú estuviste a punto de matarme. Desde entonces nos hemos encontrado setenta y siete veces, setenta y ocho si contamos ésta. Hemos sido compañeros, rivales, amantes, enemigos, conocidos. A veces me has recordado y otras no. Y yo siempre te he amado como si mi vida dependiera de ello.

El pasado es el camino más seguro para llegar al futuro

Lo que ves

Las cartas se extienden sobre la mesa como un ejército dispuesto para la batalla, enhiestas de promesas y amenazas, y no sabes con seguridad cuál de las dos posibilidades te aterroriza más. Se mezclan unas con otras, trazan el recorrido caprichoso y sin sentido de un laberinto del que no puedes salir, porque es tu laberinto. Fue en el rostro frío del Consultante donde reconociste a Remiel antes de verlo por primera vez, fue la Torre la que te avisó de la multitud de pasados que yacían agazapados más allá de la fragilidad de tu memoria, fue el Carro (sí, ese Carro que temes mirar porque no sabes muy bien si los campesinos a su lado están intentando sacarlo del barro o son aplastados bajo su rueda) el que te dio la clave para recuperar todo lo que habías olvidado. Y, por supuesto, hace mucho que te reconociste a ti misma en el papel de la Consultante y te descubriste ligada de una forma que no comprendías a un Loco que aún no ha aparecido en tu vida. Desvías la mirada: más allá de la ventana es de noche, no esa noche detenida para siempre que se puede ver desde la ventana de Remiel, pero es de noche y hay un rastro apenas entrevisto de sangre oscura en el cielo, como un extraño negativo de la Vía Láctea y las cartas se muestran díscolas en tu mano como hacía tiempo que no ocurría y te preguntas qué va a ser de Remiel y de Paula. Piensas en el lugar al que él irá mañana, recuerdas la criatura que gobierna esa lugar y tratas de reprimir un escalofrío, no sabes si de miedo, de rabia o de deseo.

(Y *recuerdas otra noche no muy distinta a ésta, salvo que era una bujía lo que iluminaba tu rostro y no una luz eléctrica. Algo acechaba fuera, algo oscuro y peligroso y tú trataste de apartarlo con tus manos y las cartas. Lo conseguiste, pero en aquel momento supiste que volvería, que siempre terminaría volviendo.)*

Así que las recoges y en vano tratas de guiarlas con las manos. Eres consciente de que, más allá de tu voluntad, las tartas se barajan como quieren, de que algunas se niegan a mezclarse ton las demás e insisten en asomar en medio del mazo, como una señal de peligro en una carretera. Con cuidado, casi con temor, tus dedos las fuerzan al mismo anonimato que las demás y sigues barajando.

Cortas una, dos, tres veces. Inspiras profundamente y empiezas a darles la vuelta, a dejarlas sobre la mesa. De algún modo, pese a tus fútiles intentos de imponer un orden, ellas mismas van encontrando el suyo propio, ajeno al que tú esperabas, al que deseas.

(No es la primera vez, ni será la última. Si, estas cartas no son las mismas con las que reconociste por primera vez tus otros pasados, inmóvil en mirad de un circulo de antorchas dentro de un alineamiento megalítico. En realidad, aquéllas ni siquiera eran cartas: tan grandes, tan incómodas, tan difíciles de mezclar, sus imágenes tan toscas que apenas podías reconocerte a ti misma entre ellas. Pero la sensación era la misma, como si fueran una cosa viva, con voluntad propia, y no siempre coincidente con la tuya.)

En el centro del laberinto que tus manos han construido sin saberlo, el Maestro, invertido, te mira amenazador y tú te preguntas a cuántas víctimas sacrificará ahora en el altar de su rigidez, cuántos morirán en su absurdo deseo de imponer orden donde no puede haberlo. Hay una delgada pero implacable línea de espadas que lo conectan con su siervo, esa criatura con cuerpo de mujer y cabeza de carnero que antes identificabas con el Diablo, antes de comprender que él no estaba en las cartas, salvo como una amenaza apenas entrevista, una promesa que no terminaba nunca de cumplirse. No, sabes bien que la criatura con pechos y cuernos no es más que una víctima. Dos en realidad, porque te das cuenta de que hay dos mentes compartiendo ese cuerpo obsceno, ambas deformadas, y ambas sufriendo sin saber que son ellos los únicos que pueden poner fin a su sufrimiento. Miras el cetro que sostiene y la estrella de David sobre su cabeza y sonríes, aunque es una sonrisa torcida, porque presientes la extraña alianza que los forzará a seguir juncos más allá de sus deseos. Alguien ha torcido sus vidas y, aunque ellos mismos son en parte responsables de ello, presientes una fuerza trabajando para llevarlos al lugar donde se convertirán en los instrumentos perfectos.

Desde una esquina la Muerte sonríe como siempre ha sonreído, como si ella fuera la única poseedora de un secreto que los demás ignoran. Su guadaña gotea sangre recién derramada y comprendes quién es la Sota de Copas bajo ella y tus labios modulan un silencioso «Carlos» antes de seguir adelante.

(La Muerte no siempre fue esa figura seca y arrugada, no siempre ha ostentado esa sonrisa vacía y cruel. Otras veces, otras vidas, ha estado en tu mano como una mujer delgada y pálida, con una extraña calidez en sus ojos negros. Sonríes, al darte cuenta de lo mucho que se parece a Remiel, casi como una hermana. Pero esa Muerte amable, esa amiga que te ayuda a cruzar al otro lado hace tiempo que ha sido consumida en el mundo de las cartas por el esqueleto implacable que casi parece afilar su guadaña con el reloj de arena.)

Tú misma estás allí, lejana pero de algún modo involucrada, espectadora y al mismo tiempo participante: la Consultante, desplazada a la otra esquina de la mesa, casi como si desease huir de todo aquello y algo la sujetara contra su voluntad; y por primera vez el animal que la identifica, esa serpiente que se enrosca a su alrededor, parece estar ahogándola en lugar de sosteniéndola. La Fuerza está a su lado, como ha estado durante la mayoría de tus pasados, incluso (estás segura) de aquellos que aún no puedes recordar. La sostienes (¿ella te sostiene?) en la forma de una niña que traza figuras con un palo en la arena, pero su presencia se debilita por la cercanía de esa Luna negra que parece atada a ella para siempre incluso desde antes de su nacimiento. Sabes bien quién es la Luna, reconoces sus ojos mezquinos y su miedo.

Y la línea de espadas que conecta al Maestro invertido con su siervo va directa al lejano Consultante, como una flecha lanzada sin esperanza, como una pregunta que jamás obtendrá respuesta. La Emperatriz está a su lado, como lo ha estado siempre todos estos años, incluso cuando ella misma lo ignoraba. Está empezando a recordar el vínculo que les une, pero temes que no sea suficiente para detener lo que se avecina.

Hay más actores en el juego, más marionetas en el guiñol, pero al resto no las reconoces, aunque puedas intuir a algunas de ellas y el papel que van a desempeñar. Uno de ellos te sorprende, un caballo de espadas de mirada torva y huidiza, con el rostro poblado de secretos y la boca llena de preguntas. No eres capaz de precisar cuál es su relación con todo esto, en qué parte de la historia se alineará cuando llegue el momento, pero en cualquier caso no te gusta no poder ver de qué color son sus ojos o hacia dónde mira.

Inspiras profundamente una vez más y tratas de huir de los detalles, de tomar distancia respecto a las cartas individuales y ver el paisaje que dibujan en su totalidad. No lo consigues, al menos no del todo, pero lentamente el cuadro va tomando forma, como una imagen desenfocada que se aclara poco a poco. Ves el peligro y los cambios, y la muerte y el dolor que se avecinan, y la muerte y el dolor que ya han llegado. Tú misma no saldrás indemne de todo esto, o al menos no sin cambios. Eso no te preocupa, como tampoco a Remiel y Paula en sus papeles de Consultante y Emperatriz: tarde o temprano se reconocerán de nuevo y se enfrentarán juntos a lo que les espera y, ganen o pierdan, es mucho más de lo que puede decir la mayoría. Pero temes por Sara, temes que su fuerza no sea suficiente para alejar a esa Luna negra que la ha concebido y que ahora mismo se aferra a ella como un depredador, no, como un cartonero.

Pero hay más, y lo sabes. Las cartas apenas te han mostrado algo de la situación presente y un mínimo atisbo de un futuro posible, pero el pasado está allí, repleto, maduro, esperando que tú lo saborees. Parte de él ya

la conoces, porque parte de él es tu propio pasado, o el de seres tan cercanos que hay zonas de su vida que es como si fueran la tuya propia. Pero ignoras qué dio nacimiento a los dos monstruos que se han fundido en ese demonio femenino y caprino y, aunque adivinas por qué ese Maestro invertido está tan obsesionado por un orden frío y estéril, hay partes de su historia que no conoces que, en realidad, no quieres conocer.

Pero a ti misma te conoces demasiado bien. La curiosidad siempre ha sido tu vicio, así que vuelves a recoger las cartas y ahora te sorprendes de lo dóciles que son en tu mano. Sí, cuando ya has claudicado ante ellas se muestran mansas, incluso dulces, y se deslizan unas entre otras como los dedos de un amante sobre tu piel. Sonríes de nuevo ante esa ilusión de control que no te engaña ni por un momento *y* sigues barajando.

(Antes de abandonarte en el nuevo laberinto que tus manos y las cartas dibujan sobre la mesa tienes un último pensamiento para el Loco, ese Loco que aparece tan a menudo cerca de ti, pero que aún está distante. Esta noche no ha salido. No es uno de los actores en el juego que ha comenzado y no sabes si sentirte aliviada o frustrada por ello. Un poco de las dos cosas, seguramente.)

De acuerdo, juguemos, te dices a ti misma. Sólo que no es un juego. O quizá en cierta forma sí lo sea, al menos para esa mente llena de rabia y frialdad que parece haberlo planeado todo: una extensa y minuciosa partida de ajedrez con la esterilidad como premio para el vencedor. Pero no lo es para las piezas, para ellas es algo tremendamente serio. Lo sabes bien, al fin y al cabo tú misma eres uno de los peones.

En el principio fue la rabia

Había un torbellino en su cabeza. Algo giraba dentro de ella, frío y vertiginoso, y cada vuelta de la espiral llenaba su mente de dolor, un dolor sin pasión que sin embargo iba desgarrando hasta los más lejanos rincones de su alma.

Estoy muriendo, comprendió de repente, y se dio cuenta también de que no importaba lo intenso que fuese el dolor, éste terminaría desapareciendo y, tarde o temprano, sólo quedaría la nada, y él podría flotar en ella para siempre.

Estoy muriendo. Al fin. En medio del dolor su mente se llenó de una claridad repentina y recordó de nuevo lo que había pensado durante su último viaje en avión, aquella visión del cielo como una nada espesa y tranquila en la que él podría nadar ininterrumpidamente. *¿Por qué no? Al fin y al cabo me lo he ganado.*

Sí, se lo había ganado con una vida entera dedicada a eliminar a los enemigos de su Dios: qué importaba que disfrutase del trabajo. Había cumplido lo que se esperaba de él; ninguna deidad tuvo jamás un siervo tan obediente, ningún amo tuvo nunca un lacayo más fiel. ¿Era tanto pedir la disolución final, desaparecer para siempre, no ser, no pensar, no sentir? *Me lo be ganado.* Y con ese pensamiento sintió que el dolor carecía de importancia, que el torbellino en el interior de su cabeza ya no tenía poder sobre él.

Notaba algo duro bajo su cuerpo, algo pulido y resbaladizo, y comprendió que era el suelo de la habitación. Casi contra su voluntad abrió los ojos y contempló una estancia carmesí, que temblaba casi al mismo ritmo que sus latidos. No, *es mi sangre, sólo mi sangre.*

El cuerpo de su padre estaba algo más allá, y a través del filtro púrpura con que lo veía todo fue consciente de su cuenca vacía y del grito nunca expresado que había en su otro ojo, vidriado ya por la muerte. *No tardaré en retenerme contigo, viejo. Pronto estaremos juntos, pero ni tú ni yo lo sabremos.* Resultaba curioso que las últimas palabras que habían intercambiado hubieran sido en tono de pelea. Su padre creía que ya habían provocado dolor más que suficiente para atraer a su presa y que seguir con aquello era innecesario. Tenía razón,

por supuesto que la tenía, pero lo que no comprendía ni había comprendido jamás era que las cosas no se podían hacer a medias. Tienes que terminar lo que has empezado. No, el viejo nunca entendió eso. A su modo había sido un buen instrumento, pero carecía de la visión que hubiera hecho de él el arma perfecta. Vito la había tenido. *Oh, si, la tenía y la usé. Y me he ganado el descanso, el vacío.*

Cerró los ojos. Volvió a abrirlos sólo para descubrir que el cadáver de su padre había desaparecido, al igual que la habitación, y que estaba tirado en un suelo irregular e incómodo lleno de hojas muertas, y la brisa susurraba a su alrededor una amenaza que no conseguía comprender. Oyó voces lejanas y de algún modo supo que lo estaban buscando. *Estoy alucinando,* se dijo. *Esto no es más que una ilusión.* ¿O lo había sido la imagen anterior? ¿O lo eran las dos? Trató de recordar lo ocurrido en las últimas horas, pero apenas era capaz de pensar con claridad. Sentía un agujero dentro de su cabeza por donde su memoria se iba escapando con rapidez. Sin embargo... Con esfuerzo consiguió atrapar un instante y se vio a sí mismo apuntando a la mujer policía, dudando todavía entre ella y el renegado. Y de pronto, sí, la pistola en la mano de ella, el estampido, la aguja dentro de su cabeza que había hecho pedazos su mente.

Pero ¿eso había ocurrido o era una ilusión más?

No importaba. Lo único cierto en aquel momento era que se estaba muriendo. Al fin. No tenía más que permanecer inmóvil, no hacer nada, permitir tan sólo que la muerte llegase a él y lo tomase con sus dedos helados y frágiles. Entonces descansaría, dejaría de ser y encontraría el descanso.

Lo sintió en el preciso momento en el que se rendía, una presencia clara y nítida, animada de una rabia tan helada que casi parecía arder. *Has venido,* pensó. *Has venido una última vez.*

Pero la presencia permaneció silenciosa y él percibió su rostro ceñudo, su hermosa frente arrugada en un gesto de desaprobación. Aquello lo preocupó: lo había visto cientos de veces antes, tan distante y hermoso como la nada, como el vacío, pero era la primera vez que sentía emanar de él un sentimiento humano. Algo se rebeló en su interior: aquello no era correcto, un ser como aquel no debía experimentar emociones, como no fuera de una forma distante, desapegada, casi a regañadientes.

–*Levántate.*

Sí, su voz era tal como siempre la había oído, pero al mismo tiempo había algo en ella que no encajaba, una sensación de urgencia que debería haber estado ausente de ella.

–*Levántate. No puedes morir todavía. No lo permito.*

¿Por qué no? ¿No se lo había ganado? ¿Acaso no había sido un siervo obediente, incluso entusiasta, no había cumplido con lo que se esperaba de él?

–No. *Tu presa sigue viva, fuera de tu alcance. Has fracasado.*

Alzó la vista. Más allá del velo carmesí que la nublaba vio a la figura, fría y henchida de rabia, vagamente humana, tan llena de luz que apenas resultaba soportable mirarla. Pero en sus ojos había un abismo negro.

–*Tu cuerpo aún funciona. Tu mente también. Seguirás vivo. Vivirás, encontrarás a tu presa y la destruirás. Entonces volveremos a hablar.*

Sí, tenía razón. Él mismo lo había pensado unos minutos atrás, mientras recordaba la última conversación con su padre. Uno debe acabar lo que ha empezado, y aquello distaba mucho de haber llegado al final.

–De acuerdo.

No estuvo muy seguro de si lo dijo o sólo lo pensó, pero pareció ser suficiente. La figura distante y luminosa asintió.

–*Pero no puedes hacerlo solo. Y no hay tiempo para convocar a tus hermanos del Brazo Ciego. Tendrás que buscar ayuda.*

Encontró aquella idea (aquella orden) casi obscena. Podía hacerlo solo. No necesitaba a nadie, como no había necesitado a los demás, o a su padre. Sobre todo a su padre, quien por fin había sido reducido a su condición natural: un cadáver patético con la cuenca de un ojo vacía y la del otro endurecida para siempre en un último grito. Claro que podía hacerlo solo. No necesitaba a nadie más.

–Harás lo que te digamos.

Contra eso no podía luchar. Había vivido toda su vida sometido a esa obediencia, aguardando desde niño la llegada de aquella aparición desbordante de incandescencia helada para que le dijese lo que debía hacer, qué enemigos de Dios tenían que ser eliminados, qué obstáculos había que derribar para que la Única Iglesia de Cristo tuviera el camino franco.

–¿Quién? –preguntó.

Se dio cuenta de que había hablado en voz alta, y comprendió que su voz era un murmullo pastoso y casi ininteligible. Eso no pareció importarle a la aparición.

–La bruja.

¿Cómo? Aquello no tenía sentido: la bruja judía era tan merecedora de la destrucción como el hombre tras el que iba.

–Quizá. Pero ahora la necesitas.

Lo que estaba oyendo no podía ser correcto, y sin embargo no se atrevía, no podía poner en duda la voz que había hecho de él lo que era, que lo había sacado de la mediocre y patética mezcla de sentimientos y prejuicios que eran los otros hombres y lo había convertido en una máquina bien engrasada, en el más perfecto de los instrumentos. Si decía que necesitaba a la bruja, así debía ser, y por más que todo su cuerpo clamase contra ello no podía hacer otra cosa que doblegarse.

–Bien.

Y con esa última palabra la aparición se esfumó como una niebla tenue, dejando tras de sí únicamente su aliento helado. Ahora que se encontraba otra vez solo y sabía que no iba a morir, el dolor era de nuevo una pesadilla vertiginosa que convertía su rostro en un amasijo carente de foco. Tenía que seguir adelante, de algún modo tenía que arreglárselas para no hacer caso y continuar viviendo, moverse, encontrar a la bruja y proponerle un pacto. Sólo que no era capaz de pensar con claridad, la aparición lo había abandonado, su mente no podía hacer más que girar alrededor del dolor y sus manos no hacían más que recorrer su rostro destrozado y preguntarse cuánto quedaría de humano en aquella cara. Necesitaba tranquilizarse, enfocar de algún modo el dolor y hacerlo a un lado.

–«Es Yahvé mi pastor; nada me falta.»

Se sorprendió al descubrirse de repente recitando el Salmo 23 con aquel estropajo pastoso que ahora era su voz. No pudo evitar una punzada de sarcasmo hacia sí mismo: de todos los salmos que tenía a su disposición había ido a elegir el más tópico, el más manido. De pronto se vio a sí mismo como a un actor de segunda en una película barata, salmodiando la única letanía de toda la Biblia que los guionistas parecían conocer. Pese a todo, siguió murmurándolo.

–«Me hace recostar en verdes prados y me lleva a aguas frescas. Recrea mi alma, me guía por sendas rectas por amor a Su nombre.»

Mientras seguía balbuceando el salmo consiguió mover las manos, alzar los brazos y buscar un lugar donde agarrarse. Cuanto veía seguía bañado por el manto carmesí de su propia sangre sobre sus ojos y parecía plano, carente de perspectiva, pero mientras seguía recitando, todo aquello dejó de tener importancia. Sólo estaban él, el Salmo y el tronco de un árbol que lo ayudaba a ponerse de pie.

–«Aunque camine por un valle tenebroso no temo mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado son mis consuelos. Tú dispones ante mí una mesa frente a mis enemigos. Derramas el óleo sobre mi cabeza y mi cáliz rebosa.»

Sus manos se agarraron al árbol y, poco a poco, consiguió incorporarse. Aunque su respiración era un jadeo entrecortado y su pulso parecía haber perdido toda pretensión de ritmo, se encontraba mejor, mucho mejor. Dentro de su cabeza sintió que todo volvía a cobrar sentido, que de nuevo había orden, precisión, propósito. Sintió también algo nuevo que no pudo identificar, una presencia agazapada en lo más hondo de su mente, un punto ciego al que no tenía acceso. Trató de no pensar en ello mientras conseguía recitar los últimos versículos del salmo:

–«Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida; y moraré en la casa de Yahvé por dilatados días.»

Sí, ya estaba. Ahora podía hacer cualquier cosa: el salmo (por tópico y gastado que fuera) había servido para atar el dolor, para enroscarlo allí donde no fuera más que un latido distante y molesto. Estaba listo para buscar a la bruja y proponerle una alianza. Esta vez nada lo detendría.

Rabia. La rabia había estado allí desde siempre, desde su primer recuerdo. Una rabia limpia y pura, afilada, directa. Sí, la rabia era lo primero que recordaba en su vida: hacia todo cuanto lo rodeaba, hacia los otros niños que lo miraban con miedo, conscientes de su condición de extraño, hacia sus profesores, hacia ¡as paredes impolutas y silenciosas del edificio donde había pasado los primeros quince años de su vida, hacia la comida en su plato o el tenedor en su boca, hacia su propia imagen reflejada en el espejo. La rabia lo había mantenido con vida en un universo que no comprendía, lo había hecho fuerte, lo había hecho distinto, superior.

Era una rabia tan helada, tan carente de propósito. ¿Cómo no reconocerse en ella, como no abrazarla con la misma pasión que a una amante? La rabia lo definía, lo hacía ser quien era, había enfocado todo cuanto lo rodeaba y le había permitido verlo claro, definido, sin pasiones que lo deformaran.

Y era la rabia la que había convocado al ángel. Sin ella, lo sabía bien, jamás habría sentido su presencia, jamás habría sido digno de mirarlo u oírlo.

–En el mundo –decía el padre Stravinsky– hay dos tipos de personas: buenas y malas. Y a vosotros se os ha escogido para ser de la primera clase. ¿Qué significa eso? Que si caéis, vuestra caída será mayor que la cualquier otro hombre.

Mentiras. Mentiras. Mentiras. Había vivido los primeros quince años de su vida rodeado de ilusiones. Y sin embargo, comprendió después, esas ilusiones no eran más que un reflejo deformado de la verdad.

Cierto, su caída sería mayor que la cualquier otro. Pero no porque el mundo estuviera dividido en buenos y malos y a él se le hubiera elegido para estar entre los primeros. No, el mundo se dividía en ovejas y predadores. El destino de las ovejas es morir entre las garras de los predadores y, cuando dos de éstos se encuentran, disputarán por el territorio de caza. Cuando una oveja cae abatida por un lobo el universo ni siquiera lo nota, al fin y al cabo ha nacido para eso. Pero cuando es un lobo quien muere a manos de otro deja de ser un predador para convertirse en presa. No puede haber peor caída que ésa.

Nunca. Nunca seré una oveja.

Y la figura en su dormitorio se lo confirmó: rabiosa y resplandeciente, le trajo la confirmación que buscaba. Él nunca sería presa, había nacido para cazar, había sido educado para ello desde su nacimiento. Pero no para cazar sin propósito, no para satisfacer su hambre sin otro objetivo que saciar la rabia. Que otros predadores yugularan ovejas, que los otros lobos perdieran su tiempo cazando entre el rebaño. Él era más grande, un lobo entre lobos. Criado y educado para abatir a otros predadores.

Así que durante el día, en las clases, en la misa, miraba a su alrededor y se preguntaba cuántos de los que lo rodeaban eran como él, cuántos habían sido moldeados por un poder superior para dar caza a los cazadores. A veces, ocasionalmente, se reconocía en el brillo de otra mirada y entonces se preguntaba si algún día volvería a encontrar esos ojos durante el transcurso de una misión, si esos ojos serían su objetivo, si llegaría el día en que su ángel lo enviaría a apagar para siempre su brillo.

Nacido en un monasterio. Criado entre monjes, sin otro atisbo del mundo más allá de las montañas lejanas al amanecer desde la ventana de su celda.

Nacido para cazar. Criado al servicio de un Dios oculto que pocos conocían, destinado a ser su instrumento secreto.

Nacido huérfano. Criado por su propio padre.

–Somos el Brazo Ciego de Dios. Vivimos en la oscuridad y en ella cazamos. Servimos a Su Iglesia en silencio, ignorados.

»Somos el Brazo Ciego de Dios. Aparecemos allí donde es necesaria nuestra presencia, extirpamos el miembro enfermo y desaparecemos.

»Somos el Brazo Ciego de Dios. Caminamos en la Oscuridad y servimos a la Luz.

"Somos el Brazo Ciego de Dios. Vivimos para Su Servicio, matamos para Su Gloria, morimos para Su Satisfacción.

»Somos el Brazo Ciego de Dios. Somos los elegidos para hacer Su más oscura voluntad, allí donde para otros hombres el bien y el mal no trazan fronteras definidas, allí donde los pastores del rebaño no se atreven a mirar. Porque Él no vino a traer la paz sino la espada.

«Somos el Brazo Ciego de Dios. Existimos desde siempre. Impedimos el triunfo del Apóstata, detuvimos las hordas del islam, evitamos la muerte de una Iglesia que se desangraba en una orgía de sectas.

»Somos el Brazo Ciego de Dios. Que otros se arroguen los méritos de nuestras acciones ante el mundo. Que el Santo Oficio proclame su ministerio de Martillo de Herejes, que los misioneros voceen sobre sus conversiones. Dios, que mira en los corazones de los hombres, conoce los nuestros.

»Somos el Brazo Ciego de Dios.

El día que cumplió quince años lo habían enviado al despacho del director. Pero no era éste quien se sentaba tras la mesa, sino el hombre que a veces venía a visitar el orfanato y del que nadie hablaba jamás, como si fuera una aparición o un fantasma.

–Soy tu padre –le había dicho, sin mirarle al rostro, como si se avergonzase de alguna culpa secreta.

–Lo sé –había respondido él.

Y supo en ese mismo instante que al decir aquello no mentía, que siempre se había reconocido en los ojos y los ademanes de aquel hombre que a veces contemplaba el patio donde él y los otros niños jugaban.

–Has vivido quince años ignorante de tu herencia –había respondido el padre Andolini, fingiendo que la afirmación de su hijo no lo tomaba por sorpresa–. No eres un huérfano. En realidad, si las costumbres paganas tuvieran algo de verdad, podríamos decir que eres hijo de Dios, porque fuiste concebido en Su templo y ocupaste nueve meses el seno de una mujer consagrada a Él. Quién fue tu madre no es importante, e incluso que sepas que fue mi esperma el que la fecundó resulta irrelevante. Tu padre y tu madre son Dios y la Iglesia y a ellos has sido consagrado. ¿Comprendes eso?

Vito había asentido, mientras sentía como su corazón se disparaba. Aquel hombre adusto de ademanes medidos (y cansados, notó entonces por primera vez, terriblemente cansados) confirmaba todas y cada una de sus sospechas.

–Hay otros como tú, esparcidos por el mundo, ocultos en orfanatos controlados por la Iglesia. Los vigilamos, cuidamos de su educación, y en el momento adecuado les damos a elegir. Si son dignos se convertirán en miembros de nuestra orden. Si no lo son seguirán formando parte del rebaño de Dios, pero nunca contemplarán Su luz como nosotros.

–Y yo soy digno –había dicho Vito.

Su padre había parpadeado, confuso. Hasta que comprendió que no había arrogancia en las palabras del joven: se limitaba a enunciar un hecho.

–Lo eres. El hecho mismo de que te demos la posibilidad de elegir significa que ya te has mostrado digno.

–Y significa también que mi elección ya está hecha.

El padre Andolini había asentido, complacido. Incluso se había permitido una sonrisa fugaz en sus labios marcados perpetuamente por la sombra de un cigarrillo. Fue una de las pocas veces que Vito notó algo cálido, humano, en su padre. No le pareció importante.

–Así es. Mañana dejarás el orfanato. Vendrás conmigo y empezarás a caminar por el sendero que te convertirá en un miembro de nuestra orden.

Pero eso era falso, y Vito lo sabía. Llevaba años siguiendo aquel camino, lo había empezado a recorrer con su primera bocanada de aire. Simplemente, se le había permitido ver hacia dónde le llevaba.

–Recoge tus cosas. Vendré a recogerte a primera hora.

–Como quieras, padre.

Vito fue consciente del imperceptible encogimiento del otro hombre. Incómodo. Se sentía incómodo en su presencia, como si contemplase un extraño y deformado reflejo suyo. Vito lo comprendía bien: él experimentaba lo mismo. Pero, al contrario que su padre, eso no le importaba.

Aquella misma noche vio por primera vez al ángel, notó su rabia fría y densa y, al amanecer, se despertó con algo pegajoso en la entrepierna.

Cada centímetro que avanzaba era una agonía, pero de algún modo el dolor había dejado de ser importante. Era, simplemente, algo que sucedía, que estaba allí y que no conseguía alejar; una molestia, pero no un impedimento. Apoyándose en los árboles que lo rodeaban consiguió avanzar de una forma vacilante pero sorprendentemente rápida, hasta que sus manos toparon con el contorno frío del muro del jardín. Apoyó todo el cuerpo contra él y empezó a escalarlo, centímetro a centímetro, sin preocuparse por la siguiente etapa, centrado tan sólo en cada movimiento que hacía.

Alzó la cabeza. Sí, al otro lado estaba el pequeño camino rural que había tomado a la ida. Oyó voces de nuevo, pero ya no venían de la casa, sino del lugar hacia el que estaba mirando.

Tomó aire y consiguió pasar la mayor parte de su cuerpo al otro lado del muro. Por unos instantes permaneció agarrado, como si de algún modo no quisiera irse de allí. Luego, se soltó y se dejó caer.

El golpe contra el suelo estuvo a punto de hacer que se desmayara, pero se las apañó para agarrarse a los últimos jirones de fuerza que le quedaban. Vio que alguien venía hacia él y reconoció a la bruja judía.

Sólo entonces cerró el ojo sano y se dejó caer en la inconsciencia.

Derramas el óleo sobre mi cabeza y mi cáliz rebosa, pensó una última vez, antes de perder el sentido.

Quién quiere vivir para siempre (1)

Los sueños de Paula fueron como un carrusel vertiginoso. Y al mismo tiempo eran un puzle, un mosaico en el que las piezas iban encajando con prisa, como si tuviera que estar completo antes de una fecha prefijada y el plazo de entrega se hubiera adelantado repentinamente.

Días. Noches. Meses. Años. Siglos enteros desfilaron por su memoria, encajando en ella, buscando el lugar preciso dentro de su mente.

Cuando despertó, antes de abrir los ojos, supo que ya no era ella misma. No, eso no era cierto. Lo seguía siendo, en cierto modo era mucho más ella misma de lo que lo había sido hasta el momento. Pero al mismo tiempo, algo había cambiado dentro de ella.

La persona racionalista, maquinadora y tranquila que había creído ser durante la mayor parte de sus treinta años de vida había desaparecido. Una vez más, tuvo la sensación de que aquello no era cierto: que aquella máscara (la última de una larga sucesión de máscaras con las que se había vestido a lo largo de sus vidas) seguía allí, formaba aún parte de ella, pero ahora era una parte minúscula. Tal vez, pese a todo, importante, pero ya no fundamental.

Se dio cuenta de que estaba sola en la cama. Abrió los ojos y vio a Remiel de pie en el umbral de la habitación.

Durante largo rato, se miraron como dos enemigos recelosos. A la luz de la mañana (pero ¿qué mañana?, pensó Paula, si tras la ventana se seguía viendo aquel paisaje nocturno y aquella luna inmutable) todo lo de la noche anterior parecía el argumento sin sentido de un sueño ajeno y, por eso mismo, absurdo. Él la miraba desde la puerta de la habitación, como si hubiera estado así toda la noche, esperando a que se despenara. Ella, medio reclinada en la cama, rehuía sus ojos.

Lo oyó acercarse hacia donde estaba. Notó el peso de su cuerpo en la cama y sintió el roce sutil de sus dedos.

–Mírame–le dijo.

Ella alzó la vista, reticente, y se enfrentó a aquellos ojos tan grises como la niebla, tan lejanos como la muerte, y vio que el brillo cálido de la noche anterior no había desaparecido, seguía allí, apenas oculto por la distante ironía con la que lo contemplaba todo. Y sintió algo más, sintió su olor cálido llegando a ella tan suavemente que al principio apenas lo percibió. Era un olor que hablaba de siglos, de miles de noches vacías, pero que también, en cierto modo, hablaba de ella misma, porque era un olor que la reconocía y en el que se sentía reconocida.

Y como por ensalmo, como si algún prestidigitador absurdo con un sentido del humor retorcido hubiera lanzado su mejor hechizo, todo recelo desapareció de ella y se encontró encajando para siempre en el hueco de sus brazos. Y la boca de él exploró la suya como lo había hecho miles de veces antes y ella sintió que pertenecía a esa boca, a esa lengua, que pertenecía a aquellas manos que recorrían su espalda como un descubridor de nuevos territorios, que pertenecía a aquel hombre de ojos grises y piel pálida, que le había pertenecido desde siempre y que siempre, pasara lo que pasase, le pertenecería.

–Estoy aquí –le oyó decir.

–Otra vez –se oyó responder a sí misma.

Notó la sonrisa de él contra su cuerpo.

–Estás aquí otra vez –repitió, y sintió que mientras lo decía lo aceptaba, que por absurdo que fuera, era cierto como nada lo había sido antes.

Más tarde, después del amor, cuando ya no eran un único animal de múltiples miembros, ella notó lo que antes no había querido percibir. Notó su distancia, notó que pese a todo había algo en él que la eludía, que quizá le eludiera a él mismo.

–No estás aquí–le dijo.

–Sí.

–Pero no del todo. Nunca has estado aquí del todo. –A medida que pasaba el tiempo, se iba acostumbrando al torrente de recuerdos que no eran suyos pero lo habían sido en otra época, en otra vida–. Una parte de ti siempre ha estado fuera.

Él sonrió de nuevo. Y había algo que la inquietaba en aquella sonrisa, porque era cálida y real, pero al mismo tiempo era como algo adquirido, no como un reflejo, sino como una costumbre a la que uno se ha obligado a través de los años.

–Es cierto. Cada vez te das cuenta con más rapidez.

Aquellas palabras ya no le sonaban extrañas. Dentro de ella, una vocecita cada vez más débil seguía protestando, pero no tenía fuerza frente a la sucesión de recuerdos de docenas de vidas presionando dentro de ella, encajando por fin en su lugar y formando un todo fluido en el que no había fisuras, más allá de las ocasionadas por la muerte.

–También me doy cuenta de algo más –dijo, sabiendo lo que iba a decir a medida que hablaba–. Nos recuerdo. No todo, ni mucho menos, sé que hay huecos, aunque no consigo encontrarlos en mi memoria. Pero recuerdo lo suficiente. Nos recuerdo en sitios y tiempos tan distintos que a veces parece que se superponen unos a otros. Y cuando me veo a mí misma unas veces soy rubia y otras morena, unas veces libre y otras esclava, unas veces hombre y otras mujer. Pero tú...

–Soy siempre el mismo.

–Así es. No has cambiado desde nuestro primer encuentro.

Él permaneció en silencio largo rato, sin mirarla a la cara.

–Y tú te preguntas cómo puede ser eso. Qué clase de trato puedo tener con la muerte para reencarnarme siempre en el mismo cuerpo., Y esperas que te cuente lo que ocurre y al mismo tiempo lo temes.

Él siempre hacía eso, recordó. Hablar como si conociera sus más íntimos pensamientos. Y después de todo aquel tiempo aún no estaba segura de si era real o sólo una pose.

–No siempre te atreves a preguntármelo. Y a veces yo me niego a responderte. E incluso cuando lo hago nunca te cuento toda la verdad. Y sin embargo esta vez lo haré, porque si lo que sospecho es cierto, ahora las cosas van a ser muy distintas y es posible que, cuando nos separe la muerte, no podamos volvernos a unir. De hecho, es muy posible que ésta sea la primera vez que no sea tu muerte la que nos separe, sino la mía.

Ella no dijo nada, pero Remiel vio en sus ojos que comprendía lo que estaba diciendo, aunque aún no ¡o aceptase del todo. Asintió.

–Sí, así es. Me has recordado siempre igual porque siempre lo he sido. Desde que puse los pies en este mundo por primera vez, hace algo más de cuatro mil años, no he muerto. Puede que ahora lo haga. Y puede que, al contrario de lo que os pasa a vosotros, sea definitivo.

Él habló durante horas, casi sin pausas, más allá de alguna interrupción por parte de Paula: repíteme esto, explícame mejor esto otro. Pero ella no lo recordaría así. Cuando pensase en aquella mañana absurda en la que la noche y la luna seguían inmóviles más allá de la ventana lo haría de una forma deslavazada, inconexa, como si él hablara un rato para luego callarse y volver a retomar su historia en otro punto completamente distinto. Era absurdo, porque Remiel casi no paró de hablar, pero saltaba con tal brusquedad de un lugar a otro, como si estuviera borrando las huellas para un perseguidor invisible, que Paula siempre tendría la impresión de que hablaba a trompicones, como esos malos escritores que narran en secuencias aisladas y no saben unir unas con otras para formar un todo.

Y sabía también que, cuando lo recordaba, no lo hacía en el mismo orden en que él se lo había contado. En cierto modo, era lógico, si no había conexión entre cada parte de la historia, ¿cómo podías saber qué venía antes y qué después? Así que recordaba las distintas secuencias a veces en un orden y a veces en otro, nunca el mismo.

Había algo, sin embargo, que siempre recordaba en primer lugar, aunque al mismo tiempo estuviese segura (y era quizá lo único de lo que lo estaba) de que no era lo primero que él le había contado:

–La muerte es caprichosa. Hay una anciana londinense en una esquina de Hampton Road que tiene más de doscientos años, y lleva gran parte de ese tiempo sumida en la locura; y una vez conocí un joven que llevaba desde la Edad Media teniendo veintidós años. Por algún extraño motivo hay humanos que no mueren, nunca he sabido si porque no quieren o simplemente porque no pueden. Oh, incluso ellos, tarde o temprano, terminan desapareciendo, pero a veces he pensado que, entre vosotros, morir es una cuestión de voluntad.

–En cierto modo soy un intruso. Un espectador eterno, caminando entre vosotros pero sin implicarme jamás. Sí, sonríes y piensas que no es del todo cierto. ¿Acaso no te he dicho que cada vez que nos encontramos te amé como si mi vida dependiera de ello? Y así es, pero al mismo tiempo nunca me he dado del todo. Dime, ¿recuerdas algo de tus momentos de vejez en tus vidas anteriores? ¿Me ves contigo, a tu lado? No, es cierto que te amo, que te he amado antes, pero ha sido siempre un amor incompleto: jamás me he quedado hasta el final. Oh, sí, ya sé que recuerdas que siempre eras tú quien me pedías que me fuera, claro, cómo podía ser de otra forma. Pero yo pude negarme, ¿no es cierto? Pude haberme quedado, y haber envejecido a tu lado, porque sí, esa opción estaba a mi alcance. Sólo que aún me quedaba tanto por hacer, por ver, por recorrer. ¿Cómo podía atarme a la carne de ese modo tan brutal? Lo peor era que tú lo comprendías. ¿Sabes? A veces te he esquivado deliberadamente, he evitado encontrarme contigo, he luchado para no hacerlo. Y a veces he tenido éxito. No muchas, pero sí algunas. Eres peligrosa para mí de un modo que no comprendes y que dudo que yo sepa explicarte. He tenido algunos amigos a lo largo de todos estos años, y con la mayoría de ellos me he ido encontrando una y otra vez, aunque no siempre lo recordaran. Luisa, Sara, Carlos... Carios. Pero ninguno de ellos era peligroso en el modo en que lo eres tú, porque ninguno de ellos tenía la capacidad de atarme a esta carne que tú posees. Mi amistad con ellos, el afecto que he sentido por ellos ha sido, como todo en mi vida, algo aprendido, más buscado que natural, como un traje que se va volviendo familiar con el uso pero del que puedes deshacerte en caso de necesidad. Tú... tú haces que sentir sea natural, inevitable, haces que mis emociones sean algo más que buenos modales. No espero que comprendas lo peligroso que es eso para mí. Amarte me hace cada vez más humano, y cuanto más humano soy más frágil resulto, más fácil es destruirme. Sí, es cierto que fisiológicamente, desde cualquier punto de vista biológico soy humano, pero puedo hacer cosas con este cuerpo que vosotros no, al menos no la mayoría de vosotros. En cualquier caso, mí cuerpo es el de un hombre y está sometido a las mismas limitaciones que las de cualquier hombre, aunque a lo Sargo de todo este tiempo me las haya arreglado para encontrar algunos atajos que vosotros evitáis y sortear algunos escollos contra los que os soléis estrellar. Pero no soy un hombre, no nací como un hombre aunque pueda morir como tal. Y es precisamente amarte lo que puede hacer que sea humano hasta el punto de morir como uno de vosotros. ¿Y

después? ¿Volverás a encontrarme tras mi muerte como yo he ido encontrándote tras la tuya una y otra vez? No lo sé. En realidad tengo una razonable sospecha de que alguien trata de impedir precisamente eso. Quieren matarme, ¿comprendes? No sólo destruir este cuerpo, acabar con esta carne, quieren anularme completamente. Y creo que sé quiénes. Pero eso puede esperar.

–Recuerdo cuando llegué al mundo. ¿Alguna vez has intentado vaciar el océano dentro de un vaso? Uno de vuestros poetas lo describió a la perfección: *una revolución dentro de un hueso, un rayo sujeto a una redoma.* Antes yo era... Vi la construcción de la Ciudad de Plata, participé en ella, y todos los días de mi vida estaban llenos de una luz que se derramaba por todas partes sin que se perdiera ni una gota. Yo era... ilimitado. Meterme en esta carne fue como confinarme a la más estrecha de las prisiones. Recuerdo bien el momento, aunque eso no tiene ningún mérito: recuerdo sin ningún problema cuanto he vivido. Era de noche, el cementerio estaba vacío, en silencio, y a lo lejos se estaba gestando una tormenta sobre las montañas. Acababan de enterrar al que luego sería yo. En cierta forma te he mentido. Te dicho que nunca había muerto antes, pero no es del todo cierto. Yo nunca lo he hecho, pero esta carne sí ha sentido el roce sutil de sus dedos. No sé quién era. En su mente ya no quedaban recuerdos cuando entré en ella, apenas un par de reflejos, quizá la sombra de una memoria, la costumbre de las emociones, nada más. Lo poseí porque en aquel momento me pareció el mejor material que había a mano. Supongo que, desde los estándares humanos, no me puedo quejar. No es un mal cuerpo. Y a ti te gusta.

–Los demás nunca me lo perdonarán. Lo supe en el momento mismo en que decidí encarnarme en un cuerpo mortal; aunque no pensara en ello creo que lo sabía ya antes, cuando tomé la decisión de abandonar la Ciudad de Plata y caer hacia el universo como una tormenta blanca y afilada. Es curioso, porque siempre lo había contemplado con indiferencia, casi con desdén: ¿qué podía haber en la tosca materia que me interesase, qué podía haber en el universo físico que mereciera la pena, que pudiera compararse con la luz sin final que se desprendía de la Ciudad de Plata e iluminaba el macrocosmos? Sí, tiene gracia, porque cuando Shamael vino a mí por primera vez, buscando mi apoyo, lo que le dije fue que su protesta carecía de sentido, que era del todo fútil. Quizá él tuviera razón, tal vez no fuera justo que el que no tiene nombre nos desplazara en su afecto en favor de su nueva creación, pero en el fondo me parecía una cuestión tan trivial: *¿qué importa el universo físico?*, le dije. *¿Qué puede haber en él que nos preocupe?* No comprendía la obsesión de Shamael: el universo no era más que una chispa, apenas una semilla que acababa de germinar de la mente del que no tiene nombre y preocuparse por algo como aquello era absurdo. Hice oídos sordos a sus argumentos y me negué a respaldarlo. Éramos amigos, o al menos nuestra relación podía ser descrita en esos términos, así que tampoco combatí en el bando enemigo cuando poco después los demás lo acusaron de inmiscuirse en el universo físico e interferir con los planes del que no tiene nombre. Tenía cosas más importantes de que preocuparme, me dije. Que los demás perdieran el tiempo dirimiendo sus diferencias por una futesa. Que Gabriel y Shamael se enfrentaran si querían por causa de una mota de polvo. Yo no. Estaba demasiado ocupado girando alrededor de mí mismo, enzarzado en un baile interminable que daba forma a la luz de la Ciudad de Plata. Lo más que pensé acerca de la batalla fue que aquel insoportable estrépito de alas no me dejaba concentrarme en mi trabajo. Cuando Gabriel volvió con la noticia de que la rebelión había sido sofocada y Shamael y los suyos expulsados para siempre, me limité a encogerme de hombros y lanzarle a Gabriel un par de pullas, como si la cosa no fuera conmigo. Debí haberme dado cuenta entonces, sí, debí haber percibido el brillo frío del orden sin sentido tras los ojos de Gabriel, la amenaza que representaba, no sólo para mí, sino para todos. No lo hice, estaba demasiado ocupado trenzando una belleza vacía carente de toda utilidad. Y seguí así duran–re... ¿cuánto tiempo? No sé, ¿cómo mides el transcurrir de los segundos cuando cada instante es igual al anterior, indistinguible del siguiente? Pero fue mucho tiempo, supongo, el suficiente para que el universo físico dejara de ser una promesa y explosionara, se desparramara incontenible, creándose a sí mismo a medida que se expandía, coagulando en grumos de materia que con el tiempo empezarían a brillar, a resplandecer, a reptar por la nada que los sustentaba como seres vivos. Shamael había previsto todo eso, y había creído ver que, con el tiempo, el que no tiene nombre lo preferiría antes que a nosotros. Pero, ¿qué importaba? me decía una y otra vez. ¿Qué importancia tenía? Seguíamos teniendo la Ciudad de Plata sólo para nosotros; ante eso, qué más daba que el que no tiene nombre, llevado por un capricho, sintiera debilidad por el universo físico. Ése fue el principio, ¿comprendes? Yo no lo sabía, pero el mismo hecho de que me empezase a preocupar por los motivos de Shamael para hacer lo que hizo era un síntoma de que quizá yo estaba más cercano a su postura que a la de Gabriel.

–Mi primera noche en el mundo fue un infierno. Lo ilimitado había sido confinado a un cuanto, a una partícula, y no cabía, intentaba escapar. No lo consentí. Había tomado mi decisión, pasearía por el mundo con la apariencia de un hombre y con las limitaciones de un hombre, y no me volvería atrás. En realidad, sabía que no podía volverme atrás, que los otros no me aceptarían: me había manchado de carne y para ellos era una mancha

imposible de borrar. En cierto modo, creo que para ellos lo que hice fue aún peor que lo que había hecho Shamael: al fin y a–1 cabo él se limitó a interaccionar con el universo físico, a darles a los hombres un empujón en la que creía la dirección adecuada.

Yo estaba convirtiéndome en parte de él. Pero lo que los otros pensasen no me importaba, presentía que el premio merecía la pena. Aún lo pienso, pero aquella primera noche estuve a punto de volverme atrás un centenar de veces, de regresar arrepentido a la Ciudad de Plata y suplicar el perdón de la forma más abyecta posible o, si no me aceptaban, descender al territorio de pesadumbre sobre el que reinaba Shamael y convertirme en uno de sus súbditos. Pero la noche pasó, llegó la mañana y yo seguía allí, con la apariencia de un hombre, pero no todavía uno de ellos. En realidad, aún no lo soy. Cuando me acostumbré a la vorágine de sensaciones, cuando logré imponer cierto control en el caos sensorial que era la materia, empecé a preocuparme por mi cuerpo. La lucha que había sostenido para entrar en él le había causado mucho daño y ni siquiera estaba en perfecto estado cuando lo había poseído. Llevaba poco tiempo muerto, pero el suficiente para que la necrosis hubiera reptado ya dentro de casi todas sus células. Tuve que reavivarlo, licuar de nuevo la sangre, obligar a que el corazón la empujara otra vez por las venas, reactivar las sinapsis, darle una vez más una apariencia de vida. A media mañana estaba preparado para caminar por el mundo por primera vez, un recién nacido adulto que lo sabía todo y todo lo ignoraba.

–Hay tantas cosas que no puedo explicarte. No porque tenga miedo de que no puedas comprenderlas, simplemente no han sido concebidas para que el lenguaje las transmita. Te he hablado de una Ciudad de Plata, he mencionado un insoportable estrépito de alas, he dado nombres humanos a criaturas que no lo son, los he descrito con las mismas metáforas con las que algunas de vuestras religiones hablan de ellos. Todo eso es terriblemente inadecuado, pero ¿de qué otra forma puedo hacer que veas cómo era antes mi vida? ¿Cómo puedo si no hablarte de criaturas que no sólo no son humanas, sino para las que el mismo concepto de apariencia, de emociones, de comportamiento, carece de sentido? Decir que éramos criaturas de luz no es menos falso que describirnos como asexuados primates con alas. ¿Cuál de las dos descripciones está más cerca de la verdad? No lo sé.

–No poseo ningún poder especial, nada que vosotros mismos no podáis desarrollar. Como te he dicho, estoy atado a la carne, y sujeto a las limitaciones de la carne. Digamos que en el tiempo que llevo vagando entre vosotros he aprendido unas cuantas cosas. No muchas, supongo, pero las suficientes para protegerme a mí y a los míos. Aunque a veces eso no es cierto, como Carlos sabe muy bien. También he aprendido a detener el deterioro de las células, a obligarlas a vivir o a reproducirse cuando ya no pueden dar más de sí. Es más fácil de lo que parece, y hay algunos de entre vosotros que saben cómo hacerlo. Aunque creo que no saben que lo saben. Es algo que siempre me ha sorprendido de los humanos: la ignorancia de vuestra propia sabiduría.

–Digamos que pasaron varios millones de años, expresémoslo de esa forma por inadecuado que resulte. Y digamos que durante todo ese tiempo el universo físico, esa futesa, esa bagatela, esa mota de polvo carente de utilidad y, por supuesto, de belleza fue creciendo en mis pensamientos, ocupándolos cada vez con más intensidad. ¿Qué había allí para que al principio Shamael se sintiera repudiado por el que no tiene nombre por el solo hecho de haberlo creado, para que se sintiera fascinado después? ¿Por qué esa obsesión de Gabriel por controlarlo, por imponer sobre él un orden frío y estéril? No lo comprendí entonces, ni siquiera lo comprendí cuando una tarde (sí, podemos describirlo como una tarde, ¿por qué no?, es una metáfora tan buena como cualquier otra) Gabriel vino a mí para anunciarme que Shamael se había rebelado de nuevo. *¿De nuevo?,* recuerdo que pensé. *¿Acaso había dejado de estar en rebelión alguna vez?* Pero no hice visibles mis pensamientos y Gabriel siguió adelante como si no hubiera percibido en mí nada raro, siguió hablándome de los impíos propósitos de Shamael quien, no contento con haberse enfrentado a la voluntad del que no tiene nombre cuando éste decidió crear el universo físico, ahora quería pervertir su creación. Y yo me pregunté por primera vez cómo podía Gabriel estar tan seguro de las intenciones del que no tiene nombre si, al igual que rodos, nunca lo había oído hablar. *Pretende introducir el azar en el universo,* me dijo Gabriel, indiferente al giro que daban mis pensamientos. *Quiere llenarlo de aleatoriedad y caos; va a dotar a las criaturas mortales de libre albedrío. Ésa no es la voluntad del que no tiene nombre. Si hubiera querido el azar en su creación, si hubiera deseado que sus criaturas decidieran por sí mismas, les habría dado esa capacidad.* Creo que mi respuesta no le gustó demasiado: *A lo mejor es lo que acaba de hacer.* La sola idea de que Shamael, el rebelde, el corrupto, pudiera estar cumpliendo sin saberlo la voluntad del que no tiene nombre era algo inconcebible para Gabriel. En su mente (aunque quizá hablar de mente esté fuera de lugar, pero en realidad todo está fuera de lugar en las proximidades de la Ciudad de Plata) no había sitio más que para el orden: todas las cosas en su sitio, un sitio para cada cosa. Así que pasó sobre mi comentario como si jamás hubiera sido formulado. *Cometimos un error la*

primera vez, me dijo. *Limitamos sus movimientos y su capacidad de maniobra.* Recuerdo que pensé que no lo habían hecho lo suficiente. *Ahora será distinto. Lo confinaremos a un territorio inhóspito del que no podrá salir, a él y a todos los que le sigan. Duma y Rafael ya están preparándolo mientras hablamos. Pero no es eso lo que he venido a contarte. Remiel, amigo mío, la primera vez no interviniste y yo nada dije. Pero ahora necesitamos tu ayuda. Shamael se resistirá mucho más que antes. Será difícil vencerlo. Necesitamos la ayuda de quien mejor lo conoce.*

Y *ése eres tú.* No pude; sabía desde el primer momento a qué había venido Gabriel y sabía también que no podía hacer lo que me estaba pidiendo. No por ningún sentimiento de lealtad, aún no había desarrollado nada así, sino porque sentía que había algo torcido en las intenciones de Gabriel. Lo curioso es que, al mismo tiempo, tampoco estaba seguro de que Shamael estuviera haciendo lo correcto. Así que una vez más me mantuve al margen y no intervine en la lucha. Shamael se resistió y fue confinado a una tierra de pesadumbre y dolor de la que se convirtió en rey y prisionero. Yo... Comencé a ser mirado como un paria. Mis lealtades empezaron a cuestionarse. Pero nadie las cuestionaba más que yo mismo. De nuevo me sentía cercano a Shamael, aunque no entendía su extraña obsesión por la justicia. ¿Adonde lo había llevado? Primero expulsado de la Ciudad de Plata, sin poder contemplar su luz nunca más; y finalmente confinado al peor de los lugares, allí donde se pierde toda esperanza al entrar. ¿Y todo por una mota de polvo carente de importancia? Y sin embargo cada vez me notaba más lejos de Gabriel, de su extraña y fría pasión por un orden que, por sí solo, carecía de sentido. Antes he dicho que toda mi vida he sido un extraño: me refería al tiempo que he pasado aquí, entre vosotros, en el mundo, pero ahora comprendo que también lo era en la Ciudad de Plata, que allí no era menos intruso de lo que lo soy aquí. Es posible que más. Quizá fue eso lo que me hizo encarnarme en un cuerpo humano. En aquel entonces me dije a mí mismo que no era más que la curiosidad, el deseo de saber qué había tan importante en la materia para que tanto Gabriel como Shamael, cada uno a su modo, se sintieran obsesionados por ella. Era una buena explicación y, como todas las buenas explicaciones, no explicaba nada. Sí, creo que en el fondo yo estaba tan obsesionado por el universo físico como Shamael y Gabriel, pero no me daba cuenta. Ni siquiera cuando tomé posesión de un cuerpo humano y di mis primeros pasos por el mundo me di cuenta.

–Al principio, para mí las emociones, los sentimientos, eran más una cuestión de hábito que otra cosa. Salvo la curiosidad, que había devorado mis entrañas desde la primera vez que las tuve, el resto de lo que vosotros experimentáis como natural era para mí algo ajeno, una extraña excrecencia que acompañaba a la carne, algo de lo que no conseguía librarme pero que tampoco sentía como propio. Entiéndelo, la mayoría de las emociones están atadas a la carne y sin ella no existen. Pero es más que eso: vosotros habéis nacido para ser carne, se os diseñó para sentir; a nosotros no. Somos (¿éramos?, al menos yo) criaturas lineales, casi planas, incapaces de ir más allá de la guía que articulaba nuestro comportamiento: la obsesión por el orden de Gabriel, la tenaz persecución de la justicia por parte de Shamael, mi curiosidad insaciable, el silencio taciturno y afilado de Duma...Tardé mucho tiempo en sentirme cómodo con las emociones. Y la primera vez que experimenté el amor, el primer día que te vi, altiva, orgullosa, ofrendando el sacrificio a un dios que vosotros mismos habíais inventado, apenas comprendí lo que pasaba, apenas fui capaz de identificar el sentimiento y, cuando lo hice, lo aparté a un lado con tal violencia que casi me mata. Duele, ¿sabes? Sí, lo sabes, pero no lo comprendes. Cuando digo que duele no hablo de vuestro dolor humano, algo que os acompaña toda vuestra vida y que echaríais de menos si desapareciera. Hablo del dolor de experimentar algo para lo que careces de los canales adecuados, como si te obligaran a ver con la punta de tus dedos o a oír con los ojos. Intenté evitarte, traté de apartarme de ti desde el primer momento en que re vi. No hace falta que diga que no tuve mucho éxito en mis intentos.

Así transcurrió el resto del día. Y cada vez que la parte racional de Paula pensaba esto es absurdo, no puedo creer que me esté intentando colar un cuento tan ridículo, algo en lo más hondo de ella misma decía: sí, así es, te creo, tu historia es cierta.

No *soy una criatura racional,* comprendió en una de las pausas del relato de Remiel. *Nunca lo he sido. He pasado toda mi vida guiándome por un código de comportamiento en el que en el fondo no creo.* Y ahora, cuando descubría que no era otra cosa que un animal que se fiaba de lo que le contaban sus tripas, tenía miedo, un miedo atroz que era lo que la razón había estado tapando todos aquellos años y que, en ese momento, liberado por fin de todas sus ataduras, corría libre dentro de ella como un predador que no se hubiera alimentado en años.

Y al mismo tiempo notaba algo extraño, distinto, una especie de exaltación que no estaba segura de encontrar agradable. Por primera vez en toda su vida *[al menos en ésta,* pensó con una sonrisa torcida) el futuro no era un camino planeado de antemano. No sabía si eso le gustaba o no, pero tenía la sensación de que no iba poder evitar encontrarlo interesante. Recordó la antigua maldición china y sonrió otra vez.

–¿Qué pasa? –le preguntó Remiel.

–Nada. Te lo contaré después. Sigue con tu relato.

Y él siguió.

Así transcurrió el resto del día. Y cada vez que ia parte racional de Paula pensaba *esto es absurdo, no puedo creer que me esté intentando colar un cuento tan ridículo,* algo en lo más hondo de ella misma decía: *sí, así es, te creo, tu historia es cierta.*

«Yeroushalaim Chel Zahav»

El rubio ángel de la muerte se acercaba una vez más. Se detenía en el umbral y ella sólo podía ver su rostro impasible y aniñado, sin otra expresión que el brillo de diversión o aburrimiento que a veces asomaba a sus ojos insoportablemente azules. La miraba y ella no podía encontrar en esa mirada ni curiosidad ni deseo, ni odio ni interés, sólo un vacío azul que parecía eterno.

Sólo que no era él. Él llevaba muerto más de cincuenta años y al final había demostrado no ser más que un hombre.

Y lo que ella miraba ahora era bastante menos: una parodia con el rostro destrozado, el hombro supurante y la voz convertida en un balbuceo pastoso y casi ininteligible. Y sin embargo, pese a todas sus previsiones, se había aferrado a la vida y había logrado sobrevivir al viaje en automóvil.

Le han dado una buena, pensó Judith, y se preguntó por qué Remiel y su acompañante no habrían acabado el trabajo, por qué no habían rematado a aquella piltrafa humana de una vez por todas.

Andolini tomó aire y soltó su precario asidero en el quicio de la puerta del coche. Posó los pies en e! suelo. Avanzó dos pasos trabajosos en su dirección y ella vio cómo abría la boca intentando articular las palabras.

–Tengo una proposición que hacerte, bruja –consiguió entender tras aquella voz pastosa.

Nada encajaba, ni el rostro deforme ni la voz casi ininteligible se parecían, pero las palabras eran, pese a la diferencia de idioma, las mismas que el otro había pronunciado cincuenta años atrás. «Tengo una proposición que hacerte, bruja», las palabras que habían abierto las puertas del infierno y le habían permitido seguir con vida todo este tiempo, las palabras que habían transformado a Judith Berkowitz, judía, dieciséis años recién cumplidos, seis meses y veintisiete días sobreviviendo en el campo de exterminio, en la Judía Errante.

Su abuela había ido directamente a la cámara de gas: vieja e inservible, no había ninguna razón para mantenerla con vida. Sus padres habían durado un poco más, hasta que descubrieron que su madre ya había pasado el climaterio y no les servía para los experimentos del barracón cinco. Su padre fue dejándose consumir lentamente; un día una inspección rutinaria lo consideró prescindible y fue gaseado quizá bajo la misma ducha que su abuela. Sólo ella sobrevivía ahora; ella y tal vez su hermano, quien había decidido unirse a la guerrilla antes de permitir que lo enjaularan como un animal. Su hermano, el responsable de que todos estuvieran allí y quizá el único que iba a sobrevivir a aquella locura. Judith pensaba en eso por las noches y no sabía si odiar a Christian (no, ése sólo era el nombre con el que había nacido, ahora se llamaba a sí mismo Samuel) o simplemente reírse ante lo incongruente de la situación.

Sola, sin más recursos que la que ella misma conseguía proporcionarse, todavía consiguió sobrevivir unos meses más, hasta que una nueva inspección del campo la encontró útil para los experimentos y la hicieron dirigirse con otro grupo de mujeres al barracón cinco. Judith había oído una y otra vez los rumores que las

demás susurraban en mitad de la noche, pero no les prestaba atención. Sabía, después de todo lo ocurrido al fin sabía que la realidad sería mucho más prosaica y terrible que los rumores.

Se desnudó junto a otra media docena de mujeres jóvenes y luego pasaron a una sala tan llena de luz que casi hacía daño tener los ojos abiertos. Todo estaba limpio, vacío, aséptico y tan frío que hasta pisar el suelo con los pies descalzos era doloroso. Al fondo había una mesa de quirófano y en ella se afanaba un hombrecillo ratonil encogido sobre sí mismo que manipulaba los mandos de una extraña máquina. En la sala el único olor aparte del miedo era el del aire cargado que acompaña a las tormentas.

Dos guardias les ordenaron avanzar con un ademán. Fueron pasando una a una, acercándose a la mesa de quirófano donde, ahora lo veía, se debatía alguien. Un poco más allá había otro hombre, dándoles la espalda, y su uniforme negro parecía no haber sido usado nunca antes. Bajo la gorra de plato asomaba un cabello casi blanco y tenía el rostro hundido en el pecho, como si tratara de tomar una decisión importante.

Judith apartó la vista de él y la fijó en la mesa, y al principio no pudo comprender lo que veía: una mujer, no mayor que ella misma, se debatía entre correas, abriendo y cerrando la boca pero incapaz de articular palabra. Una sábana parcialmente alzada le tapaba ¡a mayor parte del cuerpo. Judith se sorprendió al ver manchas rojas en la sábana, que parecían fuera de lugar en un sitio como aquél. Luego alzó la vista y vio, reflejado en el espejo, lo que había bajo la sábana. Las demás también lo vieron y algunas empezaron a gritar; alguien vomitó y se dejó caer al suelo. Ella también podría haber reaccionado así si en ese preciso momento el hombre de uniforme no se hubiera vuelco y hubiera clavado la vista en ella.

Tenía unas facciones extrañas, blandas y al mismo tiempo llenas de ángulos y filos, abruptas y difíciles y sin embargo infantiles. Apenas había expresión en sus ojos de un azul acuoso hasta que la vio y un asomo mínimo de vida brilló en ellos, Judith no podía apartar la mirada de él, era incapaz de pensar en la mujer tendida en la mesa con los ovarios expuestos a la vista de todos, sólo podía contemplar a aquel ángel rubio e inexpresivo que, sin dejar de clavar sus ojos en los de ella, se volvía al hombrecillo encorvado y decía:

–Ésa no –señalándola con una mano tan cuidada que parecía la de un muñeco. Luego se volvía a los guardias y les hacía una indicación–. Llevadla al otro cuarto.

Así que se iba, y apartar su mirada de la de él era como romper un contacto vital, como si una parte de su cuerpo se quebrara. Permaneció siete minutos interminables en la otra habitación, sin saber si debía moverse o no, si podía vestirse o no, sí podía siquiera respirar sin el permiso de aquella mirada casi ausente de vida pero llena de poder. Al fin la puerta se abrió y volvió a verlo. Él sonrió apenas al darse cuenta de que aún seguía desnuda y, señalando e¡ hato de ropas, le dijo:

–Vístete.

Así lo hizo, poniéndose el primer sayón que encontró, sin preocuparse de que fuera el suyo, mientras sentía la mirada de él clavada en la espalda. Se volvió y se le enfrentó y vio que se había quitado la gorra. Tenía el cabello muy cono, poco más que un asomo de rubio blanquecino en su cuero cabelludo.

—Tengo una proposición que hacerte, bruja —le dijo entonces, condenándola para siempre.

Pero no era él quien estaba ahora frente a ella, con el rostro destrozado y la voz pastosa, no era él sino quizá su heredero, el último miembro de su estirpe, que de nuevo le proponía una alianza.

–¿Qué quieres? –consiguió decir.

El cura sacudió la cabeza y parpadeó con su ojo sano. Los hombres de Shamir lo contemplaban llenos de asombro y repugnancia.

–Se ha escapado. Y no vamos a discutir ahora si ha sido por mi culpa o por la tuya. Pero los dos nos necesitamos si queremos acabar con él.

Decir aquello seguido le costó un esfuerzo enorme y al terminar jadeaba.

De modo que era eso. Acabar con Remiel... Y, de pronto, Judith se dio cuenta de que no estaba muy segura de desearlo.

Comprendió que el hecho de que Remiel viviera o muriera, en el fondo, le importaba poco. Pero sí tenía la certidumbre, cada vez mayor, de que aquella criatura extraña y pálida sabía sobre ella cosas que ella misma ignoraba. Y necesitaba saberlas, y si para eso tenía que matarlo, lo macaría.

Durante un instante casi eterno, Judith estuvo a punto de quebrar el cuello de aquella ruina humana y poner fin a su sufrimiento. Sin embargo, el cura tenía razón, ambos se necesitaban. En cierto modo, lo había sabido antes, cuando dio la orden de recoger lo que creía que no era más que un cuerpo agonizante.

–Te vas a desangrar –le dijo.

–Aguantaré el tiempo que haga falta –respondió él.

Judith se encogió de hombros. Ya era un milagro que Andolini siguiera en pie y consiguiera articular sus pensamientos de una manera coherente. El tiro tuvo que haberle volado la mitad del cerebro: debería estar agonizando en el suelo, no caminando y mucho menos ofreciendo tratos. Qué importaba. Al fin y al cabo Judith había visto cosas aún más raras y ella misma era una prueba evidente de que el universo no siempre se comportaba de una forma racional.

–Vámonos –le dijo al cura.

No dejó que ninguno de sus hombres lo ayudara. Permaneció impasible mientras Vito renqueaba en dirección al portal, cruzaba la puerta y conseguía llegar al ascensor de puro milagro. Sólo entonces permitió que los demás entraran y sostuvieran su cuerpo vacilante.

Luego, en el piso franco que el Mossad les había proporcionado, los dos permanecieron mirándose en silencio un tiempo interminable, como si los demás no existieran. La sangre ya se había coagulado sobre lo que quedaba de la cara de Andolini, y su respiración era mucho más normal que unos minutos atrás. Incluso su voz empezaba a parecer una voz humana normal.

–Necesito unas vendas –dijo–. Y algo de antiséptico. Luego podremos hablar de nuestro trato.

Ella le indicó con un gesto lacónico dónde estaba el baño y el sacerdote caminó hacia allí arrastrando los pies. La puerta se cerró a sus espaldas y Judith se quedó sola (en una habitación repleta de gente, pero sola) sin otra compañía que los ruidos y los ocasionales jadeos de dolor provenientes del baño.

No era la primera vez que esperaba mientras un hombre se afanaba en el lavabo. Lo había hecho hacía más de medio siglo en el campo de Bergen–Belsen, en un apartamento no mucho mayor que aquél. Recordaba con total nitidez el silencio que envolvía el campo, roto tan sólo por los ocasionales crujidos de los barracones al asentarse. Por la ventana enrejada de la habitación pasaba a veces el resplandor de los focos de las torres de vigilancia, y ocasionalmente escuchaba el ruido de los pasos de alguna patrulla.

El agua dejaba de correr y él se asomaba al umbral, todavía con su uniforme impoluto, pero sin la gorra. La miraba con una sonrisa carente de expresión y dudaba antes de hablar.

–Eres un animalito extraño –le decía.

Animalito, pensaba ella. Un animalito sin familia, sola en un mundo en el que cada esquina era hostil. Y sin embargo viva.

Él se acercaba y se detenía a su lado. Sus manos de maniquí recorrían la tela áspera de su blusón.

–Gabriel vino a María y le anunció que iba a concebir un hijo del Señor.

Ella se sobresaltó ante el cambio en su tono de voz, como si estuviera recitando algo aprendido de memoria.

–¿Cómo crees que se lo anunció,mi pequeño animal salvaje, dime ?

Ella no respondió. No sabía de qué estaba hablando aquel extraño ángel cuya mirada era tan vacía como la muerte, no tenía ni idea de qué hacía allí, en aquel universo sin sentido en el que las personas eran tratadas como ganado y de cuyos restos mortales se extraía materia prima para fabricar jabón, rellenar almohadas o diseñar pisapapeles, un universo en el que las bocas de los cadáveres se exploraban en busca de oro y hombres de bata blanca medían con gesto satisfecho los cráneos de los niños muertos en busca de la confirmación de teorías sin sentido. No respondió pero él lo hizo en su lugar, quedando desnudo frente a ella, arrancándole e¡ blusón y robándole la virginidad con una parsimonia fría y carente de emociones que, presintió Judith, era la misma con la que remataba a un preso o rellenaba un informe.

–Así es como el ángel Gabriel anunció a María –le decía en tono monótono, arrítmico, con la misma falta de cadencia que los movimientos de su pene dentro de ella–. Así es cómo lo hizo, llevando en su esperma la semilla del hijo de Dios e inoculándolo dentro de María.

»La Biblia no anunciaba la Redención, bruja –le dijo después, cuando ya había eyaculado con un resoplido y fumaba lánguidamente en la cama.

Judith estaba inmóvil, al igual que lo había estado durante todo el proceso. De algún modo sentía que nada de todo aquello tenía que ver con ella, como si de pronto la hubieran sacado del campo y le estuvieran mostrando una ficción, una película escasamente interesante y más bien ridicula.

–La anunciación fue un aviso –siguió él, indiferente a la falta de reacción de la mujer–. Fue un signo para aquellos que quisieran ver. No sois humanos ni lo habéis sido nunca, animalito, no sois más que alimañas. El ángel de Dios vino para inocular su semilla en una de vosotras con la esperanza de que un poco de sangre de Dios os hiciera más humanos. Fracasó: no hizo más que crear un pacifista cobarde que prefirió morir antes de acabar con sus enemigos, que eligió la muerte antes que la victoria. Y ese fracaso nos ha contaminado durante dos mil años, nos ha hecho débiles. Entiende bien esto, mi bruja, mi pequeño bicho carente de importancia, no os exterminamos porque queramos vuestro dinero, ni siquiera porque no seáis humanos del todo. No, al fin y al cabo, se os puede domesticar como a cualquier otra alimaña, y con bastante facilidad, puesto que sois dóciles e inteligentes. Os exterminamos porque sois los responsables de la debilidad de Europa durante los últimos mil novecientos años. Alumbrasteis el cristianismo y lo lanzasteis sobre nosotros. Y eso nos ha convertido en menos que humanos durante veinte siglos.

Hizo una pausa para apagar el cigarrillo y la miró unos instantes. Pareció verla por primera vez.

–No entiendes nada de cuanto digo, ¿no es cierto? No importa, porque tu misión no es entender. No, tu misión es morir como el resto de tu raza, pero antes serás un ejemplo vivo de que la debilidad ha llegado a su fin y el hombre vuelve a serlo, que hemos eliminado de nuestra sangre y nuestra mente la mancha del carpintero. Serás un ejemplo, mi ejemplo, de que al fin somos libres y nada nos detendrá.

Extendió una mano y acarició la mejilla de Judith con una delicadeza tan ausente que lo mismo podía estar golpeándola.

–Ahora voy a dormir–le dijo–. Coge unas mantas si quieres y túmbate en el suelo.

Ella así lo hizo, deslizándose en silencio fuera de la cama.

Por la mañana volvió a su barracón. Trabajó el resto del día, haciendo lo mismo que había hecho el anterior, que haría el siguiente. Por la noche volvió al cuarto y se enfrentó de nuevo a aquella mirada azul y vacía.

–Es posible que perdamos –le dijo mientras fumaba un cigarrillo, después de haberla violado otra vez y haberle repetido su discurso de la noche anterior–. Es posible que seamos destruidos y para el resto del mundo nos convirtamos en una imagen del mal que hay que combatir, que nos convirtamos en una leyenda más para asustar a los niños, como el coco, el hombre del saco o el gólem. No creo que sea así, pero si lo fuera, igualmente habríamos vencido. Porque ¿cómo destruyes una leyenda?

Ella no respondió. Se notaba vacía; de un modo u otro hasta entonces se las había arreglado para sobrevivir sin perder nada esencial de sí misma, pero desde la tarde anterior, desde el momento mismo en que él clavó sus ojos azules en los de ella fue como si la hubieran vaciado y se hubiese convertido en un cascarón hueco. Aceptaba sus palabras igual que aceptaba su pene dentro de ella o la manta raída con la que le permitía envolverse, pero era incapaz de sentir nada. Ni odio, ni rabia ni desesperación. Comprendió que no tenía nada, ni siquiera a ella misma, que estaba sola.

Lo he estado siempre, pensó ahora, volviendo al presente mientras la puerta del baño se abría y un Andolini con la cabeza absurdamente cubierta de vendas asomaba al umbral. Se las había apañado para dejar libre su lado derecho y parecía la criatura de algún musical de terror; una especie de fantasma de la ópera latino.

–Bien, bruja. Hablemos.

No le gustaba cómo la miraban los hombres del Mossad que sabían quién era; y especialmente le desagradaba la mirada de David Shamir, a medio camino entre el éxtasis y la repugnancia. Tenían la impresión de que Shamir no estaba muy seguro de qué hacer con ella: adorarla, violarla o simplemente matarla. A veces parecía que las tres cosas.

–No me gusta este tipo, Judith –le decía ahora, refiriéndose a Andolini–. Ya lo conozco y es un carnicero.

–¿Nosotros no? –le preguntó ella.

No sabía muy bien qué pensar de Shamir; a veces parecía cándido, casi ingenuo. En otras ocasiones, sin embargo, se comportaba como un hombre cansado y sin esperanzas que hacía lo que creía que era su deber, por más que lo considerase inútil.

–¿Cómo puedes decir...? –Ahora abría los ojos como platos–. Hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir. No es más que un deber desagradable. Él disfruta.

El comentario resultaba casi inevitable:

–Así que la única diferencia es que Andolini se lo pasa bien trabajando y tú no –dijo ella con una sonrisa torcida.

Shamir no respondió. Judith sabía que podía estar pinchándolo el resto del día y eso sería el máximo de hostilidad que recibiría de él: un mutismo enfurruñado del que saldría en cuanto la conversación tomase otros caminos. No sabia si debía eso al carácter de Shamir o si se trataba de una deferencia especial por ser ella hermana de quien era. Tampoco le importaba demasiado.

–Puede que tengas razón –dijo, tratando de sonar conciliadora. Al fin y al cabo lo necesitaba–. Pero puede ayudarnos.

–Podemos hacer lo que sea sin él.

–No. No podemos. Confía en mi palabra.

Aquello casi siempre surtía efecto y ahora no fue una excepción. Más de una vez se había preguntado qué podría haberle dicho su hermano para que la sola mención de que Shamir confiara en la palabra de Judith hiciera desaparecer todos sus recelos. ;Le habría dicho quién era realmente? ¿Le habría contado la verdad? Pero, si era así, ¿cuál de todas ellas?

–No podremos sacar a nuestra presa de su escondite sin su ayuda.

A regañadientes, Shamir aceptó sus palabras.

–De acuerdo, te creo. Pero no tiene por qué gustarme trabajar con él.

–Está bien. Tampoco a mí me gusta.

Pero ¿era cierto eso? Por supuesto, Vittorio Andolini no tenía nada agradable, incluso antes de que un disparo se le hubiera llevado media cara, pero había algo en su modo de trabajar que Judith encontraba excitante: una especie de alegre frialdad, una extraña vacuidad en sus gestos que, en ocasiones, casi se ¡e hacía irresistible.

Sabía por qué era, claro que sí. No en vano había pasado tres años convertida en la marioneta de un hombre muy parecido, atendiendo al menor de sus caprichos, siendo utilizada como un instrumentó sin valor. Durante todo aquel tiempo había sido como una muñeca vacía, dejándose hacer y permitiendo que sus palabras y su pene la atravesaran sin resistencia.

Era como si una parte de ella hubiera desaparecido para siempre, como si la Judith anterior a la guerra no hubiera sido más que una máscara que él había arrancado con su habitual indiferencia. Y ahora bajo la máscara no había nada, sólo el vacío.

Una noche tras otra él había saboreado los rincones más secretos de su cuerpo. Lo había hecho con prisa, casi con torpeza, como si se avergonzase de lo que hacía, si es que un hombre como él podía avergonzarse de algo. Una noche tras otra había llenado el aire con sus palabras y luego la había enviado a dormir a un rincón lejano. Un día tras otro había trabajado en el campo, viendo llegar y desaparecer a cientos, a miles como ella, y sobreviviendo, sin preguntarse jamás, sin lamentos ni dudas. Como una máquina bien engrasada.

Las cosas habían cambiado al final. Primero habían sido las noticias llegadas del frente ruso, luego las victorias cada vez más frecuentes de los aliados. Él no parecía inquieto, nunca lo parecía, pero en sus palabras se descolgaba la alarma sin que pudiera evitarlo.

Una mañana Judith vio los batallones de trabajadores armados con picos y palas y ella misma se les unió en su trabajo de desenterrar los miles de cuerpos y quemarlos para que el viento se llevara toda huella de su existencia. Tal vez, se dijo, su madre era aquel cuerpo desmadejado del que emanaba una peste dulzona y que ahora estaba tirando al horno, pero no le importaba. En realidad, nada le importaba. Si se hubiera molestado en

pensar al respecto habría descubierto que vivía única y exclusivamente para la llegada de la noche, para oír sus palabras y sentir su fría respiración jadeante contra la nuca.

En el caos de los últimos días, cuando los soldados desertaban y muchos prisioneros huían para unirse a la guerrilla, algo despertó dentro de ella. No la Judith de antes de la guerra, ésa estaba muerta desde hacía mucho tiempo si es que había existido alguna vez, pero algo distinto a la marioneta pendiente de cada uno de sus actos que había sido en los últimos años.

Empezó a preguntarle, a guiarlo en sus conversaciones, y si él se dio cuenta del cambio en su actitud fingió no hacerlo.

–Vais a perder –le dijo una noche.

Y Judith experimentó algo por primera vez en años: asombro. Porque él se estaba riendo y su risa era cálida y encantadora. Lo miró como si lo viera por primera vez y le sorprendió encontrarlo tan prosaicamente humano: no un gigante rubio ni un dios nórdico, sino un hombrecito pálido de carnes fofas. Lo imaginó dentro de la fosa común, corrompido y desmadejado, su cuerpo exhumado y arrojado a uno de los hornos, y comprendió que no sería distinto al cuerpo de su madre.

–¿Perder? –contestó cuando se hubo tranquilizado–. Ya hemos vencido. Hemos desterrado para siempre la inútil debilidad del cristianismo. Es cierto que aspirábamos a ser el martillo sobre el yunque del mundo y en lugar de eso es el martillo del mundo el que cae sobre nosotros. Pero ¿qué importa mientras haya un yunque y un martillo? Hemos vencido y tu propio pueblo será la prueba de ello. Es curioso, porque llegué a pensar que necesitábamos acabar con el último de nosotros para vencer, pero lo que hemos hecho resultará mejor aún.

¿Pueblo? ¿Su pueblo? ¿De qué hablaba él? Y por primera vez en su vida se reconoció como judía. Fue una sensación tan extraña que casi se sintió vuelta del revés.

–Dentro de poco empezaréis a uniros. Los que hayáis sobrevivido comenzaréis a caminar en la misma dirección. Y un día no muy lejano os convertiréis en nuestros herederos y será vuestro martillo el que forje. Y mientras lo hagáis no habrá lamentaciones ni dudas ni remordimientos, lucharéis por vuestra propia supervivencia y no habrá compasión para los que se interpongan en vuestro camino.

Pero ella apenas escuchaba. Sus palabras eran como un eco vacío en su cabeza. Recordó a su hermano, descubriendo la herencia que sus padres les habían negado. Lo recordó enfrentándoseles y proclamando su judaismo a los cuatro vientos. Y se recordó a sí misma, apenas una chiquilla que no comprendía lo que estaba pasando. Recordó el día en que su hermano se fue de casa y la tarde, poco después, en que los soldados vestidos de negro vinieron a llevárselos a todos.

Soy judía, pensó. Y sólo entonces su mente asimiló las últimas palabras de él.

–Nunca haremos lo que dices –susurró.

Él volvió a reírse.

–Bien, al fin has despertado. Quizá seas la primera. Pero pronto despertarán todos los demás y entonces comprenderás que lo que te digo es cierto. En realidad –y por primera vez la miró con un brillo cálido en los ojos, y aquello se le hizo insoportable– acabas de nacer ahora mismo, aquí, esta precisa noche. Soy tu padre y tu madre. Nosotros somos los padres de la criatura en que se va a convertir vuestro pueblo. Iréis... sí, ¿por qué no? –Se rió una vez más como si acabara de encontrar algo totalmente inesperado–. Claro, quién si no vosotros podía ser la torpe criatura que se arrastra hacia Belén para nacer.

Ella quiso decirle que se equivocaba, pero la sola idea de discutir con él la llenaba de repugnancia, como si eso los convirtiera en iguales de algún modo. Agachó la cabeza, en un remedo de su antigua sumisión, y permaneció en silencio. ÉÍ tampoco dijo nada durante largo rato. Al final, se incorporó en la cama y estuvo varios minutos trajinando en el baño. Volvió con el pelo húmedo y le dijo:

–Esta noche dormirás en los barracones. Vete.

Ella no se hizo repetir la orden. No durmió apenas, en un camastro que no reconocía como suyo después de tres años acurrucada en un rincón que se había convertido en territorio familiar. No le vio durante todo el día y al atardecer nadie fue a buscarla para llevarla a su habitación. No descubrió hasta el día siguiente que se había escapado, vestido de civil y con varios lingotes que una vez habían sido dientes de oro.

Fue despertando lentamente en los días que precedieron al final de la guerra. Poco a poco fue alzándose y mirando a su alrededor y todo cuanto veía le resultaba extraño, irreconocible, como si acabara de nacer en un mundo carente de propósito. No volvió a verlo en persona, pero lo reconoció muchos años después, en un pálido documental sobre criminales de guerra. Lo vio colgando al borde de una soga y pataleando como un animal aterrado y comprendió entonces que no era más que un hombre y que él también había tenido miedo y hambre. No lo compadeció por eso.

Pero tenia razón, comprendió ahora, volviendo al presente. Ellos habían vencido, incluso en la derrota habían vencido.

–¿Te ocurre algo, Judith? –le preguntó Shamir. Parecía realmente preocupado.

Ella negó con la cabeza.

–No, nada.

Claro que no. No le ocurría nada. Hacía más de cincuenta años que no le ocurría nada. Y si no lo evitaba seguiría sin ocurrirle nada durante toda la eternidad.

–Tenemos un trabajo que hacer –dijo.

A través del espejo...

Entonces él dijo:

–Es la hora. La puerta ya se ha abierto y no permanecerá así mucho tiempo. Tenemos que irnos.

Paula no respondió, demasiado ocupada con la multitud de recuerdos de vidas pasadas que trataban de aflorar en su mente. Lo curioso es que era capaz de bloquearlos sin demasiado esfuerzo. Cualquier persona en su situación, pensaba, se habría vuelto loca ante aquel torrente inconexo de imágenes que llenaban su cabeza. Sin embargo, de algún modo se las apañaba para que no la molestasen demasiado: pasaban ante sus ojos, rápidas y nítidas, y luego regresaban al batiburrillo que había en lo más hondo de sí misma, donde se entremezclaban con las demás en un caos vertiginoso que, pese a todo, empezaba a cobrar sentido.

–Tenemos que irnos –repitió él.

Paula lo miró. De nuevo parecía extrañamente indeciso.

–¿Adonde?

–Diría que a ver a un viejo amigo, pero en realidad no creo que seamos amigos ya no, al menos. Sin embargo si alguien puede saber por qué está pasando todo esto él es el más indicado.

Paula no respondió. Remiel no hacía más que repetir lo mismo que le había dicho a Luisa la tarde anterior, pero no importaba. Después de la pasada noche sabía que todo estaba bien. No, eso no era cierto; estaban en peligro, un peligro del que quizá no salieran. Pero entre ellos dos las cosas habían encajado, por fin.

Se acercó a la ventana (y por sus ojos se deslizó fugaz una ventana que no era aquella desde la que se veía un patio mugriento) y contempló aquella noche detenida para siempre.

–Necesito tu ayuda –le oyó decir a sus espaldas.

Se volvió, sorprendida. En todos sus recuerdos de él no había el menor atisbo de que nunca hubiera necesitado la ayuda de nadie.

–¿Para qué?

–Mientras hable con él estaré indefenso. Necesito que tú vigiles por mí.

–No lo entiendo.

–Y yo no sé explicártelo mejor. Lo entenderás cuando lo veas.

–De acuerdo –dijo ella–. ¿A qué esperamos?

Él sonrió.

–A nada. Vámonos.

En el exterior no hacía mucho que había amanecido. Subieron a la moto de Remiel y regresaron a la ciudad. Para entonces los recuerdos habían dejado de girar en aquel carrusel absurdo y empezaban a formar una secuencia clara en su mente. En realidad apenas guardaba más que atisbos de sus vidas anteriores, pero eran suficientes para ir componiendo una historia casi ininterrumpida que se extendía durante... No sabía durante cuanto tiempo, pero en sus primeros recuerdos los hombres aún no habían desarrollado el lenguaje escrito y se conformaban con dibujar lo que querían que ocurriese en las paredes de sus cuevas. Recordaba con claridad el tacto abrupto del sílex en sus manos, el olor cálido de las entrañas que se desparramaban de un cuerpo aún con vida, el viento como una cuchilla fría alborotando su cabello. Y sobre todo las canciones, el murmullo primitivo y rítmico de los hombres bailando alrededor de la hoguera mientras esperaban su parte del sacrificio.

Nada de aquello la incomodaba, ni siquiera cuando recordaba haber hecho cosas que a la Paula de ayer mismo le habrían parecido abominables. En su recuerdo las encontraba tan naturales que ni siquiera dedicaba un pensamiento a decidir si estaban bien o mal: era lo que habían hecho siempre, así se había comportado su pueblo desde que tenía memoria, y ella continuaba con la tradición.

Pero lo más sorprendente era que no había hiatos en sus recuerdos recién recuperados. Si lo pensaba un poco, era absurdo; al fin y al cabo, el tiempo pasaba entre una vida y la siguiente: a veces unos años, a veces varios siglos. E incluso en aquellas vidas cuya época resultaba lo suficientemente cercana no compartían el mismo escenario. Además, sus recuerdos eran fragmentarios: de algunas de sus encarnaciones podía recordar sin esfuerzo varios años, otras eran poco más que una imagen de un momento concreto. Y sin embargo, pese a todo, había continuidad, cada vida se ensamblaba con la anterior y la siguiente como si todas fueran parte de una única historia.

En realidad es asi, pensó. *La mía.*

Se internaron en la parte vieja de ¡a ciudad, en el viejo promontorio que daba al mar coronado por aquel ridículo monumento al horizonte. Remiel detuvo la moto y, a un gesto suyo, Paula descendió de ella. Mientras se quitaba el casco percibió un movimiento por el rabillo del ojo y, al volverse, pudo ver un coche desaparecer por una de las callejuelas.

Remiel, siempre en silencio, apagó el motor, se quitó el casco y echó a andar sin tan siquiera molestarse en hacerle una seña para que lo siguiera. Se internaron por un callejón por el que difícilmente habrían podido pasar más de dos personas: el frío de la mañana había vuelto resbaladizos los adoquines del suelo y Paula estuvo a punto de caer un par de veces mientras maldecía en silencio la suela de sus zapatillas deportivas. Frente a ella, Remiel caminaba indiferente al suelo por el que se deslizaban sus pies, con el mismo andar parsimonioso y seguro de sí mismo con el que habría recorrido un salón de baile o una selva.

El callejón murió junto a una casa de aspecto desvencijado con las ventanas tapadas por tablones de madera. Remiel golpeó la puerta un par de veces y, mientras esperaba, encendió un cigarrillo. Pareció recordar en aquel momento que no estaba solo, se volvió hacia Paula y le ofreció el paquete de tabaco. Ella negó con un gesto, sin saber muy bien qué pensar de él.

Nunca lo había visto así; en codos los recuerdos de sus vidas pasadas, de sus anteriores encuentros, nunca lo había visto tan ausente y, al mismo tiempo, tan incómodo. Estuvo a punto de decirle algo, de pincharlo de alguna manera para que saliera de su mutismo y se explicara, pero se lo pensó mejor y guardó silencio.

En ese momento la puerta de la casa empezó a abrirse a trompicones, con un chirrido quejumbroso que a Paula le recordó e! sonido de una uña deslizándose por una pizarra. Rechinó los dientes.

La puerta se abrió lo suficiente para que un rostro asomase a ella. Miró a su alrededor desconfiado y, cuando vio a Remiel, enarcó la ceja derecha.

–Esto sí que es una sorpresa –dijo con una voz que parecía incapaz de elevarse por encima de un murmullo–. Cuando la puerta se abrió esta mañana sabía que vendría alguien, pero ni por asomo habría imaginado que serías tú.

–Creí que te habías acostumbrado a esperar lo inesperado –respondió Remiel.

–Entonces es que tu visita no es inesperada. Por eso no la esperaba –dijo el otro.

Paula estudió el rostro que asomaba a ía puerta: no parecía tener una edad definida, aunque emanaba una sensación general de decrepitud que no pudo evitar asociar con la vejez. Usaba unas minúsculas lentes sin montura y estaba casi completamente calvo, salvo por dos mechones descuidados a ambos lados de la cabeza. Sus rasgos eran angulosos, algo altivos, y en sus ojos había un asomo de irritación, como si le hubieran interrumpido en algo importante con alguna trivialidad.

–Pasad–dijo.

Terminó de abrir la puerta, que se resistía a sus esfuerzos con verdadera tozudez, y se hizo a un lado. Remiel indicó a Paula con un ademán que entrara y luego la siguió al interior,

–Guardián –dijo cuando estuvieron dentro–. Ésta es Paula.

El hombre gruñó algo que bien pudiera haber sido un saludo y Paula se limitó a asentir mientras echaba un vistazo a su alrededor. Estaban en un vetusto y mal iluminado recibidor (los muebles desportillados, las paredes llenas de desconchones, enormes telarañas en las esquinas) que desembocaba en una escalera hacia la que se dirigía el tal Guardián sin esperar a ver si sus invitados lo seguían.

Remiel y Paula lo hicieron, y a cada paso los escalones crujían su protesta casi como si fueran seres vivos. Al fin, en el piso superior, recorrieron un pasillo en tan mal estado como la planta baja y se detuvieron ante una puerta que parecía en pie de puro milagro.

–No te he preguntado, pero supongo que has venido por esto –susurró Guardián.

Remiel no se molestó en responder. Hizo la puerta a un lado y se detuvo en el umbral, lanzando a su alrededor una mirada de reconocimiento.

Paula llegó junto a él y apenas pudo contener una exclamación de sorpresa. La puerta daba paso a una habitación pulcrísima en cuyo centro había un estanque circular de aguas agitadas, idéntico al que ella había visto dentro del círculo la tarde anterior.

–¿Un *jacuzzi?* –preguntó sin poder evitarlo.

Guardián le lanzó una mirada de reprobación, abrió la boca y luego se encogió de hombros.

–Todo vuestro –dijo, señalando la habitación.

Remiel entró y Paula tras él. Guardián permanecía fuera, en el umbral, y a un gesto de Remiel cerró la puerta. Paula se acercó al estanque, cuyas aguas borboteaban con violencia.

–No lo toques –oyó decir a Remiel a sus espaldas–. Es mejor que te alejes.

Por un instante, estuvo tentada a desobedecerlo y sumergir la mano en el estanque. Luego, dio media vuelta con brusquedad y miró a Remiel con el ceño fruncido.

–¿Qué es?

–Una puerta –dijo Remiel, pasando junto a ella y deteniéndose junto al estanque. Deslizó la palma de la mano a ras del agua burbujeante–. La única que hay ahora en la ciudad. Había otra en un espejo, pero fue roto hace un par de años.

–Una puerta –repitió Paula, impaciente. Claro que era una puerta, llevaba hablando de ello desde el día anterior, qué otra cosa podía ser–. ¿Hacia dónde?

–Hacia muchos sitios, en realidad. Es un... no sé, he oído llamarlos de muchas maneras: lugares blandos, huecos de la tramoya, agujeros de ratas, atajos... Habrá un par de centenares repartidos por todo el mundo. Los que hay en el universo entero son casi incontables. Digamos que es, ¿sí, por qué no? Un defecto de fabricación, la marca de un albañil chapucero, si quieres llamarlo así. El universo no ha sido acabado con detalle, las

baldosas no se han rematado bien y quedan huecos entre ellas. Huecos que te permiten ir a otros lugares, a otros tiempos... o simplemente fuera de aquí.

Paula volvió a asomarse al agua burbujeante con cierto escepticismo. No parecía otra cosa que un estanque en ebullición. Y sin embargo, por encima del gorgoteo del líquido, casi imperceptible, creyó escuchar otra cosa: voces airadas que hablaban a lo lejos en un idioma que no comprendía, el ruido de mil caballos galopando sobre el agua, un ejército que desfilaba en silencio en mitad de una noche iluminada por el sol... Sacudió la cabeza.

–¿Tú entraste por aquí?

–Más o menos. No por esta puerta concreta, pero sí por una muy parecida. –Vio la expresión de alarma en el rostro de ella y se apresuró a añadir–: Tranquila, no me propongo volver. Dudo que me aceptaran si lo intentara, pero tampoco tengo el menor deseo de hacerlo. Voy a otro sitio... quizá más peligroso, quizá inofensivo. No lo sé: no tengo forma de averiguar cómo seré recibido esta vez.

–Entonces ¿ya has estado allí?

–Una vez, hace mucho tiempo. Fue una visita breve y no nos separamos en los mejores términos, pero no creo que sienta hostilidad hacia mí. En todo caso, y por sí ocurriera lo peor, te necesito.

–¿No sería mejor que me explicaras de qué va todo esto?

–Claro –dijo él mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba caer al suelo–. Lo siento. Me temo que estoy demasiado absorto. Ven.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y Paula hizo lo mismo frente a él.

–Te estarás preguntando qué ocurre. No creo que me hayas visto nunca así.

Ella asintió.

–Yo mismo no me he visto nunca así. Tienes que entender que nunca me he encontrado en una situación como ésta. –Se encogió de hombros y sonrió con la mitad de la boca–. Han intentado matarme muchas veces, ya lo supondrás. Tú misma lo intentaste en alguna ocasión. Pero esto es diferente. Representantes legales del brazo armado de tres religiones distintas han ido en mi busca a la vez, y la coincidencia es demasiado ridícula para que no la tenga en cuenta.

Paula frunció el ceño.

–Los japoneses, la judía y ¡os curas –dijo Remiel–. Pertenecen a organizaciones que... humm... ¿cómo explicártelo? Digamos que son el brazo ejecutor de Dios, de su dios, al menos. No sé mucho sobre los japoneses, nunca me he mezclado en sus asuntos, pero los curas pertenecen a una orden que se dedica a hacerle el trabajo sucio a¡ Vaticano. Y la judía trabaja para la Cábala. Allá donde es necesario van y cortan de raíz la mala hierba de la herejía, la heterodoxia o las ideas peligrosas.

Aquello sonaba tan ridículo que Paula apenas pudo evitar un bufido.

–Pues no parece que tengan mucho éxito, visto el mundo en el que vivimos –dijo.

–No te lo tomes a risa, Paula. Ellos mataron al papa anterior, y no porque estuviera investigando las finanzas del banco del Vaticano, sino porque estaba decidido a hacer públicos ciertos... secretos de fe a los que sólo el círculo más interno de la Iglesia tiene acceso. No se inmiscuyen en cuestiones que para ellos son triviales: un teólogo que ponga en duda el voto de celibato para los sacerdotes o cuestione la indisolubilidad del matrimonio no les preocupa gran cosa. Pero hay otras personas que desarrollan pensamientos que para ellos son anatema, ideas que, plantadas en el suelo adecuado, podrían destruir la idea de Dios que lleváis varios miles de años construyendo. No pueden permitir eso. Han sido entrenados desde la infancia para combatirlo, y sus métodos son directos, eficaces e implacables. Ya tuviste una muestra de ello la otra noche.

Paula se encogió de hombros.

–De acuerdo –dijo–. Me los tomo en serio. Me parece ridículo, pero me los tomo en serio. Lo que no entiendo es qué tienen que ver contigo.

–Hasta ahora no mucho. Y yo hubiera preferido que las cosas siguieran así. Sabía que algunos grupos religiosos conocían mi existencia, pero nunca me habían molestado. –Sonrió otra vez–. Siempre hay algún

fanático ansioso de ganarse el cielo, pero nada serio. Y ahora los estamentos de tres religiones distintas lanzan contra mí a sus brazos ejecutores. Eso sólo puede querer decir que han recibido instrucciones de... –Hizo una pausa mínima y esbozó un gesto de incomodidad–... Arriba. Mis antiguos compañeros están preocupados por mi presencia aquí. Lo cual no deja de ser curioso. ¿Por qué ahora? Han tenido tiempo de sobra para intentar quitarme de en medio, y nunca lo han hecho.

Paula asintió y apretó la mandíbula. Miró a Remiel largo rato sin decir nada: era la primera vez en todos sus encuentros que ¡o veía tan... ¿desvalido? No estaba segura de que ésa fuera la palabra adecuada pero tendría que servir. Si algo había caracterizado siempre a Remiel era su seguridad, la forma en que, en cualquier situación, parecía saber lo que hacía y hacia dónde lo conducirían sus pasos. Y ahora dudaba, se encerraba en sí mismo y, cuando volvía a mirar al exterior, parecía sorprendido, como si no esperase encontrar allí al mundo. Sintió deseos de abrazarlo, pero supo que no era aquello lo que él necesitaba en ese momento.

–Y ¿qué vamos a hacer? –preguntó, intentando que el *vamos* sonara lo más natural posible.

En el fondo de su mente había una vocecita lejana que insistía una y otra vez en recordarle cómo era su vida hacía menos de una semana, que insistía en susurrar que apenas conocía a Remiel, que lo que estaba haciendo (comprometerse sin pensar en las consecuencias) no sólo era peligroso sino que, mucho peor, resultaba ridículo.

Agitó la cabeza, apartando a un lado aquel murmullo irritante. En realidad no le costaba mucho trabajo: sólo tenía que mirar a Remiel para darse cuenta de lo equivocada que estaba aquella voz: ¿conocerlo? Claro que lo conocía, desde mucho antes de lo que podía recordar. ¿Comprometerse? Llevaba comprometida con él miles de años, docenas de vidas. No podía hacer nada más que lo que estaba haciendo ahora. Al fin y al cabo ¿no era lo que había hecho siempre?

Alzó la vista y descubrió que Remiel la miraba sonriente.

–Pese a todo, nunca dejas de sorprenderme –dijo con naturalidad, obviando el hecho de que parecía haber seguido con detalle sus pensamientos–. Algún día deberías pensar mejor las cosas.

–¿Y cómo sabes que no lo he hecho ya?

Remiel enarcó una ceja y ladeó la cabeza, sin que la sonrisa abandonase su rostro.

–Pero no has respondido a mi pregunta –insistió ella.

–Cierto. Tú no vas a hacer nada, al menos de momento. Lo único que necesito es que estés conmigo y que me traigas de vuelta cuando sea el momento.

–¿Cómo ?

Remiel descruzó las piernas y pareció pensar unos instantes.

–Voy a irme, aunque no abandonaré la habitación. Mi cuerpo seguirá aquí, vacío pero no del todo –y fa vocecita en lo más hondo de la mente Paula decía "tonterías, tonterías»–, y a través del vínculo podré volver sin problemas. Eso espero, al menos. Pero puede que intenten romperlo. Tú tendrás que impedirlo.

–¿Cómo? –repitió Paula.

–Tienes que mantenerme anclado aquí, ahora, no permitir que me vaya del todo.

–¿Cómo? –dijo ella por tercera vez.

–Ven aquí.

Paula lo hizo. Remiel abrió los brazos y la ayudó a encajar las piernas de ella alrededor de su cintura. La besó con suavidad.

–No me sueltes. Si el vínculo amenaza con romperse lo notarás. Tráeme de vuelta entonces.

–¡Por el amor de Dios, Remiel! ¿Cómo?

–Lo sabrás. Cuando necesites saberlo, lo sabrás.

Paula bufó otra vez. Remiel se abrazó a ella. Sus rostros estaban casi pegados.

–¿Siempre tienes que parecer tan malditamente seguro de ti mismo?

–Es un viejo hábito. Cuesta abandonarlo.

No dijeron nada más. Remiel inspiró profundamente y cerró los ojos. Poco a poco su cuerpo se fue poniendo rígido, convirtiéndose en una estatua de carne que abrazaba a Paula. Aunque ella no apartaba los ojos de su rostro, fue consciente por el rabillo del ojo de que algo ocurría. No se atrevió a volverse, así que lo único que pudo ver fue un fugaz jirón de niebla gris que parecía salir del cuerpo de Remiel y se dirigía al estanque.

Algo pasaba, pensó de repente. Faltaba algo. Se dio cuenta entonces de que el estanque había dejado de borbotear, que ya no oía los «plops» del líquido burbujeante. En su lugar, lo que llegaba a sus oídos era un sonido de succión extrañamente amenazador.

Apartó la vista de Remiel por un instante. El agua, en efecto, ya no burbujeaba: en su lugar se había formado un remolino casi perfecto cuyo centro iba tragando, lentamente, la columna de niebla que salía del cuerpo de Remiel.

¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué?

Preparó los útiles de escribir y encendió una varilla de incienso. En la esquina inferior dibujó el ideograma de su nombre en un único trazo, sin alzar el pincel una sola vez y sin el menor defecto en su ejecución. Contempló satisfecho el resultado. Limpió el pincel y lo dejó suavemente a un lado. Cerró los ojos y trató de no pensar en nada, especialmente de no buscar las palabras necesarias: éstas debían acudir a él sin necesidad de llamarlas. Debían acudir porque eran ésas, y no otras, las que tenían que estar allí en aquel momento. Debían acudir porque eran inevitables.

Transcurrió el tiempo, y la varilla de incienso fue consumiéndose lentamente. Él, inmóvil, con la respiración convertida en algo tan sutil que apenas era perceptible, parecía haberse vuelto un elemento más del austero mobiliario de la habitación. Al fin, cuando la varilla casi se había agotado por completo, abrió los ojos, tomó de nuevo el pincel, lo mojó en la tinta y comenzó a trazar los ideogramas sobre el translúcido papel de arroz, siempre con la vista clavada frente a él, como si sus ojos y sus manos no guardaran relación alguna. Terminó y, todavía sin mirar lo que había escrito, limpió el pincel y guardó en su pequeña caja de madera perfumada los útiles de escribir. Dio una palmada y un panel se descorrió a sus espaldas: una mujer entró en la habitación y, siempre desplazándose sobre sus rodillas, se acercó a él, tendiéndole una diminuta taza de té.

La tomó en sus manos, la hizo girar y bebió el té con parsimonia, como si tuviera todo el tiempo del mundo, todavía sin echar ni una mirada a lo que había escrito unos minutos atrás. Al fin terminó el té, le devolvió la taza a la mujer y ésta abandonó la habitación del mismo modo en que había entrado.

Sólo entonces Omi se permitió posar su vista sobre el papel. Lo alisó con cuidado, y leyó sus propias palabras:

Las nubes preludian

el fracaso del cielo.

Marionetas.

Su hermano habría escrito algo más exquisito, sin duda, pero era adecuado. Y, con todos sus defectos, sabía que no podía hacer nada mejor. Las palabras quizá no fueran las más apropiadas, y la metáfora tal vez no

resultaba lo bastante sutil, pero servirían. Y los caracteres habían sido trazados con cuidado y elegancia, sin el menor asomo de petulancia o autocomplacencia: llenaban la página con naturalidad, como si hubieran sido concebidos desde siempre para estar allí y en ningún otro lugar.

Asintió brevemente. Tomó el papel en sus manos y lo enrolló con cuidado, acercándolo después al pequeño brasero que había a su derecha. Sostuvo el rollo sobre el brasero hasta que empezó a arder. Sólo entonces lo apartó y lo dejó caer sobre un cuenco de porcelana blanca sin ningún adorno, donde se consumió hasta las cenizas.

Se incorporó, tomó el cuenco en las manos y abandonó la habitación. Salió a un jardín, con la arena rastrillada cuidadosamente para que se adaptara a la forma de las piedras. Volcó el cuenco sobre la arena, tomó un rastrillo y peinó la superficie hasta que hubo desaparecido todo rastro de las cenizas.

Asintió de nuevo de un modo imperceptible, dejó e¡ rastrillo y volvió a entrar en la casa.

Rodríguez se bajó del coche. No tenía muy claro adonde podían haber ido Paula y Stevenson, pero echó a andar de todos modos en la dirección en la que los había visto irse, hasta que llegó a una pequeña plaza. En efecto, la moto estaba allí, aparcada a un lado de la plaza, aunque no hubiera el menor rastro de ellos. No podían haber salido por donde él acababa de entrar, o se habrían cruzado. La plaza tenía otras dos salidas: una se dirigía al puerto, más allá del barrio viejo; la otra era un callejón estrecho que no parecía desembocar en sitio alguno.

No *sé por qué estoy aquí,* pensó. No era la primera vez que se lo preguntaba. Lo había hecho la noche anterior cuando los siguió en su coche. Había continuado preguntándoselo cuando los perdió de vista y se pasó patrullando hasta el amanecer por los alrededores del sitio donde habían desaparecido. No había parado de preguntárselo cuando los vio de nuevo por la mañana (con sus articulaciones protestando y sus tripas pidiendo a gritos que les hiciera caso) y volvió a seguirlos en dirección al barrio viejo. Seguramente no dejaría de preguntárselo durante lo que quedaba de día.

No sé por qué estoy aquí. Aunque eso no era cieno, claro, y en el fondo lo sabía muy bien. Estaba allí por Paula. Y no (por más que su propia mente insistiera en ensartar las excusas una detrás de otra! porque la apreciara, sintiera afecto por ella o tuviera miedo de que le pasara algo, sino por puros y simples celos.

Ridículo, se dijo mientras buscaba un lugar en el que ocultarse y poder esperar a que volvieran a donde habían dejado la moto. *Ridículo,* se dijo otra vez cuando encontró un portal en penumbra y se parapetó allí. *Ridículo,* volvió a decirse mientras le echaba un vistazo a su menguada provisión de cigarrillos y decidía no fumar aún.

Pero ridículo o no, era cierto.

Claro, él era Rodríguez, ya sabes, de confianza pero inofensivo, y además está casado. Era Rodríguez, el anti hombre objeto, el tipo al que podías permitirte el lujo de contarle tus cosas, al que nunca, en todos los años que hacía que lo conocías, le habías sorprendido una mirada de disimulo hacia tu pecho o tus piernas. Rodríguez, ya sabes, el paternal y preguntón Rodríguez.

Pero también era Rodríguez, el hombre que apenas podía resistir la tentación de ir a los lavabos de la Comisaría para mas–turbarse pensando en Paula. El hombre que, las escasas noches en que él y su esposa se enzarzaban en algo parecido al sexo, cerraba los ojos y trataba de suplir con su imaginación todo lo que su mujer no tenía de Paula. El hombre que, cuando ella cogía su miembro flácido y trataba, con más entusiasmo que habilidad, de conseguir una erección con su boca, sólo podía pensar en los labios de Paula, los dientes de Paula, la lengua de Paula intentando devorarle.

Jamás había exteriorizado nada de todo eso, salvo en las noches en que, encerrado en su despacho, el ordenador de convertía en su único confidente. Se conformaba con descargar su frustración en el cúmulo de preguntas sin descanso con el que atormentaba a los sospechosos durante un interrogatorio. Para él era suficiente compartir el despacho con ella, oída reír sus gracias o hacer caso omiso de sus consejos. Era suficiente porque sabía que, hasta aquel momento, era lo más parecido que había en la vida de Paula a una pareja.

Ahora, mientras volvía a mirar el contenido de su paquete de tabaco y sacaba un cigarrillo, no pudo evitar una sonrisa malhumorada ante ese pensamiento. Lomas parecido..., sí tan parecido como podía serlo un eunuco a un amante. Y sin embargo, hasta aquel momento había bastado, porque sabía (igual que sabía de la vida de Paula mucho más de lo que ella podía imaginar gracias a una observación tan implacable como imperceptible) que ella no tenía nada mejor.

Sólo que ya lo tiene. Lo bastante mejor para haberla hecho perder los estribos la primera vez que se encontraron. Lo bastante mejor para hacerla infringir la ley y unirse a Stevenson en su vendetta personal. Lo bastante mejor para no contarle a Rodríguez lo que iba a hacer.

Fumó el cigarrillo con rabia, una rabia fría e impasible que lo iba devorando poco a poco y lo hacía olvidarse del dolor de sus pies o el gruñido de sus tripas. Cada bocanada de humo era como una nueva paletada de carbón en una caldera demasiado tensa.

–¿Y bien? Vale más que hayas conseguido algo.

Antonio de los Santos (Santoni para sus conocidos) prefirió no mirar a la cara a su jefe mientras decía:

–Supongo que sí, pero...

En el sofá, Rodrigo Estuardo trató de buscar una postura en que la pierna le molestara menos.

–Ni peros ni hostias. ¿Sí o no?

–Bueno, jefe, no es tan fácil. Tú mismo dijiste que el Stevenson ese no era el que te había pegado un tiro.

–No me vengas con mierdas, Santoni. ¿Has conseguido algo sobre ese tipo o no?

–Sí, jefe, claro. Pero si no es el que...

–Mira, Santoni, cuando quiera que pienses ya te lo diré, ¿vale? Ahora cuéntame lo que has averiguado.

Santoni carraspeó y sacó una libreta de notas de su cazadora. Permaneció unos segundos intentando descifrar su propia letra.

–Vale. El tal Stevenson tiene un bar. Parece ser que hace unas noches unos japoneses armaron allí un alboroto y lo han cerrado. Él vive encima, aunque por lo que he podido averiguar tiene otra casa en las afueras. Ayer por la noche –De los Santos enarcó una ceja–... Esto casi parece una peli americana, jefe. Según la pasma ayer por la noche hubo una especie de ritual satánico en la casa de Stevenson. Murieron varios curas y el camarero del bar. El chaval estaba atado como un regalo de Navidad y alguien se había entretenido sacándole las tripas y clavándole un sacacorchos en la rodilla. Pero parece que no murió por eso. Le partieron el cuello.

–Joder.

–Eso mismo pensé yo, jefe.

–Ya te dije...

–Sí, sí, te dejo a ti lo de pensar. Vale. Eso es más o menos todo lo que hay.

–¿Y su otra casa?

Santoni se agitó incómodo.

–Bueno... es más complicado de lo que parece. No la encuentro.

–¿De qué cono estás hablando?

–El tío dio otra dirección. Pero he ido allí y no está.

–Bueno, entonces es una dirección falsa.

–Supongo –Santoni volvió a agitarse como si algo le molestara–... Pero el caso es que hay un hueco en la numeración de las casas. Del 53 pasa al 57. No hay 55. No sé, es un poco extraño.

Estuardo se encogió de hombros.

–Tonterías. El tipo es listo. Se habrá dado cuenta del hueco y lo habrá aprovechado para endilgarle a la policía una dirección falsa.

–Si, seguramente...

–¿Y dónde está ahora?

–Bueno, eso es lo más extraño. Ha desaparecido. Desde ayer por la noche no parece haber rastro de él. Y además, la policía que intentó enchironarle también se ha esfumado: se tomó unas vacaciones y desde entonces no se sabe nada de ella.

–Humm. Por ahí puede haber algo bueno. Sigue investigando.

–Claro, jefe.

Santoni asintió y abandonó la habitación. Rodrigo Estuardo se quedó solo. Encendió el televisor con el mando a distancia y bajó el volumen hasta que no fue más que un murmullo de fondo. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, arrullado por el sonido del televisor.

Apenas podía creerse lo que había pasado el día anterior. Tiros en la parte de atrás de su jardín. ¡En su misma casa, cono! Y Barrios muerto y desangrado tras un mato de rosales. Joder, aquello iba en serio y, desde luego, no pintaba nada bien. Ni Sara ni aquella extraña mujer que le hacía de canguro habían visto nada raro, o eso decían, pero sus hombres habían encontrado huellas y rastros de sangre en la parte de atrás de la casa, además de un coche abandonado al otro lado del muro, y las rodadas de una moto y lo que parecía un todo terreno. La pista del coche no les había llevado muy lejos: lo habían robado aquella misma tarde en la ciudad y era evidente que el propietario (un ingenierillo que no tenía ni media hostia) no tenía nada que ver con aquello.

–Yo diría que alguien usó tu patio de atrás para ventilar sus cuestiones personales –le había dicho Carrero aquella misma mañana, después de haber investigado a fondo las huellas en el jardín–. Desde luego, alguien recibió una buena entre los árboles. No sé si se llevaron el cuerpo o el tipo consiguió salir de aquí por su propio pie. Pero está claro que recibió lo suyo.

–De acuerdo –había respondido Estuardo–. Quiero a tu gente aquí las veinticuatro horas del día. Y prepara un grupo de asalto. Que estén dispuestos de inmediato, porque en cuanto sepa quién me la ha jugado vamos a ir a por él cagando leches.

Carrero lo había mirado unos instantes, con aquellos ojos inexpresivos que a uno lo llenaban de ganas de pisarle la cabeza, hasta que se acordaba del cabrón correoso con el que estaba tratando. Finalmente había dicho, en aquel código ridículo que usaba para dar órdenes a su gente:

–Sólo Nixon puede ir a China.

Estuardo había supuesto que aquello quería decir que Carrero estaba de acuerdo, así que lo había despedido y se había sentado a esperar el informe de Santoni.

Cuanto más pensaba en aquel asunto, menos sentido tenía. Estuardo conocía bien por dónde se movía y estaba seguro de que no había llegado ninguna banda rival a la ciudad, de que ningún jovencito ansioso de hacerse un nombre liquidando al jefe local había surgido de repente para hacerle la puñeta. Estaba al corriente con sus clientes y sus proveedores. Nadie en su sano juicio, al menos dentro del negocio, tenía motivos para cargárselo.

Así que todo conducía a Stevenson; era la única posibilidad minimamente plausible, por descabellada que pareciera. No sabía si era un chiflado o si alguien lo había contratado, pero estaba claro que él andaba detrás de todo aquello. Bueno, no tardaría en lamentarlo. Aquel cabrón no sólo había intentado matarlo, no, se había atrevido a acusarlo de tener miedo. ¡A él! No le había tenido miedo a nadie en toda su vida. Demonios, si había llegado a donde estaba era a base de cojones y voluntad, y con ellos pensaba llegar todavía más lejos. ¿Miedo? Stevenson iba a saber lo que era el miedo antes de que acabase con él. Desde luego que sí.

Y sin embargo... Pensó en su hija y eso lo hizo sentirse incómodo. No la comprendía. Siempre había sabido que había dos tipos de mujeres en el mundo: aquellas a las que podía dominar y a las que no. Con las primeras todo era cuestión, una vez más, de cojones y dejar bien sentado quién era el que mandaba. A las segundas era mejor dejarlas en paz, porque la otra opción era matarlas: sabía muy bien que no podía hacerlas suyas de otro modo. Pero Sara... No tenía ni la menor idea del terreno que pisaba con su hija, desconocía por completo cómo manejarla y, lo que era peor, si podría manejarla o no.

Y la incertidumbre era algo que un hombre como él no podía soportar. Tenía que controlar su entorno y, si no era posible, tenía que destruir aquello que no podía controlar. Y el problema (se dio cuenta en ese preciso instante, con auténtica sorpresa, de que era la primera vez que pensaba en ello) era que no sabia si su hija era un elemento controlable o no, si podía limitarse a dominarla o se vería obligado a destruirla.

La mañana transcurría casi con prisa pero, sentadas en la arena del parque, a Luisa y Sara no les importaba gran cosa. No hablaban mucho, y se movían aún menos. De vez en cuando, Sara trazaba algún caprichoso arabesco en la arena, con un dedo o un palo, Luisa contemplaba el resultado y le susurraba algunas palabras a la niña.

Cada vez necesitaba menos que la corrigieran, cada vez se sentía más segura en el trazado y la lectura de aquellos ideogramas que para prácticamente el resto del mundo carecían de sentido. Luisa se sentía satisfecha de los progresos de su pupila, pero también había algo de preocupación en sus ojos cada vez que la miraba. Sara aprendía rápido, quizá demasiado. No eran muchas las vidas anteriores que recordaba, pero sí las suficientes para saber que el desastre y un aprendizaje demasiado rápido por parte de Sara solían ir unidos.

Espero que sepas en qué estás metido, Remiel. Aunque tengo la sensación de que incluso el saberlo no te va a ayudar mucho.

Como si hubiera oído sus pensamientos, Sara alzó la cabeza y la miró.

–Vienen por él–dijo–. Sus amigos. Pero ya no son sus amigos.

Luisa asintió.

–No, no lo son.

Seguramente no lo fueron nunca. ¿Qué pueden saber ellos de la amistad? Al fin y al cabo no fueron diseñados para experimentar sentimientos. En toda la historia de la especie de Remiel, Luisa sólo conocía dos casos que se hubieran salido de esa norma. El primero no había acabado muy bien *(aunque hablar de finales, en su caso, no pasa de ser un mal chiste).* El segundo era Remiel, y Luisa temía por su futuro.

En cierto modo, era un sentimiento egoísta. Si sus antiguos compañeros iban por él por los motivos que ella creía, eran también una amenaza para la gente como Luisa y Sara. En el mundo que ellos diseñarían no habría sitio para seres como ellas. Así que, en cierto modo, la existencia de Remiel era una especie de garantía de que las cosas podían seguir siendo como eran.

Me pregunto durante cuánto tiempo.

... y lo que Alicia encontró allí

Descendía por una escalera de caracol interminable, y cada peldaño resonaba como un clavo introduciéndose en la muñeca de un crucificado. A su alrededor se agitaba algo que parecía oscuridad pero que se comportaba como un ser vivo y hambriento.

Nada fuera de lo normal.

Las cosas no habían cambiado mucho desde la última vez que había estado allí. Sabía que ese era un pensamiento engañoso, que si alguna característica tenía el lugar al que se dirigía era la de cambiar eternamente sin que pareciera haberlo hecho jamás. Sabía también que el exceso de confianza podía ser morral; peor que mortal, en realidad, porque en aquel lugar la muerte era una bendición que no estaba a! alcance de nadie.

Siguió descendiendo, cada paso llevándolo más abajo, más lejos. La oscuridad que rodeaba la escalera comenzó a susurrar una canción distante, y la costa surgió ante él con el murmullo lejano de la marejada.

Era de noche, o lo parecía, y ahora caminaba por la orilla de un mar tan enorme como tranquilo, tan oscuro como sereno. A lo lejos no había el menor rastro de un horizonte, sólo el mar que seguía interminable. Al otro lado (miró apenas de reojo, demasiado concentrado en sus pasos para prestar atención al Paisaje) no había nada, y esa nada era tan densa que el embate del mar contra sus costas inexistentes resultaba poco menos que inútil.

Una ola rompió junto a él y al retirarse sintió el ruido de succión característico de la marea. Intentó dar un nuevo paso, pero comprendió que la arena húmeda que servía de frontera entre el mar y la nada se había convertido en una trampa que lo estiba tragando lentamente. Se dejó hacer, le facilitó el trabajo, tensan do el cuerpo, conteniendo la respiración y alzando los brazos hacia un cielo que nunca había estado allí.

La arena lo tragó, se frotó contra sus ojos y trató de abrirle los labios, transmitió un mensaje incompresible a sus oídos el continuó ajeno a todo aquello, sin pensar en otra cosa que en continuar su camino.

Al fin volvió a salir a la superficie, se sacudió el pelo empapado y chapoteó por un pantano tan colmado de caimanes que casi podía usarlos como adoquines de un inestable camino

Esto está empezando a resultar aburrido.

Como convocada por el pensamiento, una puerta apareció a lo lejos, más allá de las enredaderas y los árboles del pantano No reconoció su forma, pero supo que había llegado al lugar al que se dirigía.

La puerta palpitaba como un corazón, y con cada latido parecia estar haciéndole una pregunta. Remiel no respondió, alargó la mano hacia un picaporte que era como una lágrima sanguinolenta y llamó una, dos, tres veces, sin que se oyera el menor sonido.

La puerta latió una vez más, se encogió como si fuera el LO razón de un hombre atrapado por el pánico y se volvió translúcida. Remiel traspuso el umbral, sintió cómo a sus espaldas la puerta se llenaba de sangre y echó un largo vistazo al paisaje que se abría ante él.

El territorio de pesadumbre, recordó. *El más dulce de los lugares concebidos para el dolor. Cómo no.*

Alguien o algo se acercó a donde él estaba, una criatura de muchas cabezas y un solo brazo que usaba para reptar sobre un suelo gimiente en dirección a Remiel.

–Bienvenido –dijeron varias veintenas de bocas, todas ligeramente desacompasadas entre sí. El efecto era desconcertante–. Plantaremos para ti. Convertiremos tu sufrimiento en una obra de arte.

–Me temo que no, Anhdurat. No conmigo, al menos.

La criatura se detuvo, y todas sus cabezas lo miraron con atención.

–Ah, Remiel –dijeron al fin sus bocas–. Si buscas trabajo temo que ahora mismo andamos sobrados de personal. Por no mencionar que tus referencias no son gran cosa.

Remiel sonrió a su pesar.

–Lamento decepcionarte, Anhdurat. Busco a Shamael.

–Ah, ¿pero querrá él verte a ti?

–¿Por qué no lo averiguamos?

Las cabezas se miraron unas a otras, giraron el cuello y otearon el horizonte, volvieron a centrar su atención en Remiel.

–Me encantaría, pero tengo mucho que hacer. Ya conoces el camino.

–Lo conozco, Anhdurat. Gracias.

Pero la criatura ya no le prestaba atención. Reptaba otra vez sobre su brazo en dirección a la puerta, que de nuevo se había vuelto translúcida y por la que empezaba a vislumbrase una figura humana, indecisa y temblorosa.

Sólo había estado allí en una ocasión, poco antes de encarnarse en un cuerpo humano, y desde entonces el paisaje no parecía haber cambiado gran cosa, al menos en lo esencial. Un caos de dolor y retribución ordenado con una precisión maniática. Pero aquí y allá había diferencias sutiles: con el tiempo la humanidad se había ido

volviendo más sofisticada, y las formas de sufrimiento habían evolucionado con ella. Dante o El Bosco reconocerían el lugar, pero al mismo tiempo zonas de él les resultarían incomprensibles.

Remiel se preguntó qué pasaría si les revelase a todos su habitantes cómo y por qué estaban allí realmente, si hiciera a un lado el velo de la ilusión y les contara que sufrían única y exclusivamente porque así lo habían elegido.

No me harían caso, claro. Eso era parte de la trampa, y quizá la mejor.

Se detuvo ante lo que podía ser un castillo, un pene abierto en canal o un hormiguero y esperó a que su presencia fuera notada. En realidad aquello era una tontería. Desde el momento mismo en que había cruzado la puerta, él tenía que haber sido consciente de Remiel. Pero le gustaban las ceremonias, siempre le habían gustado. *La forma correcta de hacer las cosas es tan importante como hacer las cosas correctas.* Como convocado por el pensamiento la puerta se abrió y Remiel oyó una voz lejana que decía:

–Bienvenido a mi casa. Entra libremente. Vete sin novedad y deja un poco de la felicidad que traes.

Remiel sonrió, no tanto al reconocer la voz como las palabras, extraídas de una vieja novela humana de terror. No pudo evitar responder con una frase de la misma obra:

—*Die Toten reiten schnell.*

Cruzó el umbral y se encontró en una sala amplia y acogedora. En un extremo brillaba la luz de un fuego procedente de una gran chimenea. Sentado frente a ella, dándole la espalda, un hombre sostenía una jarra de vino caliente y tarareaba una canción. Se volvió, miró a Remiel y sonrió con un solo lado de la boca. En sus ojos apenas brillaba otra emoción que no fuera el orgullo, pero Remiel creyó percibir algo en sus ademanes que había estado ausente de ellos la última vez que se vieron.

Cansado, pensó. *Está cansado.*

–¿Y no lo estarías tú, viejo amigo?

–¿Aún lo somos?

–Ya veremos, ya veremos. Ahora siéntate a mi lado, toma un poco de vino caliente con especias e intercambiémonos chismes sobre nuestras vidas como dos aburridos y educados caballeros de fortuna que hace tiempo que no se ven.

–Nunca dejarás de sorprenderme, ¿sabes? Te pedí ayuda dos veces en el pasado y las dos me la negaste, prefiriendo no involucrarte en asuntos que no te concernían. Y un día abandonas tu puesto, vienes a verme, dejas atrás la Ciudad de Plata y te haces carne. Y ahora estás aquí, en mi casa, y me pides ayuda. Y lo más extraordinario es que esperas que te la preste.

Remiel se encogió de hombros mientras saboreaba el vino caliente.

–Somos lo que somos, Shamael.

–Sí. Yo soy un culo inquieto. Tú no tienes idea de lo que quieres. Y Gabriel es el sueño húmedo de un fascista. Y el que no tiene nombre, como siempre, no suelta prenda. Ninguno de nosotros conocemos su voluntad, y supongo que no la conoceremos nunca.

Shamael se incorporó. Sus ojos color miel se fijaron en el fuego que salía de la chimenea y permanecieron enfocados allí un buen rato.

—Tienen algo, ¿verdad? —dijo de repente—. Algo que nosotros no tenemos y que nos resulta irremediablemente atractivo. Yo los llamé «monos» una vez, «babosas», «escoria de barro y pezuñas», pero hay algo en ellos... En fin, note digo nada que no sepas, al fin y al cabo llevas más de cuatro mil años fingiéndote humano. A estas alturas deberías conocerlos mejor que yo. SÍ lo piensas un poco, no es que haya tenido mucho trato con ellos: me limité a dejarlos alcanzar el libre albedrío y luego me aparté de sus vidas.

–Eso no es del todo cierto.

Shamael se encogió de hombros, remiso a aceptar aquellas palabras. Pero Remiel notó que su incomodidad era fingida, como el sabio que, en el momento de su homenaje, afirma no merecerlo, aunque piense todo lo contrario.

–Vale –reconoció a regañadientes–. He intervenido un poco aquí y allá. He introducido algo de caos cuando las cosas amenazaban con volverse demasiado aburridas. Es posible que en algún momento me haya dejado llevar y haya jugado más de 1Q que debía. Pero en general me he ocupado de mis asuntos y he permitido que ellos se ocuparan de los suyos.

Volvió a sentarse.

–Quizá haya sido un error, tal vez debería haber intervenido más.

Miró a Remiel de soslayo y sonrió con desgana.

–No te molestes en ocultar tu impaciencia, amigo mío, que la buena educación no te impida decir que no has venido aquí para escuchar a un viejo senil eyacular historias de glorias pasadas.

–No iba a decir eso.

–No, pero piensas muy alto. Has venido a pedirme ayuda, Remiel, lo cual no deja de tener su gracia si tenemos en cuenta cómo nos separamos la última vez; y la única ayuda que puedo ofrecerte no la aceptarías: permanece aquí, hazte fuerte conmigo en mis dominios y plántales cara cuando llegue el momento.

Remiel negó con la cabeza.

–Sí, lo suponía –dijo Shamael–. Y creo que tú ya sabías que no podía ofrecerte otra cosa. ¿A qué has venido, entonces?

Remiel posó la jarra de vino en la pequeña mesa que había entre los dos. Hablar con Shamael era difícil, frustrante, casi tanto como lo había sido la otra vez, y sólo ahora comprendió por qué. Cierto que, durante su estancia en la Ciudad de Plata, habían sido casi inseparables, habían sostenido conversaciones interminables y cada uno había sido capaz de adivinar el pensamiento del otro. Pero en realidad, se daba cuenta, no habían hablado jamás. No como lo estaban haciendo ahora, vestidos de humanos y usando sólo sus palabras y sus cuerpos para comunicarse.

–En realidad no sé por qué he venido. No a que me ayudes o a que me aconsejes, creo. Tal vez a que me expliques la situación.

Shamael pareció atragantarse a mitad de un sorbo de vino.

–¿Explicarte? ¿Explicarte el qué? ¿Es que no está lo bastante claro? Ese cretino de mente cuadriculada de Gabriel ha tardado todo este tiempo en convencer a los demás; ha esperado hasta que el plan ridículo que trazó cuando consiguió expulsarme estuviera completo hasta el menor de los detalles. Y ahora se dispone a obligar a los humanos (no, supongo que pretende persuadirlos, o al menos persuadirse a sí mismo de que los está persuadiendo) a que sean lo que según él ha decidido para ellos el que no tiene nombre. Y en un universo así, rígido, ordenado y muerto, no hay sitio para alguien como tú. Tienen que quitarte de en medio antes de empezar. Es lógico, y de estar en su lugar yo haría lo mismo. Al fin y al cabo, yo no soy un peligro inmediato, estoy lo bastante desprestigiado por la mala prensa para que no tengan que preocuparse por mí salvo al final, cuando preparen el último ataque. Pero ¿tú? ¿Uno de los suyos corriendo libre por el mundo, aceptando el caos de la carne con naturalidad, no plegándose a las reglas y sin renunciar a su naturaleza original ni sufrir ningún castigo por ello? No pueden consentirlo. Pese a ti mismo terminarías convirtiéndote en un ejemplo; incluso es posible que para algunos humanos ya lo seas. No me digas que no lo sabías.

Remiel pareció incómodo. Buscó algo con la mirada, al fin lo encontró y se sirvió un poco más de vino.

–No. Creo que no lo sabía. Yo... –repentinamente dio la sensación de estar avergonzado–... nunca me he preocupado mucho de lo que Gabriel o los demás querían. Ni siquiera de lo que querías tú.

–¿Yo? ¿Cuándo? ¿Cuando te pedí ayuda por primera vez? ¿Cuando decidí bajar al mundo? ¿Cuando fui expulsado? ¿Cuando viniste a verme para anunciarme tus planes? ¿Hace quinientos años? ¿La semana pasada? ¿Ayer? ¿Tres minutos antes de verte? ¿Cuándo?

Giró la silla. La pared que había frente a él perdió consistencia y ante ellos se abrió un paisaje caótico, lleno de llamas, glaciares, gritos y gemidos: hombres abrevaban en ríos de lava como herbívoros en un arroyo, mujeres copulaban con partes de su propio cuerpo que se habían convertido en una pesadilla de aristas, niños desgarraban con sus dientes a sus hermanos no nacidos todavía, ancianos con erecciones desmesuradas eyaculaban fuego líquido.

–Todo cuanto ves es falso, una mentira construida por los propios humanos, una ilusión creada a partir de sus miedos, sus esperanzas no realizadas y sus culpas secretas. Son ellos quienes se castigan a sí mismos, ni yo ni ninguno de los míos hemos tenido jamás nada que ver con esta orgía de autocomplacencia y sufrimiento. Tal vez la hayamos usado en nuestro propio beneficio, pero desde luego no somos sus creadores. Así que la pregunta es: si yo no he creado esto ni tengo nada que ver con ello, ¿qué hago aquí? ¿Por qué he establecido mi residencia en este lugar y dejo que los demás piensen que soy el gobernante de este reino?

La pared se volvió opaca de nuevo y Shamael giró su asiento hasta quedar encarado con Remiel.

–¿Tienes respuesta para eso, mi par, mi hermano de sangre, mi antiguo compañero? ¿Tienes idea de lo ridículos que son los humanos en sus excesos? Y eso es todo lo que veo, día tras día, a criaturas incapaces de aceptarse a sí mismas y jugando a ser castigadas sólo para recibir lo que de verdad desean y nunca se atreverán a confesar. ¿Cómo he podido aguantarlo, cómo he podido resistir todo este tiempo tanta basura, tanta trivialidad, tanta estupidez?

–Presiento que vas a decírmelo en seguida.

El comentario pareció coger por sorpresa a Shamael, como si nunca hubiera esperado un arranque así de su compañero.

–Has aprendido algo durante todo este tiempo con los humanos, por lo que veo. Sí, claro que voy a decírtelo. Supongo que recuerdas la primera vez que vine a pedirte ayuda, la primera vez que decidí protestar ante los demás cuando creí que el que no tiene nombre iba a suplantarnos en su afecto por estas criaturas, por estos monos agresivos y tribales. Era joven e ingenuo, supongo, y no me importa reconocer ahora que estaba equivocado. ¿Sustituirnos en el afecto del que no tiene nombre? Cómo pude ser tan estúpido, como si uno solo de nosotros supiera lo que de verdad él quiere o ha querido jamás, como si alguno de nosotros hubiera oído nunca su voz, como si hubiera manifestado alguna vez sus deseos de forma que nosotros los comprendiéramos. No, se limitó a crearnos, a dejar desarrollarse el universo, y algunos fuimos tan estúpidos que, a partir de su obra, creíamos poder identificar sus deseos y sus afectos. Bueno, he de decir en mi descargo que dejé de hacerlo muy pronto, que en seguida me di cuenta de que en realidad no sabía, ni podría saber jamás, lo que quería una criatura que no era sino una presencia omnisciente que no te podías quitar de encima y que no hacía otra cosa que llenarlo todo. Así que agaché la cabeza, acepté mi castigo y permití que los otros creyeran que se habían salido con la suya. La segunda vez que te pedí ayuda fue motivado simplemente por la curiosidad. Gabriel y los demás eran como una panda de viejas plañideras cobardes: no se atrevían a acercarse al universo por miedo *a* hacer algo que estuviera prohibido. Yo ce conocía bien, o al menos, eso creía: al fin y al cabo, habíamos explorado juntos la Ciudad de Plata, y juntos nos habíamos embarcado en especulaciones y discusiones interminables. No conocía la palabra, pero supongo que de haberlo hecho, habría considerado que éramos amigos. Y en cualquier caso, tú no eras tan pusilánime como los demás. Creí que te unirías a mí en mis deseos de investigar qué era realmente el universo y las criaturas que lo poblaban. Pero no, estabas demasiado ocupado para perder el tiempo con esas trivialidades.

Remiel inició un gesto, pero Shamael lo interrumpió.

–No, no te molestes. No te guardo rencor, y al menos tus motivos eran comprensibles para mí: tenías algo que hacer que te resultaba más gratificante, no estabas, como el resto, paralizado por el miedo de no saber lo que quería de ti una criatura que jamás había manifestado uno solo de sus deseos. Así que bajé al mundo, lleno de ira y dolor, decidido a arrasarlo todo, a no dejar piedra sobre piedra, tan herido y ciego como un adolescente que no soporta que el objeto de su deseo pueda pensar en algo que no sea él. Y... me gustaron, Remiel, me gustaron casi en seguida. Eran puro caos, ¿comprendes? una amalgama de impulsos contradictorios y, sin embargo, se las apañaban de algún modo para estar en equilibro: tropezaban continuamente, pero no se caían jamás. ¿Cómo no iban a gustarme? Así que los ayudé: los enseñé a ver lo que, seguramente, habrían visto por sí mismos tarde o temprano –Remiel notó de nuevo aquel tono falsamente humilde en la voz de Shamael–, que ellos eran en definitiva los últimos responsables de sus propias obras y que eran los únicos que podían decidir qué harían, hacia dónde orientarían sus actos o sus apetencias. Si sueno tonto al decir esto, si parezco estúpidamente orgulloso es porque lo estoy. ¿Por qué no, al fin y al cabo? Y entonces los demás, con Gabriel a la cabeza, cayeron sobre mí. Había osado intervenir, había corrompido el corazón de las criaturas humanas, me había atrevido a abrirles los ojos. *¿Cuál será tu siguiente paso?,* recuerdo que preguntó Gabriel. *¿Hacerlos inmortales?* Respondí que no me parecía tan mala idea. Y luego... luego...

–Ese insoportable estrépito de alas –dijo Remiel, con la vista clavada en el fuego.

–Ah, ¿así lo llamaste? Sí, mientras tú permanecías enfrascado en tus... yo qué sé, en lo sea que estuvieras haciendo, los demás cayeron sobre mí, e intentaron acabar conmigo. No tenía muchos partidarios, pero sí los suficientes para hacer frente a Gabriel y su ejército de fanáticos, para resistir al menos sus embates y podernos retirar con dignidad de la Ciudad de Plata, retrocediendo sin huir.

–Lo recuerdo–dijo Remiel, alzando de pronto la vista–. Gabriel vino a verme y dijo que habías sido expulsado por atreverte a intervenir en el universo en contra de los deseos del que no tiene nombre y haber permitido que los humanos obtuvieran el libre albedrío. Recuerdo que le pregunté cuáles eran esos deseos, v cómo había llegado a conocerlos.

–¿Qué te dijo?

–No me respondió. Me explicó que si así lo deseaba podía seguirte al exilio, y que si me quedaba era mejor que no hiciera más preguntas como aquélla. Estuve a punto de irme, ¿sabes? Las cosas habían empezado a volverse aburridas. Aunque no lo suficiente, sin embargo. Pasé mucho tiempo pensando. Sobre todo preguntándome qué podía tener el universo tan atractivo para que tu hubieras sido capaz de arrojarlo todo por la borda por su culpa.

–¿Y?

–Y llegué a la conclusión de que algo tenía que tener. Respetaba tu criterio y tu buen juicio, ya lo sabes. Así que un día me pareció que era el momento de averiguar qué había tan interesante en la materia, en lo finito.

Shamael meneó la cabeza, entre incrédulo y maravillado.

–Te tomaste tu tiempo, sin duda. Mientras tanto, yo y los míos vagamos por los límites de lo que existe, sin saber adonde ir, pero siempre con un ojo atento a lo que pasaba con los humanos. Hay algo que tú no viste, Remiel, o no quisiste verlo cuando Gabriel fue a hablarte. Porque el maldito cabeza cuadriculada por fin se había decidido, y creo que en cierto modo fue culpa mía. Yo había intervenido en el universo, me había entrometido en ¡os asuntos de los humanos. Y él había decidido hacerlo también. Lo vi en sus ojos cuando nos enfrentamos, aquel brillo helado en la mirada que preludiaba la toma de una decisión. Él intervendría en el universo y eliminaría el caos, lo convertiría en una cuadrícula, desenrollaría el laberinto y obtendría una línea recta, desharía el nudo gordiano con un tajo preciso y ya no quedarían misterios por resolver. Ése era su objetivo, lo vi entonces, y lo que te ha pasado estos días los confirma. Échales un vistazo a todas las religiones humanas: ¿qué tienen en común? Por encima de sus diferencias morales, de su mitología, de su sistema de creencias o sus liturgias: todas aspiran a un orden definitivo, a la erradicación de lo aleatorio. Ninguna lo ha descrito tan bien como el budismo, cuya máxima aspiración es dejar de ser. ¿Qué hay menos caótico que la inexistencia?

–¿Y eso qué tiene que ver con tu llegada aquí? –preguntó Remiel.

–¿No es evidente? Con toda su ridiculez, este lugar es el reflejo oscuro de la Ciudad de Plata, el lugar donde vive el caos rampante. Y con cada nuevo humano que llega aquí en busca de dolor y retribución, su poder crece y se hace más incontrolable. El Juicio Final se acerca, Remiel, y ésta es mi arma para luchar contra las hordas de Gabriel: el caos sin sentido que hay en el corazón de la humanidad, sus deseos más oscuros, sus atavismos más irracionales, dolor, sufrimiento, retribución, masoquismo, locura. Es mi arma, Remiel, todo lo que tengo para enfrentar a una pesadilla de orden y estancamiento. Y lo he estado alimentando todo este tiempo, mimándolo, viéndolo crecer, preparándolo para soltarlo cuando estuviera maduro. Sólo que, ¿sabes?, aún no lo está, y creo que no voy tener mucho más tiempo.

Shamael frunció la boca y chasqueó la lengua.

–Es una pena que hayamos dejado pasar todo este tiempo sin hablarnos –dijo luego–. Cuando viniste a verme la otra vez me temo que estaba demasiado furioso para explicarte nada. Quizá si entonces te hubiera contado todo esto las cosas habrían sido distintas.

Remiel recordaba con claridad la breve entrevista que habían mantenido aquella vez: la mirada helada de Shamael, su bufido de desprecio cuando Remiel le había explicado sus planes, las palabras amargas con las que lo había despedido.

–Puede ser –dijo–. Aunque no lo creo. Al fin y al cabo seguimos siendo lo que somos, no podemos luchar contra eso.

Ninguno de los dos añadió nada durante un buen rato, arribos con la mirada clavada en el fuego, las manos sosteniendo las jarras devino.

–Así que soy un peón libre, un elemento incómodo del que hay que deshacerse antes de que empiece la batalla –dijo al fin Remiel–. Me he atrevido a andar por el mundo como un humano, pero no me he despojado de mi naturaleza de –no se atrevió a pronunciar la palabra, y vio cómo Remiel dejaba escapar una mínima sonrisa– ... bueno, de lo que sea. En realidad, si lo pienso un poco, casi me sorprende que tú no hayas intentado acabar conmigo, igual que ellos.

Shamael pareció ofendido, pero no ante lo que implicaban las palabras de Remiel, sino como si hubiera oído algo extraordinariamente estúpido.

–¿Yo? ¿Estás loco? Cuanto más tiempo sigas vivo y libre más tiempo tendré para poner a punto mi arma, para afinarla y enfocarla. Además, amigo mío, aún no lo has comprendido. La mayor diferencia entre Gabriel y yo es que yo sólo quiero evitar la derrota, mientras que él aspira a la victoria.

–¿Y eso es todo? ¿No podemos hacer nada más?

–Esperar a que caigan sobre nosotros y plantarles cara, qué otra cosa. Eres bien recibido, Remiel, viejo amigo. He tenido suficiente tiempo para pensar sobre ti, y ya no te guardo rencor alguno. –Sonrió, y por primera vez Remiel sorprendió en su rostro un halo de nostalgia–. Reconozco que te he espiado de vez en cuando, que ocasionalmente he seguido tus andanzas por el mundo. Y no te las has apañado mal del todo, si te interesa mi opinión.

–Sí, lo sé. Luisa me ha hablado de ti.

Shamael se encogió de hombros.

–Un incidente desafortunado, me temo. Aunque te aseguro que me movía la más noble de las intenciones.

Frunció el ceño, como tratando de recordar, pero había algo de pantomima en el gesto.

–Fue en alguna parte de Asia, ¿no? Siempre me he armado un lío con la geografía.

–En Macao –dijo Remiel, seguro de que Shamael recordaba perfectamente la época y el lugar–. A principios de 1700.

–Cierto, ya lo recuerdo. Una ciudad encantadora. Y ella también era una mujer encantadora, al menos en aquella encarnación: una preciosa euroasiática, con aquellos ojos almendrados y aquel cuerpo menudo y complaciente. Sí. ¿Me creerías si te dijera que no supe de su... asociación contigo hasta mucho despues?

–Me temo que no.

–Ah, soy víctima de la mala prensa, sin duda. Pero me da igual que no te lo creas. Hasta que no desperté sus otras memorias (un accidente, te lo aseguro) no me di cuenta de que ella te conocía.

Remiel se encogió de hombros.

–No importa –dijo–. Aunque ella no guarda muy buenos recuerdos de ti.

–Qué le vamos a hacer. Los mayores esfuerzos a veces no son recompensados. El mundo es así.

De nuevo el silencio cayó sobre ellos. No era un silencio incómodo, como si en cierto modo estuviera preñado de pensamientos no expresados que, de alguna manera, alcanzaban su destino.

Shamael se agitó en su butaca al cabo de un rato y dijo:

–Si quieres esperar con nosotros, aquí estarás a salvo, al menos durante tanto tiempo como nosotros lo estemos.

Remiel negó con la cabeza.

–Sé que debería aceptar tu oferta. Que es la opción más lógica. Y es posible que tiempo atrás lo hubiera hecho. Pero no puedo.

Shamael sonrió una vez más, y ahora era una sonrisa de comprensión.

–No has venido a pedirme ayuda, ni consejo, ni siquiera a que te explicara lo que ocurre. Has venido a que te ayudara a remar una decisión. Y acabas de hacerlo.

–Algo parecido. En realidad, creo que tomé la decisión antes de venir aquí, pero necesitaba verte para saber si era correcta.

–¿Y lo es?

–Sí, Shamael, al menos creo que sí. Al contrario que tú, que estás fascinado por el mundo pero has seguido viviendo en tu propio reino, yo sólo sentía un interés moderado por los asuntos humanos, y sin embargo la carne me ha atrapado. Como tú, ya no pertenezco a la Ciudad de Plata, eso es indudable, pero tampoco encajaría aquí. Resulta curioso: durante todo este tiempo he llevado un cuerpo humano pensando que lo hacía como quien lleva un traje. A veces incómodo, otras agradable, pero algo de lo que siempre creí que podría librarme llegado el momento. Y sin embargo... Supongo que el hábito sí hace al monje, después de todo. Soy del mundo, y en él debo presentar mi batalla.

–Y desaparecer.

–Un humano te diría que todos desaparecemos tarde o temprano. No es cuestión de cuándo sino de cómo. Tengo un lugar: me ha costado cuatro mil años de indecisión encontrarlo, pero lo he hecho. Y en él viviré o moriré. Como dicen los humanos, el mundo es la percha donde cuelgo mi sombrero. Es mi casa. Y no voy a dejar que me echen de ella sin lucha.

Se incorporó y posó la jarra vacía sobre la mesa.

–Creo que es mejor que vuelva. Me están esperando. Te daré todo el tiempo que pueda, viejo amigo.

Shamael asintió con un brillo astuto en los ojos color miel.

–Sí, estaba seguro de que lo harías.

Al abrir los ojos se encontró con la mirada de Paula. Respiraba con fuerza por la nariz y parecía escrutar su rostro como si algo en sus facciones fuera a desvelarle los misterios del universo.

—He vuelto —susurró.

–Ya lo veo. ¿Y?

Sentía todo el cuerpo anquilosado. Con cuidado, como si el mundo entero dependiera de cada uno de sus movimientos, fue extendiendo los brazos y las piernas.

–Bueno. Ha sido interesante. Aunque no de mucha ayuda. Digamos que he confirmado mis sospechas, pero no he encontrado un modo de alejar el peligro.

Paula no respondió, y él aprovechó la pausa para examinar sus facciones. En cierto modo era como si las viera por primera vez. Acostumbrado a encontrársela oculta tras cuerpos distintos, a veces tras sexos distintos, había aprendido con el tiempo a obviar las diferencias y centrarse sólo en los parecidos: para él los detalles no importaban, sólo aquella indefinible generalidad que, durante todo aquel tiempo, le había permitido identificarla de un solo vistazo.

Ahora su mirada se demoró en los detalles, tomándose su tiempo para memorizar un grano, una pequeña herida, alguna cana, el peso exacto del azul de sus ojos, la línea firme y sorprendentemente tranquila de aquella boca que no parecía estar diseñada para que se cerrase por completo, la sorprendente regularidad de sus dientes, la nariz como una línea prácticamente recta y sin embargo casi oculta.

–Te deseo –se oyó decir a sí mismo, y fue como si hubiera pronunciado aquella–, palabras por primera vez.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Aquí? ¿Ahora?

Él sólo pudo asentir, sorprendido al sentir su cuerpo trémulo, al notar algo extraño que le subía desde la boca del estómago y que hacía que su garganta se secara y su frente ardiera.

–Si–consiguió articular–. Ahora.

Recorrió con sus dedos pálidos los pómulos afilados, el mentón terco, el cuello tan delgado que parecía a punto de quebrarse. Acarició sus hombros, descendió hasta rozar a través de la ropa los pequeños pechos, como si hubieran sido concebidos para encajar en la depresión de la palma de sus manos, los pezones

convertidos en dos puntas de flecha. Posó su mano en un vientre tembloroso que lo estaba llamando, se apoderó de sus caderas, sintió contra su palma abierta aquel pequeño culo, dulce y redondo como la promesa de un corazón.

–Ahora –volvió a decir.

Cayó con su boca contra la de ella, mordiendo aquellos labios huidizos como si quisiera alimentarse de ellos, y exploró con su lengua los dientes firmes como un acantilado mientras sus manos luchaban contra la rémora que eran sus ropas, le quitaba el suéter de dos zarpazos impacientes y recorría con la yema de sus dedos el territorio de su cuerpo menudo y desafiante.

–¡Dios! –la oyó gritar contra su boca.

El azul de sus ojos se volvió más claro, más brillante, más preciso. Deseó bebería, comería, devorarla, tragársela de un bocado, succionarla para siempre dentro de él y no permitir que se fuera jamás. Apartó su boca de la de ella casi con violencia, rehuyó su mirada, y terminó de quitarle los pantalones. Acarició la mata agreste que cubría su entrepierna, aspiró su olor a hembra en celo como si se estuviera alimentando de él y con dientes, labios y lengua devoró los fluidos que escapaban de entre sus muslos, mordisqueándolos, jugando entre sus nalgas, bebiendo los labios humedísimos que parecían estar tragándole.

Notó la mano de ella explorándolo como un animal tierno de múltiples patas, liberando su pene sólo para tomar posesión de él con la misma pasión que el descubridor de un nuevo territorio que lo estuviera reclamando para su reina. Notó sus uñas jugando con su escroto, la palma de su mano recorriéndolo en toda su longitud, y luego su boca se apoderó de él, lo engulló como si desfalleciera de un hambre que sólo él pudiera calmar.

Se volvió, dejó que ella montara sobre él, devorándolo con un ansia tan dulce que él apenas era consciente de lo que estaba haciendo mientras seguía hundiendo la cara entre sus piernas y se agarraba a sus nalgas con una rabia tierna e implacable.

Su boca era como un molusco delicioso, su espalda se arqueaba en una curva tan inevitable que sólo podía terminar en la promesa firme y minúscula de su culo, sus piernas se abrazaban temblorosas a su cara, sus manos eran dos insectos ávidos que buscaban en su cuerpo el camino a su madriguera.

La alzó, sujetándola por los pechos, y notar cómo su boca abandonaba su pene fue una tortura deliciosa. La hizo girar, la posó suavemente sobre él y la penetró con una lentitud tan frenética que sintió que se introducía en miel ardiente. Atrajo su rostro hacia él y dejó escapar un grito silencioso dentro de su boca.

Ella tenía los ojos cerrados, y por unos instantes no pudo soportar no verse en ellos.

–Mírame –susurró, gimió, respiró–. Mírame.

Ella lo hizo y sus ojos se encontraron, azul brillante contra gris, lo hizo mientras ambas entrepiernas encontraban el ritmo y se convertían en un único animal, una criatura imposible, una sola pie) que se besaba, se mordía, se arañaba, se abrazaba.

No siempre quieres encontrar lo que buscabas

Lo que ves

La arena no es un lienzo en blanco. Pese a lo que Luisa cree, no es una superficie virgen sobre la que puedes escribir lo que quieras. Luisa se equivoca en eso, como se equivoca en otras tantas cosas, pese a lo mucho que sabe. La arena dicta sus normas, impone su forma y acaba consiguiendo que escribas lo que ella quiere, no lo que tú deseas.

Se acerca la hora de comer, y ni notas que tienes hambre, ofuscada por los arabescos que intentan una y otra vez narrar una historia que aún no ha ocurrido. Sólo cuando sientes aproximarse a tu madre regresas al mundo, mientras tus manos, en un gesto que ya es casi automático, borran todo rastro de los laberintos en la arena.

En casa intentas pasar desapercibida, tratas de que tu presencia apenas sea notada, esperando con impaciencia que llegue la tarde, Luisa venga a buscarte y puedas volver al parque. A tu alrededor la casa se ha convertido en un hormiguero de hombres armados y mensajes radiados en frases sin sentido, pero apenas eres consciente de ello. A veces, no puedes evitarlo, tus dedos inquietos juegan con la tierra de las macetas, en ese salón sofocante que el mal gusto de tu madre ha convertido en una selva domesticada. Sabes a lo que te arriesgas, pero hay momentos donde el impulso es más fuerte que tú.

Tus padres son dos desconocidos. Lo fueron desde el momento mismo en que empezaste a ver a través de ellos, como si su piel no fuera más que un vidrio transparente y por dentro no estuvieran compuestos de esas vísceras que pueblan las carnicerías o los libros de texto, sino de miedos, dudas y rabia. Corres peligro y, sorprendida, descubres que quien realmente amenaza tu vida no es tu padre con su furia sin sentido y sus deseos de destruir cuanto no comprende, sino tu madre con su mediocre resignación ante lo que ha conseguido en la vida y que, en realidad, ella misma se ha buscado.

Pero eso no te importa. De algún modo el peligro personal es para ti menos importante que lo que te dicen los garabatos trazados en la arena. El mundo real cuenta menos que las historias que escribes sin que puedas hacer nada para que se desarrollen de otro modo.

Por la tarde, junto a Luisa, bajas al parque. Los otros niños han aprendido a dejarte sola, como si desde e! principio notaran todo lo que de extraño hay en ti. Sorprendentemente, su miedo no ha derivado en agresión, y se han limitado a apartarse de tu presencia, como si algo en tu contacto quemara o infectara.

Prefieres estar sola (y en realidad estar con Luisa es, casi siempre, como estar sola: cada una sumida en su universo particular preguntándole al mundo qué va a pasar, qué ha pasado). A veces te gustaría poder no saber cuanto sabes, poder olvidarlo todo y limitarte a ser una niña. Te gustaría apartar de ti esas imágenes de cosas que nunca has vivido {y que sin embargo sí has vivido} y que no terminas de comprender del todo. Pero sabes (lo has aprendido pronto) que lo que quieres y lo que ocurre de verdad rara vez coinciden, y que lamentarse por lo que no tiene remedio te conduciría al mismo abismo de mediocridad en el que tu madre se ha hecho un nido para siempre.

Luisa está preocupada. Sabes por qué: en las últimas semanas tanto sus cartas como tus figuras en la arena han estado hablando de lo mismo. Cada historia que contaban estaba preñada de peligros, de esquinas oscuras e imprevistas, de dolor.

–No creo que nos pase nada –te ha dicho Luisa no hace mucho.

Y tú asientes. Posiblemente nada os pase a vosotras. Es Remiel quien está en peligro, Remiel quien se enfrenta a caminos que nunca había visto ante sí, Remiel quien puede ser destruido para siempre. Pero de un modo que no sabes explicar presientes que lo que le ocurra a Remiel de alguna manera influirá en vosotras, que su destino, si bien no tiene por qué ser el mismo, afectará en algo al vuestro.

Conoces demasiado bien los caminos en la arena, sabes de qué modo tan complejo y delicado se conectan unos con otros para no hacer caso de sus advertencias.

Por las noches, mientras lentamente te vas abandonando al sueño, te preguntas qué verás hoy, cuál de tus vidas pasadas se desenrollará ante ti como una serpiente en la arena, como un laberinto que perdiera sus enigmas. Recuerdas el miedo que sentiste la primera vez que ocurrió, la primera vez que tus sueños se poblaron de acciones que no podías comprender y que sin embargo recordabas haber llevado a cabo. No fue eso lo peor, naturalmente. No, lo peor fue cuando empezaste a comprender, cuando empezaste a asimilar emociones y pensamientos que no deberías haber tenido hasta muchos años después y que sin embargo recordabas haber tenido cientos de años antes.

Y en tus sueños, en tus recuerdos, como si fuera una constante que no pudieras esquivar, estaban los demás: Remiel, Luisa, Paula. A veces uno, a veces dos, a veces los tres, pero no había una sola vida en que no te hubieras encontrado con alguno de ellos.

Desde el principio supiste que Remiel era distinto: que él no había muerto (ah, y cómo lloraste la noche en comprendiste lo que significaba la muerte) una y otra vez para volver a nacer y encontrarse con los viejos amigos. Remiel siempre era él mismo: había pasado por el mundo, por vuestras vidas, una y mil veces, apareciendo siempre bajo el mismo cuerpo, negándose a que la muerte lo tomara y, por tanto, sin vivir del todo.

A veces parece que tu cabeza vaya a reventar. Hay tanto que no deberías saber y que sin embargo sabes. Y fingir que sólo eres una niña es tan duro, tan difícil.

Y sin embargo, es cierto. Sólo eres una niña. Te aferras a eso casi con desesperación cuando en tus sueños te has visto haciendo cosas que comprendes y quisieras no comprender. Te aferras a ello y lo susurras una y otra vez, como un estribillo tranquilizador, como un exorcismo. Sólo eres una niña. No importa que hayas perdido el himen, que te hayan matado, que hayas dado a luz, trabajado de sol a sol, muerto, vivido cientos de veces No importa que hayas sido hombre, mujer, hombre de nuevo y otra vez mujer. Sólo eres una niña, aférrate a ello, agárrate a ello e intenta que esa frágil tabla te salve del naufragio.

De todos tus sueños, de todos tus recuerdos, hay uno que destaca con claridad, con una intensidad dolorosa, sobre los demás. Te ves a ti misma, ves a Paula y a Luisa (nada importa que los nombres y los cuerpos fueran distintos, erais vosotras) huyendo de una algarabía incomprensible, buscando un refugio en mitad del descampado, un lugar adonde la turba de aldea nos fanáticos no pudieran llegar, donde estuvierais a salvo del mundo.

–No hay ningún lugar –dice una de vosotras tres. ¿Eres tu, es Paula, es Luisa? No consigues verlo con claridad, pero tampoco importa–. Vayamos a donde vayamos nos alcanzarán. Si no estos, otros como ellos.

Asientes ante las palabras que quizá has pronunciado tu misma.

–Pero tenemos que seguir –dices tú o una de las otras– No podemos rendirnos.

Está oscureciendo, y la tormenta parece a punto de descargarse sobre vosotras.

–Las tres no lo conseguiremos. Una tendrá que quedarse.

Hay un relámpago lejano, un trueno distante, y luego el tumulto de voces y antorchas encendidas que van en vuestra busca.

–Yo me quedo. –Pero ¿quién lo dijo? ¿Fuiste tú? ¿Fue una de las otras?

No discutís con ella (¿no discuten contigo?). La verdad rara vez admite discusión entre vosotras. Una tiene que quedarse para que las demás vivan. Una está dispuesta a hacerlo. Las palabras sobran.

Os besáis y os separáis. Las dos que huyen sobreviven. La que se queda morirá, su sacrificio aplacará la sed de sangre de los aldeanos y servirá para que tas otras dos puedan llegar a un lugar seguro. Sólo que no hay tal lugar.

Al despertar a la mañana siguiente, cada una de las imágenes del sueño estaba tan clara en tu mente como si la estuvieras contemplando en ese preciso instante. Pero hubo una que se destacó sobre las demás. Una de vosotras estaba embarazada. Y no consigues recordar si fue una de las que huyeron o la que se quedó.

Con el tiempo has aprendido a vivir con tus recuerdos como si fueran las imágenes de un libro, o al menos eso te has dicho. Y aunque el pensamiento te tranquiliza, aunque la mentira consigue serenarte, en el fondo hay siempre una punzada intranquila que no te deja descansar del todo.

Así que una vez más te agarras al pensamiento y te dices que sólo eres una niña.

...dulce compañía...

Ella lo estaba esperando cuando llegó a casa. De pie en el pasillo, daba la impresión de no haberse movido en las últimas horas. Su rostro apenas tenía expresión, pero en sus ojos había una tormenta a punto de estallar. Nada más verla, Rodríguez supo que esta vez de nada le valdría argumentar, preguntar o escabullirse.

–¿Y bien? –dijo mientras cerraba la puerta–. ¿Qué ocurre?

–Dímelo tú –respondió ella.

Rodríguez nunca había notado su voz tan contenida, midiendo el tono de cada silaba, luchando con todas su fuerzas por parecer tranquila e imperturbable. *Es peor de lo que esperaba*, pensó.

–Tenía trabajo –dijo lo primero que se le ocurrió para salir del paso, aunque estaba seguro de que sería inútil–. No pude llamar, lo siento.

Ella pareció no oírle. Ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando algo, dio media vuelta y echó a andar por el pasillo. Rodríguez, indeciso al principio, la siguió. Ella entró en el despacho, con su marido detrás, se acercó al ordenador encendido y, en un gesto que resumía toda su frustración, señaló la pantalla.

El visualizador de imágenes estaba abierto y maximizado, mostrando varias docenas de pequeñas fotos: distintas mujeres en diferentes poses se apoderaban de la pantalla. Vestidas, desnudas**,** ni una cosa ni la otra, insinuantes, tímidas, agresivas, temerosas, desafiantes. Todas tenían en común el cuerpo menudo y delgado, las piernas esbeltas, el cabello rubio, los ojos azules y cierto parecido en los rasgos que, a veces, era más fruto de su pose que otra cosa.

–¿Qué...?–empezó a preguntar Rodríguez.

La mano de su mujer agarró el ratón, crispándose sobre él como una garra. Hizo que el programa mostrara más imágenes, hasta llegar a la última: un primer plano del rostro de una mujer. Hizo clic dos veces sobre esa foto y la imagen aumentó hasta ocupar toda la pantalla.

–¿Cómo...? –siguió preguntando Rodríguez.

Desde el monitor, Paula lo miraba, el cabello agitado por el viento, los ojos entrecerrados y el inicio de una sonrisa asomando a su boca.

–¿Cuándo...?

Seis meses. Seis meses atrás, unas semanas después de la comida del departamento, cuando le preguntaron de cuántas fotos quería copia y él contestó, con el tono de voz más neutro posible, «de todas». Luego, en casa, de noche, buscando la foto apropiada, apartándola de las demás casi con reverencia, encendiendo el escáner, poniéndolo a máxima resolución, esperando tembloroso a que la máquina hiciera su trabajo, contemplando el resultado en la pantalla, mirando casi sin atreverse a respirar aquellos rasgos que no podía apartar de su cabeza.

–¿Pero...?

Había llegado un momento en que todas las fotos que había encontrado por Internet, buscando siempre mujeres que le recordaran a Paula aunque fuera en un mohín, en una pose, en una mirada, ya no eran suficientes. Por la noche, solo en su despacho, con su mujer dormida unas habitaciones más allá, podía masturbarse contemplando esas imágenes, tratando de encajar sus recuerdos sobre Paula en ellas, intentando sobreponer en su cerebro a la Paula auténtica sobre las Paulas falsas que el monitor lanzaba a sus ojos. Pero ya no bastaba, ya no. La imaginación no era suficiente, y aquellas desconocidas que encontraba en la red congeladas en una pose eran un sustituto frustrante.

–¿No...?

No había nada que decir, sus preguntas eran inútiles. Y lo que su mujer buscaba eran respuestas, algo que él nunca había sabido dar. Aunque no, eso no era cierto, ella ya no buscaba respuesta alguna: todas estaban allí, en el monitor, comenzando para siempre a sonreír y entrecerrando los ojos para que un viento que no pasaría nunca no las molestara demasiado. ¿Qué buscaba, entonces?

–¿Qué buscas? –preguntó.

Vio cómo la pregunta la tomaba por sorpresa y, por un instante, saboreó aquello con la misma intensidad con la que saboreaba la reacción de los detenidos a sus interrogatorios interminables.

–Nada –respondió al fin su mujer–. En realidad lo que buscaba lo he encontrado aquí.

Sí*y* eso era cierto, sin la menor duda.

–¿Y ahora?

–Dios. No.., no haces nada, no reaccionas, no...

–¿Reaccionar? ¿Ante qué? ¿Cómo? ¿Por qué tengo que reaccionar? ¿Qué esperas que haga? ¿Para qué me has enseñado esto?

Ella agitó la cabeza, como si aquello pudiera impedir que las preguntas llegaran a sus oídos. Rodríguez no pudo evitarlo: el momento era demasiado dulce. Se acercó a ella, que seguía inmóvil excepto por su cabeza bamboleante, y empezó a susurrar más preguntas:

–¿Creías que me iba a echar a llorar? ¿Esperabas que suplicase? ¿Crees que has conseguido algo con esto? ¿Vas a dejarme? ¿Vas a matarme? ¿Vas a matarte? ¿Vas a seguir hurgando en mis cosas a ver qué más encuentras? ¿Por qué no miras en los armarios? ¿Por qué no buscas a ver si tengo más fotos suyas? ¿Por qué no

te arrastras y miras debajo de la cama? ¿Por qué no vas a espiarme a la comisaría? ¿Cuándo dejarás de mover la cabeza como si fueras idiota? ¿Crees que has conseguido algo? ¿Lo crees?

A cada pregunta se acercaba más a su rostro, con cada nueva interrogación el volumen de su voz descendía, hasta que el último «¿lo crees?» apenas fue audible para sí mismo. Entonces se detuvo y retrocedió dos pasos. La cabeza de ella dejó de menearse de un lado a otro, alzó la vista y lo miró.

–No te conozco –dijo. Y era evidente que articular cada palabra le estaba costando un esfuerzo enorme.

–¿No me conoces? ¿Acaso lo has intentado? ¿Te importa lo más mínimo?

–¡Basta!

–¿Deque?

–Deja de preguntar.

–¿Por qué?

–Por... favor...

–¿Me voy? ¿Es eso lo que quieres?

–No... yo... ¿Qué me estás haciendo? ¿Cómo hemos llegado a...?

–Aquí soy yo quien hace las preguntas, ¿está claro?

Ella retrocedió, como si la hubieran golpeado y, más que sentarse, cayó sobre la silla junto al ordenador. Él se acercó de nuevo, apoyó las manos en los brazos de la silla y aproximó su rostro al de ella.

–¿Crees que puedes negarte a hablar? ¿En serio piensas que no voy a poder sacarte la verdad?

–¿Q–q–qué...?

–¿No te he dicho que soy yo quién hace las preguntas? ¿Sabes que lo que has hecho podría considerarse un delito? ¿Te das cuenta de que has invadido la intimidad de otra persona? ¿Quién te crees que eres?

–N–n–n–o... no... por favor...

Volvió a echarse hacia atrás. Aquel interrogatorio ya no tenía sentido, comprendió de repente. Ya sabía cuanto necesitaba saber. Ella era culpable, tanto como cualquier chorizo, como cualquier violador, como cualquier asesino.

Salió del cuarto. En el salón se quitó la chaqueta y la dejó caer de un modo descuidado en cualquier parte. Abrió el mueble bar y se sirvió un buen trago de whisky. Con el vaso en la mano se sentó en el sofá y bebió a lentos sorbos, indiferente a los sollozos que llegaban del otro lado de la casa. Inspiró profundamente mientras repasaba los acontecimientos del día, centrándose en la imagen de Stevenson y Paula saliendo del callejón y pasando casi a su lado sin verlo. Recordó (y la imagen resultó tan nítida que casi era dolorosa) la forma en que ella caminaba: exultante, como si alguien acabara de hacerle un regalo esperado durante largo tiempo; él, por el contrario, parecía nervioso, indeciso, tímido. Los vio subir a la moto, esperó a que hubieran girado al final de la calle y echó a correr en dirección a su coche.

Al principio no había tenido problemas para seguirlos, pero luego los había perdido de vista en el mismo lugar que la noche anterior. Permaneció dando vueltas por allí varias horas, con la sensación incómoda de que estaban cerca, tanto que casi bastaba con extender el brazo en la dirección adecuada para dar con ellos, pero algo desorientaba sus sentidos, lo hacía girar hacia la derecha cuando debería hacerlo hacia la izquierda, lo obligaba a mirar en otra dirección, ocultaba lo que había frente a sus ojos. Sentía que había, de algún modo, un punto ciego en su visión, que tenía delante de sus mismas narices algo que debería ver pero no veía.

Al final, cansado y desorientado, había vuelto a casa.

¿Y para qué?

No lo engañaban sus lágrimas. Tarde o temprano se recuperaría de ellas y volvería a ser la mujer seca e implacable que había sido todos aquellos años. Tarde o temprano comprendería el arma que él, sin darse cuenta, había puesto en sus manos, y comenzaría a usarla.

Sacó la pistola de su funda. La miró largo rato en silencio, admirando el modo en que la luz se deslizaba por su superficie brillante, sobria, todo ángulos precisos y curvas necesarias. Extrajo el cargador y sacó de él una bala, un cohete diminuto, y por un instante no pudo evitar una sonrisa al pensar en dos astronautas minúsculos atrapados en la hermética cápsula espacial que era el proyectil. Volvió a introducir la bala en el cargador y éste en la pistola.

Amartilló el arma y se incorporó. Algo se quebró en su interior, hubo algo que se rompió para siempre y se sintió distinto, más consciente de sí mismo, seguro de lo que debía hacer. Su percepción se había vuelto cristalina. Salió del salón y caminó hacia el despacho, cada paso medido al milímetro, igual al siguiente, indistinguible del anterior.

Desde la puerta contempló a su mujer, que en esos momentos era poco más que un títere desmadejado con la cabeza gacha. Se acercó a ella, la tomó por la barbilla y la obligó a alzar el rostro. La desesperación empezaba a desvanecerse en sus ojos para ser sustituida por una terquedad que él conocía muy bien. En otro tiempo no habría sido capaz de aguantar esa mirada. Ahora, no apartó sus ojos de ella mientras introducía el cañón de la pistola en la boca de su mujer y oprimía el gatillo con suavidad.

–Este tío está muerto, Berkowitz.

Judith miró hacia donde le señalaba Shamir. Vito tenía los ojos cerrados y no parecía estar respirando. Se acercó al sacerdote, que tenía buena parte de la cabeza cubierta por un vendaje que estaba empezando a apestar. Éste abrió de repente el único ojo que tenía ahora y miró a Judith con una sonrisa desagradable.

–Sigo vivo, bruja.

Shamir se acercó al cura.

–Mejor que contengas la lengua, cristiano –dijo.

–¿Y si no?

Shamir no respondió. Dio media vuelta y se acercó a sus hombres.

–Has reunido un grupito encantador, querida –dijo Vito–, Y en tan poco tiempo, además. Es muy loable.

Ella decidió que era mejor no hacer caso de los intentos del sacerdote por sacarla de quicio. Cuando todo esto acabara... entonces podría hacerle tragar cada una de sus estúpidas palabras.

–Dijiste que sabías cómo sacarlo de su guarida –dijo, intentado que su voz sonara lo más neutra posible.

Vito asintió. Su percepción de las cosas nunca había sido tan clara. Cada movimiento de Judith era una revelación, una pieza de información vital. Sí, cada vez que movía una mano, entrecerraba los ojos o daba media vuelta estaba traicionándose a sí misma, sin saberlo, ignorante de que el menor de sus gestos y ademanes estaba siendo descifrado.

–Así es –dijo–. Pero ahora no está allí.

–¿Cómo lo sabes?

Una sonrisa de desprecio asomó al rostro de Vito. Una simple pregunta, y sin embargo revelaba tanto. ¡Ah!

–Lo que me sorprende es que tú no lo sepas. Mi Señor me ha dotado de ciertas... eh... habilidades. Creí que a ti también. En estos momentos Remiel no está en este mundo.

–Entonces está en su escondite.

–No. Lo notaría si fuera así. No sería capaz de dar con él, pero sabría que está en algún lugar aunque no tuviera acceso a él.

Dar tantas explicaciones resultaba agotador. Pero tenía sus compensaciones. Cada vez que decía algo que Judith ignoraba (y que sin embargo la bruja debería haber sabido! era como un pequeño orgasmo para Vito.

–Entonces, ¿ha escapado?

–No lo creo. Me lo habrían dicho. Volverá, más carde o más temprano. Entonces pasarán dos cosas. Se ocultará o no. Si no lo hace iremos a por él. Y si lo hace haremos que su guarida le resulte inútil.

A unos metros de ellos, y mientras fingía escuchar lo que hablaban sus hombres, Shamir no se perdía ni una palabra de lo que se decían Vito y Judith. Había recibido órdenes de ayudarla en cuanto pidiera, sin cuestionar sus decisiones y saltando tan alto y rápido como ella ¡e dijese. Las acataría, por supuesto, no le quedaba otro remedio, pero todo aquello no le gustaba nada. Fuera lo que fuera, aquellos dos estaban metidos en algún tipo de basura mística y eso siempre le ponía los pelos de punta. A lo largo de su servicio en el Mossad había conocido muchos tipos de fanáticos, pero los religiosos eran los peores de todos. Durante sus años de servicio a su país (y antes, sí, antes, aunque no quería recordarlo) había visto demasiado a menudo cómo mentes afiladas, agudas, brillantes perdían toda capacidad de pensamiento racional cada vez que la religión aparecía. Eran como... Sí, por qué no, ya que estaba en España el símil resultaba adecuado. Como don Quijote, hombre culto e inteligente, fino razonador y mejor conversador, hasta que los libros de caballerías aparecían en la conversación y el hombre perdía todo contacto con la realidad.

Si ella no fuera la hermana de quien era... *Claro, y si los ingleses no hubieran metido la pata hace cincuenta años las cosas serían muy distintas.* Lamentarse por lo que no tenía remedio siempre le había parecido una pérdida de tiempo. Y odiaba malgastar su tiempo.

En el aeropuerto apenas le echaron una mirada de rutina a su pasaporte y los rayos equis fueron incapaces de traspasar el doble fondo de su equipaje. Ya en la calle, entró en un taxi y con un español vacilante del que habían desaparecido todas las «eles» le indicó al conductor el lugar al que quería ir. El taxista no dejó de mirar hacia él por el retrovisor durante todo el viaje, pero eso no le importaba, estaba acostumbrado a los malos modales de los *gai–jin.*

Contuvo una sonrisa al pensar en lo ocurrido unos años atrás, durante una de sus misiones en Estados Unidos.

–Recuerda que aquí el *gai–jin* eres tú, amigo mío –le había dicho aquel policía de apellido impronunciable que le habían asignado como compañero.

Demasiado cortés para contradecirlo, había preferido permanecer callado y hacer un gesto con la cabeza que podía haber sido interpretado como un asentimiento. Pero, por supuesto, las palabras del otro eran estrictamente falsas. Un *gai–jin* era algo más que un extranjero: era un bárbaro. Y allá donde fuera, un habitante del país del sol nunca podía ser un bárbaro. En todo el mundo, lo sabía muy bien, solo había dos países civilizados: uno era la decadente y odiosa China; el otro, Japón. Más allá de sus fronteras sólo había caos y carencia de *giri.*

Los bárbaros de occidente podían pensar que habían vencido. Sí, sin duda creyeron haber alcanzado la victoria cuando, más de un siglo atrás, habían obligado al Mikado a abolir los clanes de samurais y los derechos feudales de los daimíos, cuando, según su torpe expresión, habían «atraído a Japón al concierto de las naciones modernas". Estúpidos, ciegos para los que, aquello que no sucedía frente a sus ojos, no tenía existencia.

El Japón secreto había nacido en aquel mismo instante, viviendo bajo la superficie, creciendo ante los mismos ojos de los occidentales sin que éstos fueran capaces de verlo. Habían fingido la derrota, se habían unido al enemigo y habían usado las herramientas de éste para vencerlo.

Pero de algún modo pensar en todo eso ya no lo satisfacía como había hecho. Desde el momento en que comprendió el modo en que Yoshí lo había traicionado, algo se había roto dentro de él y su pertenencia al Nihon secreto ya no le causaba el orgullo que debía.

El taxi lo dejó frente al hotel que había elegido: un lugar discreto y poco llamativo en el que había reservado una habitación a través de Internet. Se identificó en la recepción, recogió la llave y subió a su cuarto.

Siempre lo sorprendía la cantidad de espacio que derrochaban aquellos bárbaros, el modo en que incluso un hotel de categoría modesta como aquél contaba con un equipamiento sorprendentemente lujoso. Claro que ellos tenían todo el espacio que deseaban: podían permitirse el lujo de malgastado.

Tomó un baño en una bañera en la que casi podía estirarse por completo, y se dejó adormecer poco a poco por el agua casi hirviendo, mientras sus poros se abrían, sus músculos se relajaban y el cansancio del viaje desaparecía como si nunca hubiera estado allí. Tomar aire parecía un gasto inútil, un esfuerzo sin sentido, y su respiración fue volviéndose cada vez más lenta, su pecho subiendo y bajando a un ritmo tan imperceptible que sólo un observador atento lo habría notado.

Respiró una última vez, controlando el *tempo* con el mismo virtuosismo que un músico experto, como si su cuerpo, sus pulmones, fueran el más delicado de los instrumentos y todo dependiera de arrancarles una única

nota en el momento preciso. Luego, se dejó deslizar, el agua abrazó su rostro con una glotonería cálida y desganada, cerró los ojos y se encogió en posición casi fetal dentro de la bañera.

Estaba solo. Flotaba solo en mitad de ninguna parte, y a su mente no asomaba pensamiento alguno, sólo una languidez plácida, serena, sólo una oscuridad blanca y tranquila por la que deslizarse era la mejor de las muertes.

Sintió (pero ¿lo sentía él?, y en todo caso ¿quién era él?) que una nada más densa irrumpía en mitad de la nada en la que estaba flotando, una figura hecha de fría determinación y resuelta implacabilidad, la misma figura que, una y otra vez, había frustrado todos sus intentos de desvanecerse en la muerte y lo había obligado a seguir girando en la rueda interminable y agoradora del mundo.

No había palabras. No las necesitaba. Un torrente de información llenó el espacio frente a él y supo con total precisión lo que debía hacer, hacia dónde debía encaminar sus pasos y qué era, exactamente, lo que tenía que esperar. Luego, aquella figura que no era nada pero le impedía disiparse en la nada desapareció y, poco a poco, volvió a ser consciente de su cuerpo, el agua caliente rodeándole, el tacto suave de la bañera contra sus nalgas. Emergió con lentitud, cada movimiento tan preciso y fluido que no parecía deliberado. Parpadeó y al principio la luz fue una herida intensa contra sus ojos.

Salió de la bañera y se secó. Entró en el dormitorio y se tumbó sobre la cama sin deshacer, desnudo y tranquilo. Sabía lo que tenía que hacer y, lo más importante, cuándo y cómo. Ahora todo era cuestión de esperar.

Partida de rescate

–Van a atacarme –dijo Remiel–. No sé cuándo, ni dónde, pero van a hacerlo. Fallaron en su primer intento, así que esta vez serán más cuidadosos.

Paula contempló el jardín espectral que rodeaba la casa. Había algo en aquel paisaje que le producía escalofríos, algo torcido, equivocado. Al principio no supo identificarlo, hasta que de pronto se dio cuenta de que faltaba algo, como si el zumbido de los insectos nocturnos estuviera siempre a punto de iniciarse, pero no lo hiciera jamás.

–Pero aquí no te encontrarán, ¿verdad? –preguntó.

–Ojalá fuera tan sencillo –dijo Remiel.

Se tumbó sobre la hierba y cruzó las manos tras su cabeza.

–Éste es un momento robado. Un hueco entre dos instantes. Es un truco que aprendí hace mucho tiempo: crear tu propio universo de bolsillo robándole un tic al reloj. Es difícil de encontrar: difícil si no lo buscas y más difícil aún si lo haces. Pero no es una fortaleza inexpugnable. Tal cosa no existe. Hay maneras de hacer que este recodo vuelva al flujo principal del tiempo.

–Ya veo –dijo Paula, sentándose a su lado.

Desde su vuelta del pozo, Remiel había cambiado. Parecía inseguro, incluso tímido, como si en lugar de llevar cuatro mil años en el mundo, hubiera llegado ayer y no estuviera seguro de qué camino emprender, cómo' comportarse o hacia dónde mirar. Y al mismo tiempo daba la impresión de encontrarse a gusto, relajado, sin preocupaciones, como si se hubiera aceptado a sí mismo después de una larga lucha.

–¿Y qué vamos a hacer?

–No losé. –Resultaba extraño oírlo decir eso. En todos sus recuerdos de vidas pasadas, pocas veces Remiel había reconocido carecer de respuestas–. Si lo que quieren es acabar conmigo, tarde o temprano lo conseguirán. No soy omnipotente. Puedo sobrevivir a unos cuantos ataques, pero ellos pueden seguir lanzando contra mí hordas de fanáticos sin miedo a que se les acaben. –Sonrió–. Al fin y al cabo, tienen material más que de sobra.

Paula trató de no pensar en lo que implicaban las palabras de Remiel. Trató de no pensar en su muerte. Trató de no pensar en la posibilidad de perderlo para no volver a encontrarlo más, ni en esta vida ni en las siguientes. Fracasó.

–Hay algo que no entiendo –dijo, sin embargo, en un tono de voz que rebosaba autocontrol–. ¿Por qué no hacen ellos mismo el trabajo?

Remiel se incorporó, con la sonrisa todavía medio atravesada en la boca.

–¿Hacerlo ellos mismos? ¿Mancharse con la carne? No, eso jamás. Sería un doble crimen. Se volverían impuros. Y cometerían el mismo pecado del que nos acusan a Shamael y a mí: involucrarse, interferir.

–¿Qué? –Pauta pareció verdaderamente escandalizada–. ¿Y qué se supone que están haciendo ahora?

Remiel alzó un dedo. Recorrió con él la línea firme y decidida del mentón de Paula. Se detuvo en aquellos delgados labios que parecían haber sido tallados a fuego en su rostro. Era tan terca, tan dura y al mismo tiempo tan frágil... Había cambiado mucho en el último día, a medida que los recuerdos de vidas pasadas iban encajando dentro de su memoria. Pero en lo básico seguía siendo la mujer solitaria, tozuda y tierna que recordaba. Y seguía negándose a aceptar que los demás no vieran lo mismo que ella.

–Desde su punto de vista –dijo–, sólo están corrigiendo lo que está torcido. Y lo están haciendo provocando la menor interferencia posible. Convencen, engañan o persuaden para que otros hagan el trabajo necesario. Y, sobre todo, y esto es importante, para que lo hagan por su propia voluntad. El libre albedrío humano es sagrado para ellos: pueden manipularlo o retorcerlo, pero no suprimirlo, no pueden obligar a nadie a que sea su marioneta, pero pueden convencerlo de que se les ofrezca voluntario para ser su instrumento.

Paula meneó la cabeza. Para ella, todo lo que acababa de decirle Remiel sólo significaba una cosa: sus antiguos compañeros no eran más que una pandilla de hipócritas. En cualquier caso, lo cierto era que no parecía que tuvieran muchas opciones. Tarde o temprano alguno de los intentos tendría éxito y Remiel moriría, eso era inevitable.

Rechinó los dientes. El concepto mismo de «inevitable» hacía que se le revolvieran las tripas. No existía nada así, siempre había opciones, de un modo u otro siempre había alternativas. Sólo era cuestión de dar con ellas. Se daba cuenta de que esa forma de pensar era ingenua, casi infantil, aquella terca esperanza de que, como fuera, siempre había una salida, siempre se podía evitar la derrota, negociar, continuar un día más, aplazar, fintar, engañar, retirarse... seguir vivo, de cualquier modo y a cualquier precio. Pero pese a todo no podía evitarlo: por desesperada que fuera la situación sentía, en lo más hondo de sus entrañas, que había alguna manera de huir de lo «inevitable». De pronto una chispa de esperanza asomó a sus ojos.

–Quizá lo que debemos hacer es obligarlos a que se involucren –dijo, casi sin pensar.

Un destello de interés asomó a los ojos de Remiel.

–Hummm. Quizá. Pero ¿cómo?

–No lo sé. Eres tú quien los conoce. Yo ni siquiera estoy segura de qué son, mucho menos de lo que los hace moverse.

Paula seguía sentada en el suelo. Remiel retiró su mano de la cara de ella, pero siguió mirándola, contemplando aquel rostro serio y terco bañado por la luz fría de la luna. De algún modo estúpido sintió que amaba a aquella Paula más que a las anteriores, que de alguna manera que no podía explicarse era aquel rostro, precisamente aquél y ninguno de los que poseyera anteriormente, lo que hacía que la idea de la muerte le resultara inaceptable. Porque, pese a sus palabras, pese a la tácita admisión de lo inevitable que había habido en ellas, no quería morir. Aún no. Quizá nunca. Pero desde luego no ahora.

–Son como son porque han sido creados así –dijo–. No pueden comportarse de otro modo.

–Bueno, eso puedes decirlo de cualquiera.

–Pero no del mismo modo. Vosotros podéis... escapar, crecer más allá de vuestros límites. No siempre lo hacéis. Demonios, no lo hacéis casi nunca. Pero al menos tenéis la capacidad, la posibilidad. En cambio, nosotros... ellos son lo que son. Nada más.

–¿Y adonde nos lleva eso? –preguntó Paula mientras se incorporaba.

Remiel no pudo evitar contener la respiración ante la visión de aquel cuerpo menudo y delicioso, erguido frente a él; aquellos ojos azules que brillaban felinos en las sombras; la suave precisión con la que los pantalones vaqueros se ajustaban a sus caderas. Sabía que era estúpido: a lo largo de su vida la había visto encarnada en cientos, miles de cuerpos, y algunos de ellos habían sido voluptuosos hasta la locura. Y sin embargo, era aquella apariencia concreta, menuda y frágil, dura y afilada, la que hacía que la garganta se le secara y la idea de desaparecer fuera una tortura.

–No lo sé –dijo, tratando de sonar indiferente, tranquilo, en calma–. Quizá a ningún sitio. Puede que a muchos. Tengo que pensar sobre lo que has dicho. Aún no sé cómo, pero la idea puede funcionar: atraerlos hasta aquí, obligarlos a que se ensucien las manos. Pero mientras tanto hay otras cosas que urgen. No puedo consentir que el resto de las personas que me preocupan sufran la misma suerte que Carlos, que las usen también como cebos para atraerme. Tenemos que hacer que Luisa y Sara estén a salvo.

Remiel trató de no hacer caso del fruncimiento de ceño de Paula al oír mencionar a Luisa. Incluso en los momentos en que se habían llevado mejor, la amistad entre las dos mujeres había sido siempre incómoda, tensa. Y en aquella encarnación concreta no parecía que fueran a convertirse precisamente en grandes amigas.

–Como he dicho, este lugar no es inexpugnable, pero es lo más cercano a un refugio que tenemos. Y en cualquier caso, todos estaréis más seguros a mi lado. Si vienen a por mí, nos encontrarán a todos, pero sólo me matarán a mí. Eso creo.

Para su sorpresa, Paula se encontró con que estaba más de acuerdo con Luisa que con él. No tenía muy claro que ocultarse en aquel lugar fuera a servir de gran cosa, al menos a largo plazo. Pese a todo, asintió a las palabras de Remiel.

Éste le hizo un gesto con la cabeza y echó a andar hacia la cancela del jardín.

–Espera –dijo ella–. No puedes hacer eso. Si sales te detectarán.

–Así es. Pero será por poco tiempo. Es un riesgo calculado.

Ella negó con la cabeza.

–Ya te arriesgaste lo suficiente esta mañana yendo al pozo. Quédate. Yo las traeré.

Pareció que él iba a decir que no.

–De acuerdo –accedió al fin a regañadientes–. Ten cuidado. Y no te entretengas. A estas horas deberías encontrarlas en el parque.

Le tendió las llaves de la moto. Ella las cogió, le dio un beso y salió del jardín. Remiel permaneció largo rato con la vista clavada en el lugar por donde había desaparecido Paula. Al fin, dio media vuelta y echó a andar por el jardín.

Todo estaba igual a como había estado siempre, idéntico al momento en que había decidido robar la casa al tiempo y mantenerla encerrada para siempre en su recodo de bolsillo; un refugio, un escondite, un lugar en el que estar solo y a donde el mundo no pudiera llegar. Y por primera vez, nada de todo aquello lo satisfacía. La casa no era más que un armazón vacío, sin personalidad, sin esa pátina de desgaste y decrepitud que permitía considerarla un hogar. El jardín, un trozo de naturaleza robada, domesticada y petrificada para siempre en el mismo instante.

No he vivido, pensó con amargura. *En estos cuatro milanos apenas se puede decir que he vivido. He pasado por el mundo sin dejar huella, obsesionado por no dejarla, por borrar todo rastro que pudiera alertar a los demás de mi presencia.*

Sabía que aquello no era del todo cierto. Para un grupo de personas él era una constante en sus vidas, un elemento vital en su existencia. Pero fuera de ellos era como si el mundo no importara, no existiera. E incluso para aquellos individuos que habían llegado a conocerlo y apreciarlo...

Sí , hasta para ellos he sido un intruso, alguien ajeno. Incluso para Paula.

No, no era verdad. Y sin embargo, en cierta retorcida forma, sí lo era. Sabía que Paula le preguntaría tarde o temprano por qué nunca, en ninguno de sus encuentros anteriores (y en algunos habían pasado juntos varias décadas) habían tenido descendencia. Si no otra cosa, eso, por encima de todo, le revelaba que jamás se había comprometido del todo con su humanidad prestada.

En cierto modo sentía que había perdido el tiempo, que había derrochado cuatro mil años en una impostura. Y sentía también que el tiempo que tenía por delante quizá no le alcanzase para remediarlo.

No *me gusta Luisa*, pensaba Paula una y otra vez mientras bajaba a la ciudad, tratando de controlar aquel gigante mecánico sobre dos ruedas que no le inspiraba ninguna confianza. No *me gusta Luisa*, pensaba, ignorante del automóvil a sus espaldas, desconocedora del gesto ansioso de Rodríguez tras el volante, siguiéndola sin que pareciera hacerlo, pegándose a su estela como una rémora a un tiburón. *No me gusta Luisa*, pensaba mientras llegaba al parque, detenía la moto y se bajaba de ella.

Hacía un día desapacible. La temperatura descendía rápidamente y el cielo se oscurecía más a cada segundo. Se acercaba una tormenta. Paula evitó apenas un escalofrío y se arrebujó en su chaqueta, tratando de no hacer caso de sus pies helados después del viaje. Echó a andar hacia el parque, dudando a cada paso de encontrar allí a la niña. Ni siquiera una madre tan desnaturalizada como Clarita sería capaz de dejar a su hija sola en el parque en un día como aquél.

En efecto, Sara no estaba sentada en la arena, trazando arabescos con un palo. El parque estaba prácticamente desierto. Durante unos instantes, Paula se sintió aliviada, sólo para maldecir inmediatamente entre dientes.

¿Qué hago ahora? ¿Me acerco a casa de Estuardo y le digo que quiero llevarme a la niña?

Por primera vez desde la noche en que había muerto Carlos recordó lo que era ella, o al menos lo que había sido hasta entonces.

Soy policía. Hago cumplir la ley, no la infrinjo.

Y allí estaba ahora, preguntándose sobre la mejor forma de secuestrar a una niña y, sobre todo, sin sentirse incómoda con la idea. Tenía !a sensación, por encima de cualquier otra, de que estaba haciendo lo correcto. No, se corrigió, tai vez no lo correcto, pero sin duda sí lo que debía. Remiel tenía razón: Sara y Luisa (torció apenas el gesto) corrían el mismo peligro que Carlos había corrido. Tenían que ponerlas a salvo.

Y acudir a sus compañeros estaba fuera de lugar. Demasiadas explicaciones, demasiadas preguntas para las que ella no tenía respuesta, al menos ninguna que pudieran creer.

A la mierda. Estoy haciendo lo que debo. O lo haré si consigo encontrarlas.

Pataleó contra el suelo para calentar los pies y miró a su alrededor. Era la única persona que había en todo el parque, y si seguía allí mucho más tiempo las palomas acabarían tomándola por una estatua y le cagarían encima. Allí no tenía nada que hacer. Tendría que acercarse a casa de Estuardo y, de algún modo, apañárselas para ver a Sara. En cuanto a Luisa *(brrr)* no tenía ni idea de dónde encontrarla ni cómo.

Mierda.

–¿Llevas mucho esperando?

Se volvió. Allí estaba Luisa, con Sara agarrada a su mano. Al contrario que ella, estaban bastante bien abrigadas para el día que hacía.

–Lo siento. La niña necesitaba ir al servicio –dijo Luisa–. De haber sabido que ibas a llegar tan pronto te habríamos esperado.

–Vengo a llevaros con Remiel –dijo Paula, con demasiado frío para molestarse por la pose de seguridad de Luisa–, Cree que no estáis seguras aquí fuera.

–Seguramente no lo estemos en ningún sitio. Y ya se lo dije a Remiel ayer: no tengo muy claro que su casa sea menos insegura que otros lugares.

Paula contuvo una maldición. Pese a que se sentía tentada a estar de acuerdo con Luisa, la actitud de la otra mujer le hacía rechinar los dientes.

–Mira, nos ponemos místicas en otro momento, ¿de acuerdo? Se me está helando el culo y tengo ganas de largarme de aquí. –Se dio cuenta entonces de que las tres no podían ir en la moto–. Mierda, no sé cómo...

–He traído el coche.

–De acuerdo, seguidme.

El automóvil de Luisa estaba aparcado no muy lejos de la moto. Paula esperó a que subieran a él antes de girar el contacto, y en ese preciso instante tuvo la sensación de que alguien la estaba observando. Miró a su alrededor, sin ver nada, hasta que sus ojos se posaron en un Opel que había visto días mejores. Forzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Rodríguez.

Mierda.

Apagó la moto y se acercó al coche de Luisa. Esperó a que bajara la ventanilla.

–Id vosotras. Tengo algo que hacer.

Luisa dudó unos instantes.

–De acuerdo –dijo al fin.

Paula asintió y echó a andar hacia Rodríguez. Éste la vio llegar y se bajó del coche. Había algo extraño en su mirada, una cierta determinación sombría que Paula nunca había visto en sus ojos.

–¿ Qué haces aquí? –le preguntó.

Rodríguez reculó, como si lo hubieran golpeado.

–Podría preguntarte lo mismo.

–Estoy de vacaciones, ¿recuerdas?

–¿Y esas vacaciones incluían una noche de juerga en el bar de Stevenson? ¿O es que ha abierto una sucursal de la Adoración Nocturna?

–¿Me has estado siguiendo?

La hostilidad en la voz de Paula lo pilló por sorpresa. Pareció dolido unos instantes. Respiró hondo y dijo:

–Me tenías preocupado.

Como si le costara un esfuerzo terrible, añadió:

–Lo siento.

Aquello tuvo la virtud de desarmar por completo a Paula. Toda beligerancia desapareció, no sólo de su voz, sino de su lenguaje corporal. Le resultaba difícil enfadarse con Rodríguez, la había sacado de demasiados apuros a lo largo de los años, la había ayudado demasiadas veces, habían compartido demasiadas cosas en el trabajo. Y sobre todo (aquella molesta vocecita no se callaba) en el fondo Rodríguez tenía razón. Tenía motivos de sobra para estar preocupado.

–No, no lo sientas –dijo al fin–. Soy yo quien debería sentirlo.

Lo miró a los ojos. Había algo raro en ellos, como si algo se hubiera quebrado dentro de Rodríguez, como si de pronto hubiera llegado a una encrucijada en su vida y hubiera tomado un rumbo inesperado. Por primera vez en su vida sintió que su compañero le estaba ocultando algo, de forma fría, consciente y deliberada.

Claro que sí. Todos ocultamos algo a los demás. Es normal.

Pero no era eso, sabía que no era eso, sino algo más oscuro. Sin embargo, aquella sensación pasó tan rápido como había llegado y de nuevo tenía frente a ella al confiable Rodríguez, paternal, preguntón e inseguro.

–No te puedo contar lo que ocurre. No me creerías. Yo misma no me lo creo a veces. Pero no he hecho nada malo. Eso sí es cierto.

–¿Nada malo? –Rodríguez sonrió con tristeza–. Es curioso, no has dicho «nada ilegal», sino «nada malo».

–Así es.

–Comprendo. Eso creo. Supongo entonces que esos curas tenían algo que ver con los japoneses del otro día. Y que también iban a por Stevenson.

–Sí. Algo parecido.

–¿Y el chico? ¿El camarero?

–Rodríguez, por favor. No tengo tiempo, ahora no.

Miró al cielo, la tormenta estaba a punto de descargar, y si no se iba ahora, la pillaría en mitad de la carretera.

–Sé que es difícil, pero debes confiar en mí, por favor. Nunca te he fallado, ¿no es cierto? Y no voy a empezar ahora, te lo aseguro. Dame unos días. Todo habrá acabado entonces –en realidad no estaba muy segura de eso–, y podré contarte lo que ha pasado... al menos parte de ello, la parte que puedas.., –¿que pudiera qué?, ¿creer?–. Por favor, confía en mí.

Rodríguez no dijo nada. Sólo asintió.

–Será mejor que te vayas –dijo al cabo de un rato–. Va a caer una buena. Y ese cacharro no parece muy fiable –añadió señalando a la moto.

Paula se relajó y sólo entonces se dio cuenta de lo agarrotada que había estado durante toda la conversación.

–Gracias –dijo.

Miró a Rodríguez y por primera vez desde que se conocían se sintió asaltada por una intensa sensación de ternura. Dio un paso hacia él, y sólo cuando lo hacía comprendió que iba a besarlo. Como si le hubiera leído el pensamiento, Rodríguez retrocedió.

–Será mejor que te vayas. Vamos.

El momento pasó y entre los dos sólo había incomodidad.

–Nos vemos –dijo Paula, antes de dar media vuelta y echar a andar hacia la moto.

–Seguro que sí –murmuró Rodríguez–. Antes de lo que crees.

El tiempo se estiró. Y antes de que fuera perceptible, volvió a enroscarse alrededor de la casa. El coche de Luisa cruzó el camino de grava y se detuvo junto a Remiel.

–¿Dónde está Paula?

Luisa intercambió una mirada con la niña.

–No tardará. Encontró a alguien mientras iba a buscarnos. Otro policía, creo.

Remiel asintió. Seguramente su compañero, el de las preguntas interminables. Eso no le hizo sentirse mejor: aquel hombre no le gustaba, no le había gustado desde el mismo momento en que lo viera, en la sala de interrogatorios, lanzando al aire sus inútiles cuestiones, construyendo una fortaleza tras ellas.

–¿Y la habéis dejado sola? Se supone que...

Luisa se bajó del coche y miró a Remiel con algo muy parecido a la diversión en sus ojos ligeramente rasgados.

–Tranquilo, Remiel. No le va a pasar nada. No está en peligro.

Probablemente Luisa tenía razón, pero eso no le sirvió de mucho a Remiel. Se sentía como un gato acosado, y no paraba de moverse por el jardín.

–Nunca te había visto así –dijo Luisa.

–Es la primera vez que puedo estar a punto de morir –respondió él–. No es una situación a la que esté acostumbrado.

–No –dijo Sara, echando a andar hacia él.

Llegó a su lado y extendió los brazos, en un gesto mudo pero claro. Remiel la aupó y ella le miró a los ojos largo rato.

–Lo has hecho. –Se volvió a Luisa–. Lo ha hecho –repitió.

–¿El qué he hecho?

La niña chasqueó la lengua.

–No juegues conmigo. Lo has hecho.

Luisa llegó junto a ellos.

–Vaya, nunca pensé que...

–¿De qué estáis hablando? ¿Qué se supone que he hecho?

Sara pareció disgustada, le hizo a Remiel un gesto para que la dejara en el suelo. Él posó a la niña.

–No sé por qué no quieres decírnoslo. No es nada malo.

Remiel parecía realmente perplejo.

–De verdad, no sé de qué habláis.

Luisa lo escrutó largo rato. Terminó sonriendo.

–Es cierto –dijo–. No lo sabes. Pero lo has hecho.

–Maldita sea –dijo Remiel–, ¿queréis explicarme qué...?

En ese momento el tirabuzón de tiempo en el que estaban regresó a la corriente principal, dejó pasar una moto y volvió a enroscarse sobre sí mismo.

Paula se detuvo junto a ellos. Estaba completamente empapada.

–¿Estás bien? –preguntó Remiel.

En su voz había algo más que preocupación: rebosaba auténtica ansia.

–Sí, claro –contestó Paula, sonriendo a medias–. En cuanto me cambie de ropa y haya tomado algo caliente. Tranquilo.

De pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo, las tres mujeres intercambiaron una mirada perpleja. Casi a la vez preguntaron:

–¿Qué te pasa?

Remiel alzó las manos, en un gesto de inocencia que lo hizo parecer extrañamente desvalido.

–No lo sé –dijo.

«Tempus frangit»

–No, no puedes pedirme que haga eso.

Vito estaba disfrutando, pero mantuvo su rostro impasible mientras Shamir y Judith discutían. Era consciente de que la situación podía forzar más allá de los límites al agente del Mossad y, aunque eso sin duda le habría agradado, también podía arruinar sus planes. En aquellos momentos lo que Importaba era que Shamir accediera a lo que Judith le estaba pidiendo: que además lo colocara en una situación casi insostenible era tan sólo un extra.

–No te lo estoy pidiendo, David. Es una orden. Debe hacerse y hay que hacerlo ya.

Los ojos de Shamir se entrecerraron, tratando de calibrar hasta dónde podía llegar con Judith, hasta qué punto era flexible, cuál era el terreno a partir del que ya no retrocedería.

–Son mis hombres –dijo–. Y me estás diciendo que debo convertir a uno de ellos en... ¿en qué? ¿En un carnero sacrificial?

–Si quieres verlo así–respondió ella–... No es la primera vez que Dios nos pide sacrificar a nuestros propios hijos. Y no siempre nos ha librado de la carga en el último momento.

Shamir negó con la cabeza. Su relación con la religión de sus antepasados era más que ambivalente. Una parte de él, una parte racional y práctica, la parte que, cuando pensaba en ello, definía como su verdadero yo, la veía como un cúmulo de supersticiones mal ensambladas que sólo era útil por su eficacia para dar a su pueblo conciencia de su identidad como nación. Por lo demás era, al igual que todas las religiones, un artefacto incómodo que a menudo causaba más problemas de los que resolvía. Pero sabía bien (aunque procuraba no pensar mucho en ello) que dentro de él también había un animal irracional y asustado, supersticioso y fanático que era incapaz de pronunciar (ni siquiera para sí mismo) el verdadero nombre del dios de sus padres o de ingerir alimentos que no fueran *kosher*. Generalmente era consciente de que aquello no eran más que prejuicios estúpidos a los que su cuerpo se había acostumbrado, pero también era cierto que a lo largo de su vida había visto las suficientes cosas inexplicables para que hubiera siempre presente un molesto resquicio de duda.

Y la propia Judith era una de esas cosas.

–Has recibido tus órdenes, ¿no es así? –le decía ella ahora–. Estoy a cargo de la misión y mis decisiones no deben discutirse.

–Sí, pero...

–¿Pero?

Parecía tranquila, como si tuviera todo el tiempo del mundo para discutir con él, pero Shamir no se dejaba engañar: estaba a punto de estallar y, desde luego, eso era algo que no quería ver. Trató de llegar a un compromiso.

–No tiene por qué ser uno de los nuestros. Podemos –no le gustaba lo que iba a decir pero las situaciones desesperadas exigían soluciones desesperadas– usar un gentil. Uno cualquiera.

Ese maldito sacerdote, por ejemplo, pensó. Vio cómo Judith volvía la cabeza e intercambiaba una mirada con Vito.

–No, David, lo siento. –Sonaba sincera, pero también implacable–. Para que funcione debe ser uno de los nuestros. De lo contrario resultaría demasiado débil.

–Por el amor de Dios, mujer...

–Exactamente por eso, David.

Dio media vuelta y lo dejó solo. La maldita lo conocía bien: había empujado hasta donde podía, y ahora lo dejaba allí, cociéndose en sus pensamientos, permitiendo que él mismo hiciera el resto del trabajo.

No tenía salida, y lo sabía. Llevaba toda la vida luchando por Israel, defendiéndola de sus enemigos, defendiéndola de sí misma cuando era necesario. Y ya no podía volverse atrás. Por terrible que fuera lo que Judith le estaba pidiendo, lo haría, como había hecho tantas otras veces cosas igualmente terribles. La lógica y la experiencia le decían que no tenía otro remedio, que el bien de su pueblo estaba por encima de consideraciones personales, por encima de su propia conciencia o su tranquilidad de ánimo. Pero una parte dentro de su mente, una parte minúscula pero que empezaba a ganar terreno con sorprendente velocidad, se revolvía inquieta, susurraba la palabra «pecado una y otra vez y no lo dejaba descansar tranquilo.

Se sentó y encendió un cigarrillo. Repasó mentalmente a sus hombres, uno por uno, recapitulando sus rasgos, tratando de encontrar algo en alguno de ellos que lo hiciera merecedor de una muerte sin sentido, algún gesto, por nimio que fuera, que le hiciese sentirse mejor con la idea de ajusticiarlo. No lo encontró. Eran un buen grupo, él mismo los había entrenado, había compartido con ellos lo bueno y lo malo y, en cierto modo, eran lo más parecido a una familia que jamás llegaría a tener. Y ahora tendría que elegir uno para el sacrificio. Y, desde luego, estaba seguro de que ninguna voz le indicaría un sustituto atrapado entre las zarzas, nadie impediría la muerte de su hijo en el último momento.

¿Cuál de ellos? Ninguno, pero tenía que elegir a uno. Podía inhibirse, claro, dejar que el azar se encargase de la elección, pero eso no sería justo. No seria justo para ellos y, desde luego, no lo sería para él. Estaba dispuesto a hacer lo necesario por su país, pero eso de nada servía si no estaba dispuesto también a pagar el precio por sus actos. Así que elegiría a uno de sus hombres y lo condenaría a muerte. Y que Dios, si es que tal cosa existía, lo perdonase.

Remiel oía hablar a las mujeres en el salón. Era consciente del antagonismo cada vez mayor entre Paula y Luisa, y sabía que tarde o temprano tendría que salir y poner las cosas en claro. Pero no, todavía no. No lograba seguir del todo la conversación, aunque captaba lo suficiente para saber que Luisa le estaba explicando a Paula cómo se las había apañado para que Clarita dejara a Sara a su cargo. Bueno, no era ninguna novedad que Luisa podía ser tremendamente persuasiva cuando se lo proponía.

Nunca se habían gustado demasiado la una a la otra, Remiel lo sabía muy bien, lo recordaba a la perfección. Para sobrevivir, para mantener la cordura a lo largo de sus vidas, Luisa había construido a su alrededor una coraza de seguridad infranqueable que, a menudo y a la vista de los demás, derivaba en una arrogancia tranquila e insufrible. Paula, para quien la altanería era el mayor de los pecados, reaccionaba ante Luisa como si cada gesto, cada palabra o cada sonrisa fuera un ataque personal. Al menos en las vidas en las que se habían conocido desde niñas se las habían apañado para llegar a un incómodo compromiso, una tregua difícil en la que cada una podía confiar en la otra. Evidentemente, ése no era el caso ahora.

Dejó de prestar atención a lo que se decía en la otra sala. Tumbado en la cama (completamente desnudo, los ojos cerrados, la habitación en penumbra, su respiración convirtiéndose lentamente en un descenso desapacible), se internaba en su propia mente, la recorría, palpaba su textura y su sabor y se preguntaba qué le estaba pasando.

Y se respondía.

Y no se escuchaba.

Una y otra vez su mente formulaba la pregunta. Una y otra vez la respuesta acudía a él, clara, precisa y definitiva. Y una y otra vez la rechazaba, se decía a sí mismo que era demasiado obvia, demasiado simple.

Pero la pregunta seguía allí. Y también su respuesta.

Y en el salón, las dos mujeres se miraban con hostilidad. Y en medio de ellas la niña se sentía cada vez más desamparada.

La pregunta, una y otra vez. Sólo una respuesta.

Sus enemigos se organizaban, se preparaban para hacer visible su refugio, se frotaban las manos con anticipación esperando y planeando su muerte.

¿Qué le estaba pasando? Y de entre todas las posibles respuestas sólo una brillaba con el resplandor torvo de la verdad.

En su vastísimo territorio de pesadumbre, Shamael organizaba sus fuerzas y rezaba (¿rezaba ?) para que el tiempo le alcanzara y su línea de defensa resistiera los embates del enemigo.

Y en lo único en lo que podía pensar Remiel era en lo que le estaba ocurriendo. Y por más que quisiera no hacer caso de la respuesta que él mismo se daba, no podía evitar sentirla como cierta.

A lo lejos el cielo se partió en dos y un relámpago iluminó la habitación.

Rodríguez llevaba allí cerca de una hora, fumando un cigarrillo tras otro, escuchando impávido cómo la lluvia se convertía en una amenaza contra el techo de su automóvil, con la mirada fija en un recodo de la carretera que ocultaba... ¿qué?

No había necesitado seguir a Paula para llegar hasta allí. Recordaba perfectamente el camino. Y sabía, con total precisión, cuál era el lugar en el que sus sentidos se confundían y de pronto el mundo lo esquivaba para siempre. Sus ojos podían decirle que aquello no era más que un seto, anodino, mal cuidado, polvoriento. El vértigo en sus oídos lo avisaba de que no era cierto, de que, de algún modo que no podía describir, el mundo se había plegado, ocultando a Stevenson y a Paula y apartándolos de su vista.

No podía entrar. Lo había comprobado. Cuanto más se acercaba, cuanto más próximo estaba a aquel umbral que no podía ver pero sentía en sus tripas, el vértigo se convertía en una pesadilla, y el universo entero

daba vueltas a su alrededor. Apretaba los dientes, cerraba los ojos y, pese a todo, seguía caminando, sólo para encontrarse otra vez en el coche, sin saber en qué momento había dado media vuelta y desandado sus pasos.

De acuerdo, se dijo. De acuerdo, masculló. De acuerdo, gruñó. Si no puedo entrar esperaré. En algún momento (hoy, mañana, dentro de un año) tendrán que salir. Y estaré esperando.

En el cielo brilló un relámpago. Rodríguez vio entonces una casa que no había estado allí un momento antes. Tenía miedo de parpadear, miedo de que si cerraba los ojos, aunque fuera menos de un instante, la casa desapareciera. Hubo otro relámpago y, a su pesar, parpadeó.

La casa seguía allí.

El universo era como un jardín zen. Cada acto, cada movimiento, hasta los pensamientos no expresados creaban ondas a tu alrededor que alertaban al resto de tu paso, que indicaban tu rastro. Cada paso que dabas, cada promesa que rompías, cada sonrisa que fingías no eran más que líneas en la arena, traicionando tu presencia a ojos observadores. Incluso la inacción resultaba inútil: la ausencia de un rastro a menudo resultaba tan reveladora como su presencia.

Por supuesto, no todos podían ver las ondas, no todo el mundo podía seguir las líneas y recorrer el camino hasta la piedra que las había generado. Así, la mayoría vivían en una feliz ignorancia, desconocedores de la delicada tracería de fuerzas, de la invisible malla de señales que había a su alrededor.

Para él aquella casa destacaba nítida en medio de las demás: había un rastro claro y evidente desde el lugar donde había muerto su hermano hasta aquel caserón aparentemente deshabitado, como si el aire mismo torciera en su dirección desviado por canales invisibles que, sin embargo, para él brillaban nítidos como señales de aviso en una autopista transitada.

A su espalda, el parque se iba vaciando con rapidez, a medida que el tiempo empeoraba y el suelo se convertía en un barrizal de color claro y aspecto malsano. La luz del día moría rápidamente, apagándose en una rápida agonía que convertía la media tarde en una noche precoz. El alumbrado público se encendía, los coches conectaban sus faros. Y la casa frente a él seguía a oscuras, cuidadosamente disfrazada de abandono.

La lluvia empapaba su pelo y había convertido su gabardina en un aditamento inútil. Algún transeúnte con prisas se detenía apenas a mirado y parecía considerar por unos instantes la posibilidad de ofrecerle compartir su paraguas. Su aspecto evidentemente extranjero, su inmovilidad, el extraño brillo en su mirada en seguida hacía que el impulso desapareciera casi antes de haber sido formulado, y el hombre seguía su camino, buscando un refugio para la lluvia.

Estaban allí dentro: los responsables de la muerte de su hermano se ocultaban en el interior de aquella casa. No lo habían enviado a vengarse: poco importaba para ellos la venganza, sólo el cumplimiento de la misión que le habían encomendado. Perú, precisamente por eso, no pondrían ningún impedimento a que vindicara a su hermano siempre que además hiciera lo que tenía que hacer.

Los habitantes de la casa podían guiarlo a donde tenía que ir. Los seguiría y cumpliría su labor. Y luego...

En el cielo brilló un relámpago. Por un instante, iluminada por su brillo cegador, la casa le pareció un corazón, palpitando oscuro y obsceno.

Lo han hecho.

Había una estrella de David trazada en el suelo, y cada miembro del hombre apuntaba a uno de sus vértices: pene y cabeza, brazos y piernas. A su alrededor, incómodos, aliviados, se sentaban doce hombres y dos mujeres. Judith y Shamir contemplaban la escena. Vito se arrodillaba en un rincón, desgranando las cuentas del rosario que había arrancado de las manos muertas de su padre.

No rezaba. Trataba desesperadamente de no pensar en nada, de vaciar su mente, y fracasaba. El deseo de desaparecer, de hundirse en la nada, era cada vez más fuerte y sólo el recuerdo de la mirada llameante y fría de la presencia le impedía rendirse a él. Si sucumbía ahora, pensaba, su destino no sería la disolución, su muerte sólo implicaría cruzar una puerta y seguir siendo en otro lugar: no importaba que fuera mejor o peor que éste. Tenía que cumplir su misión, llevar a cabo lo que la presencia te exigía y sólo entonces encontraría el descanso final, la paz de la no existencia.

Así que, aunque no rezaba, utilizaba las cuentas del rosario como quien usa el ritmo de un metrónomo para tranquilizar sus pensamientos. Las pasaba una a una, acariciando su superficie desgastada por años de uso, y cada cuenta era como tomar aire, retenerlo y soltarlo lentamente, buscando un foco que le permitiera continuar siendo un poco más, no rendirse todavía a sus deseos, controlar el animal hambriento de muerte que poblaba sus carnes.

Se incorporó al fin. Miró a Judith y a Shamir, el odio brillando en sus ojos, en cada uno de ellos por un motivo distinto. Qué le importaba. En realidad, si por él fuera, habría preferido usar a uno de ellos para el ritual, o quizá a los dos, convertirlos en un único cordero del sacrificio: ella ensartada en el pene circuncidado de él, ambos trazando la imagen de la estrella en el suelo. Pero para que el ritual fuera efectivo necesitaba no sentir ningún tipo de vínculo con la víctima: eran los otros, los que estaban alrededor del círculo los que debían sentirse cercanos, unos a otros y, sobre todo, con el hombre condenado por el azar (o por la decisión de Shamir, qué diferencia había).

–Debéis iros o formar parte del círculo –dijo–. Sólo podemos estar aquí el oficiante, la víctima y los vinculados.

Judith asintió y abandonó la habitación sin una palabra. Shamir tomó su lugar en el círculo.

Vito contuvo una sonrisa de desprecio. Estaba seguro de que aquel gesto había hecho que Shamir se sintiera mucho mejor consigo mismo: verse capaz de afrontar sus responsabilidades, de ocupar su puesto en el sacrificio y no cerrar los ojos ni abandonar la habitación, sin duda mitigaba la culpa por haber condenado a muerte a uno de sus hombres.

O quizá no era tan sencillo como eso. Quizá la decisión de incorporarse al círculo había sido de una índole más práctica. Al fin y al cabo, los otros habían visto al hombre al que confiaban por encima de todo arrojar a uno de ellos en manos de las maquinaciones de un cristiano. Su gesto, su incorporación al círculo, tenía como objetivo mostrarles que, por duro que fuera, no huía de sus propios actos, que aceptaba sus consecuencias y que, sobre todo, seguía siendo parte del grupo y lo que había hecho era por el bien del grupo.

Asintió. Era probable. Y significaba que Shamir era más peligroso de lo que había creído en un principio: era capaz de tomar decisiones desagradables y tenía la suficiente sangre fría para volverlas en su favor.

Pero todo eso no importaba ahora. Valdría la pena pensar en ello más tarde, pero en esos momentos necesitaba su cabeza (todo lo que quedaba de ella, al menos, pensó con cierta sorna) dedicada por completo al ritual.

Sacó un librito negro de uno de los bolsillos de su sotana. Pasó las páginas hasta dar con lo que buscaba y, siempre caminando alrededor del círculo, comenzó a salmodiar en latín:

–Tres personae definitio tua. Tres momenta vinculum tibi sunt.

Se detuvo junto a uno de los vértices de la estrella.

–Pater, ante omnia saecula.

Caminó hasta el siguiente vértice y volvió a detenerse.

–Filius, nunc.

Repitió la operación.

–Spiritus sanctus, in perpetuum.

En los tres vértices siguientes, invirtió el orden:

–Ante omnia saecula, pater. Nunc, filius. In perpetuum, spiritus sanctus.

Pronunció las palabras junto al vértice al que apuntaba el pene del hombre, que empezaba a erguirse lentamente.

–Trinus et unus, in tribus momentibus atque in summa vivens. Nihil conspectum tuum fugit. Ante oculos tuos, nullus obscurus angulus.

La erección de la víctima empezaba a ser considerable. Su pene parecía una señal, un mástil, y apuntaba a la claraboya abierta por la que la lluvia se iba colando y empapando la habitación.

–Nec in tempere ángulos, nec ex insperato asylos sines. Omnia fluent, ex praeterita nocte venient, per praesente ambulabunt, in futura transient.

Se arrodilló, justo en el hueco que los otros habían dejado en el círculo. Alzó una mano y echó la cabeza hacia atrás, dejó que la lluvia le empapara el rostro.

–Tu solus Deus nobis eris. Offerimus tibi corpori sanguinisque, vitae mortisque hoc sacrificium. Suscipe ac solve nodum. Fluant omnia, Pater Eterne.

Inclinó la cabeza, tomó aire y durante un tiempo interminable contuvo la respiración. En el cielo brilló un relámpago. Otro. Un tercero. Otro más. Con el quinto, el hombre sobre la estrella dejó escapar un jadeo y hubo un espasmo en su pelvis. Empezó a eyacular en el momento mismo en el que el sexto relámpago atravesaba la claraboya y carbonizaba su cuerpo, esparciendo las cenizas por toda la habitación, ensuciando los rostros de las dieciséis personas alrededor de la estrella.

Durante un segundo eterno, sólo reinó el silencio. Nada se oía en la habitación, ni la tormenta ni las dieciséis respiraciones entrecortadas, ni el repiquetear de la lluvia.

De pronto codos se movieron hacia adelante, como si hubieran tropezado a mitad de camino en su viaje a ninguna parte. Hubo un suspiro general, y las miradas acusadoras confluyeron en el rostro de Vito.

Éste se incorporó, se limpió el rostro con un pañuelo y echó a andar hacia la puerta. Al abrirla se encontró con una Judith que casi parecía una estatua de sal.

–Está hecho –le dijo–. Ahora sólo hay que ir a por él.

Su misión, si decide aceptarla…

El jefe se había vuelto loco, eso era evidente. Pero uno no discute con quien le paga, eso era más evidente todavía. Para Santoni todo aquel espectáculo parecía sacado de una película de Steven Seagal. Matones armados hasta los dientes, todos vestidos de negro, con la cara tiznada de carbón y esperando a que Estuardo diera la señal de ataque, como si fueran un comando de los (¿cómo se llamaban?) *Navy SEALs* al rescate del presidente de Estados Unidos o en una misión de venganza antiterrorista.

Y lo más ridículo es que Estuardo tenía que haberlo estado preparando desde hacía días, joder, casi ni le había dado tiempo a colgar el móvil, y el jefe ya estaba allí a su lado, rodeado de todos aquellos chiflados vestidos de negro. No parecía de muy buen humor (claro que Estuardo casi nunca lo parecía, y las pocas veces que sí lo estaba era mucho mejor no andar por allí cerca) y apenas atendió a las explicaciones que le dio Santoni. En cuanto supo cuál era la casa, se volvió al presidente del club de fans de Rambo y empezó a hablar con él en voz baja.

Lo que Santoni no le había contado a Estuardo, por supuesto, es cómo había encontrado la casa y, aún ahora, dudaba de ser capaz de decírselo a sí mismo. Era como una de esas cosas que hacía el tipo aquel que había salido con la modelo alemana (¡pedazo de hembra, señor, y la pinta de maricón que tenía él! ¡Mira que los hay con suerte!): hacer desaparecer la Estatua de la Libertad o una cosa de ésas. En un momento dado no había el menor rastro de la casa, luego un relámpago y ¡zas!, allí estaba y encima con pinta de haber estado siempre allí. En fin. Como muy bien decía el ¡efe, «déjame lo de pensar a mí».

En cualquier caso, allí estaban ahora, empapándose los monos negros bajo la lluvia y esperando la señal de Estuardo para entrar.

Claro que él preferiría estar en casita, bien calentito y relajándose con una peli porno o una de esas comedias del «lo que sea como puedas» que de puro absurdas y ridiculas resultaban casi geniales. De hecho, no

entendía por qué el jefe no lo dejaba marchar: al fin y al cabo él no era más que un soplón, una rata que vendía información, desde luego no un imitador de Schwarzenegger (¡joder con el nombrecito!) como aquellos tipos vestidos de negro. Si Estuardo quería entrar al asalto en casa de Stevenson y decorar las paredes con sus sesos, por él, cojonudo, pero que lo dejase fuera.

Pero, claro, uno no discute con quien le paga, por chiflado que esté.

Se dio cuenta de que tres de aquellos matones rodeaban continuamente a Estuardo, como si fueran su guardia personal. Bueno, al menos el jefe no había perdido aún todos los tornillos, le quedaba la suficiente prudencia para permanecer en retaguardia bien protegido. Y Santoni pensaba imitarlo, desde luego que sí, a un par de pasos por detrás del gran hombre y bien agachadito, que las balas perdidas tienen muy mala idea y siempre acaban donde no deben.

Así que se acercó a Estuardo y éste lo saludó con un gruñido. Tenía la pierna escayolada y se apoyaba en un bastón. Seguramente estaba atiborrado de calmantes, y Santoni no pudo evitar el pensamiento de que mal empieza un ataque contra donde sea si el tío que lo dirige está drogado hasta las cejas (¿o eran las pestañas?, bueno, qué cono importaba).

Además, uno no discute con quien... ah, mierda, qué más daba.

–¿Estás seguro de que ésta era la casa ? –le preguntó Estuardo.

–Sí, jefe, sin la menor duda.

Estuardo le miraba con desconfianza.

–¿*Y* qué tiene de raro para que no pudieras encontrarla?

Mierda, mierda, mierda. A ver qué le contaba ahora. Se encogió de hombros.

–Bueno, jefe, ya sabes, la carretera no es que sea muy buena, está llena de curvas, y todos esos setos... Supongo que la primera vez el sitio se me pasó por alto.

Estuardo no pareció muy convencido. Por suerte para Santoni, uno de los tipos de negro se volvió hacia él y le murmuró algo al oído. Estuardo miró hacia la casa, apenas visible entre ¡a lluvia. Con las luces apagadas y totalmente en silencio (bueno, todo lo totalmente en silencio que podía estar algo con aquel pedazo de tormenta que les caía encima) parecía una extraña casa de juguete, como si algo no acabara de ser real del todo en ella.

–De acuerdo –dijo Estuardo–. Podéis proceder. Adelante.

El tipo se llevó la mano al oído y Santoni lo oyó decir en voz baja:

–Elvis entra en el edificio. Confirmado. Elvis entra en el edificio.

Joder, aquello se estaba volviendo surrealista por momentos. Sin embargo, Santoni debió de ser el único que no les vio sentido a aquellas palabras, porque el resto del comando amartilló sus armas y echó a andar hacia la casa.

Ay, Dios, quién le mandaría meterse en estos líos. Echó un último vistazo a Estuardo, sopesando las posibilidades que tenía de escaquearse de aquello. Ni una, tal como estaba el jefe, ni una sola. Así que a apechugar con el asunto, chaval, que sea lo que Dios quiera y todo eso.

Lloviendo a cántaros, completamente empapado, arrastrándose por aquel jardín en compañía de tíos que habían visto demasiadas películas americanas, y lo único en lo que podía pensar era en aquella musiquita de las narices. *Tan–tan tan–tan–tan–tan tan–tan–tan–tan tan–tan–tan–tan tan–tan–tan–tan... tirurt, tiruri, tiru–rí... tirú.* Y la imagen del actor aquel (¿cómo se llamaba?, sí hombre, el de la máscara verde) caminando de una forma rarísima por un pasillo y con la cabeza coronada por un tupé que parecía una cresta.

Entre unos y otros le estaban dando la noche, desde luego. La gabardina que llevaba no era gran cosa pero, carajo, era la mejor que tenía, y cuando volviese a casa iba a tener que tirarla a la basura. Eso si volvía, porque cada vez lo veía todo más negro.

Estuardo caminaba medio agachado a unos pasos por delante de él (y era todo un espectáculo verlo, con aquella pierna totalmente tiesa embutida en la escayola), mientras el comando se iba desplegando por el jardín,

moviéndose por turnos y escondiéndose detrás de los setos. Al fin, el jefe se detuvo, se parapetó detrás de un macizo de dios sabría qué flores y le hizo a Santoni una seña para que se le acercara.

Éste así lo hizo, con la musiquilla aquella sonándole en la cabeza y la imagen del tipo de la cara verde (pero con la cara normal y con tupé) dándole vueltas por todas partes.

–Nos quedamos aquí–le dijo Estuardo cuando llegó a su altura.

–Lo que digas, jefe.

Vamos, como para ponerse a discutir. Dentro de lo malo, estarían bastante alejados del jaleo, y no era plan de andar mirándole los dientes a un caballo regalado a aquellas alturas. Aparte de que, tal como estaba quedando la nochecita, como el puto caballo no tuviera tubos fluorescentes en la boca, mal le iba a mirar nada.

–En cuanto mis hombres hayan despejado la casa entraremos.

Aquello ya no le pareció tan bien, pero se las apañó para encogerse de hombros, mientras Estuardo se volvía al jefe del comando y le decía:

–Recuerda que lo quiero vivo.

–Roger –dijo el tipo. Volvió a tocarse el oído y Santoni le oyó murmurar–. Woodstock da comienzo. Repito. Woodstock da comienzo.

Antes de que Santoni tuviera tiempo siquiera de preguntarse qué carajo era todo aquello, el jefe del comando echó a reptar por el jardín (¡y bien rápido que iba el muy chiflado!) y se acercó a uno de sus hombres. Un grupo de éstos casi habían llegado a la casa. Dudaron unos momentos, acercaron a la puerta lo que parecía un ariete en miniatura y la reventaron de un solo golpe. Al instante, todos echaron a correr hacia ¡a casa y, en un parpadeo, habían entrado.

Santoni notó cómo Estuardo se relajaba, echaba mano a su impermeable y extraía un cigarrillo.

–Bueno, será cosa de unos minutos –dijo, mientras lo encendía.

Santoni rogaba a Dios que fuera cierto. Porque si no los ocupantes de la casa iban a estar de muy mala hostia cuando salieran a tirar la basura.

Y allí seguía la musiquita de las narices, sólo que ahora no era el tipo del tupé quien la acompañaba, sino una mecha encendida que se consumía rápidamente.

Santoni buscó su propio tabaco, sólo para comprender que era inútil: la cajetilla estaba empapada. Y de pedirle uno al jefe, ni de coña, así que mejor se aguantaba las ganas y esperaba a que todo aquello terminase.

Estuardo fumaba con placidez, como si le importara una mierda que fuera noche cerrada, estuvieran cayendo chuzos y los dos estuvieran sentados en medio de un charco embarrado. O el impermeable que llevaba era cojonudo, o los calmantes le habían hecho efecto de verdad. Rascó la escayola de su pierna y masculló una maldición.

–Puto picor–dijo.

Luego se quedó mirando a Santoni en silencio. Bueno, eso parecía, porque con aquella oscuridad cualquiera estaba seguro de nada.

–Ese cabrón va a pagar por lo que me hizo –dijo Estuardo al fin–. Ya lo sabes, Santoni, a mí no me putea nadie.

–Claro, jefe –respondió Santoni, tratando desesperadamente de no tararear la musiquilla que seguía dándole vueltas en la cabeza.

–Además, la poli que va con él ha secuestrado a mi hija.

Santoni asintió, aunque la preocupación paternal no terminaba de sentarle muy bien a Estuardo. Además, aquella cría... Era rara, cada vez que te miraba era como si pudiera ver a través de tu piel y no le gustase nada lo que había debajo. En fin, no era culpa suya, con aquellos dos padres...

Y allí seguía el puñetero *tan–tan tan–tan–tan–tan tan–tan–tan–tan tan–tan–tan–tan tan–tan–tan–tan... tirurí, tirurí, tirurí... tirú..* Y cada vez era peor, porque Santoni estaba casi seguro de que sabía de dónde era, y

sin embargo no podía dar con ello. Cono, mierda, joder. Como si la situación no estuviera ya bastante puteada para encima preocuparse por aquello.

Vio cómo Estuardo fruncía el ceño.

–¿Qué pasa, jefe?

–¿No lo oyes?

–No, no oigo nada. Bueno, la lluvia y el viento y...

–Sí, vale –dijo Estuardo, interrumpiéndole con un gesto de la mano–. Pero dentro de la casa, ¿no oyes nada?

–No, nada.

Coño, tenía razón. A aquellas alturas tendrían que estar en medio del aliñe de una ensalada de tiros. Y con los cañones bestiales que llevaban aquellos tipos deberían estar oyendo la traca de fin de fiesta a tope de volumen.

–A lo mejor –aventuró Santoni–, ha resultado más fácil de lo que creíamos.

Estuardo gruñó algo que podría haber significado cualquier cosa. El propio Santoni encontraba poco creíbles sus palabras, principalmente porque la música de las narices seguía sin írsele de la cabeza, y cada vez que sonaba lo acojonaba más.

Un relámpago volvió real la casa por unos instantes, y casi al mismo tiempo Santoni supo que la música que llevaba atormentándole toda la noche era la de *Misión: Imposible*. No tuvo tiempo para felicitarse: algo frío y afilado se posó en su nuca y sintió que lo mejor que podía hacer era no moverse, no respirar siquiera, no atreverse ni a pensar. Vio que los ojos de Estuardo se abrían como platos, pero no tuvo el menor deseo de volverse para comprobar lo que su jefe había visto.

Fuese lo que fuese, seguro que no era bueno. Para nada.

Una hora más tarde, Santoni regresaba a su cuchitril, se metía en el baño, abría el grifo del agua caliente, se desnudaba y se sumergía en la bañera hasta la altura de la nariz.

Estaba vivo. Apenas se lo podía creer. ¡Joder, estaba vivo!

Tanteó entre sus ropas tiradas por el suelo hasta encontrar el paquete de tabaco que había comprado mientras volvía a casa. Lo encontró. Estaba abierto de cualquier manera, y recordó cómo se había abalanzado sobre él después de comprarlo en el bar y había fumado el primer cigarrillo como si la vida le fuera en ello. Debería haber sonreído ante el recuerdo, pero no tenía fuerzas para ello, aún no. Sacó un nuevo cigarrillo, lo encendió y ahora lo fumó con placidez, tranquilizándose a medida que la nicotina (y el alquitrán y el amoníaco y los carcinógenos, pero ¡a la mierda con eso!) se iba apoderando de su organismo.

No se lo podía creer. Una y otra vez (como la maldita música de *Misión: Imposible* había hecho antes) la frase daba vueltas alrededor de su cabeza. No se lo podía creer. Estaba vivo.

Los recuerdos de lo ocurrido en el jardín de la casa de Stevenson eran vividos, precisos, llenos de formas y texturas, pero al mismo tiempo carecían de profundidad, como si fueran algo que acababa de ver en una película en lugar de algo que le había sucedido.

Terminó el cigarrillo y encendió otro. Mañana dejaría de fumar, por sus muertos que sí, pero esta noche lo necesitaba.

–No te muevas –recordó que había dicho alguien a su espalda, seguramente el tipo que sostenía aquello contra su nuca.

Ja, como si hiciera falta que se lo dijeran. En aquel momento un relámpago había iluminado el jardín y Santoni pudo ver perfectamente a su jefe, la forma en que la rabia y el estupor luchaban por apoderarse de sus facciones. Tras el relámpago había llegado el trueno y, algo después, ruido de gritos, disparos, cristales rotos.

Una calada. Aguantar el humo en los pulmones, soltarlo lentamente. Ah, mejor, mucho mejor.

Había sentido movimiento a sus espaldas, y entonces (sin que aquella cosa afilada y fría se apartara de su cuello) pudo ver al hombre que le había hablado. Bajito, poca cosa a primera vista. Hubo otro relámpago y las

facciones del desconocido cobraron una repentina nitidez. Un chino, un oriental, en cualquier caso, sólo que en lugar de estar sirviendo comidas o detrás del mostrador en su tienda de regalos o tratando de convencerte que le compraras una rosa, estaba allí plantado, con una espada en la mano y una mirada fría y peligrosa en el rostro.

–¿Quiénes sois? –había preguntado.

Su acento era bastante marcado, y muy distinto del que solían tener los chinos de la ciudad. ¿Un japonés, entonces? ¿Un samurai o un nínja como los de las películas?

–¿Qué tenéis que ver con el renegado? –había preguntado otra vez.

–¿Y quién coño eres tú, puto amarillo? –le oyó decir a Estuardo.

Muerto, estaba muerto por culpa del bocazas de su jefe.

Sin embargo, el japonés (sí, tenía que ser japonés, con aquella espada, seguro que sí), ni siquiera había parpadeado ante el insulto.

–Tengo asuntos aquí –había dicho–. Y no parece que vosotros los tengáis. Mejor os vais. ¿Sí?

No jodas, igual se salían con bien de aquello y todo. Santoni empezó a asentir nerviosamente, pero entonces oyó cómo su jefe la cagaba de nuevo.

–Qué tal si te largas tú al puto Japón, a la maldita China o a donde sea que vivas, ¿eh? ¿Qué tal si dejas de joder y te esfumas antes de que mis hombres te hagan picadillo?

El japonés había sonreído ante las palabras de Estuardo mientras Santoni se moría de ganas de decirle que él no tenía nada que ver con aquel cretino de la pierna escayolada, que sólo pasaba por allí y que por supuesto que se iba, sí, señor, faltaría más, cagando leches se iba a ir de allí.

–Dudo que tus hombres estén para nada, dentro de poco –había respondido el japonés, siempre imperturbable–. Os estoy dando la oportunidad de vivir. No sé por qué, en realidad. Y sería mejor que la aprovechaseis.

–Que te jodan, hostia –había respondido Estuardo, y Santoni había visto cómo se echaba mano al impermeable y empezaba a rebuscar bajo él.

No, jefe, coño, no lo haga que nos van a joder vivos, pero había sido incapaz de decirlo mientras Estuardo sacaba un enorme pistolón cromado, apuntaba al japonés e iniciaba una risita completamente estúpida. Santoni había sentido cómo la espada dejaba de apoyarse en su cuello, había visto un resplandor fugaz y luego había notado que ahora el jefe tenía en su regazo algo parecido a un balón que, unos segundos atrás, no estaba allí.

El balón, por supuesto, no era más que su cabeza, separada del resto del cuerpo en mitad de una de las risitas.

El japonés se había vuelto a Santoni y éste, en algún lugar de su cuerpo, encontró las fuerzas para retroceder, medio arrastrándose.

–Me voy –decía, o lo pensaba, no estaba muy seguro–. Me voy. En serio. Me voy.

El japonés lo había mirado unos segundos, se había encogido de hombros y había echado a andar hacia la casa. Bien por él, buen chico.

En la bañera, Santoni terminó su tercer cigarrillo y dudó si fumarse un cuarto. No, era suficiente, al menos de momento. El agua estaba empezando a entibiarse, pero no le importó: se estaba tan bien allí dentro. Joder, en aquellos momento se estaba bien en cualquier sitio. Estaba vivo, cono, ¡vivo!, que era más de lo que podía decir el cretino de su jefe.

El jardín de senderos que convergen

Una broma. El universo entero no era otra cosa que una broma de mal gusto. Para Judith Berkowitz aquello era una verdad tan evidente que siempre se sorprendía cuando los demás no eran capaces de verlo. ¿Qué otra cosa podía explicar a criaturas como Vito Andolini? ¿Qué otra cosa podía explicarla a ella?

Mientras guiaba a Shamir y los otros hacia la casa, tuvo la sensación de que alguien los seguía, de que una sombra silenciosa se pegaba a sus espaldas, recorría sus huellas y los acechaba. Absurdo, porque era evidente que estaban solos en mitad de aquella carretera empapada por la tormenta. Pero, como sabía muy bien, que algo fuera absurdo no lo hacía menos real. Después de todo, había sido una promesa sin sentido, un juramento imposible de cumplir lo que la había mantenido atada al mundo, encadenada a él durante todos aquellos años. No había sido otra cosa que un chiste, un chiste retorcido y malicioso que se había convertido en un callejón sin salida. Así que lo absurdo era para ella el pan de cada día.

La casa donde Remiel se ocultaba relucía para Judith (y, seguramente, también para Vito) como un faro en medio de la tormenta, tan brillante, clara y precisa que podría haber dado con ella con los ojos cerrados.

Para los demás, por supuesto, lo único que había era la noche, la carretera y la tormenta, y no sabían hacia dónde se dirigían.

–Ahí está.

Shamir miró en la dirección en la que ella le indicaba. Sí, había una casa, pero también había algo más. No estaban solos, y no habían sido los primeros en llegar. Judith se volvió hacia Vito, y éste se encogió de hombros.

–No te prometí la exclusiva, querida –dijo éste.

Judith decidió no hacerle caso y se volvió a Shamir. Éste examinó en silencio la situación y al cabo de unos minutos asintió lentamente. Hizo una seña a sus hombres y les explicó en voz baja lo que quería que hicieran.

–Daremos un rodeo –le dijo a Judith–. Entraremos por detrás. Es lo mejor. Quizá tú y el cristiano deberíais esperar fuera.

Ella negó con la cabeza.

–Tengo una misión, Shamir. Y el cristiano también. Vamos con vosotros.

–Como queráis.

Era evidente que la idea no le gustaba, pero no lo era menos que acataría las decisiones de la mujer... hasta cierto punto, desde luego, y Judith no pudo evitar la pregunta de dónde estaba el límite, en qué momento Shamir abandonaría una vida entera dedicada a la disciplina y la obediencia y se volvería contra ella. Le había impuesto la presencia de Vito y él había aceptado. Le había hecho matar a uno de sus hombres y él había aceptado. Le había hecho tomar parte en un ritual extraño y sin duda obsceno y él había aceptado. ¿Dónde estaba el límite, entonces? ¿Cuál era el paso que Shamir jamás daría, la frontera que no iba a cruzar? Por unos instantes, la idea loca de empujarlo una y otra vez se le hizo casi irresistible. El momento pasó, tan rápido como había llegado, y se concentró en lo que tenía que hacer.

Sí, tenía una tarea que cumplir, Y luego...

–Oswald no está en el almacén.

El micrófono de garganta funcionaba a la perfección y la subvocalización se recibía en sus auriculares alta y clara. La frase, por otra parte, era una completa estupidez. A aquellas alturas debería estar más que acostumbrado al ridículo código verbal del jefe, lleno de referencias a personajes y acontecimientos (algunos famosos, otros oscuros) de los años cincuenta y sesenta de la historia americana. Pero no, seguía pareciéndole ridículo– ¿*A* qué venía todo aquello? ¿Tan difícil era dar las órdenes directamente?

En cualquier caso, era cierto que Oswald no estaba en el almacén. Ni, ya que comentábamos el asunto, en la sala, el dormitorio o el cuarto de baño. La casa entera parecía estar vacía, como si sus ocupantes (cuatro cuerpos, según habían podido ver en el escáner de infrarrojos) se hubieran esfumado en el momento mismo en que ellos entraron.

Ridículo, casi tanto como e¡ código verbal que usaban para comunicarse entre sí. Seguramente tendrían algún tipo de escondrijo: el sótano, un desván, alguna falsa pared. Se habrían metido allí en cuanto les oyeron entrar. Ahora sólo era cuestión de tiempo y paciencia dar con ellos.

Se asomó a la ventana. Estaba lloviendo como si no lo hubiera hecho en años y resultaba casi imposible ver nada fuera de la casa. Se ajustó las gafas de visión nocturna. Mejor, pero no mucho. Demonios, ni siquiera veía a los dos tipos que se habían quedado fuera de la casa. Bueno, se habrían metido en uno de los coches, o estarían detrás de algún seto. Qué más daba.

Rodríguez se arrastraba por el barro.

Y lo que se arrastraba dentro de él era algo extraño, afilado y ardiente que lo hacía sentirse sorprendentemente reconfortado. Recordaba la pistola dentro de la boca de su mujer, su dedo en el gatillo, el golpe de la culata contra su palma; el modo en que la cabeza de ella había saltado hacia atrás, había chocado contra el respaldo de la silla y había vuelto a caer hacia adelante; el momento, casi demasiado fugaz, en que toda rabia y reproche había desaparecido de sus ojos mezquinos, inundados de repente por una nada limpia y precisa, casi hermosa.

Estaba empapado, pero no le importaba, igual que no le importaba el barro, el frío que se le iba metiendo dentro o las ocasionales piedras que parecían clavársele donde más daño podían hacer, como si tuvieran voluntad propia o alguien las estuviera dirigiendo.

Por primera vez en su vida no se hacía preguntas, no necesitaba respuestas. Se sentía en paz consigo mismo, consciente, como no lo había sido nunca, de lo que tenía qué hacer y cómo.

Había visto llegar a Estuardo y su estrafalario comando. Y luego había visto cómo los otros se detenían algo más lejos, discutían unos instantes y luego desaparecían, seguramente hacia la parte de atrás de la casa. No estaba seguro de en qué momento había decidido dejar de ser un espectador y había empezado a reptar en silencio por el jardín, con calma, sin prisa alguna, tomándose su tiempo.

Alzó la vista y pudo percibir, borrosa tras la lluvia, una figura sentada, apoyada en uno de los setos. Había algo extraño en ella, pero no estaba seguro de qué.

No importa.

Con un cuidado infinito llegó hasta el hombre sentado. Sólo entonces se dio cuenta de que su cabeza, en lugar de sobre sus hombros, descansaba entre sus piernas cruzadas. Apenas pudo evitar la carcajada ante lo ridículo de la escena: como si la cabeza decapitada le estuviera haciendo una felación a su antiguo propietario.

Tomó la cabeza y la giró. Estuardo, con la boca abierta en lo que parecía un gesto de fastidio. Le echó un vistazo al corte. Afilado, sin la menor duda, muy afilado. ¿Stevenson? No, no parecía propio de él. Recordó entonces a los japoneses que habían intentado iniciar una matanza en el bar de Stevenson, unos días atrás. Hummm. Quizá. Sería mejor que se anduviera con cuidado.

Dejó de nuevo la cabeza junto al cadáver de Estuardo y siguió reptando hacia la casa. De algún modo extraño pero certero tenía la sensación de saber con total precisión dónde estaba Paula, en qué lugar se ocultaba. Sería difícil llegar hasta ella, con los matones de Estuardo esparcidos por la casa y el otro grupo, seguramente, a punto de llegar, por no mencionar al japonés, si es que lo era.

Pero también, en cierto modo, era una ventaja. De un momento a otro se iba a armar un jaleo de mil demonios allí dentro. Si se andaba con cuidado, podía aprovechar la confusión y el caos que se iban a desatar para que trabajasen a su favor.

Si se andaba con cuidado. Con mucho cuidado.

Mientras hacía desplegarse a sus hombres por la parte de atrás del jardín, Shamir no podía apartar de su cabeza la primera vez que Samuel Berkowitz le había hablado de Judith. Parte de su mente estaba centrada en la misión, comprobaba que el comando ocupara los lugares que les había asignado y que todo estuviera en orden, analizando aquí y allá los detalles, tratando de asegurarse de que la máquina bien engrasada que habían sido hasta aquel mismo día siguiera en funcionamiento.

Todo parecía ir bien, pero sabía que no era así, no podía serlo, no después de lo que había ocurrido aquella tarde. Había sacrificado a uno de sus hombres en un ridículo ritual cristiano, había disminuido el grupo y los había hecho participar en algo que, para la mayoría de ellos, no podía ser más que una blasfemia. En apariencia todo seguía igual, pero Shamir sabía que, bajo la superficie, el grupo estaba cambiando. Ignoraba si el cambio los haría más fuertes o los destruiría, pero estaba seguro de que no volverían a ser lo que habían sido. Él mismo, se daba cuenta, ya no era el de antes: el animalito minúsculo y supersticioso al que llevaba manteniendo a raya toda su vida se estaba liberando. Aún no, todavía lo tenía sujeto, encarcelado en el más oscuro rincón de su mente, pero de algún modo se las estaba apañando para tantear las paredes de su prisión y Shamir tenía la sensación de que, tarde o temprano, encontraría un punto débil en ellas y se extendería por el resto de su cerebro como una infección.

Otra parte de su mente, sin embargo, insistía en volver una y otra vez al pasado. A aquella minúscula y calurosa oficina en Tel–Aviv donde, hacía más de veinte años, Samuel Berkowitz le había contado la historia de su hermana.

Sonrió al recordarse a sí mismo en aquella época, con poco más de treinta años, arrogante y seguro de sí mismo, tan convencido de su propia capacidad y de lo correcto de su misión que ni el mismo Dios habría podido hacer que su fe se tambaleara. Estúpido. Sí, sin duda había sido un estúpido. Pero, qué demonios, si uno no puede ser un estúpido cuando es joven, ¿en qué momento lo iba a ser?

Samuel, con casi cincuenta y cinco años, era una especie de pajarillo menudo, sin apenas grasa en su cuerpo, todo él fibra y determinación, y una forma de mirar que te hacía desear que te ordenase algo, cualquier cosa, lo que fuera con tal de demostrarle que eras digno. Shamir y él se conocían desde hacía casi una década, después de que sus primeras misiones de campo para el Mossad hubieran llamado la atención del hombrecito.

–Así que todos estos años han sido puro entrenamiento.

Ésas habían sido sus palabras al entrar en la habitación, tratando de que sonaran decididas y, al mismo tiempo, intrascendentes.

Samuel lo había mirado con una sonrisa dura, le había indicado que se sentara y había dicho:

–Toda la vida es un entrenamiento, si lo miramos del modo adecuado.

Volvió al presente con brusquedad, al darse cuenta de que sus hombres ya se habían desplegado tal como él les indicara. Miró de reojo a su espalda: Judith y el cristiano lo contemplaban inexpresivos. No, desde luego, estaba fuera de lugar que entraran con el comando. Tendrían que esperar fuera a que la casa estuviera asegurada. Y, dado que no se fiaba del maldito cristiano, él tendría que esperar con ellos.

Asintió torvamente. Le hizo una seña a su lugarteniente y éste pasó la orden en silencio al resto de los hombres.

De acuerdo, ahora a esperar.

Como había esperado aquella tarde en Tel–Aviv mientras Samuel se preparaba un té, lo tomaba con parsimonia y no dejaba de mirarle a los ojos durante todo el tiempo.

–¿Qué es lo que crees haber averiguado? –le había preguntado al fin.

Shamir se había revuelto en el asiento, un tanto incómodo.

–No es que las misiones que me han encomendado los últimos años fueran un montaje. Pero fueron elegidas directamente por ti. Y sin duda con propósito claro y definido.

–¿Y cuál puede ser?

–Diría que vas a explicármelo ahora.

Samuel había echado mano a uno de aquellos apestosos cigarrillos rusos que solía fumar. Después de morder el filtro y encenderlo, había mirado a Shamir y había dicho:

–Quizá no sea necesario. Tal vez puedas explicármelo tú.

Bajo la tormenta, en el jardín, con el cristiano y Judith a sus espaldas, Shamir recordaba como si hubiera ocurrido ayer mismo la repentina incomodidad que lo asaltó cuando Samuel le dijo eso. Hasta entonces se había creído muy seguro, estaba convencido de haber adivinado las intenciones de su superior.

–Bueno. Creo que... pretendes crear un nuevo grupo del Mossad, independiente del resto y directamente bajo tus órdenes. Creo que llevas planeándolo algún tiempo, y diría que me has elegido a mí, y probablemente a algún otro, para que sea parte del núcleo inicial de ese grupo. Y me parece que todas las misiones que me has encomendado en los últimos años tenían como último propósito ponerme a punto para esto.

Samuel no había asentido, no había negado. Se había limitado a seguir fumando el cigarrillo mientras entrecerraba los ojos con desgana, casi soñoliento.

–«Creo», «diría», «probablemente», «me parece» –había dicho al fin. Parecía decepcionado–. Curiosa elección de términos. No importa. Háblame de tu última misión.

En el jardín, Shamir volvió a mirar a Judith. Estaba empapada por completo pero, salvo por eso, tenía exactamente el mismo aspecto que veinte años atrás, el de una jovencita dura de facciones afiladas y mirada cruel que parecía haber vivido más que el resto del mundo. Se habían conocido en una misión para el Mossad que los había llevado a internarse en una remota región de las montañas afganas para eliminar a un ridículo santón maloliente y casi ciego. La propia Judith lo había matado, y Shamir no había podido evitar un estremecimiento ante la fría eficacia con que la joven había llevado a cabo la tarea.

Ahora, dos décadas más tarde. Seguía pareciendo joven. Pero no lo era. Y no lo había sido aquella remota noche en Afganistán.

–Judith es mi hermana –le había confesado Samuel–. Y, en cierto modo, el primero de nuestros... «operativos especiales».

Shamir había encontrado absurda aquella afirmación. Conocía lo suficiente la historia de Samuel para saber que sus padres habían muerto en el Holocausto, en uno de los campos de exterminio de los nazis. De tener una hermana que hubiera sobrevivido a aquello, sería una mujer madura, no una joven de poco más de veinte años. Salvo que...

–No lo entiendo –le había confesado a su superior–. ¿Nació en el campo de exterminio?

Samuel había sonreído, y era la primera vez que Shamir veía esa sonrisa en su jefe: dura, cínica, casi cruel.

–Podríamos decir que sí, en cierto modo. En realidad ella es dos años menor que yo.

Al principio había pensado que se trataba de alguna especie de broma, de algún truco que no comprendía. Judith no aparentaba más de veintipocos años. Hay personas que se conservan mejor que otras, para las que el tiempo parece transcurrir más despacio. De acuerdo, podía aceptar que estuviera en la treintena y aparentara una década menos, pero ¿cincuenta y cinco años? Imposible.

Shamir sonrió en el jardín al recordarlo. ¿Cuántos años tenía ahora Judith? Casi ochenta, y seguía pareciendo una joven de poco más de veinte.

Ah, sí, Samuel se lo había explicado, le había contado la historia en su minúscula oficina.

–Al fin y al cabo, a partir de ahora tú y ella vais a veros las caras muy a menudo. Es mejor que sepas la verdad sobre mi hermana.

¿La verdad? Aún hoy Shamir no conseguía creerlo del todo, una parte de su mente se negaba a aceptar que aquella mujer llevase aparentando veinte años desde los años cuarenta y que, probablemente, seguiría aparentando esa edad mucho después de que él hubiera muerto. Pese a las pruebas que tenía ante sus ojos, que había ido teniendo ante ellos todo aquel tiempo (la constatación innegable de que Judith no envejecía) una parte de él se resistía a creer que fuera posible. Pero otra, la parte minúscula e irracional que estaba empezando a liberarse, no sólo lo aceptaba, sino que lo consideraba parte del orden natural de las cosas. Aquella idea lo hizo estremecerse.

Sintió que lo tocaban en el brazo. Se volvió. Judith lo miraba y, tras ella, el cura cristiano lo contemplaba con una socarronería fría y distante en lo que quedaba de su rostro maltrecho.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–Nada bueno –dijo Judith–. Me parece que las cosas no están yendo muy bien en la casa. Deberíamos entrar.

Shamir volvió la vista. Comprobó su reloj. A aquellas alturas sus hombres deberían tener asegurada la casa y haber eliminado la competencia. Judith tenía razón: algo no estaba yendo como debía.

–De acuerdo –dijo, sintiendo de pronto que aquélla era la peor idea posible en toda la historia de las malas ideas–, entre–

Los dos hombres apostados en la entrada no habían notado el momento de su muerte. En el tiempo en que un instante se convierte en otro, habían pasado de estar vivos a convertirse en un montón de carne inanimada.

Limpió su espada y se deslizó dentro de la casa. Sabía bien que, entre la tormenta y el ruido que ellos mismos hacían, aquellos *gai–jin* no serían capaces de oírlo y que, mientras se mantuviera en las sombras, se fingiera una más de ellas, no podrían verlo tampoco.

De ese modo, en silencio, casi invisible, se deslizó por casi toda la planta baja. En su mente trazó un plano de la casa, situó en su lugar correspondiente a cada uno de los hombres que había visto y dibujó la ruta más eficaz para deshacerse de ellos. Sí, sencillo, tanto que casi no merecía la pena el esfuerzo.

Algo lo alertó, de repente. No estaban solos. Había alguien más intentando entrar en la casa. Se acercó a una de las ventanas. Junto a ella había un hombre, supuestamente alerta y vigilante. Sonrió con despreció y desenvainó su cuchillo. El vigía no fue consciente, ni siquiera cuando lo tuvo pegado a su espalda, de la silenciosa presencia que había cruzado la habitación en un parpadeo y ahora le atravesaba el corazón con un golpe preciso.

Sujetó el cuerpo en su caída para que no hiciera ruido y se asomó a la ventana.

No. No había nadie. Y sin embargo...

Sí, allí estaban, intentando pasar desapercibidos en mitad de la tormenta. No reconocía a los dos hombres pero la mujer... Sí, tenía que ser aquella de la que le había hablado su hermano: la judía, la bruja inmortal.

Sintió movimiento. Más hombres entraban en la casa. Inmóvil, junto a la ventana, esperó su oportunidad.

Mientras echaban a andar hacia la casa, bajo la lluvia, Vito tuvo la sensación de que toda su vida lo había conducido a aquel preciso instante. Entrarían, destruirían al renegado y luego él mataría a la bruja y a todos los demás. Y finalmente... finalmente desaparecería. Dentro de él, algo tembló con anticipación y se sintió lleno de fuerza, de vigor. Todo lo que era él estaba enfocado hacia aquel momento en que cumpliera su misión y matara al renegado, el momento en que obtendría su recompensa y dejaría de ser para siempre.

Sentía algo extraño dentro de él, como si un espectador distante estuviera usando su mente y sus percepciones y, en cierto modo, dirigiendo el foco de su atención. Era una presencia sutil, casi elusiva, y cada vez que intentaba percibirla con más nitidez se desvanecía. Pero estaba allí, una fuerza pura, toda luz y determinación, toda implacabilidad y orden, sin debilidades, sin miserias, sin compasiones ni odios.

Sí, estaba allí. Vito sabía bien quién era, qué hacía.

No *confían en mí,* pensó, con una rabia repentina que le tomó por sorpresa. *Han venido para asegurarse de que cumplo mi tarea.* Torció la boca en una sonrisa siniestra. *Bien, no van a quedar decepcionados.*

La carga de la brigada ligera

Cuando los hombres de Shamir entraron en la casa, no encontraron otra cosa que cadáveres. Se miraron unos a otros, incapaces de comprender lo que estaba pasando, dudando si comunicar o no a su jefe lo que estaban viendo.

Exploraron cada habitación: algunas estaban vacías, en otras había uno o dos cadáveres, vestidos de negro, como ellos mismos, y armados con subfusiles. Terminada la exploración, todos convergieron en la planta baja, en la sala de estar, donde Shamir les había ordenado que despejaran un perímetro de seguridad.

La habitación parecía vacía, y las gafas de visión nocturna no revelaban nada extraño. El jefe del comando se situó en el centro del cuarto mientras el resto de los hombres iban tomando posiciones alrededor.

Casi ahogado por la lluvia, pudieron escuchar un gemido. Lo oyeron de nuevo, ahora claramente perceptible, procedente de la parte de atrás del sofá. El jefe del comando hizo una seña y dos de los hombres echaron a andar hacia allí. Separaron el sofá de la pared y uno de ellos se agachó en el hueco, permaneció unos instantes fuera del campo de visión de los demás y volvió a incorporarse.

–Un hombre –susurró, al volver al círculo–. Agonizaba.

El jefe asintió, aceptando implícitamente que el cuerpo tras el sofá había dejado de agonizar y ya era un cadáver.

–¿Dijo algo?

–Sí, aunque no tenía mucho sentido. Según él «Krushev ha soltado el zapato».

El jefe enarcó una ceja. Aún estaba tratando de decidir qué podía significar aquello y, sobre todo, si debía ponerse en contacto con Shamir para recibir nuevas instrucciones cuando algo afilado salió de las sombras con un susurro y pasó a través de su cuello como si éste no existiera.

Al instante se desató el caos: media docena de subfusiles hicieron fuego en la dirección de la que había surgido la espada y vaciaron sus cargadores casi antes de que el cuerpo decapitado hubiera terminado de derrumbarse sobre el suelo.

–¡Alto el fuego! –oyeron todos por sus auriculares–. ¿Qué demonios pasa?

Shamir se asomó al umbral de ia sala, con Judith y Vito tras él. Los hombres cumplieron la orden y uno de ellos dijo:

–Alguien acaba de matar a Isaac.

Shamir masculló una maldición.

–Luz–dijo–. Rápido.

Los hombres desconectaron sus visores de visión nocturna y encendieron las linternas, barrieron con ellas la habitación. Aparte de ellos y de los dos cadáveres no había nadie más.

Judith se arrodilló junto al hombre decapitado. Asintió tras unos instantes de observación.

–Ya veo–dijo.

–Perímetro defensivo. Ya. Esta habitación es nuestro puesto de mando. Aseguradla, judith, tú y el cristiano al centro. Rápido.

En silencio, cada uno de los hombres tomó su posición. Dos de ellos flanquearon la ventana, otros dos la puerta y los restantes arrastraron el sofá hacia e¡ centro de la habitación e hicieron agacharse tras él a Judith y Vito. Shamir se acercó a ellos.

–Has reconocido el trabajo –dijo.

No era una pregunta.

–Sí. Hace unos días un grupo de japoneses intentó acabar con Stevenson. Creí haberme encargado del único superviviente en condiciones de causarnos problemas, pero veo que no fue así. O han enviado un nuevo grupo, también es posible.

Shamir asintió. Japoneses. Ante aquel nuevo absurdo la pregunta que había estado evitando hacerse a sí mismo durante todo aquel tiempo quedó colgando en la punta de su lengua. ¿Qué había hecho Stevenson para que medio mundo se hubiera puesto de acuerdo en ir a por él?

–Está aquí, con nosotros –dijo Vito de pronto, alzando la cabeza, como si hubiera olfateado algo–. Maldita sea, está en esta misma habitación.

–Absurdo –le respondió Shamir–. No hay lugar alguno donde ocultarse. Por muy hábiles y sigilosos que sean esos japoneses es imposible...

–¿Japoneses? ¿Quién habla de los japoneses, a quién cono le interesan? El renegado, está aquí, lo siento justo al lado mismo de nosotros, en esta habitación.

Shamir menó la cabeza. Judith, sin embargo, dijo:

–Tiene razón, yo también lo sienro.

En su escondite, Paula luchaba contra el intenso deseo de contener la respiración. Frente a ella, Luisa mantenía los ojos cerrados, permanecía inmóvil, indiferente a la hostilidad cada vez mayor que Paula experimentaba ante ella. Sara, sentada entre las dos, trazaba con un dedo mojado ideogramas sobre el cemento.

Mierda. Yo no debería estar aquí. Tendría que estar allí arriba ayudando a Remiel.

Sin embargo, los argumentos de él habían sido impecables, cuando las hizo ocultarse.

–Me buscan a mí, no a vosotras. Si nos ocultamos juntos nos encontrarán a todos. De algún modo tienen alguna clase de... brújula que les señala dónde estoy. Aquí tendréis una posibilidad.

–Y tú, ¿qué?

–Podré ocuparme de ellos. Creo.

Creo. Sintió un estremecimiento al recordar la indiferencia con la que Remiel había pronunciado aquella palabra. A regañadientes, había aceptado ocultarse con Luisa y Sara, pese a que el instinto te decía que era un error, que ella debía estar arriba, en la casa, luchando junto a su hombre, protegiéndolo, defendiéndolo. *Ja. «To serve and protect», como en las malditas películas americanas.*

Luisa abrió los ojos.

–No te gusto nada, ¿verdad? –preguntó, sacando a Paula de sus pensamientos.

Entre las dos mujeres, Sara dejó de trazar arabescos con el dedo.

–No sabía que era tan obvio –dijo Paula.

–No lo es. Pero se nota si sabes mirar.

–Y, claro, tú sabes.

Luisa inspiró profundamente.

–Ya veo, así que es eso. Te molesta mi... ¿seguridad?

–Más bien me molesta que seas una maldita sabihonda.

Luisa iba a decir algo, pero Sara la interrumpió con un gesto. Ambas intercambiaron una mirada y, tras unos momentos de duda, Luisa asintió.

–Sara tiene razón. No es el momento adecuado para ponernos a pelear. En cualquier caso, te aseguro que tú eres tan –sonrió– «sabihonda» como yo. Al menos deberías serlo.

Aquello pilló por sorpresa a Paula.

–No te entiendo.

–Has recuperado tus vidas pasadas, o al menos eso creo. Tienes la misma información que yo, o algo muy parecido.

–Ya veo. Quizá. Y sí, os recuerdo a ti y a Sara pero... Pero es como si esa parte de lo que recuerdo le hubiera ocurrido a otra persona.

–Pero no tus recuerdos respecto a Remiel. Qué interesante. No creo que eso te haya ocurrido antes.

Paula se incorporó, de un modo crispado y casi violento.

–Maldita sea. Ya lo estás haciendo otra vez.

–¿Hacer qué? No estoy...

–Sí, sí lo estás –intervino Sara de repente–. Y lo estás haciendo adrede.

–Sara... –dijo Luisa, repentinamente dolida–. ¿Cómo puedes...?

–Porque es verdad. No haces más que provocar a Paula. Sabes lo que la molesta y te comportas de esa forma para molestarla.

Luisa abrió la boca, pero algo en la mirada de Sara la hizo guardar silencio. ¿Era cierto? ¿Adoptaba aquella pose de seguridad, de saberlo todo, de que nada la pillaba por sorpresa para molestar a Paula? No, porque no era una pose, así era como se sentía, y sin embargo... no era menos cierto que acentuaba todo aquello de forma deliberada cada vez que estaba en presencia de la otra mujer.

Miró a Paula. Recordó la última vez que había consultado su baraja: la carta del loco, distante todavía pero cada vez más cercana. Paula y Remiel, entrelazados inevitablemente.

¿Celos? ¿Se sentía celosa de Paula? ¿De que ella y Remiel tuvieran lo que a ella todavía le negaban las cartas?

–Lo siento –dijo–. Sara tiene razón.

Algo se relajó entre ellas, como si una pared invisible acabara de romperse.

–No sé por qué lo hago, pero es cierto –siguió diciendo Luisa.

–No importa –respondió Paula–. Yo tampoco soy la persona menos irritante que conozco.

Ambas volvieron a sentarse, todavía recelosas la una de la otra.

–¿Crees que saldremos de ésta? –preguntó Paula al cabo de un rato.

Luisa sonrió.

–¿Quieres decir si creo que él saldrá de ésta? Vaya, ya lo he vuelto a hacer, ¿no es cierto? Creo que voy a tener que vigilarme con más cuidado.

–Quizá. –Paula le devolvió la sonrisa y, por primera vez, no había nada de forzado en ella–. Pero tenías razón, lo que quería decir es si crees que Remiel saldrá de ésta.

–De ésta es posible. Pero habrá otras, me temo.

Paula asintió.

–Sí, yo también lo temo.

Un paso. Otro más. Un tercero. Ya, quieto, detente. La lluvia te golpea, te empapa, dificulta tu visión, pero no importa, no necesitas ver el objetivo, porque sabes dónde está. Tu mano se desliza en silencio. El shuriken es como una flor entre tus dedos. Una flor que se abrirá... ¡ahora!

No esperas a comprobar si has tenido éxito. Retrocedes con rapidez, sin hacer ruido y te vuelves a desvanecer entre las sombras del jardín.

Incluso desde allí percibes la presencia del renegado. Está entre ellos, oculto junto a sus perseguidores, al alcance mismo de la mano pero sin que puedan tocarlo, sin que sean capaces de verlo.

Sonríes.

No importa. No necesitas ver para alcanzar tu objetivo. Te basta con saber dónde está. Y lo sabes, claro que lo sabes. En tu mente, trazas un camino rumbo a la habitación donde todos se han reunido, facilitándote así la tarea. Visualizas el lugar donde se oculta el renegado y el modo en que atravesarás su cuerpo con la espada.

De pronto, algo te hace regresar a la realidad. No estás solo. No, allí, en el exterior de la casa, reptando por el jardín, hay alguien más. Interesante, sí, realmente interesante. ¿Otro miembro del comando? No, eso no tendría sentido. Un nuevo jugador, entonces, otro más con la misma misión que tú y los hombres del interior de la casa.

¿Otro más? Por primera vez te das cuenta del esfuerzo que alguien (piensas «alguien» pero sabes con precisión de quién se trata) está empleando para acabar con el renegado. Y eso hace que te plantees algunas preguntas incómodas.

Sólo que ahora no hay tiempo. Retrocedes lentamente, rumbo al jardín, siguiendo la pista del hombre que repta por él. ¿Lo matarás? ¿Esperarás? Ya veremos.

Shamir no respondió a las palabras de Judith y el cristiano. Ahora no tenía tiempo para aquello, había cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Tenía la sensación, cada vez más inquietante, de haberse metido en una trampa mortal, de que seguir en aquella casa era un error, como ir a meterse de cabeza en una ratonera.

Se volvió hacia sus hombres. Parecían tan tranquilos, tan eficaces, esperando sólo la orden adecuada. Y sin embargo... sintió que algo se había roto dentro de ellos, como se estaba rompiendo dentro de él. Basta, ¿qué estaba pensando?

–Ari, Simón. –Trató de que su voz sonara como siempre: calmada y llena de autoridad. Y, por primera vez en su vida, no estuvo muy seguro de haber tenido éxito–. Buscad un diferencial, un generador, lo que sea. Restaurad la electricidad.

No se hicieron repetir la orden y salieron de la habitación. Entretanto Shamir recorrió la sala de estar, asegurándose de que ningún hueco oculto escapaba a su inspección. Luego, regresó al lugar donde Vito y Judith aguardaban.

–Con todas las luces encendidas será más difícil que alguien pueda ocultarse en las sombras –dijo, y no pudo evitarse la pregunta de por qué se comportaba así, por qué se molestaba en explicar lo que hacía.

Vito lo miró con desprecio, como si Shamir no terminase de comprender lo que estaba pasando. Antes de que pudiera responder al cristiano, oyó un grito ahogado a sus espaldas.

Al volverse vio que uno de los hombres apostados a un lado de la ventana se llevaba las manos al cuello y luego se desplomaba. Shamir se arrastró hasta él. Tenía un shuriken clavado en la garganta. Miró hacia el otro vigía.

–No he visto nada. Pero tiene que estar en el jardín –le dijo éste.

En sus ojos había un desconcierto indefenso que a Shamir no le gustó nada. Aquel maldito japonés estaba jugando con ellos, cazándolos uno por uno, consiguiendo que empezaran a sentirse como presas en lugar de cazadores.

–Tapad la ventana, rápido.

Dos de sus hombres comenzaron a mover un pesado armario hacia el hueco.

¿Qué me pasa?, se preguntaba Shamir, sin dejar de mirar a todas partes, cada vez más convencido de que las cosas se iban torciendo y no había manera de enderezarlas. *Me estoy comportando como un novato, como si no supiera qué debo hacer. Le permito jugar según sus reglas, separo a mis hombres, nos mantenemos inmóviles para que él pueda ir cazándonos uno a uno. Esto es ridículo.*

Se dio cuenta de que los demás lo miraban, como si esperasen una indicación por su parte. Y se dio cuenta también de que, por primera vez, no podía darles indicación alguna, que se encontraba tan perdido como ellos.

La ceremonia, la maldita ceremonia. Desde entonces todo ha ido cuesta abajo. Miró a Vito. *El maldito cristiano nos ha destruido.*

No, lo supo en seguida, aquello no era cierto. El cristiano los había tentado, pero ellos... no, él se había dejado tentar. Era él y nadie más el responsable de haber destruido el grupo, de haber roto su armonía.

Estoy maldito ante Dios, y el pensamiento lo tomó con tanta fuerza que no pudo evitar un escalofrío.

Sus hombres lo notaron, aunque ninguno dijo nada.

Aún no. Por más que quisiera hacerse visible, aún no era el momento.

Remiel sabía muy bien que contaba con el tiempo de su parte, que si no daban con él, los distintos grupos acabarían peleando unos con otros y facilitándole el trabajo. Claro que era una apuesta arriesgada, porque siempre había la posibilidad de que todos se pusieran de acuerdo, suspendieran las hostilidades y aunaran esfuerzos hasta que lo hubieran localizado. Pero, si conocía bien a sus antiguos compañeros, era poco probable que eso pasara. No, Gabriel y los demás habían intrigado, manipulado *y* retorcido, se habían aprovechado de las debilidades de los humanos para que les hicieran el trabajo sucio, y en eso, como en casi todo lo que hacían, se habían mostrado eficaces e implacables. Pero también eran desconfiados: no se fiaban de la materia, de aquellas criaturas de barro y sangre a las que temían y manipulaban pero, en el fondo, no comprendían. Así que habían acudido a cada uno de aquellos fanáticos por separado, y por separado y haciéndoles creer que eran los únicos, los habían guiado hacia él. Y eso jugaba a su favor, porque cada uno de los grupos que atacaba su casa consideraría enemigo a los otros.

Así que sólo tenía que esperar, hacerse visible cuando fuera el momento y destruir a los supervivientes. Y sin embargo, algo dentro de él le decía que no, que no esperase más, que ahora era el momento adecuado y que si esperaba demasiado lo perdería todo.

Desde donde estaba, oculto en un micropliegue del mundo, totalmente inmóvil, a un paso de los que lo buscaban pero sin que éstos fueran capaces de dar con él, sentía perfectamente lo que ocurría en la habitación: el desconcierto de los judíos a medida que iban cayendo uno a uno; la satisfacción del japonés, convertido en una sombra letal c implacable; Paula, Luisa y Sara esperando un momento que no parecía llegar jamás; aquel policía con la boca llena de preguntas reptando en dirección a la casa; la hosca determinación de Judith y del cura católico.

Y era precisamente en éste donde sentía que algo estaba torcido, que no era como debía ser. Sin embargo, eso no le causaba temor, de algún modo que no conseguía explicarse, sentía que el sacerdote tenía la clave para su victoria, si es que era posible vencer. Y por primera vez desde que había hablado con Shamael se atrevió a pensar que sí, que quizá había un modo de salir con bien de todo aquello.

Con cuidado, moviéndose entre los intersticios de la realidad, usando las dimensiones de bolsillo de las que los humanos rara vez eran conscientes, tratando de no advertir a nadie de su presencia (porque algunos de ellos podían percibirlo, incluso dentro del pliegue, aunque no consiguieran localizarlo con exactitud), se deslizó hacia Vito, dio un pequeño salto y se asomó a su mente.

¡Claro! ¡Increíble!

El cura lleva a uno de ellos dentro de su cabeza, una parte minúscula, apenas perceptible, pero tan ajena a la humanidad que era como un faro brillante, como un reclamo casi irresistible. Uno de ellos había dado un paso de más, se había involucrado en exceso.

Recordó lo que Paula le había dicho unas horas atrás:

Entonces quizá lo que debemos hacer es obligarlos a que se involucren.

Él se había mostrado de acuerdo, pero al mismo tiempo había reconocido que no tenía la menor idea de cómo conseguirlo. Y ahora ya no era necesario: ellos mismos se habían involucrado con la carne, habían dado el paso definitivo y habían saltado al abismo.

Pero, ¿por qué?, se preguntó Remiel, desconfiado. Sus antiguos compañeros odiaban la materia, el caos de emociones contradictorias, de impulsos opuestos que poblaban la mente humana. Tenían que tener un motivo muy válido para haberlo hecho.

Es *una trampa.* Y sin embargo sentía que no, que no habían utilizado aquel recurso para atraparlo, que lo habían hecho porque no habían visto otra salida.

Volvió a centrar su atención en Vito, en el interior de su mente. Entonces comprendió que aquel hombre, desde cualquier punto de vista médico, debería estar muerto o, como mucho, convertido en un vegetal al cuidado

de máquinas parpadeantes. Ellos le habían dado la fuerza para seguir con vida, para continuar pensando: y, para hacerlo, se habían visto obligados a interferir en la materia mucho más de lo que creían.

Pero ¿por qué?, volvió a preguntarse. *Tienen instrumentos de sobra, el mundo está lleno de fanáticos que les harían el trabajo sucio encantados. ¿Qué tiene éste de especial?*

La respuesta, no podía ser de otro modo, estaba dentro de la mente de Vito, de lo que quedaba de ella, pero Remiel no se atrevía a explorarla más a fondo. No, en su situación actual aquello podía ser desastroso. Así que sólo podía esperar, aguardar el momento preciso y cruzar los dedos para todo saliera como debía.

–Alguien se acerca –dijo Sara, alzando la vista del suelo.

En efecto, alguien tanteaba la pared, en busca de la puerta. Paula se incorporó, alerta y casi aliviada porque las hubieran encontrado. Al menos ahora podría luchar, enfrentarse a lo que fuera, descargar su rabia y su miedo contra algo. Desenfundó su pistola, la amartilló y apuntó cuidadosamente.

La puerta se abrió y el rostro empapado de Rodríguez asomó en el umbral. Paula estuvo a punto de oprimir el gatillo antes de reconocerlo.

–¿Qué demonios...? –preguntó.

–Se supone que yo soy quien hace las preguntas, ¿no? –dijo Rodríguez, entrando en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

Luisa y Sara intercambiaron una mirada. La niña asintió.

–¿Cómo nos has encontrado?

Rodríguez enarcó una ceja.

–Si quieres decir que cómo he dado con esta casa, te confesaré que después de muchos dolores de cabeza. Te seguí esta tarde. Te... desvaneciste. Pero luego, cuando estalló la tormenta, la casa apareció de pronto.

–No, no es eso. ¿Cómo sabías que estábamos aquí, ocultas?

El hombre pareció genuinamente desconcertado.

–La verdad es que no sabría decírtelo. De algún modo supe dónde estabas. No sé cómo. –Pareció que le costaba trabajo articular las palabras–. Lo siento.

Paula miró a Luisa. Ésta se encogió de hombros.

–Sé tanto como tú –dijo–. No sé cómo ha podido llegar hasta aquí.

–No importa –dijo Paula–. Eso ahora es lo de menos. Con Rodríguez a mi lado, podemos pillar por sorpresa a esos tipos y dar un vuelco a la situación.

–¿Estás segura de lo que vas a hacer? Recuerda que Remiel...

–Sí, sé lo que me dijo, pero que me cuelguen si pienso quedarme cruzada de brazos un minuto más. Lo siento, ésa no es mi forma de ser, y Remiel debería haberlo sabido de sobra. –Se volvió hacia Rodríguez–, Vámonos.

–¿Adonde?

–A patear unos cuantos culos y tomar unos cuantos nombres –respondió ella, con una sonrisa torcida.

–Claro, señora –dijo Rodríguez–, lo que usted mande.

Echaron a andar hacia la puerta. Paula se dio cuenta de que Luisa tomaba a ¡a niña de la mano y los seguía.

–No creo que sea una buena idea –le dijo.

–Quizá no, pero tenemos que ir.

Ambas mujeres se miraron en silencio largo rato. Al fin, Paula se encogió de hombros.

–Como quieras, pero quedaos detrás de nosotros. Y tened cuidado.

–Claro–dijo Luisa.

Y *será mejor que tú lo tengas también*, pensó. *Porque ese policía amigo tuyo no es lo que parece.* Pero no dijo nada en voz alta mientras cruzaba la puerta, subía por las empinadas escaleras y salía por la trampilla en dirección al empapado jardín.

Quién. Cómo. Cuándo. Dónde. Por qué

Vito trataba de no pensar, de dejarse llevar por sus instintos, pero de algún modo sus percepciones lo traicionaban. En otros tiempos no habría importado dónde se estuviera ocultando su presa, qué trucos usara, cuántas dimensiones retorciera para protegerse, su sola existencia lo habría delatado.

Sin embargo, ahora sentía cerca al renegado, tanto que sabía que sólo tenía que girar en la dirección adecuada para tropezar con él, pero de algún modo su localización exacta continuaba eludiéndolo. Y Vito sentía que aquello no tenía nada que ver con la habilidad del renegado para esconderse. No, por más que la conclusión resultara desagradable, sabía que el fallo estaba en él mismo, que de alguna manera sus percepciones ya no estaban afinadas, que ya no podía enfocar su instinto con la precisión letal que siempre había estado a su alcance. Algo había desaparecido dentro de él, como si la herida en su cabeza se hubiera convertido en sumidero por donde se estaba desaguando lo que quedaba de su mente. Sin embargo, no se sentía vacío, al contrario; estaba lleno, tanto que tenía la sensación de que dentro de su cabeza ya no quedaba espacio para nada más. Pero lo que había allí no era él, ya no, y cada vez menos.

Sacó el viejo rosario de su padre y comenzó a pasar sus cuentas, tratando de aferrarse a su textura desgastada y precisa, de anclarse a ella. Fue consciente de la mirada de desprecio de Judith, pero en aquellos momentos no le importó. Ya arreglaría cuentas con ¡a bruja más tarde, ahora eso no tenía importancia, no frente a la constatación de que, de alguna extraña manera, había perdido el toque, que en cierto modo se estaba perdiendo a sí mismo. Y, si no recuperaba pronto lo que le faltaba, la presa escaparía, le daría esquinazo, peor aún, podría llegar a cazarlo.

No. Eso jamás. Él era un predador, un lobo, no moriría como un cordero. Él era el cazador. No la presa. La presa jamás.

Siguió desgranando las cuentas del rosario, aferrándose a cada una de ellas, concentrándose sólo en el momento: su tacto entre los dedos, el ritmo en el que iban pasando una tras otra, las diferencias sutiles y casi imperceptibles que había entre cada una.

Es Yahvé mi pastor, se sorprendió pensando, aferrándose otra vez a aquel salmo que, con el uso, se había convertido en un tópico sin significado alguno. *Nada me falta. Me hace recostar en verdes prados y me lleva a aguas frescas. Recrea mi alma, me guía por sendas rectas por amor a Su nombre.*

Una cuenta. Otra. Una tercera.

Tu vara y tu cayado son mis consuelos. Tú dispones ante mí una mesa frente a mis enemigos. Derramas el óleo sobre mi cabeza y mi cáliz rebosa.

Indiferente al resto del mundo, seguía recorriendo el rosario, saboreando su textura, desgranando las palabras del salmo al mismo tiempo que desgranaba las cuentas del rosario. Fue consciente (de un modo lejano, remoto) de que en la habitación todos habían dejado de moverse, de hablar. Sintió que, fuera de la casa, alguien hablaba, les pedía algo. Trató de no hacer caso, de percibir tan sólo el rosario en su mano y el salmo en su mente.

Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida; y moraré en la casa de Yahvé por dilatados días.

La realidad lo golpeó de pronto, con violencia, con indiferencia. El renegado estaba ante ellos, los tocaba, los hacía a un lado y echaba a andar hacia el exterior de la casa sin que nadie lo detuviera. Por unos instantes, creyó que había sido él quien lo había convocado, que el rosario de su padre y las palabras del salmo habían funcionado como un hechizo y lo habían sacado de su escondite. Pero en seguida se dio cuenta de que no, el renegado se había hecho visible por su propia voluntad, había decidido abandonar su refugio sin que el encantamiento de Vito hubiera tenido nada que ver.

¿Qué ocurre?, pensó, al darse cuenta de que nadie hacía nada por impedirle el paso. *¿Por qué no se mueven? ¿Por qué lo dejan irse?*

Miró a Judith, a Shamir y, por primera vez, no comprendió lo que veía. El renegado ya había abandonado la habitación sin que nadie hubiera tratado de impedírselo.

–¿Os habéis vuelto locos? –consiguió preguntar–. Lo teníamos al alcance de la mano.

Judith parpadeó, como si despertara a su pesar de un sueño. Miró a Vito unos instantes sin decir nada. Al final, se volvió a Shamir y dijo:

–Vamos fuera.

Vito no lo podía creer. No comprendía lo que estaba ocurriendo. Bajó la vista y contempló el rosario en su mano, oscuro y desgastado, y de pronto sintió que no era más que una pieza trivial, fútil, completamente inútil. Que cuanto había hecho no había servido para nada.

Los demás abandonaban la habitación, siguiendo a Remiel al exterior de la casa. Vito se dio cuenta de que él estaba haciendo ío mismo, como si alguien que no fuera él estuviera guiando sus pasos. No fue consciente de que había soltado el rosario de su padre. Con las manos vacías, salió al exterior.

–No puedes huir de nosotros, renegado. Eso es un hecho.

–En realidad, Omi–san, no necesito hacerlo. Podría mataros a todos sin que me costara demasiado trabajo.

El tono de voz de Remiel no era amenazador. Omi agradeció aquello. Al menos el renegado conocía las normas más elementales de la cortesía. Miró con desprecio apenas oculto a los demás: era poco probable que pudiera esperar lo mismo de ellos.

–Es posible que sea cierto, pero también sabes que no seremos los últimos. SÍ de algo estoy seguro en estos momentos es de que, aunque logres librarte de nosotros, los siguientes acabarán contigo. O, si no ésos, los próximos.

Remiel asintió.

–Y la alternativa que me ofreces, supongo, es que me deje matar por vosotros. A cambio, dejaréis irse al policía y las mujeres.

–Una mierda –masculló Paula–. Eso no va a pasar. No nos os vamos a mover de aquí y vosotros podéis meteros vuestra maldita misión donde os quepa.

Omi la miró, totalmente en silencio y completamente inexpresivo. La mujer carecía de modales, sin la menor duda, pero también era valiente, y una cosa compensaba en cierto modo la otra. Cuando los había capturado, unos minutos atrás, el hombre que iba con ella había resultado una presa fácil; un par de pinzamientos, un golpe seco y había acabado en el suelo como un muñeco desmadejado. Ella, en cambio, incluso con la amenaza brillante de la espada junto a su cuello, había estado a punto de disparar su pistola. No había miedo en sus ojos, ni lo había habido antes, cuando sintió el filo frío contra su piel. Había cedido, naturalmente, pero Omi supo que sólo lo había hecho de momento y que distaba mucho de estar vencida o dominada.

Miró al cielo. Estaban en medio del jardín. Había dejado de llover y por el horizonte comenzaba a arrastrarse lentamente el primer indicio de la mañana. No faltaba mucho para que la noche llegara a su fin. En realidad, no faltaba mucho para que todo llegara a su fin, de un modo u otro.

No, *no todo,* se dijo. *Aún debo volver a Nihon. Yoshi y yo tenemos una deuda que saldar.*

Pero aquello podía esperar. Miró a su alrededor y reprimió una sonrisa al darse cuenta de que, de una forma instintiva, habían formado una suerte de triángulo, con Shamir y los suyos en un vértice, Omi y sus rehenes en otro y Remiel en el tercero.

–En realidad –dijo éste–, Paula tiene razón, pese a lo grosero de su tono, Omi–san. Me temo que esa no es una opción a considerar. Por otro lado, sin embargo, preferiría no tener que matar a nadie.

Remiel no apartaba los ojos de Omi, consciente de que él representaba la amenaza más inmediata, pero al mismo tiempo no perdía de vista a Vito. Todos los demás eran factores conocidos y a aquellas alturas sabía lo que podía esperar de ellos. Vito seguía siendo la incógnita, no sólo por sus repentinos modales de animal acorralado sino por lo que había dentro de él, aquel fragmento minúsculo y sutil de no humanidad que, de algún modo, se las había apañado para mantener entera (o al menos en funcionamiento) su mente. *De algún modo. Como si hubiera más de uno,* pensó con una sonrisa torcida. Remiel sabía que tenía que utilizar aquello para salir de allí, que Vito era la clave para salir con vida de aquel asunto. Aún no tenía del todo claro de qué manera, pero el asomo de un plan empezaba a perfilarse. Mientras lo dejaran hablar, mientras no se considerasen rotas las hostilidades, aún era posible.

–En realidad, Omi–san, tu solución no soluciona nada. Una vez muerto yo, tendríais que mataros entre vosotros. Ellos no se fían de ti y tú mismo has proclamado tu deseo de vengar la muerte de tu hermano. Y te aseguro que yo no maté a Buntaro.

Con un cuidado infinito fue tanteando las mentes que se le enfrentaban.

Shamir y sus hombres del Mossad no eran más que un instrumento, un arma, y no había peligro en ellos mientras nadie la empuñase. Algo que era cada vez menos probable. En las últimas horas Shamir había descubierto que dentro de él, y bajo el hombre racional que había ido construyendo durante toda su vida, se agazapaba una criatura supersticiosa, llena de temor de Dios y de deudas no saldadas. Una criatura que había sido empujada más allá del límite al verse obligado a matar a uno de sus hombres. Una criatura que, a lo largo de la noche, se había hecho con el control y que lo único que ansiaba en aquellos momentos era castigo, dolor y penitencia. En realidad, cuando Paula había empezado a transmitir desde el jardín la oferta de parlamento de Omi, Shamir estaba casi decidido a abandonar la casa y aquella misión que, para él, se había convertido en algo impío y blasfemo. Atormentado, con la responsabilidad de sus hombres bajo sus espaldas, con una vida llena de culpas y remordimientos de la que sólo ahora era consciente, Shamir ya no representaba peligro alguno. Su único deseo en aquellos momentos era sacar con vida de allí a lo que quedaba de sus hombres y luego, con toda seguridad, entregarse a una orgía de penitencia y dolor.

El verdadero problema, por supuesto, estaba en Omi, Judith y Vito: ellos eran los auténticos cazadores, implacables, mortíferos y eficaces. Los tres habían sido sutilmente manipulados durante toda su vida para convertirse en perros de presa, fanáticamente leales a sus amos. A los tres se les había prometido algo, manteniéndolo siempre fuera de su alcance, jugando con la recompensa que jamás se les daría. Algo que los tres deseaban, que querían más que nada en el mundo. Algo que, en realidad, no podían darles, algo que sólo ellos mismos podían darse, aunque de algún modo los habían cegado para que no pudieran verlo.

Remiel miró a Judith, recordó lo que sabía de ella, y lo comprendió todo en un instante. Claro, tan sencillo, tan evidente. Una cosa tenía que reconocerles a Gabriel y los suyos: eran eficaces. La mujer estaba atrapada en una trampa que se había tendido a sí misma cincuenta años atrás. Y era incapaz de ver que la salida de la trampa estaba a su alcance, que lo único que tenía que hacer era negar un juramento absurdo.

En cuanto a Omi, sus propósitos eran más evidentes todavía, y la trampa en la que había caído más burda aún que la de Judith. En cierto modo resultaba sorprendente: Omi tenía una mente llena de recovecos, retorcida y sinuosa, y sus antiguos compañeros se habían aprovechado precisamente de eso para embaucarle. Acostumbrado a lo complejo, entrenado para buscar más allá de la apariencia de las cosas, no estaba preparado para enfrentarse a la simplicidad.

Y Vito... Ah, Vito. Claro. Cómo no.

Remiel sonrió. Una sonrisa tranquila, sin arrogancia, sin superioridad, sin el menor deseo de ocultar nada. Sabía que se acercaba al momento más delicado de la noche. Ocultarse en un pliegue dimensional había sido fácil. Mantenerse quieto, disminuir su presencia al mínimo, no le había costado trabajo. Y decidirse a salir, una vez que hubo escuchado la oferta de Omi a través de la voz de Paula, había sido algo inmediato, inevitable. Sabía que Omi no tendría el menor reparo en matar a sus rehenes si él no se hacía visible, y eso era algo que no podía permitir. Así que había salido del pliegue, había cruzado ¡a habitación ante el pasmo de los presentes, que

lo habían tenido ante sus ojos sin verlo todo aquel tiempo, y se había dirigido hacia el jardín, consciente de que los demás, después de unos instantes de vacilación, harían lo mismo.

Pero ahora... De lo que hiciera ahora dependía que pudiera encontrar una salida a aquella situación. Así que flexionó las rodillas y se sentó sobre el suelo mojado, con las piernas cruzadas. Hizo un gesto en dirección a los otros mientras decía:

–Por favor, acompañadme. Tenemos mucho de que hablar antes de que acabe la noche, lo cual –miró a sus espaldas– no está muy lejano. Quizá para empezar podríamos convenir en que los hombres del Mossad son innecesarios. Es posible que fuera buena idea dejar que se fueran.

Omi vaciló un instante, pero en seguida se sentó también. Shamir y Judith se intercambiaron una mirada, ella asintió y Shamir, con un gesto hacia lo que quedaba de sus hombres, echó a andar fuera del jardín.

–¿Qué es lo que estáis...? –empezó a decir Vito.

Judith lo tomó por el brazo y lo obligó a sentarse. Por primera vez había en sus ojos algo distinto a la hosca determinación que la había guiado hasta allí, algo que no era odio, ni cansancio, ni siquiera fanatismo. En su mirada había un brillo de desprecio, centrado en Vito, enfocado únicamente hacia él.

–Cállate y presta atención –le dijo–. Usa lo que te queda de cerebro, si es que eres capaz de hacerlo.

Bruja, pensó Vito. *Maldita bruja. No temeré mal alguno en esta cañada sombría. Y con la vara y el cayado de mi Señor te destruiré.* Pero apretó los dientes, hizo lo que Judith le decía y tomó asiento a su lado. La sensación de que su cuerpo, su mente, ya no le pertenecían aumentaba con cada minuto y cada vez le resultaba más difícil pensar con claridad. En su cabeza apenas había espacio para nada que no fuera el salmo, como si fuese una versión hablada del viejo rosario de su padre, recitado una y otra vez como una letanía, cambiando de orden los versículos, jugando con las palabras, componiendo un puzzle incomprensible que, sin embargo, tenía la virtud de mantenerlo en pie, consciente y pensante.

Remiel sonrió de nuevo.

–Tal vez podríamos convenir también en que los rehenes son innecesarios. Si quisiera mataros a los tres, podría hacerlo antes de que pudierais tocarles un solo pelo de su cabeza. Los cuatro lo sabemos. Por tanto, es una tontería seguir manteniéndolos con nosotros.

Omi asintió. Lo que decía el renegado era cierto, no porque su afirmación fuera correcta, eso aún estaba por ver, sino porque los rehenes habían cumplido con su función, que era sacarlo de su escondite. Ahora resultaban innecesarios. Quizá Remiel pudiera matarlos a los tres o tal vez no, pero en todo caso eso era algo exclusivamente entre ellos cuatro.

–Pueden irse, si así lo desean –dijo.

–Probablemente preferirán quedarse, pero –Remiel alzó la vista y su mirada se cruzó por primera vez con la de Paula–, en todo caso es mejor que se aparten. Por favor. Tomad vuestras armas y retroceded unos pasos.

Vio cómo Paula vacilaba.

–Por favor, confía en mí.

Paula apretó los labios, cogió su pistola y la enfundó. Luego, le tendió a Rodríguez su arma, quien la tomó con una mano temblorosa. Con ayuda de Luisa logró que Rodríguez se incorporara y diera unos pasos con ellas.

–Bien –dijo Remiel–. Estamos razonablemente solos los cuatro. Esta situación puede tener una salida satisfactoria para todos, para algunos o para ninguno. Sería deseable encontrar la primera, si es que existe.

El tiempo parecía haberse detenido. Paula vio salir del jardín a Shamir y sus hombres y se sintió repentinamente agotada. Notó que alguien apoyaba una mano en su hombro y al volverse se encontró con la mirada de Luisa. Por primera vez no había en ella ninguna arrogancia, sólo preocupación.

–Remiel lo hará lo mejor que pueda –le dijo.

–Sí–respondió ella–, pero ¿será suficiente?

Luisa no respondió. No era necesario.

Una parte de Paula aún temblaba de humillación al recordar el modo en que el japonés los había desarmado y se había hecho con el control de la situación. Otra estaba tentada de desenfundar su pistola, acercarse hasta donde estaba Remiel y volarles los sesos a los otros tres. Y una tercera confiaba, pese a todo, en que Remiel supiera lo que estaba haciendo.

A su lado, Rodríguez se mantenía en pie, tambaleante pero por fin dueño de sí mismo, a medida que los nervios punzados por Omi iban recuperándose. Parecía estar murmurando algo sin sentido, mientras abría y cerraba las manos, como si intentara hacer volver la circulación a sus extremidades.

Sara, entre las dos mujeres, estaba completamente inmóvil, las manos entrelazadas en su regazo, como si de pronto todas las historias hubieran llegado al mismo punto, se hubieran detenido y estuvieran aguardando el momento preciso para continuar.

Rodríguez seguía mascullando su galimatías, y Paula se dio cuenta de repente de que eran preguntas. El pobre hombre parecía completamente desorientado.

–No fue culpa tuya –le dijo–. Nos pilló a los dos como a principiantes.

Rodríguez alzó la vista y, durante un instante, fue como si no reconociera a Paula.

–Lo sé –consiguió articular a! fin–. Pero...

–No había nada que pudieras hacer.

Ella misma no conseguía convencerse de eso, en realidad. En lo más hondo de sí misma sentía que sí, que podían haber hecho algo, que lo que estaba ocurriendo no tenía por qué ser inevitable.

Tengo miedo, pensó de repente.

–Los tres tenéis algo en común –dijo Remiel–. A los tres se os ha prometido la muerte si cumplís con vuestra misión de forma adecuada. O quizá debería decir mejor el descanso, ¿no es cierto ? Para Omi será el nirvana, el abandono definitivo de la rueda, la promesa de no volver a encarnarse nunca más. Para Vito es la nada: una eternidad sin sensaciones ni pensamientos. Y para ti, Judith, para ti el poder relevarte de una promesa insensata y ser al fin humana, y morir.

No había nada especial en las palabras de Remiel, pero su tono tenía una cualidad casi hipnótica, como una especie de conjuro. Omi, Judith y Vito sintieron que, de algún modo, aquellas palabras tenían una presencia física, un peso, una forma, una textura y que, con cada sílaba, iban entrando dentro de ellos y abriendo puertas que ¡levaban mucho tiempo cerradas.

Omi se vio arrastrado de repente a una lenta disolución en la que, poco a poco, todo rastro de sí mismo desaparecía. Un placer lánguido lo envolvía y, al mismo tiempo, se sentía drenado, abandonado, convertido en polvo, humo, niebla. Todo su vida al servicio del Nihon secreto se le revelaba ahora como una carrera en la que la meta no estaba nunca más cerca, y sus lealtades a su señor feudal se convertían en algo fútil pero no, comprendió, porque el shogun hubiera traicionado su deber, sino porque la misma idea del Japón secreto carecía de sentido. Su rencor contra Yoshi se volvió de pronto irrelevante y todos los pactos con los que había apuntalado cuidadosamente su vida carecieron de pronto de importancia. Despojado de eso, lo único que quedaba era el deseo de morir, desaparecer para siempre, no ser nunca más.

Judith se contempló a sí misma cincuenta años atrás, en la sinagoga medio derruida, postrándose ante el Dios de sus padres y jurando por su nombre no descansar jamás hasta no haber destruido al culpable de haberla convertido en lo que era ahora, eje haberla vaciado de su humanidad para sustituirla por una criatura que no se comprendía a sí misma y se veía incapaz de dirigir su odio. Se contempló saliendo al mundo, toda furia y determinación. Y se contempló descubriéndose incapaz de cumplir su juramento, descubriendo que el ángel rubio que la había hecho suya estaba muerto, que ya lo había estado en el momento en que hizo su promesa. Una promesa que no podría cumplir nunca más, por toda la eternidad. Frente ella se extendía una eternidad vacía, convertida para siempre en una anciana de veinte años. Suspiró y las últimas cinco décadas cayeron sobre ella con todo su peso. Cansada, se sentía tan cansada...

Vito sólo sentía rabia. Con cada palabra de Remiel lo único que podía notar era cómo la rabia crecía dentro de él, hasta tomar una forma que casi, pero no, estaba a punto de reconocer. No era capaz de visualizar la espesa nada blanca que había poblado sus sueños todos aquellos años. Tan sólo podía experimentar aquella rabia fría, cristalina y a afilada que, de algún modo, sentía impuesta desde fuera.

–En realidad se os ha engañado –dijo Remiel–. O quizá debería decir que se os ha ayudado a que os engañéis a vosotros mismos.

–Y esperas que nos lo creamos, así, de buenas a primeras –dijo Judith.

–No, no espero que me creáis a mí. Pero aquí, con nosotros, está alguien que puede deciros la verdad. Que, de hecho, os debe el deciros la verdad.

Los tres se miraron entre sí, incapaces de comprender.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Omi.

–Los tres habéis sido... bendecidos, o quizá malditos, no lo sé, con la visión, con la capacidad de penetrar más allá de la apariencia de las cosas. Es uno de los motivos por los que fuisteis elegidos. Usad vuestra visión. Judith, Omi, mirad a Vito, ved lo que es realmente, lo que hay dentro de él. Vito, mírate a ti mismo, contempla lo que has llevado contigo estos días.

Remiel guardó silencio. Había hecho cuanto podía: había usado su voz, su mirada, sus movimientos para llevarlos a aquel preciso instante. Pero ahora dependía de ellos, eran ellos quienes debían dar el paso y ver la verdad.

El tiempo pasó. El amanecer fue abriéndose paso cada vez más rápido a sus espaldas. Omi y Judith permanecían inmóviles, con la vista clavada en Vito mientras éste, la respiración acelerada, jadeante, parecía estar luchando por escapar de sí mismo.

Tranquilo, se dijo Remiel. *Aún no. Espera. Lo están haciendo pero tienes que esperar, tiene que suceder en el momento preciso.*

La tensión que los rodeaba era algo casi sólido, como un animal agazapado entre ellos, un animal enorme y de múltiples bocas, hambriento.

Un poco más, sólo un poco más... ¡Ahora!

–¿Eres tú, Gabriel? –preguntó, en un tono tranquilo, casi indiferente–. ¿No crees que (es debes una explicación a tus herramientas?

De pronto, Vito abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás, como si alguien lo hubiera golpeado. Un relámpago destelló entre sus labios. El sacerdote alzó los brazos, como intentando atrapar algo que se le escapaba.

–No *le debo nada a nadie. Y menos a ti, Remiel.*

En el espacio que había entre ellos estaba creciendo algo, una criatura hecha de luz y de orden, de furia y determinación. De algún modo, se escapaba del cuerpo de Vito, encogido, doblegado en un grito silencioso, e iba tomando forma.

–Has sido muy listo. Pero eso no te servirá de nada. Debe hacerse lo que debe hacerse.

–Quizá ya se ha hecho –dijo Remiel.

La criatura terminó de tomar cuerpo, un cuerpo hecho de voluntad y poder. Vito se relajó de repente y luego cayó al suelo, desmadejado como un títere sin hilos.

Tu... vara y tu cay...ado. ¿Dónde estás? ¿Dónde está todo? ¿Dónde estás, mi ángel de rabia, mi señor de la furia, dónde est...?

Remiel contempló aquel cuerpo inerte casi con tristeza. Había habido algo patético en sus últimos pensamientos, algo... tan indefenso.

–Aún no está muerto –dijo en respuesta a la mirada inquisitiva de Judith–. Pero no tardará mucho. En realidad, en su mente ya no queda nada.

Judith y Omi se miraron. Luego se volvieron hacia la criatura que había entre ellos.

–¿Es cierto lo que ha dicho el renegado? –preguntó Omi–. ¿Nos habéis engañado?

–Queríais el descanso. Accedimos a dároslo. No hemos mentido.

–Pero nos ibais a dar algo que ya estaba a nuestro alcance–dijo de pronto Juditb, y era como si cada palabra le estuviera siendo arrancada contra su voluntad–. Nos ibais a dar algo que ya era nuestro, que ya teníamos. ¡Dios! –La palabra sonó como un insulto, como una imprecación–. Todos estos años, todo este tiempo he seguido viva única y exclusivamente porque creía que no podía morir, porque pensaba que mí juramento significaba realmente algo. Y para la única para quien significaba algo era para mí misma: a vosotros nunca os importó. Y nunca me contasteis la verdad, me dejasteis creer que no podía ser de otra forma, que realmente estaba atada por mis palabras, que mi Dios... –Meneó la cabeza y a sus labios asomó una sonrisa, medio triste, medio rabiosa–. Me até a mí misma y vosotros me permitisteis creer que no podía desatarme.

Remiel notó que la mujer estaba llorando, aunque ella misma no se daba cuenta de que lo hacía. La figura hecha de luz no respondió, pero tembló ligeramente.

–Y salir de la rueda siempre ha estado a mi alcance, tan sólo tenía que negarme a volver –murmuró Omi. Había en su voz un pequeño deje de diversión, como quien acaba de encontrarle la gracia a un chiste no demasiado bueno–. Y, en el fondo creo que yo lo sabía.

Omi inclinó la cabeza en dirección a Remiel.

–*Arigato gozeimashita,* Remiel–san.

–*Dozo,* no tiene importancia. Estabais en vuestro derecho.

Remiel miró a Gabriel, disfrutando de la impotencia de su antiguo compañero ante el modo en que sus marionetas renunciaban libremente a sus hilos. Reprimió un suspiro de alivio, y casi encontró decepcionante que hubiera resultado tan fácil. No debería estar tan sorprendido, comprendió. Al fin y al cabo, se los había elegido como cazadores por lo afilado de su mente, más que por ninguna otra cosa. Y una mente así, una vez que se la ha puesto en el camino adecuado, no cerrará los ojos ante la verdad.

–Tenías razón –dijo judith–. No nos engañaron, sólo nos permitieron engañarnos a nosotros mismos. La salida siempre estuvo a nuestro alcance, pero no quisimos verlo.

De repente miró a Omi. Había un brillo de alegría salvaje en los ojos de la mujer, como si de pronto hubiera dado con la solución a todos sus problemas:

–Hay algo...

–¿Sí?

–Yo maté a Buntaro. Aceptaré el filo de tu espada con alegría. Es justo.

Omi la miró unos instantes, sorprendido ante lo inesperado de la propuesta. Entrecerró los ojos, analizando la trampa que había en aquellas palabras, el verdadero propósito oculto tras ellas. Al final negó con la cabeza y empezó a incorporarse.

–Me temo que no, mujer–dijo–. No te pagaré la muerte de mi hermano dándote lo que deseas. Si quieres morir tendrás que hacerlo de la misma manera ardua y difícil que el resto del mundo.

Inclinó la cabeza otra vez ante Remiel.

–*Sayonara,* Remiel–san. Ha sido verdaderamente... instructivo.

–Buena suerte, Omí–san. –Remiel no pudo evitar una sonrisa torcida–. Espero que no nos volvamos a ver.

Sin añadir una palabra, el japonés dio media vuelta y abandonó el jardín. Apoyaba su mano en la empuñadura de su espada, pero por primera vez en toda su vida aquel contacto no le resultaba reconfortante. Pensó en su hermano, muerto para nada. Pensó en Yoshi, maquinando y ambicionando un Japón que ya no volvería, traicionando su propio código por un sueño inútil. Se imaginó a su señor muriendo a sus manos y, por primera vez, aquel pensamiento no le causó la menor satisfacción. Comprendió que, al menos tal como los *gai–jin* veían esas cosas, estaba libre, no había nada que tirase de él, ni a un lado ni a otro. Su futuro era una página en blanco y sólo él podía escribirla, o dejar que permaneciera en blanco. No sabía qué iba a hacer y lo más extraño de todo era que aquella incertidumbre le resultaba sorprendentemente reconfortante.

–Creo que es hora de que yo también me vaya, Remiel –dijo Judith.

–Sí, pienso que es lo mejor.

Judith se incorporó. Miró unos instantes el cuerpo agonizante de Vito. Pareció a punto de decir algo. Cerró la boca y se fue de allí. Junto a la cancela del jardín miró hacia atrás una última vez. Ahora que sabía que podía morir, que envejecería y se marchitaría como todos los demás, el cansancio que la había acompañado durante todos aquellos años se había desvanecido. Se sentía ligera, casi exultante y se alegró de que Omi no hubiera aceptado su irreflexiva oferta de muerte. Quería vivir. Por primera vez desde que el ángel rubio de la muerte había posado sus ojos sobre ella, la vida ya no era algo vacío y agotador.

Paula no podía creerlo. Se estaban yendo. El cura era una figura inmóvil en el suelo, y el japonés y la mujer dejaban el jardín, sin mirar atrás una sola vez, abatidos, agotados, pero al mismo tiempo con una sorprendente vitalidad en sus pasos. Seguía habiendo... aquello que flotaba frente a Remiel, una figura hecha de una luz que no era luz y en la que Paula casi podía reconocer algo familiar.

–¿Se ha acabado? –preguntó, a nadie en particular.

–Aún no, querida. Pero falta poco, se lo aseguro –dijo una voz desconocida.

Paula se volvió. A su lado había un hombre pulcramente trajeado, con una sonrisa de medio lado en un rostro hermoso y frío cuyas facciones parecían talladas a cincel. En sus ojos color miel había un brillo amenazador.

–¿Quién...?

–Shamael –dijo Sara.

Paula miró a la niña. Había un brillo juguetón en sus ojos y, por primera vez desde que la conocía, había abandonado aquella mortal seriedad con la que lo hacía todo. Sonreía abiertamente y el hombre respondía a la sonrisa.

–Sí, se me ha conocido por ese nombre–dijo éste.

–Usted es el... amigo de Remiel –dijo Paula–. A quien fue a ver el otro día.

–Así es, querida.

–¿Qué has venido a hacer aquí? –preguntó Luisa.

Paula se dio cuenta de que la otra mujer guardaba las distancias, permanecía alejada de ellos como si algo en el recién llegado quemara o fuera venenoso. Shamael, por el contrario, parecía complacido de verla, como quien encuentra inesperadamente a un amigo desaparecido.

–Vaya, cuánto tiempo –dijo–. Verás, Luisa, ahora te llamas Luisa, ¿no es así? Aquí no sólo se está jugando el futuro de Remiel. También, en cierto modo, el mío. Así que es natural que sienta cierta curiosidad.

–¿Qué va a pasar? –preguntó Paula.

Pero, antes de que Shamael pudiera responder, lo hizo Rodríguez.

–¡Basta ya de preguntas, maldita sea! ¡Yo soy quien hace las preguntas!

–Ah, señor Rodríguez –dijo Shamael acercándose–. Sí, nuestro querido señor Rodríguez, lleno de secretos culpables y deseos inconfesables. Será mejor que se siente y se tranquilice. Todo habrá acabado en breve. De un modo u otro.

Rodríguez miró a los lados, como una bestia acorralada, trató de sostener la mirada de Shamael y, de pronto, bajó la cabeza e hizo lo que el otro le había ordenado.

Shamael se volvió a Paula.

–Lo lamento, querida, ¿qué me había preguntado?

Paula miró a Rodríguez, sentado en el banco y con un aspecto miserable: la cabeza agachada, las manos, con las palmas vueltas hacia arriba, abriéndose y cerrándose convulsivamente. Echó a andar hacia él.

–No se preocupe. No es nada grave. Lo superará –dijo Shamael.

La tomó por el brazo, con delicadeza, pero Paula sintió que bajo aquella suavidad había algo duro y afilado. Se detuvo, indecisa.

–Créame, es mejor que lo deje solo. Si no recuerdo mal, me había preguntado qué iba a pasar. No gran cosa: en estos momentos nuestro antiguo asociado Gabriel decidirá si destruye o no a Remiel y, sobre todo, si sigue adelante con su plan para conquistar el mundo físico e imponer en él el orden que debe tener. Como ve, una minucia.

Rodríguez alza la vista. Gira la cabeza. Paula está allí, hablando con el recién llegado del traje impoluto y las maneras aristocráticas. La otra mujer y la niña están un poco más allá, silenciosas e inmóviles.

Frente a él, Stevenson está sentado en el suelo, hablando con una nada luminosa que parece temblar de rabia. Apenas consigue captar una frase aquí y otra allá: «Tan manchado como yo», «ya no soy uno de los vuestros». La nada de luz y rabia le responde: Rodríguez no puede escucharla, pero de algún modo presiente que en su respuesta no hay ¡a decisión implacable que debería haber, que aquella criatura duda por primera vez en una existencia tan larga que Rodríguez es incapaz de imaginársela.

De pronto se da cuenta de que está murmurando, de que lleva haciéndolo largo rato. Son preguntas, claro, qué si no, al fin y al cabo su vida no es otra cosa que un cúmulo de preguntas lanzadas al vacío. Un tropel de cuestiones, una algarabía de interrogaciones que ahora, de pronto, han quedado reducidas a cinco. Comprende en ese preciso instante lo que ocurre, lo que ha ocurrido desde que el japonés paralizó su cuerpo pero dejó intacta su mente. Todas sus preguntas se han refinado, condensado, destilado en esas cinco. Y ahora, por fin, sabe las respuestas. Quién no puede ser sino Stevenson. El cómo es rápido. El cuándo es ahora. El dónde aquí mismo. El porqué...

¿El porqué?

El porqué... El porqué es Paula. Paula que ha estado a su lado todo este tiempo, Paula que nunca lo ha mirado como una mujer debe mirar a un hombre, Paula que se va a ir de rositas con su amante recién encontrado, Paula que se despedirá de Rodríguez con un beso en la mejilla y una caricia sin lujuria. Recuerda de nuevo la cabeza de su mujer cayendo hacia atrás, sus ojos sorprendidos para siempre en la muerte.

Se incorpora. Mira a Paula una última vez y siente que la odia, que quisiera ver su rostro hecho pulpa y su cuerpo descuartizado, su mente llevada a la locura y su alma desgarrada ente sus dientes. Siente también que la desea como nunca ha deseado a ninguna otra mujer, que necesita poseerla, descargarse dentro de ella, morir sobre ella.

Aprieta los puños y echa a andar hacia Stevenson. A sus espaldas oye a Paula que le grita, pero no le hace caso. Armado de rabia y deseo llega a donde está Stevenson, atraviesa la criatura fría y poderosa que habla con él y se planta frente al hombre vestido de gris.

Éste alza la vista, apenas sorprendido. Rodríguez saca su pistola, apunta cuidadosamente y acaricia el gatillo con mimo, casi con ternura. Nota que Paula ha echado a correr en su dirección, que ella y los demás vienen hacia él. No importa, demasiado tarde. Aprieta el gatillo y ve a Stevenson saltar hacia atrás. Dispara de nuevo. Va a hacerlo una tercera vez cuando siente algo ardiente atravesar su espalda y nota que sus brazos ya no le responden, que sus mismas piernas se niegan a sostenerlo.

Cae al suelo. Siente algo cálido y salado dentro de los pulmones. Trata de decir algo, de incorporarse, pero no puede. No es capaz de moverse. No puede más que mirar, ver con sus últimas fuerzas cómo Paula llega junto a él, el revólver humeante aún en la mano, lo deja atrás sin dedicarle una mirada y se arrodilla junto a Stevenson.

Quiere cerrar los ojos, pero algo se lo impide. Así que sigue contemplando cómo Paula alza la cabeza de Stevenson, cómo éste posa una mano moribunda en el vientre de ella. Sus labios se abren, y Rodríguez lo ve pronunciar unas palabras que no puede escuchar. Ve responder a Paula.

Luego, lentamente, su visión se nubla. Intenta respirar y se da cuenta de que no puede. Pese a todo, no es desagradable. Paso a paso, sin prisa alguna, empieza a cruzar las fronteras de la muerte.

Quién quiere vivir para siempre (y 2)

Desde el mirador, a la izquierda, la ciudad parecía un extraño juguete, y la playa, ahora en marea baja, un desierto. A lo lejos, el Cerro soportaba como podía el monumento al horizonte que, a su pesar, había terminado convirtiéndose en el emblema de la ciudad. El tiempo seguía desapacible, como lo había estado en los últimos días, y allí en lo alto el viento frío se clavaba en la carne con algo parecido a la ternura.

Paula se apoyó en la barandilla que trataba de imitar, con cemento y acero, la proa de un barco. Frente a ella, el mar era un lamento desapacible, y el cielo un sudario gris. Se arrebujó en el abrigo y, al hacerlo, notó el peso confortador del revólver en su funda. Se llevó la mano a un costado y, a través de la cela, palpó la forma familiar de la mariposa. Sonrió con desgana.

A sus espaldas, en el parque, aún quedaban algunos niños, pero supo que no tardaría en estar sola, a medida que el tiempo se fuera haciendo más inclemente y la amenaza de la lluvia se convirtiera en una promesa cada vez más cercana.

Alzó la vista al cielo. Las nubes, hinchadas y oscuras, se convertían para ella en ideogramas, los mismos que Sara trazaba con un palo o su dedo en la arena. Una historia llena de monstruos y héroes, de dolor y placer, de muerte y angustia y nacimiento y separaciones. *La historia es siempre la misma.* Se lo había dicho Sara cuando se conocieron, ¿no? Eso, o algo muy parecido. Sí, siempre era la misma, cambiaban los detalles, pero en lo esencial se repetía a sí misma una y otra vez con una monotonía que resultaba casi fascinante.

Sintió un escalofrío, y en ese momento supo que no estaba sola. Dedicó un último pensamiento a Luisa, que aquella mañana le había aconsejado no acudir a la cita, con el miedo bailando en sus ojos ligeramente rasgados:

–No es de fiar, Paula –le había dicho.

–Lo sé, pero tengo que ir.

Se volvió. Shamael subía hacia el mirador, sus ojos de color miel tan inescrutables como siempre. Llegó junto a Paula, se ajustó el nudo de la corbata en un gesto lánguido y sin afectación y luego inclinó la cabeza.

Había pasado una semana desde la muerte de Remiel.

Su grito, inútil y tardío, cuando comprende lo que Rodríguez va a hacer. Sus piernas tomando la decisión por ella y llevándola a donde está Remiel. La culata del revólver en su mano. Un estampido, otro. Antes de que suene el tercero es su mano la que aprieta el gatillo, y su bala la que quiebra la espalda de Rodríguez y lo tira al suelo.

Se detiene. Echa a andar. Quiere correr, pero de algún modo, se ve incapaz de hacerlo. Nota en su palma el peso del revólver, nunca tan nítido como en este momento. Rebasa a Rodríguez y se niega a mirarlo. Remiel está tendido en el suelo, con una expresión incrédula en el rostro y dos agujeros en el pecho. Gabriel sigue allí, una figura a la que es imposible mirar de frente, temblando en el aire y, de algún modo, disfrutando del momento.

—*Esto no era necesario* —dice.

Paula duda unos instantes. Luego, atraviesa la figura hecha de luz y trata de convencerse a sí misma de que no ha sentido nada, de que no ha tocado algo que no es humano, de que no ha sentido el contacto de una inteligencia ajena a todo cuanto conoce: fría, sin empatía, sin emociones, más allá de algo que parece rabia pero no lo es exactamente.

Permanecieron largo rato en silencio, contemplando el mar y la ciudad cercana, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Al fin, Shamael se apartó del borde del mirador y se volvió hacia ella.

–Me pregunto si me ha citado aquí adrede –dijo–. Como una especie de mensaje, ya sabe.

Paula alzó la vista y lo miró sin comprender que decía.

–No se a qué se refiere –dijo.

Shamael enarcó una ceja.

–¿De veras? ¿Es posible que no haya notado la ironía del nombre de este sitio? Sí, supongo que pese a todo es posible.

Paula asintió, comprendiendo de repente.

–*La providencia* –murmuró–. Ya veo. Lo lamento si eso le trae malos recuerdos, pero le aseguro que no fue intencionado. Usted quería un lugar público y a mí me apetecía contemplar la ciudad. Éste es uno de los mejores sitios, eso es todo.

Shamael asintió y extrajo una pitillera del bolsillo interior de la chaqueta. Le ofreció a Paula un cigarrillo largo y delgado, con el filtro dorado. Ella negó con la cabeza.

–Sí, es una costumbre deplorable, me temo. Qué le vamos a hacer.

Encendió el cigarrillo y aspiró el humo con parsimonia.

–Espero que todo quedase arreglado satisfactoriamente –dijo–. Si mis cálculos son correctos, ustedes no deberían haber tenido ningún problema.

Paula sonrió a su pesar.

–Podríamos decirlo así, supongo. Sí, nadie ha hecho preguntas. Todos han echado tierra sobre el asunto. Tiene usted pode–tosas influencias.

–Oh, algún amigo aquí y allá, nada importante, de veras.

Se arrodilla junto a Remiel y toma su cabeza con las manos. Él trata de hablar. Toma aire y lo intenta de nuevo. Al final, consigue lanzar una maldición ininteligible y acerca su mano al regazo de Paula. La posa allí, sobre su vientre, y el contacto, cálido y tranquilo, se le hace a Paula insoportable.

–Mala suerte –consigue articular Remiel–. Qué le vamos a hacer.

Ella le responde algo, no recuerda el qué. En realidad no tiene ninguna importancia. Lo único que importa en estos momentos es que Remiel se está muriendo, que por primera vez desde que tomó forma humana es su muerte, y no la de ella, la que los está separando. Que, en esta vida, Paula no va a volver a sentir el contacto de su mano, su boca mordisqueando la suya, sus ojos grises atravesándola como si quisiera aprenderse sus facciones.

–Cúrate –se oye decir a sí misma, con rabia, con rencor–. Cúrate, maldita sea.

Él sonríe, no sabe si ante sus palabras o anee el tono de su voz.

–Me temo que... no. Tu amigo hizo un buen trabajo. No hay... mucho que pueda hacer por este cuerpo. De hecho... me está costando horrores mantener en... funcionamiento el corazón. Rodríguez tenía... buena puntería, sin duda.

Paula no quiere aceptar lo que está oyendo, pero le basta mirar esos ojos grises que se están apagando poco a poco para comprender que es verdad.

–*Aquí ya no me queda nada por hacer.*

La voz de Gabriel rompe el momento y Paula lo maldice silenciosamente. Con un esfuerzo, Remiel consigue dibujar una sonrisa en el rostro y dice:

–No... Pero te queda... mucho por... pensar. –Toma aire y Paula nota el trabajo que le cuesta y teme que cada bocanada vaya a ser la última–. Era uno de... los vuestros... ¿verdad?

Gabriel tiembla y, de algún modo, Paula percibe en esa criatura inhumana algo parecido a la vergüenza.

–*Un seguro. Una última bala.*

Una nueva voz interviene en la conversación:

–Y qué conveniente que os olvidarais de descargarla cuando ya no era necesaria, ¿humm?

Paula ve que Shamael se ha reunido con ellos.

–*Traidor* –escupe la criatura de luz.

Shamael enarca una ceja.

–Hipócrita –susurra.

Y ante esa palabra, con un último temblor, Gabriel se desvanece y es como si nunca hubiera estado allí.

–Fue usted quien insistió en verme, Shamael, así que supongo que tendrá algo importante que decirme.

Shamael sonrió, pero en sus ojos brilló algo peligroso. Consultó su reloj, un ostentoso artefacto lleno de pedrería. Frunció el entrecejo y se llevó el reloj a la oreja. Masculló una maldición, desató la correa y tiró el inútil artefacto. Paula asistió a esa pantomima apenas interesada.

–Es usted impaciente, querida –dijo él–. Es curioso. Sería lógico pensar que recordar todas sus vidas pasadas le habría dado una nueva perspectiva. Una cierta... distancia.

Paula apretó los dientes.

–Sí, sería lógico –dijo–. Pero nunca he sido muy lógica. En ninguna de las vidas que recuerdo.

Shamael se encogió de hombros. Pareció que iba a mirar de nuevo a su muñeca, hizo ademán de cambiar de idea en el último momento y señaló a sus espaldas.

–Será mejor que bajemos. El tiempo está empeorando.

Paula asintió. Dejaron el mirador y, por un instante, al verlo desde abajo, Paula se preguntó a quién se le habría ocurrido diseñar un mirador en forma de proa de barco (más bien, se dio cuenta, en forma de metáfora de proa de barco) y situarlo en lo alto de un acantilado. Tuvo la sensación de que la idea le habría encantado a Remiel, de que en cierto modo aquél era uno de sus lugares favoritos y que por eso la había llevado allí la semana pasada. De pronto comprendió lo poco que lo conocía, lo poco que lo había conocido en esta encarnación. Sí, claro, conservaba sus recuerdos de vidas anteriores, sus otros momentos junto a él, pero apenas sabía nada del Remiel que había pasado los últimos años de su vida en aquella ciudad. Recordó lo que le había dicho apenas una semana antes, en aquel mismo sitio, cuando había descrito la ciudad como «hermosa» y no pudo evitar preguntarse una vez más qué era lo que Remiel había visto en ella, en sus calles, sus edificios, sus plazas, sus habitantes. En cierto modo se sintió obligada a descubrirla, como si conocer mejor la ciudad que había amado su amante muerto fuera una forma de conocerlo a él. Tal vez. Por qué no, al fin y al cabo.

Siguió caminando, siempre seguida por Shamael. Bajo el mirador, algo más allá del pequeño parque infantil, había algunas mesas de madera. Se sentaron junto a una de ellas.

–Tiene razón –dijo Shamael–. Tengo cosas que contarle. Algunas le interesarán y otras no, pero me temo que el paquete viene todo junto.

–Adelante.

Shamael apagó el cigarrillo contra la mesa y luego arrojó la colilla a lo lejos. Por unos instantes, el policía que Paula aún llevaba dentro estuvo a punto de tomar el control. Se relajó en seguida, sin embargo. *Ah, qué demonios, al diablo con todo esto.* No pudo evitar una sonrisa ante el pensamiento.

–¿Lo encuentra divertido? –preguntó Shamael.

–No, lo siento. Estaba pensando en otra cosa. Siga, por favor.

–Bueno, sería más adecuado pedirme que empiece. Comencemos por lo que, seguramente, Se interesará menos. Durante un tiempo, durante mucho tiempo tal como ustedes miden esas cosas, no tendrán que preocuparse por Gabriel y los suyos. Han vuelto a la Ciudad de Plata y, de momento, han dejado de interferir con el mundo material.

–¿Porqué?

–En parte porque están manchados. Han cometido el mismo pecado del que nos acusaban a Remiel y a mí. Han interferido con la carne, se han contaminado con ella.

–No lo entiendo.

–No, ya supongo que no.

Shamael alzó la vista. Las nubes iban tomando un aspecto cada vez más amenazador.

–Humm. No estoy seguro de que fuera buena idea reunimos aquí. No importa, supongo que un poco de incomodidad puede resultar incluso gratificante. ¿Recuerda al cura católico, querida? Su mente quedó destrozada después del incidente en casa de la niña; de hecho, debería haber muerto o, como mucho, haberse pasado el resto de su vida como un vegetal conectado a una máquina llena de lucecitas. Pero Gabriel lo necesitaba: era uno de sus instrumentos favoritos, posiblemente el mejor afinado, el más implacable, el que menos se planteaba dudas o tenía vacilaciones. Aunque es posible que eso no fuera todo.

Pareció indeciso, como si le hubiera asaltado una idea repentina y no estuviera muy seguro de su conveniencia.

–Verá, hace tiempo que he desarrollado una teoría y es que nosotros, todos nosotros, no sólo Remiel y yo, sino también Gabriel y sus huestes, nos sentimos fascinados por el universo físico, por la materia, por la carne. Piénselo un poco, querida. Remiel vagabundeando por el mundo durante todo este tiempo, fingiéndose uno de ustedes. Yo mismo, desterrado a causa de mi injerencia en sus asuntos. Y ellos, ah, ellos –dio la impresión de que encontraba la idea tremendamente divertida–, ellos que afirman despreciar la materia, que no quieren mancharse de humanidad, que castigan a cualquiera que interfiera con el mundo... Ah, sí, ellos, tan hipócritas. ¿No lo ve? Si para Gabriel y los suyos el universo es algo que no merece la pena, ¿a qué tanta porfía en conquistarlo, doblegarlo, someterlo a su pesadilla de orden y autoridad? No, se lo aseguro, mis antiguos compañeros, tan puros, tan distantes, se sienten igual de fascinados por la carne que Remiel o yo mismo. Nunca lo reconocerán, pero sin duda es así. Y creo que Gabriel se sentía especialmente atado a Vito. No estoy seguro, pero me parece que io encontraba... eh... sí, atractivo, por qué no. Al fin y al cabo, a poco que lo pensemos tiene sentido. Vito poseía el tipo de mente humana que por fuerza reñía que atraer a alguien como Gabriel: fría, simple, directa, letal. En realidad, en cierto modo retorcido y oscuro, podríamos afirmar casi sin temor a equivocarnos que Gabriel estaba, sí, por qué no, encaprichado con Vito. Era algo más que su herramienta, mucho más que su mascota favorita. Así que no podía dejarlo morir. Lo comprende, ¿verdad? Siendo lógicos resulta fácil ver que Vito no era imprescindible: había otros que podían llevar a cabo su misión. Así pues, ¿por qué empecinarse entonces en mantenerlo en pie? De forma que lo... ayudó. Entró en él, le prestó parte de su fuerza para mantenerlo entero. Y al hacerlo, pobre estúpido, se manchó con la carne. O quizá no, quizá ya estaba manchado desde antes, desde el momento mismo en que dejó de comportarse como la criatura racional y lógica que era y decidió conservar con vida a su mascota contra todo lo que la razón le dictaba.

Paula desvió la vista. Shamael había tenido razón: todo aquello no le interesaba demasiado. Sin embargo, sabía que Remiel sí habría querido saberlo, así que más por él que por ella misma preguntó:

–¿Y será castigado? ¿Sus compañeros lo castigarán por haberse manchado de carne?

Shamae! se echó a reír.

–¡Qué idea tan encantadora! –dijo–. Pero no, me temo que no, ninguno de ellos se atreverá tan siquiera a comentarle el asunto. Al fin y al cabo es Gabriel, el autoproclamado intérprete oficial de la voluntad del que no tiene nombre. No, no le pondrán un dedo encima, por así decir. Pero en cierta retorcida forma, tiene usted razón. Sí, será castigado, pero no por los demás, sino por él mismo Luchará durante un tiempo interminable por librarse de la peste de la carne, del hedor del mundo, y cuanto más luche, más se empapará de él. A lo mejor consigue librarse de él, extirparlo, aunque lo creo poco probable. En cualquier caso, va a estar ocupado mucho tiempo. Y eso me viene de perlas, créame.

En el regazo de Paula, Remiel tose y algo de sangre resbala por la comisura de sus labios. iMira a Shamael con una expresión indescifrable en los moribundos ojos grises.

–Vaya, tú aquí–dice–. No esperaba que vinieras. Le diste un buen susto a Gabriel.

Shamael se encoge de hombros.

–Ese estúpido es muy fácil de asustar. Apenas si tiene mérito. ¿Puedo hacer algo por ti, viejo amigo?

Remiel niega con la cabeza.

–Deja que las cosas sigan su curso. Pero ayuda un poco a limpiar este estropicio, ¿de acuerdo?

–Claro, qué menos. Adiós, viejo amigo. Hasta la próxima.

–Hasta la próxima, Shamael.

Paula lo ve irse y en seguida se olvida de él. Toda su atención está centrada en Remiel, en el hombre al que ha amado durante la mayor parte de sus vidas y que ahora se está muriendo. Quiere decirle algo, ayudarlo de alguna manera, pero se siente tan inútil, tan carente de fuerzas, que lo único que es capaz de hacer es seguir sosteniendo su cabeza y tratar de hacer más cómodos sus últimos minutos en el mundo.

–Hay algo más, por supuesto.

Paula extrajo uno de sus propios cigarrillos y lo encendió. Shamael pareció a punto de decirle algo al respecto, pero se lo pensó mejor y guardó silencio.

–Va a hablarme de Rodríguez, supongo –dijo ella, mientras echaba el humo.

–¿Rodríguez? Claro que no. Comprendo que su intervención fue desafortunada, pero me temo que su papel no pasó del de un peón en todo este asunto. Un peón con demasiada iniciativa, quizá, pero una pieza de escasa importancia.

Paula trató de calmarse.

–Para usted la muerte de Remiel puede no parecer importante.

Shamael hizo un gesto conciliador.

–Oh, querida, le aseguro que para usted tampoco lo será. No, por favor, no pierda los estribos y deje que termine de explicarme. Se lo ruego.

Paula asintió, casi contra su voluntad.

–Rodríguez era poco más que un sabueso. Supongo que Gabriel o quien se haya encargado de él se limitó a refinar un poco sus obsesiones (pero éstas ya estaban en él, créame) y a enfocar su percepción hacia usted.

Así era cómo Rodríguez las había encontrado dentro del refugio. Por supuesto. Sí, lo que Shamael decía tenía sentido, aunque lo que se desprendía de sus otras palabras... Paula llevaba una semana entera preguntándose por qué Rodríguez había hecho aquello, qué motivo había tenido para matar a Remiel. Se había contado a sí misma docenas de cuentos: la tensión del momento, una crisis psíquica, algo que le hubiera hecho el japonés, que Gabriel lo hubiera manipulado... Pero en realidad había sabido durante todo aquel tiempo que no eran más que mentiras, que la verdadera respuesta era ella misma. Y las palabras de Shamael se lo acababan de confirmar.

–En cualquier caso, aunque desafortunada, la intervención de Rodríguez sucedió cuando ya no tenía importancia. –Alzó una mano–. Por favor, todo quedará claro, confíe en mí. Aunque –se encogió de hombros– supongo que Luisa le habrá advertido de que eso es lo último que debería hacer.

–Le concedo el beneficio de la duda –dijo Paula–, De momento.

–Gracias, querida. Verá, ahora mismo mis antiguos compañeros están muy incómodos: tienen que replantearse sus planes para el mundo, porque muchas cosas de las que daban por supuestas les han fallado, por no mencionar que en estos precisos momentos nuestra impoluta, inmaculada y limpísima Ciudad de Plata alberga una víbora en su seno que, incluso mientras hablamos, la está manchando con el estigma de la carne, del mundo. Además, ahora que Remiel ha muerto, Gabriel ya no tiene motivo alguno para seguir enviando sus títeres tras él, así que tampoco van a intervenir por ese lado. Lo que para mí es estupendo, como puede suponer, querida: durante un tiempo van a dejarlos tranquilos a ustedes. Y eso significa que también me dejarán tranquilo a mí. Pero lo realmente gracioso, lo irónico, y por eso la intervención de Rodríguez fue innecesaria, es que aunque Remiel no hubiera muerto ya no tenían ningún motivo para destruirlo. De hecho, si lo que supongo es cierto, Gabriel y Remiel estaban llegando a una especie de acuerdo cuando sucedió el... desafortunado incidente con Rodríguez.

Paula estuvo a punto de decir que no lo entendía, pero se mordió la lengua. Shamael, como si ella fuera transparente, sonrió con un lado de la boca y enarcó una ceja.

–Como quiera, querida. Verá. Remiel había dado el paso que llevaba evitando varios miles de años. Y lo dio justo después de hablar conmigo. Lo que me incomoda es que no sé hasta qué punto tuve algo que ver con ello. Tengo la sensación de que más bien poco. Fue usted, esta precisa encarnación de usted, la responsable. O, ahora que lo pienso, quizá ni usted ni yo fuimos determinantes. A lo mejor sólo fuimos jalones en el camino y lo

que verdaderamente llevó a Remiel a decidirse fueron los ataques de las marionetas de Gabriel hacia su persona. Quién sabe.

–¿Quiere decir...?

–Quiero decir que aquella noche en el jardín Remiel era humano, totalmente humano y que llevaba casi un día entero siéndolo. Que había dejado de llevar su carne como un traje incómodo y se había convertido en uno de ustedes. Ya no era una criatura de la Ciudad de Plata y, por tanto, ya no representaba ninguna amenaza para Gabriel y los demás, ya no se trataba de uno de los suyos correteando por el mundo, una mala influencia, una posible leyenda, un cabo suelto que había que cerrar antes de proceder con el plan. Ahora era simplemente un hombre. Nada más y nada menos. Un hombre como tantos otros. Así que ya no tenía sentido seguir enviando fanáticos tras él.

Paula comprendió en seguida lo que eso implicaba. Si hubiera podido detener a Rodríguez, si hubiera sido más rápida, ahora ella y Remiel estarían juntos y juntos habrían envejecido.

–Sí, me temo que así es –dijo Shamael, como si le hubiera leído el pensamiento–, fue un lamentable accidente, pero me temo que no hay mucho que podamos hacer al respecto.

Durante toda la conversación, Paula había evitado cruzar la mirada con la de Shamael. Ahora lo miró directamente a los ojos: vio en ellos el orgullo, la arrogancia, el cinismo. Vio también que, en cierta forma, toda aquella conversación lo divertía, igual que a un niño le podría haber divertido arrancarle las patas a una araña. Y en lo más hondo de aquellos ojos como miel fundida vio un cansancio terrible y una terquedad casi triste.

–Comprendo que usted no le guste a Luisa –dijo.

Aquello pareció tomar por sorpresa a Shamael.

–¿De veras? Lo dudo mucho, querida. Mi historia con Luisa ha sido más bien turbulenta, pero no creo que se pueda decir que no le guste. Desconfía de mí, sin duda.

–Quién puede culparla.

Shamael se encogió de hombros.

–En realidad, lo que ocurra entre Luisa y yo no es de su incumbencia, me temo. Por no mencionar el hecho de que no conoce nuestra relación lo suficiente para juzgarla. Y, en cualquier caso, todo esto se aparta un poco del propósito de esta conversación.

–¿De veras? ¿Esta conversación tiene más propósito que el de disfrutar torturándome?

Shamael chasqueó la lengua. Parecía decepcionado.

–Me temo que sobrestima su propia importancia. Estoy aquí porque tengo una deuda con Remiel. Lo pretendiera o no, me ha dado tiempo para organizar mis defensas y enfrentarme a Gabriel con una mínima posibilidad de éxito. Y yo siempre pago mis deudas, querida. Puede creer eso.

Paula se encogió de hombros. Estaba harta de todo aquello. Sabía que Shamael no se lo había contado todo. Que, de hecho, estaba ocultando lo verdaderamente sustancial. Pero ya no le importaba. Se sentía cansada, hastiada de todo aquello.

–De acuerdo, ha venido a pagar sus deudas –dijo–. Ya lo ha hecho. ¿Nos vamos?

–¿Es lo que quiere? ¿Pese a que aún no hemos llegado a lo que es de verdad importante para usted?

–¿De qué habla?

Se maldijo al darse cuenta de que había habido algo muy parecido al miedo en su voz. Shamael lo percibió y las comisuras de sus labios se curvaron brevemente.

–Hablo de que Remiel era totalmente humano en el momento en que usted y él se entregaron a los placeres de la carne, allí, en la habitación del estanque. Supongo que no necesitaré refrescarle la memoria sobre ese momento. Pero ¿comprende las implicaciones de lo que he dicho? Humano. Totalmente. Y hablo también de que usted debería haber tenido el período hace unos días y no le ha venido. Hablo de la hija que usted lleva en su vientre, suya y de Remiel.

–¿Cómo...?

Shamael sonrió, todo arrogancia y superioridad.

–Sé muchas cosas, y adivino otras. Sé que será una niña. Y también será algo más.

–No sé de qué está hablando.

Shamael se incorporó. Tomó un nuevo cigarrillo de la pitillera y lo encendió. Miró a su alrededor. Estaban completamente solos en el parque. El cielo se volvía cada vez más oscuro.

–Creo que será mejor que nos vayamos. En su estado, no estaría bien que pillara una gripe, ni nada parecido. Además, tal vez sería mejor que dejara de fumar, ¿no cree?

Le hizo un gesto con la mano, invitándola a que lo precediera. Paula siguió sentada.

–¿Qué... quiere... decir? –preguntó, recalcando cada palabra.

–Que es mejor que nos vayamos, querida. Y al fin y al cabo, ya he dicho cuanto había venido a decir.

Paula se levantó. Tiró el cigarrillo al suelo, sin molestarse en apagarlo. Miró a Shamael y, sin decir una palabra, desenfundó su pistola.

–Oh, qué melodramático.

–Sé que no puedo matarle. Pero imagino que mientras tenga un cuerpo no le resultará agradable recibir un disparo.

–Oh, sí, tengo terminaciones nerviosas como todo hijo de vecino y, como usted supone, no me apetece en absoluto recibir un tiro.

–Pues entonces hable de una vez.

–Ya lo he hecho. Usted está embarazada. Será una niña. Y también será algo más.

–¿Qué significa eso?

Shamael meneó la cabeza.

–Creo que ya lo sabe. ¿Por favor? –añadió, señalando la pistola.

Paula volvió a guardarla en su funda.

–Buenas tardes, querida. Les deseo lo mejor.

Lo vio irse del parque, caminando con indiferencia, con una arrogancia hastiada y elegante. Sí, tenía razón, ya lo sabía. Claro que lo sabía. Remiel se lo había dicho.

Shamael abandona el jardín. Luisa y Sara se arrodillan junto a Paula. Los ojos grises de Remiel comienzan a vidriarse. Hace un último esfuerzo para tomar aire, parpadea y logra sonreír.

–Vas a tener que cuidarme –dice–. Espero no causarte muchas molestias.

Más tarde, sola en su apartamento, Paula no pudo evitar una sonrisa. Se acarició el vientre y dirigió sus primeras palabras a la criatura que crecía allí dentro:

–Sí, mi amor, te cuidaré. Y creo que las molestias van a merecer la pena.

No lo sabrás hasta que lo muerdas

Lo que ves

El mundo es un lugar luminoso, enorme, que nunca se queda quieto y que, de algún modo misterioso, tiene su centro donde tú estás. No comprendes nada de lo que pasa, pero tampoco te hace falta, la necesidad de comprender aún no ha deformado tu mente, y te limitas a absorber cuanto ocurre, a devorar con ojos, manos y boca cuanto hay a tu alrededor. Todo está lleno de sorpresas, algunas agradables, otras no, pero incluso éstas merecen la pena, porque son algo nuevo, que nunca antes has experimentado. Claro que casi todo es nuevo ahora para ti.

Eso no es del todo cierto. Dentro de ti, agazapados, inquietos como gas luchando por salir de un tanque a presión, están los recuerdos del hombre que fuiste. Pero aún no se atreven a asomarse, aún no se muestran y, temerosos, te dejan tranquila.

Comer, dormir, apoyarte en el regazo cálido y reconfortante de tu madre, mirar a tu alrededor en busca de algo nuevo que palpar o saborear. A eso se reduce tu mundo. Pero es suficiente, al menos por ahora.

Crecerás, claro. Y empezarás a preguntarte por qué, para qué, cuándo, dónde, quién, de qué modo. Empezarás a buscar explicaciones y cuando no las encuentres te sentirás incómoda, y puede que te dejes llevar por esa incomodidad y acabes inventando una explicación para aquello que ni la tiene ni la necesita. Y tu mente, atrapada en los esquemas que tú misma has creado para ella, se convertirá en un resorte sin elasticidad, en algo duro e inflexible que sólo verá aquello que quiere ver, tal como les pasa a la mayoría de los adultos.

O puede que no. Puede que tengas suerte (aunque en ese caso te preguntarás si realmente eso es tener suerte) y durante toda tu vida seas capaz de aceptar lo que ves tal como es y no como quieres que sea. Quién sabe.

Y un día esos recuerdos dormidos despertarán, se atreverán a salir de tu prisión y comenzarán a pasearse por los salones del palacio de tu memoria, acomodándose en las habitaciones, bullendo en los pasillos, intercambiando chismes en las escaleras, asomándose a los balcones. Entonces recordarás que la mujer que es tu madre fue una vez (muchas veces) tu amante. Recordarás que también fue ella la que recogió tu último aliento, y sonreirás al comprender que el viejo mito de la triple diosa (madre, amante, amortajadora) se ha cumplido en ella para ti. Por último (o quizá en primer lugar, los recuerdos son caprichosos) recordarás lo que fuiste, no sólo antes de ser quien eres ahora, sino antes de ser el hombre que fuiste primero; recordarás la Ciudad de Plata y la criatura de luz interminable que eras entonces.

Es posible que en ese momento te preguntes si has salido ganando con el cambio, si el incómodo ropaje que ahora es parte de ti (que en cierto modo eres tú, pues sin duda es tu carne la que te hace ser lo que eres) no es más que una rémora, sí no habrías estado mucho mejor al otro lado, sin preocuparte del mundo o las criaturas que lo pueblan, sin haber descendido a él, sin haberte encarnado y, finalmente, haberte convertido en una de ellas.

Recordarás también a Shamael y rezarás (pero ¿a quién?, si sabes que el que no tiene nombre no responderá, como jamás ha respondido a nada que nadie le preguntara o pidiera) para que su plan tenga éxito, o al menos sea capaz de evitar la derrota. Porque sabrás sin el menor asomo de duda que tu muerte no fue más que una tregua y que, si bien de momento Gabriel y los otros han decidido dejar el mundo abandonado a su suerte, eso no puede durar mucho. Tarde o temprano volverán a intentarlo, tratarán de imponer un orden que no es otra cosa que la muerte. Esperarás que Shamael tenga éxito, pero sobre todo confiarás en que, al igual que te pasó a ti, la carne los contamine y que, en su estúpido intento de hacer que el mundo sea como ellos, el mundo los haga a ellos como él. Confiarás, sí, pero no estarás seguro.

En cualquier caso eso es el futuro. Un futuro donde serás una mujer con los recuerdos de un hombre que en realidad no era un hombre, pero decidió serlo al final. Un futuro poblado por imágenes de un pasado que no es el tuyo, aunque sí lo fue una vez. Un futuro en el que tendrás que decidir quién eres.

Pero ahora nada de todo eso tiene la menor importancia. Ahora, en el presente, eres una esponja, absorbiendo cuanto hay a tu alrededor, feliz con el solo hecho de existir, viviendo en el centro del carrusel como si el universo hubiera sido diseñado para tu exclusivo disfrute y descubriendo nuevas sorpresas cada minuto.

Aún no reconoces los rasgos de tu madre, aunque no tardarás mucho. Y entonces asociarás ese rostro con el calor, la comodidad, la comida, la seguridad. Durante toda tu vida, aunque nunca pienses en ello, el rostro de tu madre será un ancla para ti, el punto inmóvil en medio del huracán, el foco que te permitirá recobrar la calma.

Has vivido mucho, miles de años, has sido carne y has sido luz. Pero en realidad es ahora cuando empiezas a vivir, cuando todo es nuevo y luminoso y cada esquina es algo inesperado. No sabes qué te traerá el futuro, de hecho ni siquiera sabes lo que es el tiempo, pero en cierto modo, en cierta instintiva manera que no comprendes (ni comprenderás del todo cuando aprendas a comprender] estás ansiosa por descubrir lo que va a pasar.

Sea lo que sea, seguro que será divertido.

Agradecimientos

Como ocurre casi siempre, José Luis Rendueles fue implacable en su valoración de las primeras versiones de esta novela. Y también como ocurre casi siempre, su implacabilidad me resultó tremendamente útil. Sé que el resultado final no es el que José Luis habría querido, pero espero que se acerque un poco más de lo que esperaba.

Javier Cuevas no fue menos útil, con su agudo (y en buena parte certero) análisis de mi tendencia a justificar con demasiada frecuencia la no necesidad del trabajo duro.

A Susana García la «obligué» a leer uno de los primeros borradores y lo menos que puedo agradecer es su paciencia ante la irritante persona que tenía continuamente encima del hombro preguntándole qué le estaba pareciendo lo que leía.

Beatriz Pérez Alonso es la responsable de la versión latina del conjuro que el padre Andolini recita en el capítulo titulado *«Tempus frangit»*. Para aquellos cuyos conocimientos del latín sean tan limitados como los míos, transcribo ahora la versión en castellano del conjuro:

Tres personas te definen. Tres momentos te vinculan.
Padre, pasado.
Hijo, presente.
Espíritu Santo, futuro.
Pasado, padre. Presente, hijo. Futuro, Espíritu Santo.
Eres tres, eres uno. Vives en tres momentos, vives en la totalidad. Nada escapa a tu mirada. No hay rincones oscuros para tu visión.
No permitirás esquinas en el tiempo. No consentirás refugios inesperados. Todo fluirá, vendrá desde el pasado, caminará por el presente, transitará hasta el futuro.
No tendremos más Dios que Tú. Te ofrecemos este sacrificio de carne y de sangre, de vida y de muerte. Tómalo y desbarata el nudo. Que todo fluya, Padre Eterno.

Con Antonio Rivas («Gorinkai») estoy en deuda por haber tenido la gentileza de repasar las partes japonesas de la historia. Cualquier error o inconsistencia en ellas sólo puede serme achacado a mí.

Y, por supuesto, tengo que agradecer a personas como Clive Barker, Alan Moore o Neil Gaiman que me mostraran con su ejemplo quefnis pretensiones no eran en absoluto descabelladas y que era posible escribir el tipo de literatura fantástica que yo deseaba, urbana y contemporánea y al mismo tiempo deudora del pasado y las tradiciones.

RODOLFO MARTÍNEZ

Gijón, junio de 1997,

octubre de 2003